



Mucho más que un Club de Chicas

El Club de los Corazones Solitarios II

ELIZABETH EULBERG

«Una maravillosa historia sobre la importancia de
a ser uno mismo sin tener que cerrar la puerta a
SUZANNE COLLINS, autora de *Los Juegos del Hambre*
sobre *El Club de los Corazones Solitarios*»

Lectulandia

«Yo, Penny Lane Bloom, estoy saliendo con alguien.

Exacto. La chica que fundó el Club de los Corazones Solitarios y juró no volver a quedar con chicos durante el resto de su vida tiene novio.

Y, no, las ranas no han criado pelo y no me he vuelto loca.

Ahora tengo el novio que merezco. Es amable, inteligente y divertido. ¡Ah! Se me olvidaba comentar que es un pibón.

Aunque, claro, siempre hay un pero...

Para nada quiero convertirme en una chica de esas. Ya sabes a cuáles me refiero: esas que dejan tiradas a sus amigas en el instante mismo que se echan novio.

He hecho un juramento: jamás seré así.

No puede ser tan difícil...».

Cuando Penny Lane creó el Club de los Corazones Solitarios con un solo miembro: ella, no podía imaginar que iba a convertirse en algo tan grande, que contaría con más de treinta socias que la apoyarían en todo lo que hiciera, y tampoco que podría llegar a cruzar las fronteras del instituto, y tal vez del estado. Pero lo que tampoco imaginaba es que iba a encontrar al mejor chico del mundo: inteligente, cariñoso, comprensivo y... súper mono.

Lectulandia

Elizabeth Eulberg

Mucho más que un club de chicas

El club de los corazones solitarios - 2

ePub r1.0

Edusav 01.10.16

Título original: *We Can Work it Out*
Elizabeth Eulberg, 2015
Traducción: Mercedes Núñez

Editor digital: Edusav
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los lectores que deseaban esta historia tanto como yo deseaba escribirla.
Este libro (o su autora, Elizabeth) no habría sido posible sin vosotros.

Yo, Penny Lane Bloom, tengo novio.

Exacto. La chica que fundó el Club de los Corazones Solitarios y juró no volver a quedar con chicos durante el resto de su vida escolar tiene novio.

Y, no, las ranas no han criado pelo.

Ahora tengo el novio que me merezco. Es amable, inteligente y divertido. ¡Ah! Se me olvidaba comentar que es un pibón.

Aunque, claro, tiene que haber un «pero...».

Pero existe un pequeño, pequeñísimo problema.

Soy una sola persona. Créeme, mucha gente considera que con una Penny Lane Bloom basta y sobra; pero en este momento no me vendrían mal otras tres, por lo menos.

Soy la presidenta del Club de los Corazones Solitarios y quiero pasar todo el tiempo posible con mis amigas, que son fabulosas.

Pero también está Ryan. (Ya he mencionado que es amable, divertido, inteligente y, además, un pibón, ¿verdad?).

De ninguna manera quiero convertirme en una chica de esas. Ya sabes a cuáles me refiero: esas chicas que dejan tiradas a sus amigas en el instante mismo que consiguen un novio.

He hecho un juramento: jamás seré así.

Puedo sacar todo adelante.

Puedo tomar las decisiones oportunas. O al menos, lo intento.

Lo tengo controlado, totalmente.

¿Acaso es tan difícil?

If I Fell

"If I love you too, please don't hurt my pride..."

If I Fell

Uno

Era increíble lo rápido que las cosas podían cambiar.

Solo habían pasado seis meses desde que creía que estaba enamorada de uno de mis mejores amigos desde que nací.

Cinco meses desde que ese canalla mentiroso y estafador me había destrozado el corazón.

Cuatro meses desde que fundé el Club de los Corazones Solitarios como socia única.

Es decir, cuatro meses desde que todo cambió.

Pasé de tener un puñado de buenos amigos a contar con cerca de treinta chicas que me apoyaban siempre que las necesitaba (lo que ocurría con frecuencia). Había gente que me admiraba por defender a mis amigas y a mí misma. Aunque, por descontado, también suponía que otras personas me ridiculizaban en público por ir a contracorriente.

Pero merecía la pena, totalmente.

Y ahora había pasado un mes desde que empecé a salir con Ryan. Bueno, en sentido estricto, veintidós días desde nuestra primera cita. No es que me dedicara a calcular el tiempo ni nada parecido. (Vale, un poco sí).

Si bien era consciente de que no existen dos relaciones idénticas, en un primer momento no había caído en la cuenta de lo diferente que era Ryan de todos los chicos con los que había salido. Aunque, en retrospectiva, lo que había tenido con aquellos chicos (más bien críos inmaduros) no podía llamarse exactamente «relación». Íbamos al cine y a tomar pizza, poco más. Se trataba más bien de tener a alguien con quien recorrer los pasillos, alguien con quien comer al mediodía, alguien con quien matar el tiempo después de clase. Pero solo me aportaban inseguridad. Nunca lo sentí como algo real.

Estar con él era otra historia. Quería estar con Ryan por él mismo, y no porque necesitara un novio. Y Ryan quería estar conmigo por mí, no porque hubiera una vacante para el puesto de Novia de Ryan Bauer. Nos gustaba pasar tiempo juntos. Era mutuo.

Bueno, tal vez no *todo* era completamente mutuo...

—Venga, Penny, no es para tanto —Ryan, impaciente, alargó la mano—. Todas las parejas lo hacen.

Aunque yo no tenía tanta experiencia como Ryan en cuanto a las relaciones, sabía que mi reacción no era desproporcionada.

Ryan estaba equivocado.

Era un paso importante.

Un paso para el que no estaba segura de estar preparada.

Quizá otras parejas lo hacían sin parar, pero yo no estaba lista para adquirir semejante compromiso tan pronto. Solo llevábamos saliendo unas semanas. No quería precipitarme en ningún sentido.

Existen ciertas cosas para las que no hay marcha atrás.

Una sonrisa se le extendió lentamente por el rostro, sus ojos azules lanzaban chispas traviesas.

—Vale, sé cómo convencerte.

Se apartó unos centímetros de mí, como si necesitara montones de espacio para lo que se disponía a hacer, fuera lo que fuese. Se aclaró la garganta, me dedicó otra sonrisa y empezó a dar palmas siguiendo el ritmo. *Clap, clap. Clap. Clap, clap. Clap.*

Entonces, en mitad del patio de restaurantes del centro comercial, se puso a cantar a pleno pulmón: *Oh, yeah, I'll tell you something, I think you'll understand...* La gente empezó a mirar en nuestra dirección, pero él no se dejó intimidar. Siguió cantando, aunque en más de una ocasión había demostrado que no sabía cantar sin desafinar. Ryan tenía todo lo que una chica puede desear de un chico, eso seguro; pero también era aparentemente incapaz de pasar vergüenza.

Por otra parte, a mí me entraron ganas de esconderme detrás del puesto de información del centro comercial para que nadie me pudiera ver la cara, roja como un tomate. Supe que solo había una forma de detenerlo.

—¡Muy bien! —Cedí. Le agarré de la mano y entrelacé nuestros dedos—. ¿Contento?

Sonreía de oreja a oreja.

—Sí, muy contento. Ay, cuánto me gustan los Beatles.

—Sí, estarían muy orgullosos —me lo llevé a rastras de la escena del crimen musical. No tenía sentido explicarle que no eran los Beatles quienes habían conseguido que se saliera con la suya; fue mi miedo a montar una escena lo que me hizo claudicar. No es que no me apeteciera agarrar a Ryan de la mano... pero al presentarnos en público como pareja me sentía demasiado expuesta.

Unas cuantas semanas atrás, nada más, yo misma les decía a las chicas que no quedaran con chicos, insistiendo en que todos eran unos mentirosos y unos estafadores, la escoria de la Tierra. Y aunque, en efecto, así sucedía con algunos de ellos (como el canalla de Nate Taylor, por ejemplo), Ryan era maravilloso. Bochornos públicos aparte.

El Club de los Corazones Solitarios había levantado tal revuelo en el McKinley que no quería que pareciera que, al estar con Ryan, me estaba echando atrás. El club era lo mejor que me había pasado en el instituto, no quería que nada lo estropeará. Y era plenamente consciente de que un chico puede estropear las cosas.

Doblamos la esquina para subir las escaleras mecánicas hasta el cine y vi que bajaban varias compañeras del Club de los Corazones Solitarios.

—¡Pen! —Tracy nos saludó con la mano; Jen y Morgan se asomaron a su espalda.

Instintivamente, solté la mano de Ryan mientras se acercaban a nosotros.

—Hola —Tracy me abrazó, y su coleta de color rubio oscuro me rozó la mejilla. Luego, se volvió hacia Ryan—. Bauer —saludó con voz solemne.

—¿Cómo te va, Tracy? —preguntó él con tono alegre, a todas luces queriendo congraciarse con mi mejor amiga. Ya contaba con su aprobación (Tracy era en parte responsable de que por fin estuviéramos juntos); pero cuando se trataba de Tracy, más te valía ganártela todo lo posible.

Tracy lo miró de arriba abajo con gesto exagerado.

—Me va genial, *por supuesto*. Estoy con mis chicas, he visto una peli, no tengo que aguantar a ningún tío. ¿Qué más se puede pedir?

—Eh... —Ryan no tenía ni idea de qué responder.

Intercedí.

—¿Qué vais a hacer, chicas? Ryan y yo solo estábamos... mmm..., lo vi... —me interrumpí, sin dar crédito a que estaba a punto de inventarme una historia para explicar el hecho de que Ryan y yo estuviéramos juntos. Sin saber por qué, me sentía como si tuviera que medir mis palabras. Aquellas chicas eran prácticamente mi familia, y Ryan y yo nos conocíamos desde hacía años. Debería haberme encontrado cómoda al estar todos juntos, pero no me había acostumbrado a ser «la chica que ahora sale con chicos», especialmente para las amigas con las que había pasado la mayoría de los sábados del último semestre, en los que comparábamos notas acerca de las cosas horribles de las que los chicos eran capaces.

—Te diré lo que vamos a hacer —Jen se dio unas palmadas en el estómago—. Comida. Un montón de comida.

Tracy percibía mi incomodidad. Ladeó la cabeza ligeramente.

—Bueno, tenemos que irnos. Por aquí cerca hay un bollo de canela con mi nombre escrito. Pasadlo bien... pero no *demasiado*.

—No, tranquila —le prometí. Ryan me pinchó en un costado en señal de protesta—. ¿Cómo es posible divertirse si tú no estás?

—¡Exacto! —replicó Tracy—. ¿Lo ves, Pen? Tú me entiendes. Tú me en-tien-des —pronunció marcadamente, dándose unos golpecitos en el pecho con el puño. El grupo empezó a apartarse, pero Tracy mantuvo su posición—. Recuérdalo, Bauer —se llevó dos dedos a los ojos y luego miró a Ryan—. Te estoy observando —se rio como una maníaca mientras entrelazaba los brazos con Jen y Morgan. Luego, el trío se alejó.

—Está de broma, ya lo sabes —le recordé a Ryan.

Se pasó los dedos por el pelo, oscuro y ondulado.

—Sí, lo sé. Por lo general, los tíos tienen que preocuparse por dar una buena impresión a los padres de su novia, pero yo también tengo que conseguir el consentimiento de más de veinte chicas. Nada de presión, qué va.

Utilizaba la palabra «novia» con toda naturalidad, como si lo nuestro estuviera completamente claro.

Para mí no estaba tan claro. Pero, al mismo tiempo, me gustaba que utilizase la palabra sin vacilar, sin miedo a adquirir un compromiso conmigo.

Lo agarré de la mano otra vez y nos dirigimos a las escaleras mecánicas.

—Venga ya, las chicas del club te adoran —le aseguré—. Ya sabes lo contentas que se pusieron cuando empezamos a salir.

—Sí, es verdad —respondió, y me dio un leve apretón en la mano—. Y, para tu información, mi madre está entusiasmada de que estemos juntos, porque así los sábados tiene canguro asegurado.

Una de las reglas del club consistía en que las reuniones tenían que celebrarse los sábados por la noche, lo que en realidad no era para tanto. Ryan y yo quedábamos los viernes, y a veces pasábamos los domingos juntos si el club no había organizado nada. A ninguno nos importaba.

La risa de Tracy subía como un eco por las escaleras mecánicas. Miré hacia atrás y vi a las chicas carcajeándose de algo.

Ryan me miró a la cara mientras yo veía cómo mis amigas se marchaban sin mí.

—¿Te quieres ir con ellas? —me preguntó.

—No, para nada —pero tenía que admitir que me sentía un poco dolida porque no me hubieran incluido en su plan del día.

Me rodeó con los brazos cuando bajamos de las escaleras.

—Eres una mentirosa pésima.

—¿Ah, sí? —Me incliné sobre él—. Oye, Ryan.

—¿Sí, señorita Penny Lane?

Le miré haciendo aletear las pestañas de forma exagerada.

—Eres un cantante superbueno.

Me hizo cosquillas en el estómago, y reaccioné con un chillido escandaloso. Una pareja que caminaba delante de nosotros se dio la vuelta. Antes de que pudiera seguir protestando, Ryan me abrazó con fuerza y me besó la frente.

En lugar de apartarme como había hecho antes, me apoyé sobre él. A pesar de mis punzadas de celos, era consciente de que necesitaba centrarme en el aquí y ahora. Y justo allí y entonces supe que no había otro sitio donde quisiera estar, y nadie más con quien quisiera pasar mi día de domingo.

Dos

Una de las ventajas de que el sistema educativo lo hiciera todo por orden alfabético era que mi taquilla en el instituto quedaba a solo tres puertas de la de mi novio.

Ryan me saludó el lunes con un rápido beso en la mejilla.

—¡Hola! —empecé a sacar mis libros para la clase—. ¿Qué tal tu fin de semana?

Cerró la puerta de su taquilla.

—Estuvo bien.

Lo miré con una ceja levantada.

—¿Solo bien? Qué raro... Me han dicho que saliste con tu novia, que es impresionante.

—Y también extremadamente modesta —contraatacó.

Eileen Vodak, una socia reciente del club, se acercó a mí.

—Oye, Penny, ¿sabes quién es el chico que está con Diane? Los he visto en el despacho... ¡Un bombón!

—Debe de ser el nuevo alumno extranjero de intercambio, viene de Australia —respondí—. Aún no lo conozco. ¿Está bueno?

—¡Que estoy *aquí*! —protestó Ryan.

Lo miré y puse los ojos en blanco con gesto exagerado antes de girarme de nuevo hacia Eileen.

Ella señaló en dirección al pasillo, por donde Diane iba ahora caminando con un chico que, en efecto, era guapo con ganas. Por respeto a Ryan, intenté no quedarme mirando.

Aunque Diane ya no era animadora, seguía caminando con paso saltarín y saludaba con entusiasmo a cuantos encontraba en su camino. Conversaba con el chico que iba a su lado y, a pesar de los treinta centímetros de diferencia en estatura, podrían haber sido hermanos: ambos tenían el pelo rubio (ella, largo y ondulado; él, descuidado) y los ojos azul claro. La gran diferencia era que la piel del chico estaba unas diez veces más bronceada que el cutis de alabastro de Diane.

—¡Penny! —me saludó Diane con voz cantarina—. Quiero presentarte a Bruce Bryson —se giró hacia él—. Bruce, te presento a Penny Lane, mi amiga más antigua.

Se le iluminó la cara.

—¿Como la canción de los Beatles? —asentí con la cabeza. Siempre me preguntaban lo mismo cuando se mencionaba mi nombre completo—. *Bottlers!*

—Eh... gracias.

—Lo siento, quiero decir que es superalucinante —hablaba a toda prisa, tratando de explicarse—. A veces utilizo expresiones típicas de Australia.

—Qué guay... o quizá debería decir *bottlers*. Encantada de conocerte. Bienvenido a Parkview, Illinois (Estados Unidos). Me imagino que no estarás entusiasmado con el tiempo que tenemos por aquí —me había fijado en que llevaba unas tres capas de ropa.

—Sí, en Navidad llevaba puesto un *cozzie*... eh... un bañador —sonrió, dejando a la vista un par de hoyuelos.

Me esforcé al máximo para no imaginármelo con ese *cozzie*.

Diane se giró hacia Ryan.

—Y este es Ryan, también uno de mis mejores amigos, y novio de Penny.

Me seguía sonando raro que lo llamara mi novio, ya que habían salido juntos durante cuatro años. Diane insistía una y otra vez en que no le resultaba incómodo, pero yo no podía dejar de pensar que lo tenía que ser.

—Encantado de conocerte —dijo Ryan, y le tendió la mano. Bruce se la estrechó. Conducta universal de los varones.

Charlamos un rato con Bruce y nos habló de él a grandes rasgos. Venía de Bondi Beach, a las afueras de Sídney, nunca antes había pisado los Estados Unidos y era aficionado al surf (no me sorprendió lo más mínimo). Después de un semestre con nosotros, iba a reunirse con su familia en Nueva York; luego, pasaría el resto del verano viajando por el país.

Con delicadeza, Diane le quitó el horario de las manos y empezó a repararlo.

—Vale, tienes Español con Penny, Historia Universal con Penny y Ryan, y Química conmigo —continuó el escrutinio mientras Tracy se acercaba hasta nosotros.

—Hola, Pen, se me olvidó preguntarte...

Diane la interrumpió.

—¡Tracy! Cuánto me alegro de que estés aquí. Quería presentarte a Bruce, el nuevo alumno de intercambio que viene de Australia. Esta tarde tienes Lengua con él.

Tracy echó un vistazo a Bruce y le dijo, con un acento australiano exagerado:

—¡Buen día!

Él se echó a reír.

—¡Buen día, Tracy! —Se rascó la cabeza, haciendo que su pelo enmarañado se quedara de punta hacia un lado.

—Bienvenido al hemisferio norte —le dedicó una fugaz sonrisa antes de volver su atención hacia mí—. A ver, Pen, se me olvidó por completo preguntarte por los deberes de Trigonometría.

Era poco menos que inconcebible. Tracy estaba parada junto a un chico que, aunque no fuera exactamente su tipo, le dedicaba su completa atención. Y ella no le hacía ni caso.

El club había obrado milagros en todas las socias, sobre todo en el caso de Tracy. Seis meses atrás, Tracy habría puesto a Bruce en primer lugar en su lista anual de novios en potencia, para terminar tachándolo por algún motivo insignificante. Aquella lista solo le había procurado sufrimiento, y ahora centraba su interés en sus amigas y en ser feliz sin necesidad de un chico. Lo que era genial, pero aun así...

Yo no fui la única que me di cuenta de que Bruce clavaba la vista en Tracy mientras ella consultaba mis apuntes. Diane me miró levantando las cejas y yo reprimí la risa. Tracy nos habría matado de haber sabido lo que estábamos pensando.

Una vez que Diane se convenció de que Tracy no iba a corresponder a la atención del alumno nuevo, continuó.

—Bueno, será mejor que te lleve a tu primera clase —le dijo a Bruce.

Bruce hizo un gesto de afirmación.

—Me ha encantado conoceros.

—Y a nosotros conocerte a ti. «Nos vemos en Español» —me despedí hablando en castellano.

Bruce se inclinó hacia Tracy, que ahora estaba sentada en el suelo, copiando a toda prisa mis deberes antes de la clase.

—¿Nos vemos, Tracy?

—Sí —ni siquiera levantó la vista—. Nos vemos, gambas a la barbacoa, dingos asesinos de bebés y todo ese rollo.

Aunque Tracy se estaba limitando a ser ella misma, Bruce tomó su burla hacia los tópicos australianos como una manera de querer ligar. Se alejó con una sonrisa satisfecha, deteniéndose varias veces para volver a mirarla.

—Vale —Tracy cerró su cuaderno y se levantó—. Estoy lista como la que más.

Me despedí de Ryan, y Tracy y yo tomamos el camino hacia Trigonometría.

—¿Qué impresión te ha dado Bruce? —le pregunté.

—Parece majó —se encogió de hombros—. ¿Crees que vamos a tener un examen sorpresa? Sería chungo, ¿a que sí?

La forma en la que Tracy había despachado a un chico tan guapo era prueba más que suficiente de los cambios que habían ocurrido en poco tiempo.

No había un orden del día para el Club de los Corazones Solitarios cuando nos sentábamos juntas a almorzar. Era un rato en el que solo nos dedicábamos a ponernos al corriente. A veces ayudábamos a alguien que tuviera problemas (en muchas ocasiones, en el pasado, había sido yo) o bien organizábamos una próxima reunión. A medida que el grupo de veinticinco socias iba entrando en fila en la cafetería, juntábamos mesas para hacer sitio a todas: tercero y cuarto de secundaria, primero y segundo de bachillerato.

Estábamos comiendo y comentando las novedades del día cuando un visitante inesperado invadió nuestra mesa.

—Buen día, señoritas —nos saludó Bruce—. ¿Os importa que me siente? — Aunque su voz sonaba tranquila, sus manos se aferraban con fuerza a la bandeja de comida. Entendía que estuviera nervioso. Como grupo, resultábamos más bien intimidantes.

Un segundo antes, nuestra mesa había sido un hervidero de bullicio y energía, pero ahora se sumió en un silencio inquietante. Hasta el momento, ninguna persona ajena al club se había sentado a nuestra mesa. Ni siquiera nuestros novios comían con nosotras. No era una regla oficial, pero así funcionábamos.

Al ver que nadie contestaba, Bruce, nervioso, dio un paso atrás. Mientras que todos los ojos alrededor de la mesa se clavaban en mí para que tomara una decisión, mis propios ojos hicieron un rápido barrido de la cafetería. En parte, para comprobar si había un sitio mejor donde Bruce se pudiera sentar, y también para ver si alguien se había percatado de nuestro dilema. Varias personas observaban la mesa. Desde la mesa «para uso exclusivo de deportistas y animadoras», el mejor amigo de Ryan, ese grosero llamado Todd, daba codazos a su amigo Brian mientras señalaba a Bruce. La risa engreída de Todd selló el destino de Bruce.

—Por supuesto —me dispuse a hacerle sitio—. Ven a sentarte aquí, entre Tracy y yo.

—Gracias —respondió él—. Os lo agradezco de veras. Espero no haberos interrumpido.

El grupo continuó escrutando en silencio a nuestro invitado, lo que hizo que Bruce se mostrase de nuevo cohibido. Apenas levantó la vista mientras jugueteaba con su sándwich.

—Bueno... —dije yo, devanándome los sesos para encontrar un tema intrascendente de conversación—. ¿Cómo te ha ido el día, por el momento?

—Ha estado bien —dijo un mordisco, pero se seguía negando a levantar la vista, lo que fue un acierto, ya que todos los ojos estaban clavados en él.

Lancé al grupo una mirada de advertencia, y unas cuantas chicas reanudaron la charla.

—Bueno, te llevaré a clase de Español después del almuerzo, y luego tenemos Historia Universal, así que vas a estar pegado a mí un buen rato.

—Suenan genial —miró hacia el otro lado—. ¿Cómo te ha ido esta mañana, Tracy?

Ella dio un largo trago de su refresco.

—Clases... y punto. Dime, ¿echas de menos el koala que tienes de mascota en casa?

Noté que el cogote de Bruce adquiría un leve tono carmesí.

—Hum..., no. El koala es una especie en peligro de extinción. La mayoría los conservamos en reservas protegidas.

—¿En serio? —Curvó los labios y esbozó una sonrisa—. Entonces, ¿eres pariente de algún hobbit?

—Ah, esas películas se rodaron en Nueva Zelanda...

Me decidí a intervenir.

—Está de broma, nada más —no quedaba claro si realmente Bruce no se daba cuenta o si Tracy lo ponía nervioso porque estaba colado por ella. Yo esperaba que fuera lo segundo, la verdad. No es que quisiera que Tracy empezara a salir con alguien, pero ya era hora de que algún chico estuviera por ella. Y si ese chico era ese alumno de intercambio que estaba tan bueno, mejor todavía.

Tracy volvió a entablar conversación con Morgan. Por suerte, Diane estaba

sentada enfrente de Bruce, de modo que los tres intercambiamos opiniones acerca de Australia, Estados Unidos y el instituto McKinley, evitando así el gran tema tabú que flotaba en el aire: nuestro club.

Más tarde, mientras poco a poco nos fuimos dispersando, me dirigí a mi taquilla para recoger los libros. Al doblar la esquina, Ryan me miraba negando con la cabeza.

—¿Qué? —pregunté, aunque ya sabía adónde quería llegar.

—Bueno... —Enroscó en su dedo un mechón de mi pelo—. Ya veo lo que hace falta para que te inviten a vuestra mesa: acento extranjero.

Le aparté la mano de un golpe.

—¿Qué querías que hiciera? Era una situación incómoda.

Se echó a reír.

—¿En serio?

—Gracias por invitarle a sentarse contigo y los chicos —repliqué con sequedad.

Cruzó los brazos.

—Entonces, ¿preferirías que se sentara con Todd?

En eso tenía razón.

Bruce iba a conocer a Todd en clase de Español, por lo que supe que tenía que contarle lo del club antes de que escuchara una versión demente de la historia por parte de Todd Chesney.

Todd y yo solíamos llevarnos bien. Era el típico deportista vivaracho que iba por ahí como si su única preocupación en el mundo fuera anotar puntos dentro y fuera de la cancha. Había salido con casi todas las chicas de la clase, y se había fijado en mí justo cuando fundé el club. No se tomó bien el rechazo. A medida que el club despegaba, fue acumulando rencor hacia mí, y la situación acabó en una bronca entre nosotros después de lo que, por otra parte, había sido una noche de karaoke superdivertida. Aunque se acabó disculpando por su conducta, provocada por el alcohol, las cosas entre nosotros ya no fueron lo mismo. Y yo dudaba de que lo volvieran a ser.

Bruce se reunió conmigo mientras me dirigía hacia la clase.

—Oye, siento lo de la cafetería.

—No tienes que disculparte —lo cual era la verdad.

Miró a ambos lados del pasillo.

—Tuve la sensación de que estaba molestando. Pero vi una mesa enorme llena de chicas. ¿Qué tío no querría sentarse ahí?

—Sí, pero hay algo que te conviene saber —resolví que era el mejor momento para contárselo, pero nunca sabía qué decir exactamente. «Había un chico del que estaba enamorada desde niña y me rompió el corazón. Decidí fundar el Club de los Corazones Solitarios y dejar de quedar con chicos durante el resto de mi vida escolar. Otras chicas se unieron al club y estalló una revolución en el instituto, hubo egos heridos, se libraron peleas y, al final, decidimos que estaba bien salir con chicos siempre y cuando no fueran unos cretinos».

¿Podía ser así de simple?

Le conté la historia resumida y luego añadí:

—Al principio, juramos más o menos no quedar con chicos nunca más; ya sabes, porque son estúpidos y todo eso.

Bruce asintió.

—Como chico que soy, lo comprendo.

—Pero entonces, nos volvimos a plantear las cosas.

—Ya me imagino, puesto que tienes novio.

—Sí —hice una pausa antes de que entráramos en el aula—. El caso es que tenemos un reglamento. Nos reunimos los sábados por la noche, comemos juntas al mediodía y hacemos muchas cosas en grupo, sobre todo del estilo «las chicas son guerreras» —en silencio, me maldije a mí misma por hablarle del club de una manera tan frívola. Éramos mucho más que eso. No debería haber sentido la necesidad de restarle importancia.

—Suenan guay —respondió—. Entonces, ¿es solo para chicas?

—Sí, eso me temo.

Parecía pensativo.

—¿Sabes? Las chicas no son las únicas a quienes les rompen el corazón.

No supe qué responder. Sabía que era verdad, pero por otra parte no estaba preparada para ampliar el club. El añadir chicos a lo que fuera siempre acarrearía problemas.

Le hice un gesto para que entrara en el aula. Antes de que tuviera la oportunidad de presentárselo al profesor, Todd irrumpió en la clase.

—Vaya, vaya —su sonrisa arrogante provocó que me indignara de inmediato—. Penny, ¿me vas a presentar a tu nuevo socio? ¿Quién es el lesbiano?

Típico de Todd. Cada vez que una chica se apuntaba al club o rechazaba una cita con él, automáticamente daba por hecho que era lesbiana. ¿Por qué si no una chica se iba a negar a aguantar sus chorradas? Otra prueba más de que era un memo integral.

—Tú, ni caso —le advertí a Bruce.

Pero Bruce no estaba dispuesto a permitir que Todd se riera de él.

—Eh, colega, soy Bruce, el tío que hoy ha conseguido sentarse a comer con un montón de chicas increíbles. Nos vemos —se alejó, dejando a Todd sin réplica. Bruce fue a presentarse al profesor mientras yo me dirigía a mi asiento, que desgraciadamente seguía estando al lado del de Todd. El orden alfabético tenía sus pros y sus contras.

Todd se sentó y me dio la espalda; ahora era lo normal. Aun así, no hizo ningún esfuerzo por hablar en voz baja cuando le dijo a otro deportista:

—Supongo que los tíos británicos prefieren pasar el rato con lesbianas que con hombres de verdad. ¡Fracasados!

Todd nunca se molestaba en contrastar los datos.

Yo sabía que Ryan y Todd eran amigos desde que habían jugado en la liga de

béisbol infantil. Vivíamos en una ciudad pequeña y, en fin, te hacías amigo de quien estaba en tu equipo o vivía en tu misma calle. Aun así, al escuchar las idioteces que Todd soltaba por la boca, se me ocurrió que tal vez había llegado la hora de recordar a Ryan que, al contrario de lo que pasa con la familia, a los amigos *sí* los puedes elegir.

Tres

Aunque mi cumpleaños no caía en Navidad o Nochevieja, compadecía a la gente que tenía que compartir su fecha de nacimiento con una fiesta importante. Porque, en casa de los Bloom, el siete de febrero no solo era mi cumpleaños; era el aniversario de la llegada de los Beatles a Estados Unidos.

Durante años, mis hermanas y yo creímos que mamá se había negado a empujar para que yo naciera el día del año preferido de nuestros progenitores. Podría parecer de locos, pero mis padres, obsesionados con los Beatles, habían llegado a poner a sus tres hijas nombres de canciones del cuarteto de Liverpool: Lucy (*in the Sky with Diamonds*), (Lovely) Rita y Penny Lane. (Menos mal que a la tercera va la vencida, que si no podríamos haber tenido una pobre hermana pequeña llamada Eleanor Rigby).

Aunque yo había heredado de mis padres su amor por los Beatles, mis hermanas se resistían.

—¡No seas tan testaruda, Lucy! —exigió mamá por teléfono, gesticulando como una loca a mi padre, que estaba en la otra línea.

—A ver, Lucy —empezó a decir papá—, prométenos que lo pensarás.

Mamá le lanzó una mirada asesina. Yo mantuve la cabeza baja mientras terminaba de lavar los platos de la cena.

La inminente boda de Lucy tenía en tensión a toda la familia. Esta bronca en particular no trataba sobre los asuntos habituales relacionados con una boda, como la distribución de asientos, la comida o las flores. No, esta pelea era por la insistencia de mis padres en poner una canción de los Beatles para el primer baile de Lucy y Peter. Hasta el momento, el acuerdo era que papá y Lucy optarían por *In My Life* para su baile de padre e hija, lo que habría satisfecho a la mayoría de la gente.

Sin embargo, mis padres no eran como la mayoría de la gente.

—Vamos, no seas ridícula —gimió mamá—. ¡No te olvides de quién paga esta boda!

Me senté a la mesa de la cocina para echar un vistazo a las tarjetas de confirmación de asistencia y reconocí una serie de parientes y amigos. Los nombres que desconocía eran de la costa este, de donde procedía el futuro marido de Lucy.

—Bueno, supongo que hablaremos del tema cuando vengas a casa el próximo fin de semana —zanjó mamá con un suspiro.

Hice todo lo posible por contener la expresión divertida que me afluía en la cara. En algún momento, mis padres tendrían que darse cuenta de que, aunque la boda de ellos había incluido música y pósters de los Beatles, y los testigos del novio vestían atuendos parecidos a los que el cuarteto llevaba en su famoso debut en el programa *The Ed Sullivan Show*, la mayoría de las personas mostrarían un poco de moderación.

Mamá se dejó caer en una silla, a mi lado, después de colgar el teléfono.

—Mira, Penny Lane, será mejor que no nos plantees problemas por tu cumpleaños. Ya sabes lo que hay que hacer.

Accedí a toda prisa, sabiendo lo que me convenía. La tradicional canción *Cumpleaños feliz* nunca había sonado en casa de los Bloom. Dudo de que mis padres conocieran la letra. No, la única canción «aprobada por Dave y Becky Bloom» para las fiestas de cumpleaños era *Birthday*, de los Beatles. Aunque a Lucy y a Rita les molestaba enormemente, a mí me apasionaba.

—Bueno, pequeña, ¿cuál es el plan? —preguntó papá mientras se sentaba frente a mí con una pila de tarjetas de confirmación de asistencia en la mano.

—Bueno, este año mi cumpleaños cae en sábado, así que vendrán mis amigas del club. He pensado que podíamos hacer una tarta. En realidad, no necesito nada especial —era verdad. Lo único que necesitaba era el club.

—¿Y Ryan?

—Me va a invitar a comer —había estado dudando si pedirle que viniera esa noche, pero no quería que se sintiera incómodo. Además, no pensaba romper las reglas en mi propio beneficio, por mucho que fuera mi cumpleaños.

—Parece un plan divertido —respondió mi padre—. Ryan viene a la boda, ¿verdad?

Levanté los ojos y lo miré. Ni siquiera me había parado a pensarlo. Ryan y yo solo llevábamos cuatro semanas saliendo, y quedaban otras seis para la boda.

Antes de que tuviera oportunidad de responder, a papá se le iluminó la cara y dijo:

—Ah, aquí está la respuesta de los Taylor.

En ese instante se me revolvió el estómago. Se me había olvidado que los Taylor estaban invitados, y casi seguro que mis padres no iban a excluir a Nate, el cretino de su hijo, el que me había pisoteado el corazón.

Mamá bajó la mirada a la lista de invitados.

—Vienen, ¿verdad?

Me descubrí conteniendo el aliento.

Papá bajó la vista y leyó la respuesta.

—Sí, quieren dos menús de pollo y uno de ternera.

Nuestros respectivos padres eran íntimos amigos, por lo que yo ya sabía que nuestros caminos se acabarían encontrando. Pero no quería que fuera en un acontecimiento familiar tan importante.

De hecho, no quería que sucediese bajo *ninguna* circunstancia.

—Eh, papá —por fin recuperé la voz—. Ryan *sí* viene a la boda.

—¡Genial, Penny Lane! —Me hizo un guiño y mi madre añadió su nombre a la lista.

Sí, era genial.

Me consideraba capaz de manejar a Nate, lo había demostrado en Acción de Gracias, cuando por fin le eché la bronca.

Pero contar con apoyo nunca estaba de más.

En el mismo instante en que le mencioné la boda a Ryan, me di cuenta de lo tonta que había sido por no invitarlo antes.

Seguía emocionado cuando el viernes por la noche quedamos con Morgan y Tyson.

—Con tantos invitados —bromeó—, ¿me vas a permitir bailar contigo? ¿*Delante de todo el mundo*? —dejó caer la mandíbula, fingiendo exasperación.

—¿Eres consciente de que puedo retirar la invitación en cualquier momento...? —le recordé.

—¡No te atreves!

—Ponme a prueba —le desafié.

—Vale, no tentaré mi suerte.

—Inteligente jugada.

—Pero eso no significa que esta noche me vaya a tomar las cosas con calma contigo. Prepárate para una lección —entonces, Ryan empezó a ejecutar lo que solo se me ocurría que podía ser un baile al estilo Michael Jackson, agitando brazos y piernas sin parar.

Era una gansada; pero me pareció entrañable, totalmente.

—Sí, bueno, supongo que me lo he aprendido —levanté las manos y las agité de forma exagerada—. ¡Ay, qué nervios!

Ryan dejó de bailar.

—Acuérdate de la semana que viene.

—¿Qué pasa la semana que viene?

Me miró como si yo debiera saber de qué estaba hablando.

—Vamos a ese minigolf cubierto con mi hermana. El miércoles.

—Oh, no —me sentí fatal—. Se me había olvidado por completo. He quedado con algunas de las chicas para probar el nuevo restaurante chino.

—Vale —respondió sin mostrarse demasiado comprensivo—. ¿Y en algún momento del próximo fin de semana? El sábado por la noche no, obviamente.

—Claro —entonces, me di cuenta de lo que pasaba el fin de semana siguiente—. Espera, Lucy viene a casa el próximo fin de semana. Tenemos movidas familiares, y luego le voy a presentar a las chicas del club.

—Ya —repuso con voz inexpresiva, sin ocultar más su decepción—. Bueno, en realidad a mí también me gustaría conocerla, si es que hay tiempo.

Empecé a repasar mentalmente el horario para el fin de semana, pero en cada segundo había algo relacionado con la boda o con el club.

—¿Qué me dices de la semana después? —propuse, aunque yo misma sabía lo patético que sonaba.

—Ya que estoy saliendo con una chica tan popular, me contento con lo que me toca —entrelazó sus dedos con los míos y fuimos caminando hasta los recreativos, donde Morgan y Tyson ya estaban jugando una partida de *skeeball*.

Aunque algunas personas daban por sentado que el Club de los Corazones Solitarios permitió quedar con chicos exclusivamente para que yo pudiera salir con Ryan, en realidad fue por causa de Morgan y Tyson. Mientras yo pasaba por la fase «todos los tíos son el diablo», me pusieron a Tyson de compañero en el laboratorio de Biología. En un primer momento, su larga melena negra y su atuendo en plan rockero hicieron que lo tomara por un tipo superficial que solo se preocupaba por su grupo de rock. Pero cuanto más lo conocía, más me daba cuenta de que era un músico sensible y genial. Cuando me contó que le gustaba Morgan (que había estado por él desde tercero de secundaria), entendí que no era justo permitir que mis malas experiencias impidieran la felicidad de Morgan y Tyson.

Al observar cómo se reían y se lanzaban pullas en plan de broma, supe que el cambio del club había sido para bien. Y tampoco estuvo mal que yo consiguiera salir con Ryan.

A Morgan le quedaba una única bola. Estiró los brazos, recogió su larga melena negra en una coleta y agarró la bola.

—Y ahora, la doble campeona de *skeeball*, Morgan Stephens, solo necesita veinte puntos para ganar la partida. ¿Lo conseguirá?

Hizo una pausa teatral antes de lanzar la bola por la rampa, donde entró limpiamente en el hoyo de cincuenta puntos. Tyson soltó un gruñido, mientras Morgan recogía los tiques de las dos máquinas.

La decepción de Tyson se desvaneció al instante cuando tiró de Morgan hacia sí para besarla.

—¡Bien hecho! —Entrechoqué las manos con Morgan—. Hay que enseñar a estos chicos cómo se hace.

—¿Estás dispuesta a enfrentarte a la ganadora? —me retó.

—Por favor —saqué mis monedas de veinticinco centavos y las introduje en la máquina—. Reto aceptado.

Morgan y yo jugamos tres rondas. Ella mantuvo intacta su racha de ganadora y su montón de tiques fue aumentando por segundos.

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó cuando terminamos. Dirigió la vista hacia el rincón donde Ryan y Tyson lanzaban aros para conseguir premios.

—Claro que sí —su tono de voz me preocupó.

Morgan vaciló al tiempo que, nerviosa, jugueteaba con su brazalete de cuero.

—Últimamente he estado pensando mucho en dar el siguiente paso con Tyson... ya sabes.

Tardé un segundo en darme cuenta de lo que estaba hablando. De alguna manera, conocía las circunstancias. La presión constante a la que Nate me sometía para dar ese siguiente paso fue lo que condujo a la muerte de nuestra relación o, al menos, a que me diera cuenta de que era un cerdo tramposo.

—Sí... —Le di pie a que continuara. Tenía la sensación de que no podía aportarle gran cosa, ya que mi experiencia era nula en lo que al acto sexual se refería; pero

saltaba a la vista que Morgan necesitaba hablar.

—Sé que solo llevamos saliendo unos meses, pero él está en segundo de bachillerato. No quiero esperar a que se vaya. Tampoco me apetece seguir la típica costumbre de hacerlo después del baile de fin de curso. No sé.

—Bueno... —respondí con evasivas, porque no tenía ni idea de qué decir a continuación—. Supongo que... si no estás segura, probablemente deberías esperar hasta que lo estés.

Asintió con gesto pensativo.

—Tienes razón. Lo que tengo claro es que quiero que sea especial. No es mi intención que esto se convierta en un asunto relacionado con el club ni nada parecido, pero me preguntaba si habrá alguien con quien debería hablar.

—Sé que Amy lo ha... experimentado —el hecho de no poder decir en alto «ha perdido su virginidad» o «ha practicado sexo» dejaba a las claras que yo no era la persona adecuada con la que mantener esa importante conversación—. Pero, si recuerdo bien, no fue nada del otro mundo. Seguro que a alguna otra chica le habrá ido mejor; ese detalle no está precisamente incluido en el formulario de inscripción del club.

—¿Ah, no? Qué lástima —se echó a reír—. Bueno, te agradezco mucho que me hayas escuchado.

—De nada, siempre que quieras. Ya lo sabes —aunque yo fuera del todo incompetente en cuanto al tema.

—Bueno, ¿y tú?

Respondí con mi más maduro: «¿Eh?».

—¿Ryan y tú habéis hablado de...? —dejó la idea en el aire.

—¡No! —respondí con un horror un tanto exagerado. La manera en la que estaba manejando la conversación dejaba dolorosamente claro que no estaba preparada para dar ese paso. Traté de combatir los recuerdos sobre la traición de Nate, que empezaban a salir a la superficie. Aún me parecía escuchar los ecos de la cruel risa de Nate y de esa chica cuando los sorprendí.

Ni que decir tiene, aquello me hizo preguntarme si el propio Ryan estaba contemplando la posibilidad. Sabía que él y Diane habían pensado hacerlo, pero que no llegó a pasar.

—¡Eh! —Tyson se acercó, seguido de Ryan, que sujetaba un fajo de tiques—. ¿De qué habláis vosotras dos?

—¡DE NADA! —chillamos Morgan y yo al unísono. Nos habían cazado in fraganti. Tyson se echó a reír.

—Vale, vale, lo pilló. Cosas de chicas.

En realidad, yo pensaba que no lo había pillado, para nada.

Morgan miró las manos vacías de Tyson.

—Por lo que veo, la partida no ha ido bien.

Tyson miró a Ryan con un gesto de derrota.

—Debería haber sabido que no hay que competir con un deportista en un juego de deportes.

—Te lo avisé —Ryan me rodeó con los brazos, y al notar su roce me puse un poco en tensión. Se echó atrás, percibiendo mi incomodidad—. Podemos jugar a uno de tocar la guitarra, si piensas que igualaría el marcador.

Tyson arrugó la nariz.

—Tocar la guitarra en un videojuego o en la vida real son dos historias que no tienen nada que ver.

Morgan decidió subir la apuesta.

—¿Y si nos echamos una partida al juego de tocar la guitarra y yo os enseño a los dos? El que pierda paga la pizza.

Tyson y Ryan no estaban dispuestos a aceptar la proposición de Morgan de ninguna manera.

Mientras nos dirigíamos a jugar la partida, Ryan me atrajo hacia él.

—¿Va todo bien? Pareces un poco distante.

—Sí, estoy perfectamente —mentí.

Se detuvo y me miró de frente.

—Escucha, Bloom, te olvidas de lo bien que te conozco. Tienes ese gesto en la cara que significa que estás desconcertada, o preocupada, o puede que las dos cosas. Así que te vuelvo a preguntar: ¿va todo bien?

Miré a Ryan y no pude evitar la sonrisa que se extendió por mi rostro. Me estaba portando como una tonta, preocupándome por una conversación que no tenía que ocurrir hasta meses después, quizá más tarde aún.

Lo mejor de salir con un chico al que has conocido prácticamente toda tu vida es que sabes la clase de persona que es. Ryan nunca me obligaría a hacer algo para lo que yo no estuviera preparada. Yo sola me estaba agobiando sin ningún motivo.

Me incliné hacia él.

—Todo está genial —luego, lo sorprendí con un beso en los labios.

—¡Guauu! —exclamó cuando lo solté—. Ha sido increíble. *Y en público.*

Hice caso omiso de sus bromas (del todo injustificadas) y lo arrastré de la mano hasta donde esperaban Morgan y Tyson.

—De acuerdo, chicos, me apunto —metí la mano en el bolsillo de mis vaqueros en busca de monedas—. Y os lo advierto: mis padres exigen una partida de *Beatles Rock Band* en familia una vez por semana. Preparaos para entregar esos tiques e invitarme a una pizza.

Ryan podría ser el deportista; Tyson, el rockero, y Morgan, la jugona. Pero ninguno de los tres estaba a mi altura en ese videojuego.

Utilicé mis ganancias para comprarle a Ryan una minicanasta de baloncesto con el logo de los Chicago Bulls. Parecía algo propio de una novia... y decidí que era un momento tan bueno como cualquier otro para empezar a ser una novia mejor.

Cuatro

El sábado por la noche, Diane, Tracy y yo clavábamos la vista en la pantalla de mi ordenador como si fuera una equivocación. O una broma cruel.

—¿Esto va en serio? —preguntó Diane.

—Creo que sí —respondí con cautela.

Diane empezó a leer en alto el mensaje que me habían enviado a mi perfil:

—«Querida Penny Lane: no me conoces, pero he oído hablar mucho de ti. El artículo que salió en el periódico de tu instituto ha corrido de boca en boca entre mis amigas. Nos has servido de inspiración para fundar nuestra propia versión del Club de los Corazones Solitarios en el instituto South Lake. Me preguntaba si podrías darnos más información sobre vuestro club, por ejemplo, vuestro reglamento. O, ya que solo estamos a una hora de distancia, quizá te podríamos sobornar con comida para que des una charla a nuestro club. Siento plantearte esto tan de repente, pero pensé que no perdía nada por intentarlo. Espero tener noticias tuyas pronto y GRACIAS, Danielle».

Por fin, Tracy tomó la palabra.

—Chicas, ¡esto es IN-CRE-ÍBLE! A ver, se está propagando a tope. Tenemos que explicarles el reglamento, sí o sí, ¡quizá deberíamos montar una página del club y darnos a conocer en todo el mundo! —Se inclinó para leer el mensaje otra vez—. Sí, lo vamos a hacer, eso fijo. Envíale mi reglamento. Es lo mejor que he hecho, y merece arrasar en Internet, *totalmente*.

Del corcho colgado sobre mi mesa, desprendí la página con el reglamento que habíamos redactado poco después de Acción de Gracias:

NUEVO REGLAMENTO MEJORADO DEL CLUB DE LOS CORAZONES SOLITARIOS

El presente documento expone las normas para las socias del Club de los Corazones Solitarios. Todas las socias deberán aprobar los términos de este reglamento pues, de lo contrario, su afiliación quedará anulada automáticamente.

1. Las socias están en su derecho de salir con chicos pero nunca, jamás, olvidarán que sus amigas son lo primero y principal.

2. A las socias no se les permite salir con cretinos, manipuladores, mentirosos, escoria en general o, básicamente, con cualquiera que no las trate como es debido.

3. Se exige a las socias que asistan a todas las reuniones de los sábados por la noche. Ninguna socia excusará su presencia en la fecha señalada para las reuniones con objeto de citarse con un chico. Se mantienen como excepción las emergencias familiares y los días de pelo en mal estado, exclusivamente.

4. Las socias asistirán juntas, como grupo, a todos los eventos destinados a parejas incluyendo (pero no limitándose a) la fiesta de antiguos alumnos, el baile de fin de curso, celebraciones varias y otros acontecimientos. Las socias podrán llevar a un chico de acompañante, pero el mencionado varón asistirá al evento por su propia cuenta y riesgo.

5. Las socias deben apoyar siempre y en primer lugar a sus amigas, a pesar de las decisiones que estas puedan tomar. Lo más importante es mantenerse unidas.

6. Y sobre todo, bajo ninguna circunstancia, las socias utilizarán en contra de una compañera los comentarios realizados en el seno del club. Todas sabéis a qué me refiero.

La violación de las normas conlleva la inhabilitación como socia, la humillación pública, los rumores crueles y la posible decapitación.

Mantuve agarrada la hoja de papel mientras nos dirigíamos al sótano (o, como mis padres insistían en llamarlo, la caverna, en recuerdo del local que vio nacer a los Beatles, The Cavern). En aquella época, rara vez teníamos algún asunto en el orden del día. Nos dedicábamos sobre todo a comer, ver películas y relajarnos. Estaba entusiasmada por contar con un tema sobre el que tratar.

Los sábados por la tarde, mis padres se habían acostumbrado hasta tal punto a los constantes timbrazos y llamadas a la puerta alrededor de las siete que dejaban la puerta abierta para que las chicas entraran y bajaran solas al sótano, que hacia las siete y diez solía estar a rebosar. Aquel sábado no fue una excepción.

Me moría de ganas de contarle la noticia a todo el mundo. Aunque Diane, Tracy y yo habíamos acogido el mensaje con indecisa emoción, las chicas del club empezaron a lanzar vítores antes de que yo pudiera leer en voz alta la última línea.

—¡Nos vamos de viaje! —exclamó Laura Jaworski, de segundo de bachillerato, que recibió un aplauso.

—¿En serio? —dije yo, aún pensando que podía tratarse de alguna especie de trampa.

—¡Que sí, narices! —Tracy me miró como si me hubiera vuelto loca, y a toda prisa tomó el control—. Vale, hagamos una página YA. ¿Quién se quiere encargar?

Meg Ross, la alumna de último curso que había escrito el artículo del que hablaba Danielle, levantó la mano.

—En mi opinión, una vez que la página esté en funcionamiento, todas debemos compartir enlaces. Es probable que nuestro grupo pueda extenderse bastante por el Medio Oeste, y a partir de ahí veremos qué pasa. Pero creo que en vez de ir a ver a la gente, deberíamos hacer que la gente venga a vernos a nosotras.

—¡Sí! —coincidió Diane—. Podríamos celebrar un evento para las interesadas en el club. ¿Os acordáis de lo bien que nos lo pasamos organizando la noche de karaoke? Tenemos que hacer más cosas así.

La idea se me ocurrió mientras todo el mundo empezaba a charlar sobre una celebración. Se acercaba una noche temida por las chicas sin pareja de todas partes. Sería el momento perfecto para celebrar una fiesta del Club de los Corazones Solitarios. Y aquel año caía en sábado.

Levanté la mano con determinación y me quedé desconcertada por lo rápido que todas se callaron. Solo pronuncié dos palabras: «San Valentín».

Se produjo tal escándalo que lancé una mirada a la puerta, convencida de que mi padre bajaría a ver a santo de qué venía tanta emoción.

Habíamos comentado brevemente lo que aquel año íbamos a hacer como grupo por San Valentín —regalar una rosa a cada una de las socias, salir a cenar juntas, volver y celebrar una fiesta al estilo «las chicas son guerreras»—, pero esto superaba todo lo demás.

Ni siquiera tuvimos que votar.

El trabajo para nuestra página oficial comenzó de inmediato. Tracy ya estaba

dibujando posibles logotipos. A un grupo se le encargó elaborar un listado de lugares donde celebrar el evento ya que, si tenía el éxito que esperábamos que tuviera, el sótano de mi casa no serviría ni por asomo. En condiciones normales ya estaba lleno a reventar.

Tracy me trajo algunos diseños para que les echara un vistazo.

—¿Te das cuenta de lo grande que podía llegar a ser el club? —preguntó—. ¡Y el día de San Valentín es perfecto!

Diane hizo un gesto de afirmación.

—Sí, aunque yo había pensado en organizar una fiesta o algo parecido y que invitáramos a los chicos. ¿Crees que a Ryan no le importará que no quedéis esa noche?

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza qué íbamos a hacer él y yo por San Valentín.

—Podemos hacer algo durante el día —respondí—. No le importará.

—Pero ¿no le va a pasar lo mismo en tu cumpleaños?

—Está bien, Diane —intenté no molestarme por el hecho de que estuviera más preocupada que yo por pasar más tiempo con Ryan. Él sabía de sobra que el club era más importante que nuestra relación. Era más importante que cualquiera de sus socias.

Los diseños de logotipos que Tracy había esbozado eran buenos, pero lo cierto es que ninguno de ellos parecía encajar.

—No te enfades —advertí a modo de introducción, sabiendo lo sensible que se ponía cuando alguien criticaba sus dibujos—, pero ¿qué tal si nos basamos en esto?

Me acerqué a la vitrina que guardaba los álbumes de mis padres y saqué *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*.

Tracy lo agarró, sacudió la cabeza de un lado a otro y se retiró a un rincón.

Al final de la tarde, habíamos publicado una página con un párrafo sobre el grupo, el artículo del *McKinley Monitor*, la foto que las socias del club nos habíamos hecho en la fiesta de Navidad, el reglamento y la fecha de nuestra celebración de San Valentín, que con un poco de suerte se repetiría todos los años.

Por primera vez en mi vida, estaba deseando que llegara el día de San Valentín. Y por la emoción que se palpaba en el ambiente, sabía que no era la única.

Cinco

Una de las razones por las que creo que a mis padres no les importa recibir en su casa a treinta chicas todos los sábados es que ese jaleo no es nada comparado con el que se arma cuando nos juntamos las tres hermanas Bloom.

Antes incluso de que Tracy detuviera el coche para dejarme el jueves, después de las clases, se podía oír el latido del bajo que salía de la casa.

—Saluda a Rita de mi parte —bromeó mi amiga.

Tan pronto como pisé la entrada me recibieron los Rolling Stones, que sonaban a todo volumen desde el piso de arriba.

Para mis padres, era poco menos que una declaración de guerra. Poner a los Stones en una casa donde reinaban los Beatles equivalía a servir hamburguesas dobles con beicon y queso en un bufé para vegetarianos radicales.

—¡RITA! —vociferó mi madre desde el pie de las escaleras—. ¡APAGA ESE ESCÁNDALO AHORA MISMO!

—Mamá, relájate —la voz de Lucy llegó desde el cuarto de estar.

—¡Lucy! —Entré corriendo en la sala y me encontré a mi hermana mayor repasando la disposición de los asientos para la boda.

Al verme, se levantó del sofá como con un resorte.

—Madre mía, Penny Lane, cada vez estás más alta. ¡Ya está bien de hacerme sentir vieja! —exclamó mientras me envolvía en sus brazos.

Lucy vivía en Boston, y solo la veía unas cuantas veces al año. La echaba mucho de menos.

Se volvió a sentar y dio unas palmadas a su lado, en el sofá.

—Ven aquí y ayuda a tu hermana mayor a decidir dónde sentar a la gente.

Me quedé mirando los círculos que representaban las mesas y las sillas.

—¿Dónde me vas a poner? —pregunté.

Lucy se colocó el pelo, castaño y ondulado, detrás de la oreja.

—Ryan y tú os sentaréis a la mesa principal, igual que Rita. Supongo que lo preguntas porque te quieres sentar lo más lejos posible de Nate.

—Dios, sí —respondí.

—Lamento que venga. Papá y mamá se empeñaron. Si les contaras... —Lucy y Rita siempre repetían la misma cantinela: cuéntaselo a nuestros padres y Nate desaparecerá para siempre. Pero a esas alturas había pasado tanto tiempo que, con toda seguridad, mamá se iba a indignar porque se lo hubiera ocultado y no merecía la pena.

Mamá entró en el cuarto de estar e hizo un gesto para indicar la voz de Mick Jagger.

—Penny Lane, ve arriba y busca a tu hermana. No pienso permitir ese *ruido* en esta casa. Además, vuestro padre y yo tenemos que hablar con las tres.

Subí al piso de arriba y llamé a la puerta de Rita antes de abrirla. Rita estaba tumbada en la cama, de espaldas a la puerta.

—Mamá, relájate —protestó. A continuación, con gesto especialmente exagerado, bajó el volumen.

Realicé mi mejor imitación de nuestra madre.

—Por el amor de Paul y de Linda, ¡creía que te había educado mejor!

Rita se dio la vuelta.

—¡Eh! ¡Estás en casa! ¿Qué haces este finde, además de todo ese rollo de la boda?

—Necesito que ayudes al club a encontrar un sitio para celebrar nuestra fiesta de San Valentín.

—¿Aún no habido suerte con el local? —Frunció el ceño.

Negué con la cabeza.

—Todos los locales lo bastante grandes son demasiado caros o ya están reservados para movidas en pareja por San Valentín.

—¡Eso es discriminación! —exclamó Rita con toda la santa indignación de la que pudo hacer acopio.

—Es lo que dice Tracy.

—Por eso me encanta esa chica —Rita enlazó su brazo con el mío y nos dirigimos escaleras abajo, donde nuestros padres nos esperaban. Rita y yo nos sentamos en el sofá, al lado de Lucy; Rita se situó en medio. Era un reflejo automático ya que, en las grandes celebraciones familiares, nuestros padres siempre nos sentaban por orden cronológico. Las tres teníamos en común el color de pelo, el cutis, la nariz pequeña y un nombre relacionado con los Beatles. Era fácil confundirnos, sobre todo cuando éramos pequeñas.

—Mis tres chicas en casa —dijo papá con gesto melancólico—. Soy un hombre con suerte.

Mamá apenas podía controlarse.

—¡Tenemos grandes noticias!

Cuando nuestra madre se emocionaba hasta ese punto, solía significar que Paul McCartney iba a dar un concierto en los alrededores.

—Como sabéis, vuestro padre y yo nos volvemos locos todos los años pensando en ideas nuevas para nuestra tarjeta de felicitación de Navidad —su voz adquirió un tono serio, como si la felicitación de Navidad de los Bloom fuera un asunto de seguridad nacional.

—Sí, es verdad que os volvéis locos con la tarjeta de Navidad —comentó Rita con tono seco, antes de que Lucy le diera un codazo para que se comportara. A ninguna nos convenía que mamá se saliera de sus casillas. Su carácter resultaba particularmente explosivo por la proximidad de la boda—. Estamos en enero. ¿Por qué mencionar siquiera la felicitación del año que viene?

—Porque tenemos que asegurarnos de incluir el día especial de Lucy en la tarjeta.

—Por favor —Lucy hizo un aspaviento—. No permitáis que algo como mi boda se interponga en una tradición navideña de los Bloom. Y hablo en serio, *por favor*.

En nuestras felicitaciones de Navidad siempre recreábamos la portada de un álbum de los Beatles o una famosa actuación del grupo, como la del programa *The Ed Sullivan Show*, o su último concierto en la azotea de la sede del sello discográfico Apple, en Londres. Yo había fastidiado las cosas con mi presencia, puesto que mis padres tuvieron que trabajar con cinco de nosotros, en vez de cuatro. Cuando era un bebé, hacía las veces de batería; luego, de altavoz. Cuando alcancé la estatura suficiente, podía ser el pie del micrófono o el piano. Era maravilloso para mi autoestima.

Con más de veinte felicitaciones familiares, a mis padres cada año les costaba más inventarse algo. Habíamos representado todas las carátulas, excepto una.

—Ay, Dios mío —dije yo, al caer en la cuenta de lo que tenían en mente—. Por fin se os ha ocurrido cómo hacer el Álbum Blanco.

—¡Sí! —Mamá, emocionada, dio una palmada—. A vuestro padre se le ocurrió anoche. Llamé al fotógrafo y lo he preparado todo.

Lucy soltó un gruñido.

—Estás de broma, ¿no? ¡Es mi boda!

—Bah, tranquila —respondió mamá, sin hacerle caso—. Lo haremos en casa, antes de salir para la iglesia. ¡Dave, cuéntaselo!

Papá se incorporó en su silla y habló con una nota de emoción en la voz.

—El fotógrafo va a traer un telón de fondo blanco. Lucy llevará su traje de novia; los demás vestiremos de blanco (solo para la foto, Lucy) y llevaremos guantes blancos. Lo único que resaltará serán nuestras cabezas. Luego, en la esquina, solo pondrá «Los Bloom», en letras grises —sonrió, radiante, claramente encantado consigo mismo.

Tuve que reconocer que la idea era increíble; pero también era consciente de que, cuando se trataba de algo relacionado con los Beatles, me encontraba en minoría con respecto a mis hermanas.

—Ridículo total —objetó Rita—. Pero lo que sea con tal de que haya paz.

Lucy hundió los hombros en señal de derrota.

—Muy bien. Pero las figuras recortadas de los Beatles se quedan en casa durante el banquete. Y *también* durante la ceremonia —Lucy conocía la importancia de no dar a nuestros padres amplitud de maniobra—. Hablo en serio.

—De acuerdo —cedió mamá—. Déjanos hacer la foto y John, Paul, George y Ringo se quedan en casa.

Rita me susurró al oído:

—Recuérdame que me fugue para casarme.

Aunque dudaba de que Lucy no se arrepintiera por no haberse fugado para casarse,

pronto me enteré de que estaba decepcionada por una cosa.

Sus ojos castaño oscuro recorrieron el sótano.

—¿Por qué narices nunca se me ocurrió?

Era la primera vez que Lucy asistía a la reunión del Club de los Corazones Solitarios. Llegó en un momento de mucha actividad para nosotras, a tres semanas del día de San Valentín.

Diane examinaba la lista de locales descartados.

—Puedo ver si mis padres me dejarían vaciar nuestro garaje...

No era solo que estuviéramos preocupadas por cuánta gente iba a asistir; no nos interesaba anunciar en Internet una de nuestras casas. No sabíamos en realidad la gente que acabaría presentándose.

—Tiene que haber un sitio en el que no hayamos pensado —Kara metió la mano en su mochila y sacó un libro enorme.

—¿Qué es eso? —Tracy señaló el volumen amarillo de diez centímetros de grosor.

—Son las páginas amarillas —respondió Kara. Cuando Tracy le clavó la mirada sin comprender, continuó—: enumera las empresas por productos o servicios. No perdemos nada por echarle un vistazo.

—¡Chicas! —exclamó Meg desde donde estaba trabajando en la página web con Hilarity y Anette—. Ya tenemos cuatrocientos veintiséis «Me gusta» en nuestra página, y alguien de México pregunta si podemos transmitir la fiesta en directo por Internet.

—¿Hablas en serio? —Me acerqué corriendo para comprobarlo, porque no acababa de entender lo que decía—. ¿Qué piensa la gente que es esto, exactamente? ¿Y cómo es que alguien de otro país se ha enterado?

Tracy se encogió de hombros.

—Tecnología.

—Bueno, pues no habrá evento si no se nos ocurre dónde celebrarlo —nos recordó Diane.

Me sentía descorazonada, pero no quería darme por vencida. Si el Club de los Corazones Solitarios podía tener un efecto tan positivo en la gente que ocupaba aquel sótano, no me podía ni imaginar lo que sucedería si se ampliaba.

El entusiasmo que reinaba en el ambiente degeneró en una calma teñida de desesperación. Me acerqué al mueble del televisor.

—Por esta noche ya está bien. Pongamos una película.

—No me importa seguir trabajando en la página web —se ofreció Meg.

Otras chicas intervinieron diciendo que querían continuar. Aunque probablemente no debería sentirme culpable por ser la única persona que quería dar la noche por concluida, estaba abrumada por lo mucho que mis amigas querían seguir intentándolo hasta agotar todas las posibilidades.

Continuamos buscando locales y lanzando propuestas sobre qué hacer si la fiesta

llegara a celebrarse. En el sótano se escuchaba un rumor de emoción... hasta que, de pronto, se hizo el silencio.

Meg dejó de teclear y levantó la vista.

—Eh, Penny... —Me hizo señas para que me diera la vuelta.

No sabía muy bien de qué se podía tratar. Pero la última persona que esperaba ver en mitad de una reunión del Club de los Corazones Solitarios era mi novio.

—Siento interrumpir —Ryan se agitó, incómodo, mientras todas las presentes le clavaban la mirada—. Sé que no debería estar aquí, pero es que... creo que he encontrado un local.

—¿Qué? —saltó Tracy, emocionada—. ¿Hablas *en serio*?

—Sí, estaba en el Parque...

Tracy le interrumpió.

—No podemos montar la fiesta en un parque. Estamos en febrero. Nos congelaríamos. Además, lo de «eh, chicas adolescentes, venid a un parque por la noche» da un poco de yuyu...

Ryan prosiguió:

—No, me refiero al Parque Municipal de Recreo del Distrito de Parkview. Hoy estaba trabajando de voluntario y vi que habían colgado un folleto para un evento que se celebra en marzo. Pregunté si podría reservar la sala para San Valentín, y está disponible.

El sótano al completo empezó a hacer comentarios de aprobación. Muchas de nosotras habíamos ido allí de niñas; practicábamos deporte extraescolar, asistíamos a clases de música o, sencillamente, pasábamos el rato en la biblioteca. Hacía tanto tiempo desde la última vez que había estado allí que casi me había olvidado de su existencia.

—No es nada del otro mundo —prosiguió Ryan—, pero tiene una sala grande. Tendríamos que apartar a un lado parte del equipamiento y entregar una fianza, que nos devolverían si no se producen desperfectos. Y habría que limpiar después —hizo una pausa, sacó un papel del bolsillo y lo miró—. Tiene que haber algunos adultos de acompañantes, pero sé que ya habíais contado con que varios padres asistieran. Mmm, una cosa más —parecía preocupado.

—¿Qué? —pregunté con cautela.

—Bueno, como el socio que hace la reserva sería yo, tendría que estar presente. Puedo ponerme en la puerta para asegurarme de que solo entre la gente que haya confirmado su asistencia. No os estorbaré, para nada. Lo juro.

—Ryan —Tracy negó con la cabeza—. Antes de nada, nos acabas de salvar. En segundo lugar, sigues demostrando que no todos los chicos son hijos de Satanás, así que enhorabuena por eso. Por último, *por supuesto que puedes estar con nosotras*. ¿Verdad, Pen?

—Desde luego —me acerqué para darle un abrazo—. No me puedo creer que hayas hecho esto por nosotras.

—Sabía que estabas preocupada por el asunto, y la solución apareció delante de mi cara —me dedicó una sonrisa y el corazón se me salió del pecho, como dicen en esas canciones cursis de las que siempre me burlo.

—Eres el mejor. En serio —le acaricié el hombro levemente, pues no quería hacer alarde de nuestra relación delante de todo el mundo.

—Entonces, ¿tú eres Ryan? —Lucy se acercó a nosotros.

—¡Sí! —Hice las presentaciones.

Ryan estrechó la mano de Lucy.

—Encantado de conocerte. Estoy deseando ir a tu boda... gracias por invitarme.

—De nada, es un placer —respondió Lucy.

—Bueno —Ryan paseó la vista a su alrededor—. Debería irme...

Acompañé a Ryan al piso de arriba y le di un rápido beso por sorpresa antes de que se marchara. Cuando me di la vuelta para volver a la reunión, me tropecé con Lucy, que había subido a la cocina a por algo de beber.

—Deja que te dé un consejo, hermanita —tenía una sonrisa traviesa en la cara—. Tu novio es guapísimo, y atento. ¡Por todos los santos, trabaja de *voluntario*! No la fastidies.

No hacía falta que me lo recordara.

Seis

Ryan había hecho algo genial por nosotras. Entonces supe que era el momento de hacer algo por él. Aunque era consciente de que iba a ser una tarde terrible, espantosa, nefasta, fatal.

—¿Estás enfadada? —me preguntó el miércoles por la noche mientras nos dirigíamos hacia lo que yo me tomaba como un castigo—. No tenemos por qué hacerlo.

—No, está bien. Entiendo tus razones —y las entendía. Pero no por eso tenían que gustarme.

Ryan se detuvo en seco a la puerta del restaurante.

—Mira, intenta pasarlo bien esta noche, por favor. Comprendo que no te apetezca, pero significa mucho para mí.

Esa era la única razón de que yo estuviera allí.

—Podría recordarte que no estoy invitado a tu fiesta de cumpleaños o a pasar tiempo contigo el día de San Valentín. Me da la impresión de que he sido bastante comprensivo.

—Es verdad —admití—. Sé que has tenido que aguantar mucho, en serio. Pero sí vamos a estar juntos en San Valentín.

—Sí, rodeados de chicas que quieren excluir a los chicos. ¡Justo la clase de celebración con la que sueñan los tíos! —Esbozó una sonrisa irónica.

—Te compensaré —le prometí. Miré alrededor y le di un beso fugaz.

—No tienes que compensarme por nada... después de esto. Te lo prometo —abrió la puerta—. Por favor, recuerda que es mi mejor amigo.

Respiré hondo antes de entrar y enfrentarme a mi condena de aquella tarde.

Habíamos quedado con Todd y una chica.

Ya estaba sentado a la mesa con una rubia menuda que llevaba una falda muy corta.

—Veinte pavos a que es animadora —le susurré a Ryan. Yo no era de las personas que odian a las animadoras; muchas de ellas son inteligentes. Era simplemente que Todd elegía un tipo concreto. Mis expectativas también eran bajas, ya que no me podía imaginar por qué una chica con una pizca de inteligencia accedería a quedar con él.

Ryan soltó una risita en respuesta. Pero me di cuenta de que estaba nervioso. Sabía que Todd y yo no coincidíamos en nada, y no únicamente porque Todd prefiriera mirarme el pecho a mirarme a los ojos.

Traté de quitarme de la cabeza semejantes pensamientos, a sabiendas de que tenía que hacérselo lo más fácil posible a Ryan. Me mostraría amable... aunque fuera por una noche.

—Hola, Todd —le saludé con voz alegre. Todd me devolvió el saludo con una mirada desconfiada. Aunque había quedado con una chica, no se había desprendido

de su atuendo habitual con logotipos de equipos deportivos; llevaba incluso sus pantalones de chándal de los Chicago Bears.

Qué romántico.

La chica levantó los ojos mientras nos acercábamos y nos dedicó una cálida sonrisa.

—Hola —dijo.

Todd nos señaló con un gesto de la cabeza.

—Te presento a Ryan.

—Hola, Ryan —le saludó con un leve movimiento de la mano—. Soy Nicole.

Esperé a que Todd me presentara o se diera por enterado de mi presencia.

—Te presento a Penny —dijo Ryan, porque era un caballero. Nicole y yo intercambiamos los saludos de rigor.

Me senté enfrente de Nicole, con Ryan a mi derecha y Todd a mi izquierda. En la mesa reinaba un doloroso silencio, y la incomodidad de la situación era patente incluso para el camarero, que al vernos examinando la carta como si incluyera un código secreto para la paz mundial (yo estaba dispuesta al cese de hostilidades en nuestra mesa) caminó en la dirección contraria. Nunca en mi vida me había dado tanta envidia un camarero.

Sabía que aquella noche era demasiado importante para Ryan como para darme por vencida.

—Bueno, Nicole, ¿dónde conociste a Todd?

Ella soltó la carta y se inclinó hacia delante.

—En un partido de baloncesto. Soy animadora del segundo equipo de la universidad de Winnetka.

—¿Eres animadora? —Le di un rodillazo a Ryan—. ¡Es genial!

Ryan frunció los labios, tratando de contener la risa. Mientras tanto, Todd decidió comerse la cesta entera de colines. Me pregunté qué habría hecho Ryan para que hubiera accedido a estar allí.

—Y vosotros dos, ¿cómo...? —Nicole nos señaló con un gesto a Ryan y a mí.

Ryan se recostó en su silla y me hizo señas para que explicara la historia. Como si yo fuera a contar la versión completa, con todo el melodrama.

—Bueno, llevamos toda la vida en el mismo instituto y nuestras taquillas están cerca. Ryan *Bauer* y Penny *Bloom*. Era inevitable, claro. Seguramente deberíamos enviar una tarjeta de agradecimiento al consejo escolar.

Algo cambió en la actitud de Nicole. Volvió la mirada hacia Todd al instante.

—Ay, Dios mío, ¡no me puedo creer que no me lo dijeras!

Todd respondió con la boca llena.

—¿Decirte qué?

—¿Eres...? ¿No serás la mismísima Penny Lane, del Club de los Corazones Solitarios?

«Flipante».

—¡Sí! —exclamé con una especie de chillido, incapaz de contener la emoción. Sabía que Winnetka solo estaba a unos veinte minutos, pero aun así me alucinaba que hubiera oído hablar del club.

Se inclinó hacia delante.

—Me cuesta creer que te haya conocido. Mis amigas van a flipar. Estamos pensando en ir a vuestra fiesta de San Valentín.

Ryan parecía superorgulloso.

—Pues haríais bien. Penny y sus amigas del club saben cómo divertirse.

—¿Y tú eres su novio? —Nicole señaló a Ryan de una manera un tanto acusatoria—. Es increíble. ¿De veras te parece bien toda esta movida?

Ryan alargó el brazo y me agarró la mano.

—Claro que sí. Lo que es importante para Penny, es importante para mí.

Noté un escozor en los párpados y le apreté la mano.

—Gracias, Ryan. ¿Sabes? Yo...

—¡Hostias, Ryan! —Todd gruñó como si le doliera algo—. ¿En serio vas a tomar partido por la sargento Tocapelotas?

Ryan lanzó a Todd una mirada de advertencia.

—Por supuesto, estoy muy orgulloso de Penny.

Todd soltó un bufido.

—Por favor. ¿Qué tal si dejamos de fingir que ha encontrado una cura para el cáncer? Ha montado un club estúpido y ahora tiene un grupo de pibas que obedecen sus órdenes. ¡Yupiiiiii! Deberíamos plantarle una medalla en su culo egocéntrico.

—Yo no...

Todd me interrumpió.

—Cierra el pico de una vez. ¿Por qué siempre hay que estar hablando de ti? —Su pelo rubio oscuro, que llevaba rapado, dejaba al descubierto que la cabeza entera se le había puesto roja de indignación.

Le lancé una mirada asesina.

—No soy yo quien habla de mí. En serio, Todd, ¿qué tiene el club de estúpido? Que tú no formes parte de algo no lo convierte en estúpido. El club será muchas cosas, pero estúpido no. Más bien... impresionante.

Todd arrojó su servilleta a la mesa.

—Me largo —se levantó con brusquedad y su silla provocó un sonoro ruido que hizo eco en el restaurante.

—Todd... —dijo Ryan.

—Olvídalo, tío —Todd empezó a alejarse de nuestra mesa.

—Eh... ¡oye! —le llamó Nicole—. Te olvidas de tu pareja, aunque es más que evidente que lo nuestro se ha acabado. ¿Me llevas a casa, por lo menos?

Todd se dio la vuelta.

—Ya que pareces tan interesada en el Club de las Perdedoras Solitarias, que te lleve a casa tu pequeña salvadora, ya que es *tan* maravillosa —salió en tromba del

restaurante sin volver la vista atrás ni una sola vez.

«Vaya, sí que ha salido todo bien».

Me quedé estupefacta. Aunque siempre había pensado que Todd era más que capaz de portarse como un auténtico canalla con las chicas con las que salía, no se me habría ocurrido que pudiera hacerlo de una manera tan *obvia*. Al menos, no delante de Ryan.

—Lo siento mucho, Nicole —dije. Aunque sabía que, a la larga, era mejor para ella cortar con Todd en ese momento, el rechazo público y violento por parte de él debía de haberle dolido.

Nicole seguía mirando la puerta del restaurante, por la que Todd se había esfumado. Empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro.

—No habrás fundado el club por él, ¿verdad? Porque tendría todo el sentido...

—Por él en concreto no —respondí—. Fue por los tíos que hacían exactamente lo que él acaba de hacer —me giré hacia Ryan, cuya atención también estaba en la puerta. Probablemente pensaba que Todd se daría cuenta de su error y volvería. Su fe en que su mejor amigo haría lo correcto resultaba conmovedora. Totalmente equivocada e ingenua, sí; pero conmovedora.

—Bueno —dijo Nicole—. Ahora sé que quiero fundar mi propio club. ¿Tenéis sitio en vuestra fiesta para mis amigas y para mí?

Ryan contestó antes de que yo tuviera la oportunidad.

—Claro que sí. Siento mucho lo de Todd... no te merecías eso. Nadie se lo merece.

¿Quién habría pensado que Todd Chesney se iba a convertir en uno de los mejores promotores del club?

Siete

Por lo general, no veía el momento de que acabara la clase de Biología, pero el jueves contaba los segundos.

La desastrosa salida del día anterior no hizo más que confirmar lo afortunada que era por tener a Ryan en mi vida. Quería preparar algo especial para él, pero no sabía qué. Solo había un chico de cuya opinión me fiaba de verdad.

—¡Tyson! —le llamé después de que sonara el timbre.

—¿Qué tal?

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Recorrí el pasillo con la vista—. En confianza.

Puso gesto serio.

—Claro. ¿Le pasa algo a Morgan?

—No —me conmovió que su primera reacción fuese preocuparse por ella—. Quería pedirte consejo sobre Ryan.

—Ah —pareció sorprendido—. Creía que las cosas iban bien entre vosotros.

—Y van bien, pero quiero hacer algo especial por él. No sé si te has enterado de lo que ha hecho para el día de San Valentín... —Tyson afirmó con la cabeza—. Sé que a veces lo pongo en segundo lugar, después del club, y quiero que sepa cuánto lo aprecio.

Tyson siguió mirando hacia el pasillo.

—¿Puedo hablar con franqueza?

—Claro.

—Sinceramente, pienso que lo único que tienes que hacer es decirle que te importa. Y demostrarlo.

—Vale —aunque lo que decía parecía fácil, por el gesto de su cara daba la impresión de que dudaba de que yo fuera capaz.

Negó con la cabeza.

—Me parece que no te enteras de lo que estoy hablando.

Tal vez tuviera razón.

—Cuando salimos con vosotros, es evidente que Ryan está loco por ti. Creo que no te das cuenta de la forma con la que te mira porque estás demasiado ocupada observando a tu alrededor, como si te fueran a pillar. Yo lo noto, y estoy seguro de que Ryan se da cuenta también. Lo que no me encaja es que, por lo que se ve, las chicas del club apoyan vuestra relación, igual que tus mejores amigas. Entonces, ¿dónde está el problema?

—No lo sé —respondí. Y era verdad. No entendía por qué siempre me sentía cohibida cuando estábamos en público. No era tan egocéntrica como para pensar que a la gente le importaba con quién salía yo. Pero existía esa pequeña parte de mí que se preocupaba de que todo fuera demasiado... perfecto. Mi castillo de naipes estaba perfectamente construido con el club y con Ryan, y una pequeña ráfaga de viento

podía hacer que se viniera abajo.

—Penny, si te he ofendido, lo siento —Tyson se colocó un mechón de su larga melena detrás de la oreja—. No conozco muy bien a Ryan, pero creo que podrías romperle el corazón. Así que ten cuidado.

Como respuesta, solo pude asentir con la cabeza. Tyson hizo una pausa antes de dirigirse a su taquilla.

—¡Espera! —Por fin, había recuperado la voz. Tyson se dio la vuelta con cautela—. ¿Qué opinas del club, sinceramente? Como novio de una de las socias.

Tyson no lo dudó.

—Creo que es genial. Sinceramente. Procura no fastidiar eso tampoco —se echó a reír, pero a mí no me hizo gracia.

¿De veras podía hacer las dos cosas bien sin fastidiar una de ellas?

Seguía con la mente confusa cuando llegué a mi taquilla después del almuerzo. Estaba tan sumida en mis pensamientos que no presté atención a la persona misma con la que intentaba ser más considerada.

—¡La Tierra llamando a Penny! —Ryan agitaba la mano delante de mi cara.

—¡Hola! —exclamé. Acto seguido, me puse de puntillas para darle un beso—. ¿Cómo te ha ido la mañana?

Mi demostración pública de afecto en el instituto lo pilló desprevenido.

—Mmm, después de eso, mucho mejor. ¿Qué mosca te ha picado?

—¿Es que una chica no puede demostrarle a su novio lo mucho que lo aprecia?

—Sí —respondió—. Pero ¿por qué lo haces tú?

Fingí estar ofendida, aunque ambos sabíamos que tenía razón.

—No te preocupes —esbozó una sonrisa burlona—. Nunca más tendrás que soportar otra salida con Todd. He aprendido la lección.

—A Dios gracias. Pero no tiene que ver con eso. Estaba pensando que, como los dos vamos a estar ocupados el día de San Valentín, me gustaría hacer algo especial para ti el viernes anterior —calculé que tenía dos semanas para pensar en qué iba a consistir ese algo especial.

Ryan parecía decepcionado.

—Esa noche tengo un partido. ¿Qué tal el domingo?

Por una parte, me sentí agradecida por el hecho de que, por una vez, fuera él quien tenía otros planes.

—El domingo está bien.

Se le iluminó la cara.

—Genial. Lo estoy deseando. Ya sabes, puede que yo también tenga algo especial para ti.

Sacudió la cabeza de un lado a otro con excesiva energía.

—Ya has hecho un montón al conseguirnos el local.

—Pero quería algo especial para *ti*.

Recordé lo que Tyson me había dicho.

—Vale y, eh... Ryan...

Cerró la puerta de su taquilla.

—¿Sí?

—Yo, mmm... te aprecio mucho.

Me rodeó con el brazo mientras nos dirigíamos a la cafetería.

—Ya lo sé, Penny. No tienes que seguir dándome las gracias por lo del centro de recreo. Estoy encantado de ayudar.

—No, no es eso... Quiero decir, yo... eh... claro que te lo agradezco. Me refiero a que te aprecio por otras cosas, además de lo que haces por el club.

Ryan se detuvo, y luego se giró para mirarme.

—Me encanta cuando te pones nerviosa, así que voy a prestarte toda mi atención.

Le di una palmada en el brazo.

—Intento decirte que me importas mucho, ¿vale?

Nos quedamos mirando el uno al otro. No me podía creer que lo hubiera soltado así, de sopetón.

Me sentí como una tonta. Estuve a punto de recorrer el pasillo con la vista para comprobar si alguien nos estaba mirando, pero me frené. En vez de eso, le agarré de la mano y di un paso adelante de modo que solo nos separaban unos centímetros.

—Con centro de recreo o sin él, significas mucho para mí, en serio. Yo, eh... bueno, se me ocurrió que... en fin... deberías saberlo —Dios mío, cuando se trataba de declaraciones de afecto, era una tarada sin remedio.

—Y tú significas mucho para mí, Penny.

Mientras avanzábamos poco a poco, se percibía en el ambiente una electricidad estática. Hice callar a la parte de mí que me gritaba que no montara un espectáculo, para que la gente que se dirigía a almorzar no me viera. En vez de eso, dejé que Ryan me tomara entre sus brazos y saboreé sus labios en los míos.

—¡Ya está bien! —bramó un profesor—. Nada de exhibiciones públicas en los pasillos.

Quizá debería haber comprobado antes si había algún profesor por los alrededores. Pero aunque nos pillaran, había merecido la pena. Totalmente.

Cuando terminaron las clases, me sentía aún flotando por el beso del mediodía. Tardé un segundo en darme cuenta de que Bruce me esperaba junto a mi taquilla.

—Hola, ¿qué tal va todo? —pregunté mientras reunía mis deberes.

—Bien, bien... —Cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro sin parar—. Quería saber si puedo hacerte una pregunta.

—Claro que sí —dejé de luchar contra mi libro de Historia y levanté la vista hacia Bruce.

—No quiero meterme en donde no me llaman, pero oí hablar a Tracy sobre esa fiesta que vais a organizar en San Valentín. Me interesaba saber si las chicas pueden llevar pareja.

—Ya. Bueno... no —respondí, confiando en que Bruce y yo mantuviéramos algún día una conversación en la que no me viera forzada a excluirle. Después de la metedura de pata de su primer día, cuando se sentó con nosotras, había encontrado a varios grupos con los que almorzar. Lo veía en clase, pero lo cierto es que casi nunca hablábamos—. Se trata más bien de hacer correr la voz sobre el club en otras ciudades.

—Mola un montón. ¿Necesitas ayuda? —se ofreció.

Necesitábamos mucha ayuda, la verdad.

—¿Sabes qué? Sería genial. Ryan va a estar, seguro que le encantará la compañía de alguien que no sea padre, madre, o una chica envenenada por el odio a los varones.

—Bueno, pensándolo bien... —empezó a dar marcha atrás y luego se echó a reír—. Era broma. Suena genial.

Los ojos de Bruce se iluminaron al mirar a mis espaldas. Estuve a punto de frotarme la barbilla con el hombro disimuladamente para ver qué había captado su atención, pero al momento oí aquella voz conocida.

—¿Lista para marcharnos, Pen? —Tracy llevaba las llaves del coche en la mano.

—Sí, estaba hablando con Bruce sobre la fiesta de San Valentín.

Bruce dedicó a Tracy una cálida sonrisa.

—¿Cómo ha sido el día, Tracy?

—Lo normal: mañana, tarde... me figuro que se hará de noche, o estaremos condenados —sacó su móvil y empezó a escribir.

—¿Sabes? —dije yo—, Tracy se encarga de los adornos. Y tú eres tan alto... —Me giré hacia mi amiga, que levantó la vista del teléfono—. Tracy, te voy a poner a cargo de Bruce.

—¿Eh? —No tenía la menor idea de lo que estaba hablando.

—Se ha ofrecido a ayudar para la fiesta, y me imagino que necesitas un chico alto para colgar los adornos.

—Vale —lo miró y asintió con la cabeza—. Muy bien. Lo que su majestad disponga.

—¡Impresionante! —Bruce vaciló un poco—. En ese caso, ¿me puedes dar tu número?

—Claro —Tracy intercambió su número de móvil con el de Bruce.

Me hizo gracia, no pude evitarlo. Uno, completamente cautivado; la otra, absolutamente inconsciente.

Luego oí aquella voz nasal e irritante que había esperado no volver a oír jamás.

—Bruce, no permitas que *estas dos* te laven el cerebro.

Missy Winston. Tercero de secundaria. La pareja de Ryan en la fiesta de antiguos alumnos. Y Enemigo Público Número Uno del club. Aunque tal vez ese honor

debería estar reservado para Todd. Algunos días resultaba difícil averiguarlo.

—¡Buen día, Missy! —saludó Bruce—. ¿Vas a la fiesta de San Valentín?

Missy arrugó la nariz como si percibiera un olor nauseabundo (yo supuse que era el perfume que la empapaba). Acto seguido, se colocó una mano con manicura impecable en la cadera.

—No, y tú tampoco deberías relacionarte con esta gente. No te conviene *echar a perder* tu reputación.

Tracy le lanzó una mirada asesina.

—Sí, es mucho mejor relacionarse con un monstruo de tercero que se dedica a mirarse el ombligo.

—Lo que su majestad disponga —respondió Missy.

—Oye, ¡ni se te ocurra decir eso! —Tracy dio un paso para acercarse a Missy, que dio un respingo. Yo sabía que Tracy no la iba a pegar, pero nunca había conocido a nadie con la suficiente sangre fría para copiar una de las expresiones de Tracy y utilizarla en su contra.

Missy se recuperó a toda prisa de su instante de cobardía. Echando hacia atrás su pelo, con exceso de mechas y recién alisado con productos químicos, añadió:

—Bruce, en serio, deberías salir con gente que sabe divertirse, y no con un puñado de chicas patéticas e incapaces de conseguir pareja.

Tracy dio otro paso al frente.

—Recuérdame otra vez, ¿cómo acabó tu acoso a Ryan? Ah, sí, es verdad, sale con Pen. Porque Pen es increíble y no apesta a desesperación y perfume barato.

Missy empezó a alejarse tan rápido como sus botas de plataforma de doce centímetros se lo permitieron. Luego, elevando la voz, dijo:

—¿Vienes, Bruce?

—Se viene conmigo —replicó Tracy para gran alegría de Bruce, que no volvió a mirar a Missy. Obediente, siguió a Tracy. Ella no le explicó adónde iban, pero lo más probable es que él la hubiera seguido a cualquier parte.

Missy se quedó mirando cómo se marchaban antes de devolver su atención a mí. Me examinó con desconfianza, probablemente preguntándose por qué Ryan querría a alguien como yo cuando la podría haber tenido a ella.

—Bueno —le dije al tiempo que me empezaba a alejar—. Un placer haberte visto, Missy, como siempre —reflexioné que, con personas como ella, la amabilidad era la mejor arma. Más que nada porque así podía matarlas de una manera legal.

Siguió clavándome la mirada, furiosa.

—Sí, lo mismo digo. Que te diviertas con tu plan patético y tus amigas patéticas. Yo pasaré San Valentín con Todd, mi pareja.

Me detuve en seco.

—¿Ahora sales con Todd? —En realidad, no me sorprendía que Todd se hubiera olvidado de Nicole con tanta rapidez. Nunca permitía que nada, como los sentimientos de la gente, por ejemplo, se le pusiera en el camino.

—Sí —esbozó una sonrisa satisfecha, claramente encantada consigo misma por salir con un alumno de un curso superior.

—Bueno, pues buena suerte —le dije, y la dejé atrás para ir en busca de Tracy y Bruce.

La iba a necesitar, eso seguro.

Carry That Weight

"And in the middle of the celebrations,
I break down..."

*Carry That
Weight*

Ocho

En los cumpleaños, los Bloom teníamos varias tradiciones a las que me había acostumbrado en los diecisiete años que llevaba en el planeta Tierra. Por lo tanto, no me debería haber sobresaltado hasta tal punto cuando mis padres me despertaron abriendo las cortinas para que una explosión de luz y el sonido ensordecedor de *Good Day Sunshine* me dieran los buenos días.

—¡Despierta, cumpleañera! —canturreó mi madre al ritmo de la música.

Papá empezó a hacerle dar vueltas y se pusieron a bailar en mi habitación.

«Feliz cumpleaños, Penny», me dije.

A regañadientes, aparté las mantas de una patada y me bajé de la cama. Me envolvieron en un abrazo e intentaron que bailara con ellos pero, dado que no estaba despierta del todo, me escapé al cuarto de baño para echarme agua fría en la cara.

Iba a ser una mañana muy larga.

Cuando bajé las escaleras, mis padres bailaban al son del álbum *Meet the Beatles!*

—*Today is the day!* —cantaba mamá mientras movía las caderas y daba la vuelta a las tortitas sobre la plancha.

Le dediqué una sonrisa tímida mientras ocupaba mi asiento habitual a la mesa de la cocina, donde estaba el plato especial que solo se utilizaba en los cumpleaños: una foto de los Beatles comiendo tarta con la leyenda «¡FELIZ CUMPLEAÑOS!».

Di un sorbo de zumo de naranja y empecé a abrir las tarjetas. Estaban las felicitaciones normales de mis tíos y mis tías... y también un sobre rojo con un remite que me cortó la respiración.

Nate.

¿Cómo se le ocurría que yo quisiera seguir intercambiando felicitaciones de cumpleaños igual que habíamos hecho desde niños? Saqué la tarjeta y me molestó ver un dibujo de los Beatles, con sus uniformes del sargento Pepper, rodeando a una chica con una tarta delante. La tarjeta rezaba: «*You say it's your birthday?*», (¿dices que es tu cumpleaños?), el primer verso de la canción de los Beatles.

«¡Cómo *se atreve* a mezclar a los Beatles en esto!».

No quería abrirla, ni leer lo que había escrito. Pero mi madre me observaba mientras apilaba las tortitas en un plato y no podía permitir que se enterara de lo que estaba ocurriendo. De modo que abrí la tarjeta y me preparé para lo peor.

¡Hola Penny!

¡Feliz cumpleaños! ¿Te gusta la tarjeta? Al verla, me acordé de ti. Bueno, espero que pases un día increíble. Estoy deseando verte en la boda de Lucy. Seguro que, para entonces, ya me habrás perdonado.

Besos,

Nate

¿Perdonarlo? Pues iba a ser que no.

A toda prisa volví a meter la tarjeta en el sobre. Mi padre se sentó a mi lado.

—Bueno, pequeña, ¿qué tal si abrimos tus regalos después de desayunar?

—Suenan bien —respondí.

Mi padre agarró una de mis tarjetas y empezó a mirar los remites.

—¡Anda! ¿Qué tal está Nate?

Respondí metiéndome en la boca un pedazo enorme de tortita.

Mi madre se sirvió más café.

—Mira, Penny Lane, que tengas novio no significa que te olvides de tus amistades.

No sé si se daba cuenta de con quién estaba hablando?

—Ya lo sé, mamá —mi voz tenía una nota de indignación—. ¿Has oído hablar de una menudencia llamada Club de los Corazones Solitarios?

La mirada que me lanzó dejaba clarísimo que no se me permitía ser respondona con ella, ni siquiera en mi cumpleaños.

—Apenas has vuelto a hablar con Nate. Y eso que estabais muy unidos.

—Sí, bueno... —Sopesé mis opciones—. No fue muy buen amigo conmigo el verano pasado. De hecho, es un cretino integral, pero no me apetece hablar más del tema.

—Pero, Penny Lane... —empezó a decir mi madre. Afortunadamente, mi padre levantó la mano para detenerla.

Me pasó el sirope.

—Bueno, ¿adónde vais a comer Ryan y tú hoy?

—No lo sé —Ryan quería darme una sorpresa, lo que me presionaba aún más a la hora de decidir qué hacer el siguiente fin de semana por San Valentín.

—¿Va a venir para la ceremonia especial de hoy? —preguntó mi madre.

«No, por Dios».

—Mmm, esta mañana tiene cosas que hacer —mentí—. No viene hasta las doce y media.

—Qué lástima. Se lo va a perder por cuestión de minutos —se mostraba sinceramente disgustada.

—Sí, una lástima.

La hora a la que Ryan me iba a recoger no era una coincidencia. La humillación que una persona es capaz de sufrir ante los demás tiene un límite. Mis compañeras del club ya iban a tener que presenciar el baile de cumpleaños aquella noche. Así que no pensaba decirle una palabra a Ryan sobre la «ceremonia».

Decidí que no pasaba nada por hacerme a mí misma ese pequeño regalo de cumpleaños.

Mis padres y yo nos quedamos mirando el reloj del cuarto de estar. El ambiente era sereno y reflexivo (en el caso de ellos. Yo estaba nerviosa, deseando que se acabara de una vez).

Para mi horror, el timbre sonó poco después de las doce y cuarto.

Mi madre se levantó de un salto.

—Ah, ¡Ryan ha llegado a tiempo! ¡Fabuloso!

«Sí, fabuloso».

La seguí.

—Quizá él y yo deberíamos...

Mi madre abrió la puerta y tomó a Ryan del brazo antes siquiera de que pudiera saludar.

—¡Has llegado por los pelos! ¡Rápido! —Lo hizo pasar al cuarto de estar.

Los seguí de mala gana mientras pensaba: «¿Por qué no puedo tener un novio de los que siempre llegan tarde?».

Mamá lanzó una mirada al reloj.

—¡A sentarse, todo el mundo! Solo quedan un par de minutos.

Ryan se sentó a mi lado y me miró con curiosidad.

—Sigue el juego —le indiqué, consciente de que las mejillas me ardían de pura vergüenza. Y eso que la ceremonia no había empezado aún.

Ryan parecía divertido.

—Estás horrorizada, eso es buena señal.

No sabía él hasta qué punto.

Mi madre levantó la mano a las doce y diecinueve.

—Me alegro mucho de que hayas podido acompañarnos hoy en nuestra celebración. Esta fecha significa mucho para mucha gente. Fue el comienzo de algo excepcional. Algo que nos cambió a Dave y a mí, a esta familia y al mundo entero. Gracias a lo que ocurrió en esta fecha, nos va mejor a todos —la voz se le quebró.

Ryan sonreía a mi madre con dulzura.

«Sí, sería encantador si estuviera hablando de mi cumpleaños».

Esperó a que el reloj marcara las doce y veinte. Papá y mamá estaban inclinados hacia delante el segundo mismo en que la manecilla dio su última vuelta.

Empezaron la cuenta atrás y Ryan los siguió, contagiado de la emoción. Yo empecé a hundirme todavía más en los cojines del sofá.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Feliz aniversario de los Beatles en Estados Unidos! —exclamaron mis padres, justo al mismo tiempo que Ryan, equivocadamente, me deseaba un feliz cumpleaños.

Mis padres se abrazaron y, acto seguido, se unieron a *I Want to Hold Your Hand*, el primer sencillo de los Beatles que fue número uno en las listas.

—Ah, pensé... —Ryan, desconcertado por lo que estaba presenciando, se rascó la cabeza.

Comencé a explicárselo.

—Los Beatles llegaron a Estados Unidos un día como hoy, a esta hora exacta, en 1964. Mis padres hacen esto todos los años —levanté los ojos para mirarlos. Estaban absortos en su baile anual de celebración—. Nos vamos. Igual ni se dan cuenta.

Ryan asintió con aire conspirador y, en silencio, nos encaminamos a la puerta principal.

—¡Penny Lane! —Papá me agarró de la mano y empezó a bailar conmigo. Para mi horror, mi madre se acercó a Ryan y se puso a bailar con él.

«¿Por qué, ay, por qué no pude nacer el seis de febrero, o el ocho? ¿O en una familia con un mínimo de cordura?».

—Papá —supliqué al más racional de mis progenitores—. Por favor...

Se rio por lo bajo.

—*Goo goo g'joob!* —exclamó, utilizando el grito de los Beatles.

Tal vez no tan racional como yo pensaba...

Me aparté y me acerqué bailando a Ryan para librarle de los brazos de mi madre.

—Ni se te ocurra contarle esto a nadie... —Le advertí.

Se estaba riendo.

—Venga ya, ¡es superdivertido! Ellos estarán celebrando a los Beatles, pero yo te estoy celebrando a *ti*.

—La mejor forma de escapar es seguirles la corriente —expliqué.

Continuamos bailando pero, poco a poco, nos fuimos dirigiendo a la puerta mientras sonaban los primeros acordes de *I Saw Her Standing There*. Esperé el instante preciso para canturrear:

—Y nosotros nos *vaaaamos* a comer —abrí la puerta y le grité a Ryan—: ¡AHORA!

Ryan y yo salimos disparados hacia su coche.

—¡Rápido! —Le hice gestos para que arrancara el motor, pero estaba demasiado ocupado tronchándose de risa. Yo no dejaba de volver la cabeza para mirar hacia la casa—. ¡Puede que vengan, Ryan! ¡Largo de aquí!

A Ryan le faltaba el aliento.

—Eres una exagerada. Te has puesto histérica —respiró hondo y, por fin, introdujo la llave de contacto—. Madre mía, guau, si así empieza tu cumpleaños...

Sí, yo sabía que el comienzo era cuestionable. Pero el hecho de poder pasar la tarde a solas con Ryan me hacía confiar en que las cosas fueran a mejor.

—No, Ryan, no podemos —protesté.

Siguió guiándome al interior del restaurante.

—No seas tonta, Penny. Es tu cumpleaños.

Aunque, en efecto, era mi cumpleaños, no tenía por qué llevarme al mejor restaurante italiano de la ciudad. La única vez que nuestros padres nos habían llevado a Sorrento fue cuando Lucy se graduó en el instituto. Al instante empecé a hacer cálculos mentales sobre cuánto dinero habría podido yo ahorrar entre hacer de canguro y ayudar a mi padre en su clínica dental. De ninguna manera podría competir el fin de semana siguiente, en nuestra comida atrasada de San Valentín, o la cena... o

lo que fuera que se me pudiera ocurrir.

Nunca había pensado que lamentaría tener un novio tan generoso, pero resultaba difícil estar a su altura, la verdad.

«Un novio amable, qué fastidio».

—Debería haberme puesto una falda o algo así —comenté mientras colocaba la servilleta blanca de lino sobre mis vaqueros oscuros.

—Es mediodía. Vas bien vestida. De hecho, estás preciosa —me acarició la espalda con suavidad.

—Gracias —respondí. Mi instinto natural habría sido hacer un comentario autocrítico o chistoso. Pero aquella tarde estaba decidida a ser la novia perfecta, una novia que no mirara a su alrededor en plan mafioso, asustada de que le dieran una paliza.

—Entonces, ¿tu madre volverá a representar ese ritual suyo esta noche, en la fiesta del club? —preguntó, aún divertido por la actuación de mis padres. Para él era fácil reírse; no tenía que vivir con ellos.

—Por suerte, no. Pero en el día de hoy también cumplen con otras tradiciones. Ahora mismo están viendo la rueda de prensa en el aeropuerto, cuando los Beatles aterrizaron. Luego, verán la actuación original en el programa *The Ed Sullivan Show*, aunque eso fue dos días más tarde —me detuve, cayendo en la cuenta de que cada vez hablaba más como mis padres—. De todas formas, esta noche, cuando saquen mi tarta, cantarán a coro *Birthday*... con baile incluido.

—Dime que alguien lo va a grabar, anda.

—No, si es que esa persona valora su vida —debería haberme parado ahí, pero Ryan estaba disfrutando hasta tal punto del bochorno que supone criarse en la familia Bloom que decidí darle unas migajas de más—. Y, en fin, a mí... no sé, me gusta... y bailo con ellos.

Sus ojos se iluminaron.

—Por favor, ¿puedo renunciar a mi condición masculina durante cinco minutos para verlo?

Tomé la carta, esperando que los precios me quitaran el apetito. Además, era una manera fácil de hacer caso omiso de Ryan.

—Penny —empujó mi silla—. De acuerdo, pero ¿qué se necesita para conseguir una actuación privada?

—Celebrar un cumpleaños —contraataqué.

—Pero ¡mi cumpleaños no es hasta noviembre!

—Ay, vaya —me encogí de hombros—. No puedo hacer nada al respecto.

Una sonrisa sesgada le apareció en el semblante.

—O podrías desagaviarme por el hecho de que, en mi último cumpleaños, ni siquiera me dirigías la palabra. Llámalo «compensación».

Lo miré y estuve a punto de lanzarle una réplica ingeniosa, pero la expresión ilusionada de sus ojos, y el hecho de que la balanza se hubiera inclinado a su favor

como el mejor de los dos, hicieron que me ablandara.

—Quizá —le ofrecí un poco de esperanza. Sin embargo, antes de que se emocionara demasiado, le hice saber mis condiciones—: Aunque eso significa que voy a tomar un aperitivo. Y postre.

Se rio por lo bajo.

—No me esperaba menos de ti, Bloom.

Por desgracia, para su propio beneficio, seguramente le interesaba esperar *mucho* menos de mí.

Nueve

Diane fue la primera en llegar a la fiesta. Ahora estaba ayudando a mis padres con una «sorpresa». Yo no me imaginaba qué podía ser, pero no me permitían bajar al sótano, ni mirar en la nevera.

No entendía a cuento de qué venía tanto secreto, ya que sabía que todo iba a girar en torno a los Beatles. Cuando era niña y pasaba por la fase de princesas Disney, una vez supliqué, imploré, que quería una tarta de Ariel. Mis padres reaccionaron como si hubiera pedido que otra familia me adoptara. No era justo, para nada. Rita y Lucy podían tener cumpleaños normales porque sus fechas de nacimiento no coincidían con el aniversario del cuarteto de Liverpool.

Diane abrió la nevera y ahogó un grito.

—¿Has visto tu tarta?

La mirada que le lancé le dejó claro que no.

—Es una pasada.

—Seguro que sí.

—¿Qué tal la comida con Ryan?

—Bien —nunca acababa de estar del todo cómoda cuando hablaba con Diane sobre Ryan, aunque la sensación no era mutua.

—Me alegro. No tienes por qué sentirte incómoda —se enrolló alrededor del dedo un largo mechón de pelo rubio—. Ya sabes que él me lo va a contar de todas formas y, para tu información, se lo ha pasado en grande.

—Bueno, me alegra oírlo —respondí—. Creo que las cosas van muy bien. A veces me cuesta atender a todo, pero intento que funcione.

—Está claro que lo intentas. El propio Ryan lo sabe —comentó. Me dolió que, al parecer, también habían comentado ese asunto—. No le des demasiadas vueltas. Mantente a su lado, nada más. Es todo lo que quiere. Así de fácil.

Nuestro momento de intimidad quedó interrumpido cuando Tracy entró en la cocina, sujetando en alto su móvil.

—Antes de nada, feliz cumpleaños —me dio un abrazo rápido—. En segundo lugar, por mucho que sea tu cumpleaños, estoy mosqueada contigo por endosarme a Bruce. No para de escribirme. La vida en Australia debe de ser un muermo total, porque lo de colgar adornos le emociona que no veas.

¿Cómo podía Tracy ser tan torpe? ¡No tenía ni idea de que Bruce estaba por ella!

Diane decidió tantear el terreno.

—Creo que ayudarte le emociona más.

Tracy hizo un gesto abarcando su cuerpo.

—Bueno, salta a la vista —el sarcasmo rezumaba en cada sílaba—. A ver, en serio, sé que le dejamos sentarse con nosotras durante el almuerzo su primer día, pero la verdad es que no nos debe nada.

—No se trata de eso —Diane clavó la vista en Tracy con intensidad, como

queriendo provocar que la propia Tracy cayera en la cuenta.

Decidí presionar un poco más.

—Bruce parece un tío legal, y además es supermono.

Tracy soltó un gruñido cuando su teléfono volvió a pitar.

—Y enviar mensajes le gusta. Mucho.

—¿Qué opinas de él, Tracy? —le pregunté.

Apagó el móvil.

—Creo que tiene que conseguirse una vida.

Abrí la boca para añadir algo pero, pensándolo mejor, la cerré. Presionar a Tracy no tenía sentido. Lo que no dejaba de ser curioso, porque tiempo atrás era casi imposible hacer callar a Tracy cuando hablaba de un chico. Si Bruce hubiera llegado el semestre anterior... Aunque entonces, probablemente, Tracy no se habría sumado al club.

—¡Tracy! ¡Diane! —llamó mi madre desde el sótano—. ¿Nos echáis una mano?

Ambas bajaron las escaleras para ayudar a mis padres mientras yo me preparaba para una noche de tarta, amigas y humillación paterna.

En efecto, aquel año mis padres se habían superado a sí mismos. Y las chicas del club se lo estaban comiendo todo.

No dejé de sonreír durante toda la noche mientras, una detrás de otra, las socias del club posaban con las figuras recortadas de los Beatles que no iban a hacer presencia en la boda de Lucy. El sótano estaba lleno de tiras de papel con los nombres de canciones de los Beatles, también relacionadas con el club: *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, *Come Together*, *With a Little Help from My Friends*, *Revolution* y, cómo no, *Penny Lane*. Yo ya sabía que las utilizaríamos el siguiente fin de semana en la fiesta de San Valentín (excepto la de *Penny Lane*, claro).

La comida también se ajustaba debidamente al tema: huevos rellenos, en referencia al «hombre huevo» de la canción de los Beatles; ensalada Strawberry Fields (espinacas con fresas, queso de cabra y almendras); manzanas verdes (homenaje al sello discográfico de los Beatles) cortadas en tiras con varias salsas para mojar; y pizza sargento Pepperoni (salchichón vegetariano, en honor a sir Paul).

El videojuego de karaoke *Beatles Rock Band* estaba instalado en la televisión. Erin terminó de cantar *Something*, acompañada de Kara, Laura y Amy.

Hasta yo misma tuve que reconocer que estaba resultando increíble.

—¡Penny Lane! —Mi padre me hizo señas para que me uniera a él junto al micrófono. Sonaron los primeros acordes de guitarra y, antes de que me diera cuenta, mi padre y yo estábamos deleitando a las socias del club con nuestra armoniosa interpretación de *Drive My Car*. Se trataba de una canción que mi padre solía poner al principio de todos nuestros viajes por carretera. O de cualquier trayecto que durase más de dos minutos y medio.

El sótano estaba abarrotado de cuerpos que saltaban al ritmo de la música. Al final de la canción, todo el mundo se unió al estribillo «*beep beep mm beep beep yeah*».

Cuando acabamos, Tracy me enseñó en su móvil algunas fotos que había publicado. En una me vi arrodillada con el micrófono, cantando con una intensidad tan exagerada que resultaba tronchante en el peor sentido de la palabra.

—Tienes que enviarme esa foto para mandársela a Ryan —le dije, sabiendo que iba a flipar al verme en plan zumbado.

Tracy me la envió mientras me acercaba a la mesa de centro en busca de mi móvil. Al ir a introducir mi contraseña, vi que había pasado por alto varios mensajes. Uno de los nombres destacaba entre el de Ryan y el de Rita.

—¿Qué pasa, Pen? —preguntó Tracy.

Señalé el teléfono con un gesto.

—Me ha escrito Nate: «Las fotos están geniales. Siento perderme la fiesta».

Tracy miró a su alrededor con desconfianza.

—¿Quién le habrá enviado las fotos?

—Ni idea, a menos que sea amigo de alguien etiquetado en una de ellas —empecé a darle vueltas a la cabeza. Sabía que ninguna chica del club era amiga suya, o seguía siendo amiga suya después de lo que había pasado entre nosotros—. Debe de ser mi madre. ¿La has etiquetado en alguna foto?

Tracy asintió con la cabeza.

—Sí. Pensé que le gustaría verlas —entonces, se le iluminó la cara, dejando claro que tenía una manera de arreglarlo—. ¡Señora Bloom! —llamó Tracy a mi madre con su voz más angelical—. ¿Me permite ver su móvil un momento? Estoy tratando de enviarle unas fotos, pero creo que hay un problema con las opciones de su perfil.

Mi madre desvió la mirada de su partida del Trivial Pursuit de los Beatles.

—No tengo uno de esos móviles complicados, Tracy. Pero entraré desde el ordenador para que puedas solucionarlo.

Las tres nos dirigimos al portátil, abierto por la página que habíamos creado para el club. A una semana de la fiesta, ya teníamos cerca de mil «Me gusta» de todas partes del mundo. Treinta y cuatro personas de once ciudades diferentes habían confirmado su asistencia.

Mi madre entró en su perfil y empujó el portátil en dirección a Tracy.

—Gracias por lo que estás haciendo, sea lo que sea. Con estas cosas me pierdo.

Por si alguna vez hubiera existido duda de que fuera una experta en tecnología, nos dejó su perfil abierto. Desatendido. Aunque tuve la tentación de publicar algo en su nombre, en plan... «Los Rolling Stones son el mejor grupo de todos los tiempos», teníamos que encargarnos de un asunto serio.

Tracy entró en el apartado de «Amigos» de mi madre y eligió a Nate. Yo debería haber desviado la mirada, porque su foto de perfil, abrazando a dos rubias, me hizo dar un respingo. Pero solo estuvo en la pantalla unos segundos antes de que Tracy

pulsara a toda prisa el botón «Bloquear».

—Ya está —Tracy hizo el gesto de limpiarse las manos—. Dudo de que tu madre llegue a darse cuenta, y si él le dice algo, ella lo achacará a su ignorancia con toda naturalidad.

—Gracias —le dije—. ¿Por qué no me deja en paz? Primero una tarjeta; ahora, un mensaje...

Tracy se quedó perpleja.

—¿Te ha enviado una tarjeta?

—Sí. ¿No te lo he dicho? —La verdad era que no había vuelto a pensar en el asunto después de romper la tarjeta y tirarla a la basura, el lugar que correspondía a cualquier cosa relacionada con Nate.

—Mmm, déjame pensar —Tracy se mostraba incrédula—. No, creo que me acordaría si me hubieras comentado que habías recibido lo que fuera de ese inútil.

—En serio, Tracy, es humanamente imposible que el asunto me pueda preocupar menos —lo que era verdad al cien por cien.

Tracy se quedó mirándome.

—Vale. Pero ¿estás segura de que no te va afectar cuando lo veas dentro de unas semanas?

—Estaré perfectamente —lo que no era verdad al cien por cien.

Amy y Jen se acercaron a nosotras; detrás iba Diane.

—Hola, chicas —empezó a decir Amy—. Estábamos hablando sobre el próximo fin de semana. Después de todo el trabajo que hemos tenido, creemos que sería divertido y, sobre todo, relajante, organizar un *brunch* al día siguiente. Mis padres se ofrecen para organizarlo.

—Sería genial —respondí.

Tracy estuvo de acuerdo.

—Sí, más que nada porque vamos a gastar toda nuestra energía en San Valentín, una celebración que se ofrece a las masas en bandeja con la única intención de que las tiendas de tarjetas, las floristerías y los fabricantes de bombones saquen beneficio de gente desesperada que quiere comprar algo o bien prefiere librarse de problemas. Es *superromántico*, si te paras a pensarlo.

Amy parecía reflexionar.

—¿Crees que *eso* cabrá en una pancarta? La podíamos colgar.

Diane tenía una sonrisa tensa en la cara.

—Oye, Pen, ¿no se supone que ibas a hacer algo con Ryan el domingo?

—Sí, pero no hemos fijado la hora. ¡Quedaremos más tarde! —Traté de ocultar mi enfado porque Diane sintiera la necesidad de recordarme cómo ser una novia mejor. Me había dicho que bastaba con pasar tiempo con él. Pues iba a pasar tiempo con él.

Antes de que pudiera decir nada más, las luces se apagaron. La guitarra y la batería empezaron a sonar a todo volumen por los altavoces, preparándose para mi

canción de cumpleaños, cortesía de mis colegas de aniversario. Mi cuerpo reaccionó instintivamente. Empecé a mover los hombros al ritmo de la música, y me encontré con mis padres en el centro de la estancia, rodeada de todas mis amigas del club.

Los tres nos pusimos a bailar con los mismos pasos. Echábamos los hombros adelante y atrás cuando sonaban las guitarras, y luego agitábamos los puños con los redobles. Cuando empezó la letra de *Birthday*, mis padres se pusieron al mando y me la cantaron, señalando con el dedo al ritmo de la música y pegando botes sobre los talones. Yo seguí bailando, emocionada porque mi parte favorita estaba al llegar, cuando mi madre cantaría: *Birthday...* y mi padre, agitando el cuerpo y a voz en grito, añadiría: *I would like you to dance!*, «¡Quiero que bailes!». Lo hacía de una manera que, cuando era niña, me hacía troncharme de la risa; era como si me fuera a castigar si no obedecía sus órdenes y me dejaba llevar por el cuarteto fabuloso.

Dado que la coreografía no era demasiado complicada, casi todas las chicas del club se sumaron a nosotros y giraban los hombros, pegaban botes y agitaban los puños. Para mi horror, Tracy lo estaba grabando todo. Y no era de esas personas que responden a las amenazas.

Pero yo bailé alegremente toda la canción. Cuando acabó, sacaron la tarta. Tenía la forma de un tambor con el logotipo de *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*.

—¿Qué te parece, pequeña? —preguntó mi padre mientras sujetaba la tarta para que yo soplase las velas.

—Perfecta —respondí. Y lo era.

Mis padres y amigas me rodearon mientras soplaba las velas. Mi deseo no fue que el club siguiera creciendo; sabía que no hacía falta ninguna intervención mágica para que ocurriera.

Aquella noche solo tenía un pensamiento, un deseo. Y me sorprendí cuando me vino a la cabeza en aquel cumpleaños divertido y memorable.

«Ojalá que Ryan estuviera aquí».

Diez

Aunque podíamos haber utilizado la noche del viernes anterior a San Valentín para terminar los preparativos de la fiesta, decidimos evadirnos acudiendo al partido de baloncesto de las chicas.

—¡Vamos, Jen! —vociferó Tracy cuando Jen encestró en bandeja un tiro que no entrañaba dificultad.

—¿Crees que tendremos suficientes bebidas? —pregunté mientras repasaba la lista de confirmaciones de asistencia, cada vez más extensa. Por desgracia, no era capaz de quitarme por completo de la cabeza las obligaciones para el día siguiente.

—Todo va a ir genial, Pen —me aseguró Tracy—. No creo que toda esa gente vaya a conducir un par de horas por nuestros refrescos.

Meg subió por las gradas y se sentó a nuestro lado.

—Hola, chicas, ¿me he perdido algo?

Tracy señaló el marcador, que informó a Meg de que la puntuación era seis a dos. Meg hizo un gesto de afirmación y luego me miró. Abrió la boca, la cerró y volvió la vista al partido. Movía una pierna con nerviosismo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —respondió, y entonces negó con la cabeza—. No, quiero decir, no me pasa nada; pero tengo malas noticias.

—Ay, no, ¿qué pasa?

—Acabo de hablar con mi jefe y necesita que trabaje mañana por la noche. Sé que te lo digo con poca antelación, pero al menos no empiezo a trabajar hasta las cinco, de modo que puedo ir a ayudar con el montaje. Me apunté de suplente en el turno de las cenas porque en San Valentín se consiguen muchas más propinas. Nunca pensé que me llamarían. Siento mucho dar plantón al club, pero tengo que pagar parte de la señal para mi matrícula del curso que viene.

Meg contuvo el aliento. ¿De verdad creía que le iba a echar la bronca?

—No te preocupes —respondí—. Nos las podemos arreglar. Te echaremos de menos, pero lo entendemos perfectamente.

Una oleada de alivio le recorrió el semblante.

—Gracias. Hasta ahora, nunca me he perdido una reunión del club, y esta es una de las grandes.

Era una de las grandes, pero una parte de mí no se podía creer que toda la gente que iba a acudir fuera digna de confianza. Según mi experiencia, cuando algo parecía demasiado bueno para ser verdad, en efecto, así era.

Meg señaló la segunda fila por encima de nosotras.

—Erin me está guardando un asiento, será mejor que me vaya. ¡Nos vemos mañana! —se alejó abriéndose camino.

Tracy se levantó con brusquedad.

—¡Venga ya, árbitro! ¡Es increíble! —soltó un gruñido y negó con la cabeza.

Íbamos ganando y aún quedaban tres cuartos, pero a Tracy le gustaba simular que todos los partidos eran la Super Bowl o la World Series, o lo que fuera más importante en baloncesto. Seguramente no resultaba demasiado disparatado imaginar que los deportes nunca habían desempeñado un papel significativo en la vida de los Bloom.

—¡Ah! —exclamó Tracy—. ¡Ya lo tengo! —Se giró hacia mí y yo estaba convencida de que iba a insistir sobre alguna jugada que el equipo debería hacer. En vez de eso, me quedé desconcertada cuando me preguntó—: ¿Cuánto recaudamos en ese karaoke del año pasado?

—Unos tres mil, creo. Seguro que Jen lo sabe —bajé la vista y, orgullosa, contemplé los uniformes nuevos del equipo, pagados con la colecta que preparó el club—. ¿Por qué?

—Bueno, estoy segura de que las demás chicas del club que están en último curso tienen problemas parecidos. ¿Y si organizamos unas becas del Club de los Corazones Solitarios o algo por el estilo?

—Es una idea excelente.

Supondría mucho trabajo, pero Tracy tenía razón. Podíamos hacer algo para ayudar a una de nuestras compañeras. Lo anoté en el cuaderno que llevaba conmigo, donde apuntaba todas las tareas que había que llevar a cabo para la fiesta.

Era un asunto que podíamos tratar una vez pasado San Valentín. Hasta entonces, no me veía capaz de añadir nada más a mi lista de cosas que hacer. Ni siquiera había decidido el plan del domingo con Ryan. Había estado esperando que me llegara una inspiración divina. Pero, hasta el momento, nada.

Diane salió a la cancha y oímos escandalosos vítores desde la zona que ocupábamos las socias del club. Estaba jugando de defensa cuando una integrante del equipo rival la derribó.

—¡Nos vemos en la calle, número veinticuatro! —chilló Tracy. Unos cuantos padres, situados en la zona de invitados, mostraron gestos de preocupación.

—¿Y si te moderas un poco? —sugerí.

—De eso nada, monada. No pienso quedarme callada cuando alguien derriba a una amiga mía.

Bueno, eso sí que deberíamos escribirlo en una pancarta.

Me pareció un tanto irónico que Tracy estuviera a cargo de los adornos y los carteles cuando, en realidad, era incapaz de ver el enorme cartel que tenía delante de sus narices.

—¿Está bien? —Bruce se mantenía en equilibrio sobre un taburete plegable mientras colocaba el póster de *Revolution*—. ¿O prefieres que lo cuelgue de otro sitio?

Tracy examinó la colocación; luego, observó los demás carteles colgados en el

centro de recreo.

—Está bien —declaró, para gran alegría de Bruce.

Este se bajó del taburete de un salto.

—¡Genial! ¿Qué más puedo hacer para ayudar? ¡Cualquier cosa que necesites! También estoy disponible para cumpleaños y *bar mitzvahs*. Ya sabes, dicen que soy un gran bailarín... si necesitas pareja —soltó una risa nerviosa.

—Oh oh... —Tracy bajó los ojos a su lista de cosas que hacer—. Creo que hemos terminado. ¡Pen! —gritó, aunque me encontraba a menos de un metro—. ¿Qué más hay que hacer? El chico koala necesita estar ocupado.

El centro de recreo estaba quedando muy bien. Solo teníamos dos horas para apartar a un lado una parte del equipamiento y, luego, instalar los adornos, las mesas y sillas, la comida y la música. Me dirigí a la parte delantera, por donde la gente iba a acceder. Habíamos cubierto la mesa plegable con una tela roja, pero aún faltaba una cosa.

Estaba observando la mesa como si la respuesta fuera a aparecer por arte de magia cuando Ryan entró por la puerta con un jarrón de rosas en la mano.

—¡Justo lo que necesitaba! —exclamé.

—Bueno, ya era hora de que te dieras cuenta —me dedicó una sonrisa traviesa antes de entregarme las rosas y darme un beso rápido en los labios—. ¡Feliz día de San Valentín!

Me entregó las rosas.

—Aquí quedan genial —las coloqué en la mesa y di un paso atrás—. Perfecto.

—Y yo que pensé que estabas agradeciendo a tu novio que te haya traído flores.

—¿Cómo? —repliqué, y entonces caí en la cuenta de que las rosas no formaban parte de la decoración para la fiesta, sino que eran para mí—. Ay, perdona, sí, ¡gracias!

Negó con la cabeza.

—De nada —se pasó las manos por su pelo recién lavado. Había estado todo el día trabajando en el centro y se marchó para darse una ducha rápida y arreglarse—. Habéis hecho un montón de cosas. Tiene una pinta estupenda.

—¿En serio? —Me preocupaba que las luces fluorescentes y el olor a cloro de la piscina contigua no proporcionaran el ambiente adecuado. Pero, por otra parte, íbamos a ser un grupo de chicas sin pareja en San Valentín. Un ambiente demasiado romántico no habría sido lo más oportuno.

—En serio. Creo que tiene mucho sentido que celebréis la fiesta en este lugar. Recuerdo haberte visto aquí, en el centro de recreo, cuando éramos niños. Ya entonces eras una pequeña líder.

Cuando estaba en primaria solía ir al centro de recreo un par de días a la semana, igual que la mayoría de mi clase. Pero en aquel entonces no pasaba tiempo con Ryan. Él estaba en el exterior, jugando en la cancha de baloncesto.

—¿Qué quieres decir con eso de que era una líder? Creo que habré jugado

contigo una sola vez, y únicamente porque fuera estaba lloviendo —traté de recordar algún caso en el que hubiera sido mandona con Ryan cuando era niño.

—Te encargabas de repartir los instrumentos infantiles y, cómo no, la banda tenía que tocar canciones de los Beatles. Diane te seguía a todas partes y hacía todo lo que le decías. Erais inseparables.

Sentí una oleada de cariño al recordar cuando Diane y yo nos instalábamos en la sala de música, en el piso de arriba, y jugábamos a ser pequeñas estrellas de rock.

—Sí, es verdad —respondí. ¡Tantos de mis recuerdos infantiles tenían que ver con Diane! Y allí estábamos, casi diez años más tarde, todavía juntas... gracias al Club de los Corazones Solitarios.

—Penny —Laura se acercó a nosotros con su móvil en la mano—. Otras dos se echan atrás.

Las confirmaciones de asistencia habían llegado a cincuenta y una, pero la gente había empezado a retirarse en los últimos dos o tres días. Me preocupaba que todo aquel trabajo no sirviera para nada. Quizá solo se presentaran las socias del club.

—Entonces, ¿cuántas vienen? —pregunté, temiendo la respuesta.

Laura se puso a contar.

—Estamos en cuarenta y tres invitadas. Con el club y las invitadas, seremos cerca de ochenta.

—Llamando a la señorita Penny —la voz de Diane retumbó desde el micrófono del equipo de karaoke de Erin que habíamos llevado—. Necesitamos que compruebes el sonido.

Ryan levantó las cejas.

—¿Comprobar el sonido? No sabía que nos ibas a dar una serenata.

Solté un gruñido.

—No voy a cantar, por suerte. Pero algunas de nosotras vamos a hablar —a regañadientes, me acerqué al micrófono—. Probando... probando... —Di unos golpecitos en la rejilla—. ¡Buenas noches, Parkview! —Mi voz resonó en el amplio local de paredes de hormigón.

Devolví el micrófono a Diane.

—Parece que funciona —metí la mano en el bolsillo posterior en busca de las fichas con notas para mi discurso—. ¿Sabes qué vas a decir?

Diane hizo un gesto de afirmación.

—Sí, y Tracy también. No te preocupes, no estarás sola ahí arriba.

Mientras observaba a las socias del club, que trabajaban conjuntamente con mis padres, la madre de Diane, los padres de Tracy y los chicos (incluido uno que esperaba ser algo más que mi amigo), supe que de ninguna manera me sentiría sola aquel San Valentín.

Las socias del club nos quitamos nuestra ropa de trabajo y nos pusimos nuestros conjuntos para la fiesta. Todas llevábamos las camisetas idénticas que nos habíamos regalado por Navidad: blancas, con mangas tres cuartos de color rosa, con la leyenda

CLUB DE LOS CORAZONES SOLITARIOS en la parte delantera y nuestros apellidos en la espalda. Pensamos que ayudaría a nuestras invitadas a identificarnos con más facilidad.

Repasamos el plan de la fiesta otra vez. Se suponía que la gente iba a llegar a las siete, charlaríamos unas con otras picando y bebiendo algo mientras sonaba la música y, luego, Tracy, Diane y yo daríamos la bienvenida a todo el mundo alrededor de las ocho, les hablaríamos del club y después... no estaba segura, la verdad.

Todos ocupamos nuestros puestos. Los padres estaban al lado de la mesa de aperitivos, Diane y Kara se situaron junto a la mesa de la entrada y otras socias se distribuyeron por la estancia. Los chicos se apartaron a un lado para estar cerca por si los necesitábamos, pero evitando a la vez que las chicas se sintieran incómodas.

Observé el reloj de pared y abrí la puerta a las siete en punto.

Y la fiesta empezó.

Once

Mis padres me recordaban una y otra vez que la gente suele llegar tarde a las fiestas. Y que podía haber mucho tráfico, sobre todo para quienes viajaban desde Milwaukee.

Pero cuando dieron las siete y cuarto en el reloj, me invadió una sensación de angustia. No es que hubiera esperado que todo el mundo hiciera cola frente a la puerta desde antes de las siete, pero contaba con que *alguien* se hubiera presentado desde entonces.

—Todo irá bien —trató de convencerme Diane, aunque luego empezó a enroscarse el pelo, señal de que ella misma lo dudaba—. Estás acostumbrada a que la gente se presente a tiempo para nuestras reuniones normales. Van a llegar unos minutos tarde.

—Supongo que sí —continué mirando los coches que pasaban de largo del centro de recreo, deseando que uno de ellos se detuviera.

—Es como esperar a que hierva el agua —intervino Kara—. Ya sabes, si te quedas mirando, nunca hierve.

Me alejé de la puerta con la intención de quedarme de espaldas a ella. Resistí el impulso de girarme cada vez que oía pasar un coche. Aunque vi que los ojos de las socias del club también se precipitaban hacia la entrada. Sabía que no sería mi culpa si nadie se presentaba, o si la noche acababa siendo un desastre total; pero me sentía responsable por el club. Yo era la razón de que estuvieran allí. Yo era la razón por la que cuarenta chicas (con un poco de suerte) pasarían con nosotras el día de San Valentín. No quería fallarles.

Mi padre se acercó y me rodeó con el brazo; estaba claro que se daba cuenta de que yo necesitaba una charla de motivación.

—¿Te he dicho últimamente lo orgullosos que estamos de ti, pequeña? —Me abrazó con fuerza—. Mira esta fiesta, es increíble, en serio. No me puedo creer el éxito que está teniendo tu club de los Beatles.

—No es un club de los Beatles —le recordé por lo que parecía la enésima vez.

Alargó las manos hacia delante.

—Lo sé, ya lo sé. Aun así, estamos orgullosos. Imagínate si *fuera* un club de los Beatles.

En ese momento, oí el ruido de la puerta al abrirse. Me giré y vi a Diane recibiendo a tres chicas.

—Hola —saludó una de ellas con cautela—. Me he estado escribiendo *e-mails* con Penny Lane. Soy Danielle.

—¡Sí! —No pude contener mi entusiasmo—. Hola, Danielle, soy Penny.

Se puso nerviosa.

—Ay, madre mía, ¡eres tú!

—Sí —no estaba segura de lo que la gente esperaba al conocerme—. Vamos, pasad.

Diane y Kara les entregaron las etiquetas de identificación que Tracy había diseñado para la fiesta. Una vez que firmaron el registro de entrada, las llevé hasta un grupo de compañeras del club que se esforzaban por no clavar la vista en nuestras primeras invitadas.

Danielle me presentó a sus dos amigas, Kim y Macallan.

Miré a la chica pelirroja.

—¿Macallan? Qué nombre tan curioso.

Ella me sonrió.

—Sí, mi padre es un fan de... en fin, es una larga historia.

—Ah, créeme, entiendo lo que es tener que explicar tu nombre —señalé con un gesto mi etiqueta de identificación: «PENNY LANE». En condiciones normales, habría pedido que pusieran solo «Penny», pero mis padres se disgustaban mucho cuando no utilizaba mi nombre «correcto». Y dado que estaban pasando San Valentín con nosotras, quería satisfacerles lo más posible.

Erin, Hilary y Amy se acercaron a charlar con las recién llegadas y me excusé para ir a recibir a cuatro chicas que acababan de entrar con una madre.

La madre miró alrededor con desconfianza.

—Eh, perdona, pero ¿hay adultos presentes? Como te puedes imaginar, me preocupaba un poco que quisieran asistir a una fiesta que habían visto en Internet.

La madre de Diane se acercó a la mesa. Le habían asignado el papel de acompañante de los padres. Con un solo vistazo a la madre de Diane, sabías de quién había heredado su hija el aspecto físico, aunque no la estatura. La madre de Diane era por lo menos quince centímetros más alta que ella, pero todo lo demás era igual: ojos azul pálido, pelo rubio (su madre llevaba melena corta y lisa) y una calidez que le salía por los poros.

—Soy Maggie Monroe. Me alegro mucho de que hayas podido venir —estrechó la mano de la otra madre—. ¿Por qué no entras, te presento y te cuento lo maravilloso que ha sido este club para las chicas?

Al poco rato, un reguero continuo de invitadas fue llegando a la puerta. Yo estaba tan ocupada yendo de un lado a otro y haciendo todo lo posible por conocer a todo el mundo que ni siquiera me di cuenta cuando llegó Nicole, la desafortunada acompañante de Todd aquella noche, en la pizzería.

—¡Has venido! —La saludé con un abrazo.

—Pues claro, y he traído a varias amigas —nos presentó, y agradecí mucho que mis padres nos hubieran dado la idea de las tarjetas de identificación. Era imposible recordar los nombres de todo el mundo.

Las chicas empezaron a comentar las ideas que tenían para su propio Club de los Corazones Solitarios. Era emocionante ver cómo el entusiasmo se iba extendiendo por la estancia. Estaba escuchando con atención cuando vi que Ryan y Bruce se apresuraban hasta la puerta de entrada.

Era Todd. Con Missy.

Me excusé y me dirigí a la puerta a toda prisa, procurando que nuestras invitadas no se dieran cuenta de que teníamos un problema. Cuando llegué, Ryan estaba sujetando a Todd del brazo.

—Ni se te ocurra —le advirtió.

—Lo siento... creí que era una fiesta. ¿Me estás diciendo que no se me permite la entrada? —Iba subiendo la voz con cada palabra que pronunciaba. Tracy estaba justo detrás de mí, tratando de evitar que las invitadas vieran la escena que Todd estaba dispuesto a montar.

—Sí, y no estás invitado —siseé con desprecio—. Deberíamos haber colgado un cartel con: «Prohibida la entrada a los cretinos» —crucé los brazos, dejando claro que tendría que pasar por encima de mí para dar otro paso hacia el interior.

Todd se echó a reír.

—En ese caso, ¿qué haces tú aquí?

—Vamos fuera —Ryan tiró a Todd del brazo—. Venga, colega, no montes un número. ¿Por qué quieres arruinarle la fiesta? Es una ocurrencia estúpida, totalmente.

—¿Qué pasa? —preguntó una de las invitadas, desconcertada por la escena que estaba presenciando.

«Bah, nada —estuve a punto de decir—. Todd está montando su espectáculo de horror habitual».

Ryan contestó la pregunta:

—Todd ha pasado por aquí a saludar, pero ya se va. ¿A que sí, Todd? —Diane se llevó a la invitada mientras Ryan, de pie y erguido, se enfrentaba al que supuestamente era su mejor amigo. Le clavó las pupilas, retándole prácticamente a que se negara.

Bruce, unos centímetros más alto que ambos, estaba parado al lado de Ryan. Bajó la vista a Todd.

—Será mejor que te largues, tío.

Todd subió la vista hacia Bruce y se rio en su cara.

—¡Guau! ¡También te han captado a ti! —Dio un paso atrás, seguramente percibiendo que no iba a ganar la batalla—. Sí, claro. Supongo que este es tu sitio, Bauer, ya que tu pequeña novia te ha arrancado las pelotas. Menudo payaso.

Di un paso adelante, pero noté la mano de Tracy en mi muñeca.

—Deja que se vaya —me susurró—. No podemos montar un pollo —yo lo sabía, pero me molestaba que Ryan y Bruce, o quien fuera, tuvieran que librar mis batallas por mí.

Dio la impresión de que Todd se marchaba, pero luego miró la pila de tarjetas de identificación sobre la mesa, junto a la entrada, y las arrojó al aire mientras gritaba:

—¡A DIVERTIRSE, BOLLERAS PATÉTICAS!

Ryan agarró a Todd por el cuello de la cazadora y lo lanzó al exterior de un empujón. Me quedé inmóvil mientras observaba cómo Ryan se enfrentaba a Todd. Solo distinguí unas cuantas palabras a través de la puerta de cristal. Eran bastante

fuertes.

Oí una voz a mi lado y vi que Missy seguía allí.

—Una fiesta divertida —comentó con una sonrisa arrogante en los labios.

—¿Sabes, Missy? Te crees superguay, pero fíjate adónde te ha traído Todd por San Valentín —le recordé—. *Aquí*. A portarse como un cretino. Y, por si no te has dado cuenta, ha salido con la mitad de las chicas del club, y todas prefieren estar aquí antes que salir con él. ¿Qué te dice eso, exactamente? Pero, claro, supongo que sois tal para cual. Y ahora, si me perdonas, tengo un grupo de sesenta chicas increíbles que no necesitan seguir a un tío a ciegas para sentirse mejor consigo mismas. La próxima vez que quieras llamar patética a alguna persona, mírate al espejo.

Me giré y caí en la cuenta de que todo el mundo nos había estado mirando. Y yo que no quería montar una escena. Miré hacia atrás rápidamente, y me alivió ver que Missy se había marchado y Ryan volvía a estar dentro.

Tracy sonreía de oreja a oreja.

—Me mata de risa que Todd pensara que nos podía hacer daño. En realidad, solo ha hecho hincapié en la razón de ser del club: los tíos inútiles.

—Lo siento mucho, en serio —Ryan se me acercó con cautela, seguido de Bruce—. No sé en qué estaba pensando Todd. No permitas que te arruine la fiesta.

—¿Estás bien? —le pregunté—. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño? —Examiné a Ryan en busca de arañazos o moratones. No es que fuera incapaz de cuidarse él solo: Todd le superaba únicamente en cuanto al peso. Ryan le superaba a él en cuanto a clase, inteligencia y físico. Básicamente, le daba mil vueltas en todo.

—Todd ha montado su numerito de costumbre. No quiero volver a verlo —estaba fuera de sí—. No había ningún motivo para que se presentara, excepto para hacer el gilipollas.

—¿Estáis bien, chicas? —preguntó Bruce con los ojos clavados en Tracy.

Ella asintió.

—Sí, porque no salgo con Todd. Eso me convierte en *supermegaguay*.

Intenté aligerar el ambiente.

—Qué lenguaje más colorido —le dije a Ryan en plan de broma.

Ryan se mostró horrorizado.

—Ay, Dios, ¿lo has oído? Espero que tu padre no. Estaba tan furioso...

—Tranquilo —le interrumpí—. Gracias por ayudarme. Te lo agradezco de veras.

Nos miramos a los ojos y lo que quise hacer, allí y entonces, fue darle el beso más grande, más largo, de la historia de los besos. Pero probablemente no era la mejor idea en mitad de una tumultuosa reunión de alistamiento del Club de los Corazones Solitarios.

Ryan se aclaró la garganta.

—Bueno, será mejor que me vaya —hizo señas a Bruce para que le acompañara al exterior.

Tracy echó un vistazo a su reloj.

—Bueno, deberíamos prepararnos para hablar.

Yo había estado tan preocupada por conocer a todo el mundo que se me había olvidado que aún faltaban nuestros discursos.

—Supongo que sí —los nervios que se habían esfumado cuando todo el mundo empezó a llegar a la fiesta habían vuelto a atacarme el estómago.

Rodeamos a Diane y nos encaminamos hacia el rincón donde estaba instalado el micrófono. Tracy apagó la música. Oíamos los murmullos de incontables conversaciones que tenían lugar por toda la sala.

—Eh... perdón —dije por el micrófono—. ¿Nos podéis atender un momento? —La sala empezó a sumirse en el silencio—. Muchas gracias por venir. Creo que ya conozco a todo el mundo. Soy Penny Lane Bloom —se oyeron vítores y oí un silbido lejano que, estaba segura, procedía de mi padre—. Bueno, Diane, Tracy y yo queremos decir unas palabras sobre el Club de los Corazones Solitarios. Sin más preámbulos, Tracy Larson.

Tracy hizo una profunda reverencia mientras sonaban los aplausos.

—Gracias a todos —respiró hondo con gesto teatral—. Hola, me llamo Tracy Larson y era adicta a los chicos.

Varios miembros del público respondieron con un «¡Hola, Tracy!».

—Resulta un poco bochornoso admitirlo, pero todos los veranos solía escribir una Lista de Novios. Era exactamente lo que parece: una lista de chicos con los que quería salir, por orden de atractivo, como es *evidente*. Al comienzo de cada curso escolar, tenía la esperanza de que aquel sería mi año y que saldría con alguien de la lista. Invariablemente, los chicos estaban saliendo con otra persona o no se interesaban por mí. A ver, ¿os lo *imagináis*? —Tracy hizo una pose con descaro y se oyeron algunos gritos.

»Pero en vez de pensar «bueno, no pasa nada», me disgustaba mucho. Porque no lo veía como si el chico quisiera salir con otra persona. Me lo tomaba como si yo no fuera lo bastante buena —inesperadamente, la voz se le quebró. Hizo una pausa para recobrar la calma—. Lo único que hacía era castigarme por ello. No era lo bastante guapa, o lo bastante inteligente, o lo bastante delgada. Resulta del todo bochornoso admitirlo, pero nunca me han pedido salir. Nunca me han besado. Y eso no hacía más que llenarme de tristeza. Estaba claro que tenía que tener algo malo, ¿verdad? —Muchas de las personas presentes asentían a las palabras de Tracy, sabiendo lo terrible que ese sentimiento podía llegar a ser.

»Estaba obsesionada por conseguir pareja. ¿Por qué? Para poder salir con un chico un par de meses en el instituto y que luego me plantara, o mudarme a la universidad y tratar de mantener la relación a distancia. Por eso estoy tan agradecida a este club. Porque nada de eso importa en el Club de los Corazones Solitarios. Tenemos amigas, somos una hermandad, y no tiene nada que ver con que un tío te vaya a invitar a un baile estúpido. Importamos como personas. Nos tenemos unas a otras, y todos los días me despierto dando gracias porque a Pen, aquí presente, le

pisotearan el corazón. Por mucho que para ella fuera un espanto, al resto de nosotras nos solucionó los problemas. En un primer momento me resistí a entrar en el club, pero ahora no sé qué haría sin él. Probablemente, intentar salir con un tío que no se lo merece. *De eso nada, muchas gracias.*

Se oyeron algunas risas procedentes del público mientras Tracy le pasaba el micrófono a Diane. Me fijé en que a Diane le temblaban las manos ligeramente. Estaba acostumbrada a hablar en público (antigua capitana de las animadoras, presidenta del Consejo de Alumnos), por lo que me costaba creer que le provocara nerviosismo.

—Hola a todos. Gracias por venir —su voz, por lo general entusiasta, resultaba ahora comedida—. Soy Diane y antes era *aquella chica*. Ya la conocéis. Podrías haber sido tú, o quizá fuera tu mejor amiga, pero os garantizo que tenéis a una persona en vuestro grupo de amigas que es así. Yo abandonaba a mis amigas cuando tenía novio. Y, para ser más concreta, abandoné a Penny —clavó los ojos en el suelo. Era una historia que yo conocía bien, pero no me di cuenta de lo duro que era para ella admitir la verdad delante de todo el mundo.

Traté de inspeccionar la sala con aire despreocupado para ver si Ryan estaba escuchando. Pero no vi a ninguno de los chicos, ni a los padres. Sabían que necesitábamos un poco de intimidad en ese momento. Las pocas personas que habían grabado el comienzo de los discursos habían bajado sus cámaras. Ya habíamos quedado en que íbamos a subir a Internet algunas fotos y discursos de la fiesta para la gente que no había podido acudir, pero estaba claro que el discurso de Diane se quedaría entre las presentes en la sala.

Diane continuó:

—Tenía una mejor amiga genial, ¿y qué hice en el minuto mismo que tuve novio? Ignorarla. O hacíamos planes y yo los cancelaba. Todo mi interés, mi concentración, estaba en mi novio. Era lo único que en realidad me importaba, llegué hasta el punto de no querer hacer ningún plan por si Ry... por si *él* llamaba —Diane hizo una mueca cuando el nombre de Ryan casi se le escapó.

»Bueno, creo que no tengo que contaros lo que acabó pasando al final. Rompimos. Aunque la ruptura fue amistosa, el daño a mis amistades ya estaba hecho. Habían pasado más de cuatro años desde la última vez que había hablado con Penny como era debido. Volver a estar juntas no fue un camino de rosas para nosotras, pero el Club de los Corazones Solitarios no solo salvó nuestra amistad, sino que me hizo darme cuenta de unas cuantas cosas acerca de mí misma. Por lo general actuaba para los demás. Dedicaba todo mi tiempo a ejercer de animadora para otros, de modo que el año pasado decidí darme de baja y unirme al equipo de baloncesto, porque era lo que quería hacer. Me imaginé que ya era hora de empezar a pensar en mí. Y todavía me queda mucho por hacer pero, por primera vez en meses, puedo mirarme al espejo y ser feliz con la persona que me devuelve la mirada.

En la sala reinaba el silencio. Cualquiera que pasara junto a Diane por la calle

envidiaría su aspecto físico, pero ella hablaba de algo más profundo, de la persona en la que se estaba convirtiendo.

Estaba yo tan ocupada reflexionando sobre todo lo que había dicho y sobre lo valiente que era, que no me di cuenta de que trataba de pasarme el micrófono. Por fin, lo agarré con una mano y metí la otra en el bolsillo posterior para sacar mis tarjetas. Pero cuando bajé la vista a mis anotaciones, no me pareció bien. Tenía planeado hablar del club en general, de lo que hacíamos los sábados por la noche, de los eventos solidarios que habíamos organizado y demás.

Tracy y Diane habían hablado desde el corazón. Sentí que todas las presentes se merecían que fuera sincera. Volví a meter las tarjetas en el bolsillo.

—Muchas gracias por contarnos vuestras historias, Tracy y Diane —las miré, agradecida—. No debería sorprender a nadie que todo esto empezara por un chico. Aunque más bien era un *niñato* —hice una pausa para las risas, pues no estaba preparada en lo más mínimo para lo que tenía que hacer a continuación.

Abrir viejas heridas.

—Había un chico que conocía desde que nací. Nuestros padres eran íntimos amigos. Pasábamos juntos los veranos. Yo creía sinceramente que estaba enamorada de él. Me decía todo lo que quería oír, y hacía todo lo que yo pensaba que un chico debía hacer, pero no era suficiente para él. Quería más. Y yo sentía que si no cedía ante él, lo iba a apartar de mí. Así que... —Me sobresalté al notar el intenso picor bajo mis párpados. Habían pasado varios meses, y yo había superado del todo lo de Nate, pero me seguía doliendo.

»De modo que bajé a nuestro sótano para darle una sorpresa. Iba a... ya sabéis — paseé la vista por la estancia, confiando en no tener que humillarme todavía más y dar detalles de aquel momento íntimo—. Bueno, por lo que parecía, aquel cretino no podía esperar más. Lo encontré con otra chica en una posición muy comprometedor, y desnudos —esperé a ver hasta qué punto aquello me disgustaría pero, en vez de eso, me sentía prácticamente vacía por dentro. Era como si hubiera ocurrido en otra vida.

»Así que estaba dolida, estaba disgustada, y empecé a pensar en toda la basura que mis amigas y yo habíamos tenido que aguantar por culpa de los chicos. O los extremos a los que llegábamos para que ni siquiera nos miraran a la cara. No quería soportarlo más, ¿qué sentido tenía? Y al ser hija de unos fanáticos de los Beatles, me vino a la cabeza el Club de los Corazones Solitarios. En un primer momento pensé que estaría yo sola, pero entonces se lo conté a Diane y, de alguna manera, la cosa empezó a despegar. Supongo que al decir eso me quedo corta, dado que estoy aquí arriba hablándoos a todas vosotras.

»Y aunque, al principio, el objetivo del club consistía en no volver a salir con chicos, ahora se ha convertido en algo mucho más importante, en una comunidad de mujeres increíbles que se apoyan entre sí. Tenemos grupos de estudio, colaboramos en actos para recaudar fondos, incluso estamos contemplando la idea de financiar una beca. Aunque, en efecto, ahora las socias pueden tener pareja, si es que el chico o la

chica se lo merecen, el sentido del club siempre ha sido, y siempre será, estar ahí las unas para las otras. El Club de los Corazones Solitarios ya ha sobrepasado mis expectativas más optimistas. Y si puede ir más allá del instituto McKinley... en fin... creo que sería impresionante.

»Bueno, eh... vamos a pasar el reglamento que hemos elaborado, aunque vuestros clubs pueden redactar el suyo propio. Y algunas otras socias van a hablar un poco del club y de las cosas que hacemos.

A toda prisa pasé el micrófono a Teresa para que ella, Kara y Jen nos reemplazaran. Una vez alejada de los focos, solté un suspiro de alivio.

Después de que las tres repasaran el reglamento y respondieran algunas preguntas, volvimos a poner la música.

Tan pronto como Kelly Clarkson sonó a todo volumen por los altavoces, noté un toque en el hombro.

—Penny Lane —mi madre se mostraba preocupada—. Tengo que hablar contigo. A solas.

—¿Qué pasa? —Miré a mi alrededor, esperando ver un incendio, o un motín, por la expresión de su cara.

—Creo que tenemos que hablar de Nate.

«Mierda».

Lo había oído todo.

Doce

Empecé a recorrer de un extremo a otro la pequeña cocina del centro de recreo mientras mi madre cerraba la puerta. No me había percatado de que estaba presente durante los discursos. No la había visto. Ahora se había enterado de que yo había hecho planes para perder la virginidad con Nate. Lo cual parecía insignificante en comparación con la vida que estaba a punto de perder.

Me observó unos segundos en silencio y luego habló con voz tranquila:

—Quiero que me expliques lo que pasó.

—Creo que ya has oído lo que pasó —respondí con tono acusador—. No sabía que estabas escuchando.

Se mostró culpable.

—Todos nos pusimos de acuerdo en irnos al fondo, pero quería escuchar los discursos, así que me alejé de tu padre a escondidas. Desde luego, no esperaba oír eso. ¿Por qué no me lo contaste? Tu padre va a perder la cabeza.

Se me escapó una carcajada. Mi padre era la última persona de nuestra familia capaz de «perder la cabeza». Por otra parte, el hijo de su mejor amigo se había portado de una manera cruel con su pequeña.

—Me daba vergüenza —confesé—. Estaba dolida y me sentía tonta. No quería que te enteraras de lo que estaba dispuesta a hacer. De lo desesperada que me sentía. Pensé que te iba a decepcionar.

Mi madre frunció los labios.

—Bueno, no puedo decir que esté *orgullosa* de semejante comportamiento, Penny Lane. Pero lo que hiciste no puede compararse *de ninguna manera* con lo que hizo él —entonces, cayó en la cuenta—. Tuviste que verlo en Acción de Gracias. ¡Y está invitado a la boda de Lucy!

—Me encargué de él en Acción de Gracias. Sabe que tiene que mantenerse alejado de mí. No quiero que esto eche a perder la relación de papá con el señor Taylor. ¿Tienes que decírselo?

Hizo una pausa de unos segundos.

—Lo pensaré. No veo cómo podemos retirarle a Nate su invitación a la boda en el último momento, pero no me puedo creer que actuara con tal falta de respeto hacia ti y tus sentimientos. Creía que era un chico *encantador*.

«Sí, yo también».

Alguien llamó a la puerta. Diane asomó la cabeza.

—Ahí estás. Algunas chicas de otras ciudades quieren hablar contigo.

—Gracias, ahora mismo voy.

Cuando Diane cerró la puerta, mi madre por fin me miró a los ojos.

—No sé cómo enfrentarme a esto. Tengo mucho que procesar.

—Lo sé —respondí—. Lamento que te tuvieras que enterar de esta manera. Con delicadeza, mi madre me puso una mano en la cara.

—Bueno, y yo lamento que te haya pasado esto. Y que sintieras que no podías acudir a mí. Pero supongo que tenías muchas personas con quienes sincerarte. Siempre me ha gustado el club, pero creo que hasta ahora no había comprendido cuánto lo necesitabas.

—Gracias, mamá —señalé la puerta con un gesto—. Tengo que irme. ¿Quieres acompañarnos?

Mi madre negó con la cabeza.

—Necesito unos minutos más.

—Lo comprendo.

Lo comprendía. Yo había tardado meses en procesar lo que había pasado. La dejé sola con sus pensamientos y continué asimilándolo de la única manera que sabía: rodeada de amigas que me apoyaban y, ahora, de desconocidas que también me apoyaban.

Una parte de mí se sentía incómoda porque mi madre conociera toda la historia.

Pero había otra parte cada vez mayor que sentía alivio de que, al fin, conociera la verdad.

—¡Por el club! —El grupo de amigas levantamos nuestras bebidas el domingo por la mañana en casa de Amy.

Todas íbamos en pantalones de chándal y con coleta, y nos sentíamos agotadas por los preparativos, la fiesta y la limpieza del día anterior. Estábamos encantadas por lo bien que había ido la noche. La cantidad de nuevas amigas que habíamos hecho era aparente por el constante zumbido de los móviles con solicitudes de amistad y mensajes.

Meg empezó a trazar un mapa de las zonas de Illinois, Wisconsin e Indiana de donde la gente había venido, y ponía un punto para representar los nuevos clubs.

—Además de un mapa de América, también usaré uno del mundo, porque salta a la vista que lo vamos a necesitar —comentó mientras nos enseñaba los once puntos que ya tenía su mapa.

—Qué locura —comenté mientras tomaba otro *bagel* y me sentaba en el sofá. Aunque estaba agotada emocional y físicamente, también me sentía agradecida por tener una excusa para salir aquella mañana y no tener que encargarme de mi madre, que seguía angustiada sobre qué hacer con lo que ahora sabía. Yo era consciente de que solo estaba posponiendo lo inevitable, pero prefería prolongarlo todo lo humanamente posible.

Miré el reloj de pared, tratando de calcular cuándo tendría que marcharme para ponerme presentable para mi cita con Ryan.

Cuando empezó la película, los párpados me pesaban. Apoyé la cabeza en una almohada y cerré los ojos. Solo iba a descansar unos minutos. Luego, me marcharía y me prepararía para mi cita con Ryan.

Sí, ese era el plan.
Solo unos minutos.

La voz de Diane me sobresaltó.

—Penny, ¡despierta!

Abrí los ojos, atontada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Me tendió su móvil.

—Ryan me ha llamado, preocupado por dónde estabas.

—¿Dónde...? —Lancé una mirada al reloj. Había dormido más de dos horas, y por las chicas que se empezaban a despertar, aturdidas, no era la única que me había quedado frita—. Mierda.

—Le he dicho que nos habíamos quedado dormidas y que le llamarías inmediatamente —Diane se mostraba preocupada.

Agarré mi móvil, que había dejado sobre la encimera. Tenía cuatro mensajes y dos llamadas perdidas. Los mensajes de texto daban a entender el deterioro de la tolerancia por parte de Ryan.

Espero que el *brunch* vaya bien. Me muero de ganas de tenerte para mí solo. :)

Dijiste a las 15.00, ¿verdad? ¿Prefieres más tarde?

Todo en orden, ¿no? Empiezo a preocuparme.

¿Por qué no respondes las llamadas?

Me despedí del grupo con un gesto de la mano mientras llamaba a Ryan y metía los pies a empujones en mis botas forradas de borrego.

—Hola —dijo con un tono seco que no había escuchado desde el frente frío previo a que empezáramos a salir el semestre anterior.

—Lo siento mucho. Me eché una siesta y dormí de más. Ahora mismo voy —expliqué al tiempo que recogía las llaves del coche de mi madre. Entonces, me miré un instante en el espejo. Llevaba el pelo en una coleta desaliñada, con mechones disparados por todas partes, y en la mejilla derecha tenía grabadas las huellas del sofá. Vestía un chándal holgado e iba sin sujetador—. En realidad, ¿te importa que me pase un momento por casa para cambiarme? No quiero que me veas con esta pinta. Llegaré en media hora, te lo juro.

—Bueno, supongo que no me importa, siempre que no interrumpa tus planes —su voz se notaba demasiado controlada. Saltaba a la vista que empezaba a perder la paciencia conmigo. Lo cual estaba perfectamente justificado.

—¿Mis planes? —repetí antes de entender a qué se refería. Se suponía que se me iba a ocurrir una idea fabulosa. Y no había preparado nada en absoluto—. Sí, claro, mis planes. No, no... irá bien. Lo siento mucho. Será mejor que me dé prisa para no

hacerte esperar todavía más.

Hice todo lo posible para no saltarme demasiadas normas de tráfico en el trayecto de vuelta a casa. Entré como un rayó por la puerta principal y subí los escalones de dos en dos. Si se hubiera establecido un récord para ducharse, cambiarse y arreglarse... no lo habría batido, eso seguro. Los treinta minutos que le había prometido a Ryan pronto se convirtieron en cuarenta y cinco porque no se me ocurría qué ponerme, ya que en realidad no sabía qué íbamos a hacer. Después de decidirme por vaqueros oscuros, top fruncido gris marengo y botas negras hasta la rodilla, bajé las escaleras a todo correr. Les grité algo a mis padres sobre que llegaba tarde, pero me detuve en seco al ver que solo llevaba trece dólares en la cartera.

—Papá —entré corriendo en el cuarto de estar. Levantó la vista de su libro—. Lo siento mucho, he metido la pata. ¿Te importa prestarme cuarenta dólares, por favor? Me lo puedes descontar de mi próxima paga.

Por suerte, mi padre me entregó el dinero sin preguntar nada. Ahora solo me quedaba resolver qué hacer con Ryan.

Frené delante de su casa una hora después de haberle prometido que me vería en treinta minutos. Ya estaba fuera antes de que yo tuviera oportunidad de entrar en el camino particular.

—¡Hola! —exclamé lo más alegremente posible cuando se montó en el coche. Me incliné y le di un beso en la mejilla. Había pensado besarle en los labios, pero se negó a mirarme de frente—. Lo siento mucho, muchísimo. Todo es culpa mía, estaba cansadísima por lo de anoche, me quedé completamente dormida, y tenía el móvil en vibración... ¡es como una tragedia griega!

Siguió mirando al frente.

—¿Cuál es tu gran sorpresa?

—Sí, bueno... —No más evasivas. Yo era una chica de diecisiete años con fondos limitados, y en realidad no había gran cosa que pudiera hacer para superar la comida de cumpleaños de Ryan—. Estaba pensando que podíamos ir a... la bolera y luego... a cenar.

«Qué cutre».

—¿Cuánto tiempo lo llevas planeando? —El daño y la frustración evidentes de Ryan empezaban a asustarme.

—Mira, yo lo...

Me interrumpió.

—Lo sientes, sí, ya lo has dicho antes. ¿Sabes, Penny? No esperaba un concierto privado ni nada parecido. De hecho, podíamos haber ido al centro comercial y punto. Pero lo que realmente me duele es que no le hayas dedicado ni un minuto a pensarlo.

—Tienes razón —admití—. Pero es que es muy difícil superar lo que tú hiciste. A ver, ¿cómo se puede hacer sombra al maravilloso Ryan Bauer?

Lo dije como un cumplido, pero él no se lo tomó así.

—¿Estás de broma? *No es una competición*. Hice lo que hice porque *quería* hacer

algo bonito por ti. Porque *me importas*.

—Entonces, ¿por qué narices siempre tienes que acudir corriendo a Diane? —Me quedé pasmada de que tal comentario hubiera salido de mi boca. Aunque me resultaba un tanto fastidioso que ellos dos hablaran sobre nuestra relación, que Diane fuera la primera persona a la que Ryan llamaba cuando yo no contestaba el teléfono, hasta ese momento no me di cuenta de lo mucho que verdaderamente me molestaba —. Siento no ser una novia tan perfecta como era ella.

Ryan se quedó helado.

—Y yo siento *mucho* haberme preocupado por mi novia, de la que no había sabido nada durante toda la mañana, incluso después de escribirle varios mensajes y llamarla. Por lo menos, Diane contesta al teléfono.

Nos quedamos sentados en silencio unos minutos; el único sonido que se oía era el motor encendido del coche.

Por suerte, Ryan interrumpió el silencio.

—¿Sabes, Penny? Lo intento. Lo intento de veras. Intento que no me importe cuando te comprometes con tanta antelación para hacer cosas con el club. Intento no ofenderme porque estés más feliz con tus amigas que conmigo. Intento no fijarme en lo incómoda que te sientes cuando te acaricio en público. Intento comprender que has estado muy ocupada con tantas cosas y quizá no has tenido tiempo para pensar en nada. Y, te lo digo sinceramente, la bolera y la cena me parecen genial. Pero ha quedado bien claro que lo pensaste en el mismo segundo que las palabras salieron por tu boca. Es un asco sentirse siempre como la última opción, la verdad —agarró la manilla de la puerta del coche.

—Ryan, no, por favor —le puse la mano en el hombro, deseando que no se marchara.

Mi mente se esforzaba por encontrar algo que decir o hacer para anular todo lo que había dicho. Pero no podía librarme del hecho de que él tenía razón. Había entendido mi absoluta locura por el club. Había colaborado a que la noche anterior fuera un éxito.

¿Y qué había hecho yo para demostrarle mi agradecimiento?

Absolutamente nada.

—Déjame que te compense ahora —supliqué. La desesperación se filtraba en mi voz—. Podemos ir a los recreativos. Conseguiré una tonelada de monedas de cuarto de dólar. O podemos ver una película o un partido de algún deporte. Lo que tú quieras.

Abrió la puerta del coche.

—Olvídalo. Demos el día por terminado y nos vemos mañana en el instituto —se bajó del coche.

—Ryan, en serio, lo siento mucho... —Cerró la portezuela con un portazo.

Me quedé sentada en el coche un rato más, sin dar crédito a lo mucho que había fastidiado las cosas. Sabía que tenía que salir del camino de entrada de su casa antes

de que llamaran a la policía. Me puse a conducir sin rumbo. No estaba preparada para volver a casa y encontrarme con mis padres, que seguro que notarían que algo no iba bien.

Giré por la calle de Tracy. Traté de tranquilizar mi respiración mientras, lentamente, me dirigía hasta la entrada de su casa.

Su hermano, Mike, abrió la puerta.

—Hola, Penny, ¿cómo te va? —Me dio la espalda—. ¡Tracy! ¡Ha venido Penny!

Tracy salió de su habitación, en el piso de arriba.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado con Ryan?

Decidí dejar de fingir que podía abarcarlo todo. Porque estaba claro que no era así. Todo se me escapaba.

La presión de ser la presidenta del Club de los Corazones Solitarios.

Mi incapacidad para conciliar una relación con el único chico que lo merecía.

Allí, en el vestíbulo de Tracy, me derrumbé en el suelo, hecha un mar de lágrimas.

Something

"You're asking me, will my love grow?
I don't know..."

Something

Trece

Como regalo de cumpleaños, debería haber pedido la capacidad para volver atrás en el tiempo.

Ryan no contestó a ninguno de mis mensajes el domingo por la noche. No contestó el teléfono cuando lo llamé. Y mientras caminaba hacia nuestras taquillas aquel lunes por la mañana, temía el recibimiento con el que me iba a encontrar.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Tracy cuando llegamos a la sección del pasillo donde ella tenía que girar para ir a su taquilla.

—No, estaré bien —ambas sabíamos que era mentira.

Tuve sentimientos encontrados de alivio y ansiedad cuando vi a Ryan junto a su taquilla, guardando su abrigo.

—Hola... —dije con cautela—. ¿Cómo va todo?

Cerró la taquilla.

—Muy bien. Tengo que hablar con la señora Cowan —se dio la vuelta para alejarse.

—Mira, Ryan —me planté delante de él—. Se que la fastidié. En serio. No sé cuántas veces quieres que te pida perdón, pero me quedaré aquí el día entero si hace falta.

—Necesito tiempo —dijo, y luego se apartó a un lado y siguió andando por el pasillo.

Aturdida, me dirigí a mi primera clase. Oí que decían mi nombre, pero no me pude concentrar.

—¡Penny! —Diane me dio un leve codazo—. Parece que estás en otro mundo.

—No me apetece hablar del tema —le espeté.

—Mmm, vale.

—Aunque quizá debería preguntártelo yo a *ti*, ya que él te lo cuenta todo a *ti*.

Arrugó la frente.

—¿De qué estás hablando? ¿Va todo bien?

Me detuve en seco y me quedé mirándola.

—¿En serio no lo sabes?

Negó con la cabeza.

—Saber... ¿qué? No tengo ni idea de qué hablas.

—Creo que Ryan y yo vamos a romper —no quería admitirlo, solo decirlo me dolía; pero era el único resultado que me podía imaginar después de lo que había pasado.

—¿Cómo? ¿Qué pasó ayer? No puede haberse enfadado hasta *tal punto* porque llegaras tarde.

—No... —admití—. Fue porque llegué tarde y no tenía nada planeado, y siempre lo pongo en segundo lugar con respecto a todo lo que hago en mi vida. No le culpo por estar enfadado conmigo. No puedo ser la novia que eras tú.

—Sabes muy bien que no debes compararte con los demás.

—Está claro —señalé con un gesto el pelo, el cuerpo y la ropa de Diane, un ejemplo de perfección.

—No me refiero a eso. Compararte con los demás solo te sacará de quicio. Sabes que yo no era la novia perfecta. Dependía de él. Me ponía de los nervios si no tenía noticias tuyas mañana, tarde y noche. Dale un tiempo para que se calme —Diane enganchó su brazo con el mío—. Sabes que está loco por ti. Se le pasará antes de que te des cuenta.

Diane era una de las personas más inteligentes de nuestra clase. Estaba acostumbrada a tener razón sobre casi todo. Por lo general, me fiaba de su criterio.

Pero yo había estado allí. Había visto lo disgustado que estaba. Sabía lo que había hecho (o, más exactamente, lo que no había hecho). Pensaba que no se le iba a pasar.

Hay ciertas cosas en el instituto que te acostumbras a ver a diario: tu taquilla, la secretaria, los baños, el profesor con uno de esos peinados cutres para taparse la calva, las vitrinas con trofeos que bordean el pasillo.

Así que cuando entré en la cafetería, inmediatamente me percaté de que faltaba algo. Algo había cambiado.

Y entonces me di cuenta.

Ryan no estaba sentado a la mesa habitual con Todd y el resto de sus amigos. Estaba con Bruce, ocupando una mesa pequeña en un rincón.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Tracy mientras me sentaba.

Tracy, siempre en primera línea de los cotilleos del McKinley, me dio la exclusiva.

—Ryan fue a su mesa, como siempre, aunque tuvo la sensatez de sentarse al lado contrario de Todd. Pero Todd estaba en plan «ni hablar, tío, ya has elegido bando» y, básicamente, lo echó.

Otro elemento más para añadir a la lista de las cosas horribles que yo le había hecho a Ryan. Sabía que el único problema de Todd con Ryan era que estaba conmigo. Y el hecho de que Ryan se hubiera enfrentado a Todd el sábado. Por esos delitos menores, había sido exiliado de su grupo de amigos.

La tensión se palpaba en toda la cafetería. En el comedor abundaban los susurros y las miradas curiosas. Por su parte, Ryan fingía estar absorto en la historia que Bruce le contaba, fuera cual fuese.

Por descontado, Todd iba a manejar el desafío por parte de Ryan como un niño mimado, pero no me podía creer que los demás amigos de Ryan, como Don y Brian, no se enfrentaran a Todd.

¿Por qué Ryan tenía que sufrir por mis pecados? Bueno, en realidad no eran *mis* pecados, porque yo no había hecho nada malo.

Tal vez Ryan no tendría que ser el único que pusiera a Todd en su sitio. Tal vez

debía yo recordarle a Todd un par de cosas. No había tenido que hacerlo todavía... aquella semana.

—Pen —dijo Tracy—. Conozco esa mirada, y es una mala idea.

—¿Qué mirada? —pregunté con inocencia.

Me dedicó una sonrisita.

—Venga ya. La mirada que dice que quieres plantarte ahí a bajarle los humos a Todd.

—Y para ti sería un problema *porque...*

Tracy bajó la voz.

—Porque ahora mismo las cosas entre Ryan y tú no van tan genial. Así que seguramente no te agradecería que montaras un pollo monumental en su nombre.

—Pero siento que debería hacer algo. Quizá esto demuestre que él me importa de verdad, ¿no? —razoné mientras apartaba a un lado mi bandeja de comida.

—Lo que tienes que hacer es estar ahí para él, sobre todo ahora.

—Pero si lo he intentado —mi voz sonaba tan exhausta como yo misma estaba.

—Dale tiempo. Está quemado. Se le pasará —alargó el brazo y me dio unas palmadas en la mano—. Venga, toma mi *brownie*.

A Tracy le encantaba el dulce y nunca renunciaría a un *brownie* a menos que yo tuviera un problema importante.

Me pasé el resto del almuerzo escuchando a todo el mundo hablar de sus clases de la mañana e ignorando la bomba de relojería sentada a una mesa pequeña, en un rincón del comedor.

Decidí que lo mejor iba a ser pasarme el día con la cabeza gacha. Si Ryan estaba dispuesto a ignorarme, yo haría todo lo posible por ignorar el pánico que empezaba a extenderse por todo mi cuerpo.

No es que nunca antes me hubieran dejado, pero la idea de que Ryan rompiera conmigo era más de lo que podía soportar.

Al doblar la esquina para ir a la clase de Español, Bruce me alcanzó.

—¡Hola Penny! «¿Cómo estás?» —se interesó en correcto español.

—Muy bien —no tenía la energía para traducir mi respuesta al español. Aún me seguía costando descifrar mi propio idioma—. ¿Qué tal el almuerzo?

—Bien. Ryan es un tío legal —respondió, o bien porque no conocía los problemas entre Ryan y yo, o porque era un actor de primera—. De hecho, quería hacerte una pregunta.

—Dispara —me dispuse a entrar al aula, pero Bruce se detuvo junto a la puerta.

—Sí, a ver, ¿crees que Tracy aceptaría quedar conmigo? —Sus ojos rebosaban de esperanza.

Me sabía fatal tener que destruir su ilusión.

—En este momento Tracy no sale con chicos —me estaba quedando corta—. Está

muy comprometida con el club, y no creo que acepte que alguien le pida salir.

Bruce asintió lentamente.

—¿Podrías hablar con ella de mi parte? ¿Enterarte de si estaría dispuesta a salir a cenar? Me parece fantástica. Divertida, guapa y, ya sabes, un poco rebelde —se echó a reír.

Yo lo sabía de sobra.

Pensé que no habría manera de hacer que Tracy cambiara de opinión, aunque me preocupaba un poco que el club le hubiera quitado las ganas de volver a tener citas en plan romántico. Había pasado de estar obsesionada y fantasear constantemente con salir con chicos a poco menos que ridiculizar el hecho en sí de quedar con ellos. Quizá sería bueno para ella salir un día con un buen chico, como Bruce.

Había apoyado tanto a Ryan y al club que decidí echarle una mano.

—Claro, ¿por qué no?

Reflexioné que entre las tres personas más cercanas a mí —Tracy, Diane y Ryan—, Tracy era la única con la que no me había puesto furiosa ni me había peleado en las últimas veinticuatro horas. Tratar de ver si aceptaría quedar con un chico era mi mejor oportunidad para salir ganadora por partida triple.

O vas a por todas, o te quedas en casa.

Ay, qué ganas de quedarme en casa.

Catorce

Al despertarme la mañana siguiente, no estaba precisamente emocionada. Por otra parte, supuse que sería bastante difícil igualar el horror del día anterior.

Mientras esperaba a que Tracy me pasara a recoger para ir al instituto, contemplé diferentes maneras de sacar a relucir una posible cita con Bruce. Imaginé que al ir conduciendo, y con su hermano pequeño en el asiento posterior, habría menos posibilidades de que intentara causarme daños físicos.

Tras intercambiar los saludos habituales de las mañanas, decidí atacar.

—Oye, Tracy, Bruce está superinteresado por ti.

—Bueno, tengo una gran personalidad, ya lo creo —respondió con tono inexpresivo.

Mike soltó una risita.

—Guau. Tracy le gusta a un chico. Está claro: el mundo se acerca a su fin.

Tracy le lanzó una mirada a través del espejo retrovisor.

—No, pero si vuelves a abrir la boca, serás tú quien se acerque a su fin.

Mike tomó la sabia decisión de ponerse los auriculares.

Continué defendiendo la causa de Bruce.

—¿Alguna vez aceptarías quedar con él? Está loco por ti.

Tracy arrugó la frente.

—En realidad, no. A ver, sí, está bueno, es encantador y tiene acento extranjero. Además, por lo que parece, es el primer tío que se ha fijado en mis armas de mujer. Pero ¿qué sentido tiene?

—¿A qué te refieres con qué sentido tiene?

Se suponía que el sentido era pasarlo bien con un chico supermono. ¿Es que Tracy necesitaba otras razones aparte de eso?

—Se vuelve a Australia dentro de unos meses, ¿qué sentido tiene salir con él? No llegaríamos a ninguna parte. Mira, echemos un vistazo a cualquiera de las relaciones en el McKinley: en su mayor parte, no irán más allá del instituto. Bruce no va a ser el amor de mi vida, así que más me vale no perder el tiempo —explicó con toda naturalidad. Casi echaba yo de menos a la antigua Tracy, la que solía reaccionar de forma exagerada siempre que se trataba de un chico.

—Escucho lo que dices pero, según esa lógica, ¿qué hago yo saliendo con Ryan?

—Hice un gesto hacia atrás para señalar a Mike—. ¿O Mike con Michelle?

Tracy mantenía los ojos clavados en la carretera.

—Sí, y no quiero meterme en eso. Claro, chicos, podéis casaros y vivir felices para siempre. Lo único que digo es que existe una razón por la que todas esas novelas románticas acaban cuando el chico y la chica se enamoran. Porque si enseñas lo que ocurre después de la primera cita, mucha gente se llevará un chasco. En el mundo real, la mayoría de las relaciones terminarían al cabo de unas semanas. Bueno, excepto la de Elizabeth Bennet y el señor Darcy, los de *Orgullo y prejuicio*. Podré

tener un corazón de piedra, pero ni yo misma soy capaz de contradecir a Jane Austen.

—Qué romántico por tu parte —bromeé, aunque sus palabras me dolieron. No había pensado en mi futuro con Ryan más allá del baile de fin de curso. Ni siquiera sabía si tendríamos un futuro después del último fin de semana. No tenía ni idea de si seguíamos saliendo o no, ya que existía la creencia generalizada de que las personas que estaban saliendo, efectivamente, se saludaban entre sí.

—Creo que la palabra que buscas es *realista* —declaró antes de girar la cabeza para mirarme. No sé qué vio en mí que le hizo cambiar su punto de vista a toda prisa, y se precipitó a añadir—: Pero a ver, Pen, Ryan es de veras genial. Te hace feliz, y eso me hace feliz a mí. Lo único que digo es que ahora mismo no me apetece quedar con chicos. Somos personas distintas. No renuncies a él.

Pero lo que había dicho antes se me había quedado grabado. Pensé que quizá *debería* dejar a Ryan, sabiendo que seguramente no tendríamos el final feliz de un cuento de hadas. Llevábamos juntos menos de dos meses y ya habíamos tenido más melodrama que en todas mis relaciones anteriores juntas.

Bueno, exceptuando a Nate. Ya no podía contar a Nate como una relación.

Aquello no había sido real.

Pero lo que Ryan y yo teníamos sí lo era.

O tal vez no.

Al fin y al cabo, hubo un tiempo en el que pensaba que lo que tenía con Nate sí era real.

¿Cómo saberlo?

No había manera alguna de enterarme de si seguía activo el frente frío por parte de Ryan. Porque tienes que estar cerca de alguien para saber si está furioso contigo. En realidad, el hecho de que apenas hubiera pasado por su taquilla era toda la respuesta que yo necesitaba.

Iba arrastrando los pies hacia la cafetería para almorzar cuando Bruce me vio. Me hizo señas para que me detuviese.

—¡Hola, Penny!

—Hola, Bruce.

—¿Hablaste con Tracy? —Se mostraba muy esperanzado.

Decidí que lo mejor era arrancar la tirita de un tirón.

—Verás...

—¡Bruce! —Brian Reed se acercaba a nosotros—. Oye, colega, ¿me echas una mano con Geografía? ¿Qué tal si almorzamos junto a mi taquilla y hacemos un repaso?

Bruce me lanzó una mirada expectante pero, a caballo regalado, no pensaba yo mirarle el diente.

—Os dejo, chicos. ¡Hablamos luego! —Acto seguido, salí pitando.

Cuando entré en la cafetería para sentarme con las chicas del club, me di cuenta de lo estúpida que era. Brian era uno de los compinches de Todd. Y al comer Bruce fuera de la cafetería, Ryan estaba sentado solo a una pequeña mesa en un rincón. Se trataba de una escena que nadie se habría esperado. Uno de los alumnos más populares del instituto estaba sentado a solas. Dudé de si a la gente le intimidaba unirse a él o si temía la ira de Todd en caso de hacerlo.

Dirigí la vista a la mesa del club y me encontré con la mirada de Diane. A toda prisa se giró para ver lo que yo le señalaba y se levantó, pero sacudí la cabeza de un lado a otro. Era un asunto que yo tenía que resolver. Asintió con un gesto y me dirigí hasta la única mesa, además de la de Todd, en la que con toda seguridad no sería recibida con los brazos abiertos.

—¿Me puedo sentar? —pregunté con un sonrisa de disculpa.

Ryan levantó los ojos y en su cara apareció un destello de alivio.

—Claro.

Era más de lo que me había dicho en dos días. De modo que allí, delante de toda la cafetería, almorcé con mi novio por primera vez.

—Bruce tenía que ayudar a alguien con los estudios —le expliqué. Pero lanzó una mirada hacia donde estaba Todd. Ryan no era estúpido. Conocía el juego que Todd estaba jugando—. Lo... —dejé la palabra colgando en el aire una pizca de más. Iba a disculparme, pero lo había hecho tantas veces en las últimas cuarenta y ocho horas (y, para ser sincera, los últimos meses) que el sentimiento había perdido su significado. «Lo siento» no eran más que dos palabras.

Ryan me miró.

—En fin... Mi padre me llamó el domingo y solicitó mi presencia esta semana. Fue justo antes de cuando se suponía que me pasabas a buscar, así que estaba un poco atacado. Me gustaría decir que ahora estoy mejor, pero no sé qué quiere. Cuando se trata de mi padre, siempre quiere algo: aprobación, enfadar a mi madre, una excusa para presumir, menospreciar a alguien...

Yo no conocía a su padre. Era una especie de leyenda urbana, aunque apenas se hablaba de él. No me parecía oportuno sacarlo a relucir con Ryan. Sus padres se habían divorciado más de diez años atrás. Él era un pez gordo entre los abogados del centro de Chicago, que nunca se presentaba en los partidos de Ryan cuando había dicho que iba a ir.

—Tiene que ser difícil —comenté, de pronto agradecida a mis propios padres—. ¿Te apetece hablar del tema?

Con poca gana, probó su sándwich.

—En realidad, confiaba en que vinieras conmigo. Es en un restaurante escandalosamente caro de Chicago, el jueves. Podremos disfrutar de una buena comida a cuenta de mi querido papá, si es que aparece.

Me sentí sorprendida y honrada al mismo tiempo.

—Pues claro. Lo que necesites.

—Gracias —me dedicó una sonrisa débil—. Y creo que ha llegado la hora de disculparme por lo frío que he estado contigo. Fue el doble golpe de que me llamara y me exigiera que fuera a verlo. No hubo un «¿cómo estás, hijo?». Fue un «tienes que venir a verme». Luego, tú llegaste tarde y, no sé, me sentí como un cero a la izquierda.

—No te disculpes. Fui una cretina total. A ver, no tan cretina como Todd. Pero aun así...

Una risa se le escapó de la garganta.

—Creo que sería bastante difícil para cualquiera llegar a ser tan...

—¿Patético? —concluí amablemente por él.

—Sí —pareció relajarse bastante—. Tiene gracia. Piensa que por ignorarme va a hacerme pensar que soy yo quien ha hecho algo mal. Lo único que me molesta es que ha puesto en mi contra a todos los que consideraba mis amigos. ¿A quién se le ocurre pedir a la gente que elija un bando? Es lo que le pidió ayer al equipo de baloncesto. La mayoría no le hicieron caso, pero tampoco se atreven a enfrentarse a él en la cafetería. Al menos, de esta manera consigo almorzar sin que esté manoseando toda la comida que traigo envuelta.

Por descontado, Ryan hizo este comentario justo cuando yo clavaba la vista en su bolsa de galletas con pepitas de chocolate.

—Sí, pero... ¿sabes?, compartir es de buena educación.

Ryan, en un primer momento desconcertado porque yo estuviera defendiendo a Todd, se dio cuenta de lo que estaba mirando. Arrastró la bolsa sobre la mesa. Cuando la agarré, alargó el brazo y tomó mi mano. Nos quedamos así unos minutos, su mano entrelazada con la mía, agradecidos porque, al parecer, habíamos superado nuestro obstáculo relativamente intactos.

Se inclinó hacia delante y, como si fuera un imán, me sentí atraída hacia él.

—Te agradezco que te hayas saltado el protocolo para venir a sentarte conmigo —dijo mientras frotaba su pulgar en el borde de mi mano.

—Pues claro. Aunque te advierto que, ahora, esta infracción podría convertirte en el objetivo de la implacable ira del Club de los Corazones Solitarios. Trataré de que suspendan su plan de venganza, pero hay líneas que, una vez que se cruzan, no admiten marcha atrás.

—¿Ah, sí? —Tenía una expresión divertida en la cara. Dirigió la vista a la mesa de las socias del club—. ¿Y qué crees que harían si te besara ahora mismo, delante de la cafetería, del instituto y de esos que me quieren hacer daño exclusivamente porque me apetece pasar tiempo con mi novia?

Silencié aquellas voces en mi cabeza que gritaban que nos iban a pillar, que se iban a burlar de mí.

—Lo tomaría por un movimiento arriesgado. ¿Estás dispuesto a aparecer en un cartel de «Se busca»?

Siguió acercándose poco a poco.

—Sí, sobre todo si quien me busca eres tú.

Y lo era. Cerré los ojos y besé a Ryan. Hice caso omiso de los murmullos y me aparté justo cuando Tracy gritaba: «¡BRAVO, PEN!».

Ella, que aseguraba que no creía en los romances de instituto.

Algunos profesores volvieron la vista hacia mí, pero para entonces Ryan y yo — con la cara roja como un tomate— estábamos disfrutando de las galletas caseras de su madre.

Nunca una reconciliación había tenido un sabor tan dulce.

Quince

Me di cuenta de que para seguir con Ryan y estar en el club tenía que hacer algunos sacrificios.

El reglamento no estipulaba que las socias tuvieran la obligación de almorzar a diario con sus compañeras. De modo que lo hablé con el grupo y aceptaron que, hasta que se restableciera el orden en el McKinley, yo comería con Ryan y Bruce en días alternos.

Aunque no sabía hasta qué punto deseaba que el orden se restableciera si eso significaba que Ryan y Todd volverían a ser mejores amigos.

El jueves ya había más gente sentada a la mesa de Ryan. No solo porque Diane y Tracy hubieran decidido acompañarnos, sino porque también acudieron dos de los amigos de Ryan del baloncesto. Bruce estaba encantado con la presencia de Tracy, aunque me temí que lo había tomado como señal de que a ella le gustaba él. Por suerte, también tuvo como consecuencia el dejar de insistir acerca de mi conversación con Tracy.

Las cosas se relajaron en el instituto; pero cuando Ryan y yo nos dirigíamos hacia Chicago para ver a su padre, su nerviosismo era evidente. Igual que el mío. Cada vez que el tráfico se atascaba en la interestatal, sentía alivio por contar con unos segundos más antes de tener que conocer al hombre, al mito, al padre ausente. Íbamos a ir a un lujoso restaurante italiano y me había puesto mi vestido negro de la fiesta de antiguos alumnos, ya que en mi armario no tenía ninguna otra prenda apropiada. No pude evitar echarme a reír cuando Ryan apareció con *su* traje de la fiesta de antiguos alumnos. Al montarme en el coche, me vino la imagen de lo que podría haber sido el año anterior, y de cuál podría ser nuestro futuro.

Ryan, impaciente, dio unos golpecitos en el volante.

—Probablemente no debería meterte a la fuerza en los problemas de mi familia.

Le puse una mano en el cuello.

—Tranquilo. Quiero ir, por ti. Además, también me apetece una buena dosis de carbohidratos.

—No te olvides de pedir un montón de comida. Mi querido papá tiene que pagar por muchas ofensas, y como el dinero es lo único que le importa...

El perfil urbano de Chicago empezó a iluminarse en la distancia. Los altos edificios relucían con el fondo del cielo nocturno, cada vez más oscuro. De niña, siempre se me ponía la carne de gallina cuando conducíamos por la avenida North Lake Shore, con el lago Michigan a la izquierda y el centro de Chicago frente a nosotros.

Aunque habíamos salido con tiempo de antelación por el conocido tráfico de Chicago, al encaminarnos a Spiaggia llegábamos un par de minutos tarde. En cuanto las puertas del restaurante se abrieron, supe que me encontraba fuera de mi ambiente: ventanas altas que miraban al lago Michigan, gigantescas y elaboradas arañas de luz,

columnas de mármol. Lo contrario a todas las cenas en restaurantes a las que había asistido con mi familia. O con cualquier otra persona. Jamás.

A medida que nos aproximábamos a la encargada de recibir a los clientes, traté de erguir la espalda. Lo que suponía todo un desafío, puesto que andar con tacones altos no era exactamente uno de mis puntos fuertes.

La encargada consultó el nombre y luego le dedicó a Ryan una cálida sonrisa.

—Sí, me han informado de que una de las personas de su grupo va a llegar con retraso. Hasta entonces, pueden tomar asiento en el bar.

—Me lo imaginaba —murmuró Ryan para sí mientras nos dirigíamos al bar.

Empecé a inspeccionar el reducido espacio en busca de dos asientos cuando descubrí una rubia de bote, alta y bronceada, que nos miraba fijamente. Yo, por otra parte, intentaba apartar la vista de su pecho descomunal, pero luego me figuré que si te gastas tanto dinero en algo y llevas un vestido escotado y con aberturas, no debe de importarte que los ojos ajenos sigan esa dirección.

Justo cuando miré para otro lado, empezó a hacernos señas con la mano. Me di la vuelta y comprobé que no había nadie.

—¿La conoces? —pregunté.

—No —Ryan parecía muy desconcertado por los intentos de la mujer para atraer nuestra atención.

Seguía agitando la mano. Luego exclamó:

—¡Ryan! ¡Aquí!

—Pues da la impresión de que ella te conoce a ti.

A todas luces harta de que no le hiciéramos caso, la rubia se acercó y, para mi horror, estrechó a Ryan en sus brazos.

—¡Ryan! ¡Por fin! ¡Nos hemos conocido! —Todo cuanto decía iba acompañado de un saltito sobre sus tacones.

—Lo siento, ¿te...? —Era evidente que Ryan estaba estupefacto.

Empecé a mirar alrededor en busca de cámaras ocultas mientras me preguntaba si estábamos en un programa de inocentadas. O si el padre de Ryan había decidido contratar a una profesional del *striptease* para que pasara la velada con su hijo.

La chica —debía de tener solo unos cuantos años más que nosotros— le agarró del brazo con fuerza.

—Ay. Dios. Santo. ¿Es que tu padre te quería dar una sorpresa?

Entonces, en efecto, era una profesional del *striptease*.

—¿Conoces a mi padre? —preguntó Ryan.

—¿Tú qué crees? —Acto seguido, alargó la mano izquierda, en cuyo dedo anular se veía un diamante del tamaño de una pelota de tenis.

«Madre mía. Se casa con una *Barbie*».

Tras observar la expresión de Ryan, se llevó una mano a la boca.

—¡Ay, no! Supongo que es lo que te quería contar esta noche. Se va a poner furioso.

Ryan negó con la cabeza.

—Vamos a ver si me entero. ¿Tú... —La señaló con abierta repugnancia— estás prometida *con mi padre*?

Volvió a abrazar a Ryan, aplastando su silicona contra el torso de él.

—¡Es genial! ¿A que sí? ¡Voy a ser tu nueva madre! —soltó una risita. Y con otro sobresalto, me di cuenta de que no se trataba de la risa de una cabeza de chorlito. Era la risa de una persona que estaba muy muy nerviosa. Asustada, incluso. Al igual que nosotros, no había contado con aquello. Además, si algo sabía yo del padre de Ryan era que le gustaba controlar las situaciones, así que, seguramente, la rubia se iba a meter en un lío por lo que le había contado a Ryan.

Este abrió la boca y, aturdido, dio unos pasos hacia atrás. Masculló algo mientras nos dirigíamos al ascensor y pulsó con indignación el botón para bajar.

—Pero... —La chica hundió los hombros mientras, impotente, observaba cómo Ryan desaparecía.

Se trataba de un desastre en toda regla, y ahora la rubia parecía tan desamparada como nosotros dos. Me recordé que ella no era la persona con quien deberíamos enfadarnos. La persona con la que deberíamos enfadarnos no se había molestado en llegar puntual.

Ella me miró en busca de una respuesta. No supe qué decir.

—Lo siento —balbuceé. Luego, seguí a Ryan y salimos del restaurante.

Una vez en el ascensor, le toqué el brazo y él lo apartó.

—Necesito un segundo —explicó. Apretaba la mandíbula con fuerza.

En silencio, regresamos al coche. Ryan ocupó el asiento del conductor y no hizo movimiento ni sonido alguno durante un par de minutos. Yo sabía que no podía decirle nada para que se sintiera mejor, de modo que permanecí callada.

El timbre de su móvil rompió el silencio. Ryan no se movió para recogerlo, ni siquiera para mirar quién llamaba. Por el tono de la *Marcha imperial* de *La guerra de las galaxias*, supuse que Ryan sabía exactamente quién era.

—¿Quieres que conduzca? —me ofrecí, tratando de hacerle reaccionar de algún modo.

Entonces, por fin, reaccionó. Tuvo una reacción que me conmocionó, me asustó y me impresionó. Porque en ese aparcamiento de la «Milla Magnífica» de Chicago, Ryan Bauer perdió la cabeza, totalmente.

Se puso a dar golpes en el volante; luego, lo zarandeó con tal fuerza que estuve a punto de bajarme del coche.

—¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón! —chillaba. Acto seguido, soltó el volante y se desplomó hacia atrás como un muñeco de trapo. Las lágrimas le surcaban las mejillas—. Lo siento, Penny, pero ya no aguanto más sus chorradas de mierda. No veo el momento de cumplir los dieciocho para que ninguno de los dos esté obligado a fingir que somos familia —se rio con amargura—. Menudo padre. ¿Cuánto crees que hace que la conoce? ¿Crees que ella tiene la más *ligera* idea de dónde se está metiendo?

Su móvil volvió a sonar. Lo apagó y lo lanzó al asiento posterior.

—Estoy convencido de que el único propósito de esta noche era fingir que es un padre ejemplar, para impresionarla. Es un farsante de primera.

Se inclinó y apoyó la cabeza en el volante.

—Y voy a tener que ser quien se lo cuente a mi madre.

Le puse una mano en la mejilla.

—¿Quieres que esté contigo, cuando se lo digas?

Negó con la cabeza.

—Ryan, sabes que siempre digo en plan chistoso que espero no parecerme a mis padres. Bueno, pues sé que me parezco. Pero tú no te pareces a tu padre en nada, en lo más mínimo. No me hace falta conocerlo para darme cuenta.

No respondió.

—A ver, tú y yo sabemos lo mucho que te gusta la belleza natural —en plan de broma, señalé mi pecho. Aunque no era pequeño, no tenía comparación con los melones que acabábamos de ver—. Ah, y eres lo contrario a un cabrón, así que eso debería contar para algo.

Por fin se incorporó, se secó las lágrimas de las mejillas e hizo un gesto de afirmación para sí mismo. Ya se lo había visto hacer antes, cuando se preparaba para un partido importante en la cancha.

—Vale, paso página —arrancó el motor y luego me miró—. ¿Te importa conducir? Me temo que ahora mismo podría batir el récord de la Asociación Nacional de Carreras Automovilísticas.

Mientras nos bajábamos del coche para intercambiar los asientos, tiré de Ryan hacia mí y lo abracé con fuerza. Todo lo que Diane y Tyson me habían dicho me vino a la cabeza de repente. Lo único que Ryan quería era que yo estuviera allí, que estuviera presente, para él. Tal vez le hubiera fallado en ese aspecto en el pasado, pero ahora sabía que todo lo que necesitaba era que le abrazara y le ayudara a superar aquello.

Se trataba de algo que no estaba dispuesta a fastidiar.

Dieciséis

Hasta aquel momento, lo había visto todo como una cuestión de elegir. Siempre era lo mismo: Ryan o el club. Y aunque no podía permitir que mi relación con él interfiriera en el club (y viceversa), sí que podía influir en el calendario social de las socias.

El sábado por la noche las socias asistiríamos al último partido en casa del primer equipo de baloncesto masculino. Luego iríamos todos juntos a tomar *cupcakes* y batidos.

No había necesidad de elegir. Armonía total.

Además, habría *cupcakes*, de modo que salíamos ganando en todos los sentidos.

Sin embargo, primero estaba el viernes por la noche. Morgan y yo íbamos de camino hacia un café en el pueblo de al lado para escuchar a la banda de Tyson. Ryan se reuniría con nosotros más tarde, después del entrenamiento.

Me encantaba cuando los planes salían bien.

—¿Te importa acompañarme a hacer un recado antes? —preguntó Morgan mientras aparcaba el coche en un espacio libre del abarrotado centro comercial de Parkview.

—Claro que no —respondí, y nos bajamos del coche.

Morgan, nerviosa, se mordía las uñas.

—Gracias, necesito apoyo para lo que voy a hacer.

Entramos en una parafarmacia que yo conocía de sobra. Morgan agarró un carrito y empezó a llenarlo aparentemente al azar mientras recorría el pasillo —un refresco, bastoncillos de algodón, protector labial—. Presa de los nervios, barría la tienda con la mirada.

Mi reacción inmediata a su sospechosa conducta fue pensar que tenía la intención de robar algo. Era lo único que tenía sentido.

—¿Quieres que te ayude a encontrar alguna cosa? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Sé adónde voy —asíó un bote de laca para el pelo y lo examinó con detenimiento. Tan pronto como una mujer que empujaba un cochecito nos pasó de largo, Morgan caminó a toda prisa hacia la sección de higiene femenina.

¿A qué venía tanto jaleo? ¿Iba a comprar unos tampones?

—Mmm, ¿quieres que me encargue yo? —me ofrecí.

Morgan agarró una caja al azar; luego, dio la espalda a los estantes.

—No, tranquila.

Seguí su mirada y caí en la cuenta de que nos encontrábamos justo al lado de la sección de preservativos. A toda velocidad, Morgan agarró una caja y la colocó detrás de la de tampones para poder examinarla con más discreción.

—¡Morgan! —siseé—. ¿Te das cuenta de que *mi madre* trabaja aquí?

Ahogó un grito.

—Ay, Dios mío, se me había olvidado. Quería que alguien me acompañase, no

hacerlo sola...

Justo cuando me alejaba del pasillo y de cualquier prueba que pudiera condenarme a la guillotina, oí la voz de mi madre. Me quedé paralizada del miedo.

—Caramba, Penny Lane, ¡qué sorpresa tan agradable! —Mi madre, con su bata de farmacéutica, se acercó a mí—. A Sue le pareció verte entrar. ¡Hola, Morgan!

Morgan le dedicó una sonrisa débil y se puso blanca como el papel. Apretaba las cajas como si le fuera la vida en ello.

—Creí que ibais a ir al concierto de Tyson —pasó la mirada de una a otra.

—Sí —procuré mantener la calma—. Queríamos comprar algunas cosas, refrescos y demás...

Morgan bajó la vista a sus manos, tratando desesperadamente de no mostrar lo que había detrás de la caja de tampones.

—Sí, esos días del mes y tal —señaló la caja con un gesto y, luego, se dispuso a meterla en el carrito. Mientras hacía todo lo posible por ocultar la prueba de lo que realmente estábamos haciendo allí, las dos cajas se separaron.

Fue como ver caer una bomba. En realidad, seguramente pasaron dos segundos; pero en mitad de la tienda, con mi madre de testigo, me parecieron dieciocho horas de tortura. Cuando por fin la caja de preservativos aterrizó en el suelo, tuve la impresión de que el pecho me estallaba.

Allí, entre nuestros pies, yacía la prueba con su «Placer para ella» en todo su esplendor.

Mi madre tardó unos segundos en procesar lo que estaba viendo. Una vez que lo hizo, levantó la cabeza con brusquedad y me agarró por el codo.

—Al fondo. Ahora mismo.

Morgan dio un paso adelante.

—Por favor, señora Bloom, Penny no tiene la culpa. No sabía a qué veníamos aquí. No tiene nada que ver con ella... —Por fin, respiró hondo—. Por favor, no se lo cuente a mis padres.

Mi madre se quedó mirándonos con los labios fruncidos.

—Penny Lane, tenemos que hablar esta noche cuando vuelvas a casa. Y vas a volver a las nueve, no a las diez.

Ni siquiera me molesté en protestar. No tenía ningún sentido.

Morgan miró el carrito, sin saber muy bien qué hacer.

Mi madre tendió la mano.

—Yo me encargo.

Salimos de la tienda a todo correr y con una ráfaga de disculpas. Una vez en la calle, y a salvo en el coche de Morgan, solté aire por fin.

—Lo siento mucho —Morgan se tapó la cara con las manos—. No sabía qué hacer, y pensé que si entraba con alguien y no le daba demasiada importancia, *no tendría* demasiada importancia —acto seguido, pronunció el eufemismo del milenio —: Ha sido un desastre.

—¿Por qué no me dijiste que al final habías decidido hacerlo? —le pregunté.

Se hundió en su asiento todavía más.

—No estaba segura. Después se me ocurrió que si podía asumir la responsabilidad de comprar condones, quizá estuviera preparada. Supongo que ahora tengo la respuesta —Morgan empezó a darse palmadas en la frente, como si tratara de librarse del recuerdo. Con un gruñido, añadió—: Creo que me voy a morir de la vergüenza.

Sí, claro; y yo iba a morir asesinada. Por mi madre. Por un crimen que no había cometido.

—Escucha, si no quieres salir esta noche, lo entiendo —añadió Morgan. El color que se le había esfumado de la cara regresó y se intensificó.

Me quedé pensando un momento.

—No, tenemos que ir. Seguramente es la última vez que me van a dejar salir de casa hasta que cumpla los treinta.

Además, me imaginé que sería mejor advertir a Ryan de que debería entrar en el programa de protección de testigos.

La música siempre me había ayudado a escapar de mis problemas. Había tenido que apoyarme en John, Paul, George y Ringo más veces de las que recordaba.

Pero aquella noche existía una nube de inseguridad, preocupación y auténtico miedo frente a la que ninguna música podía ayudarme. Aunque la banda de Tyson era buena, la nube se siguió cerniendo sobre mí toda la noche. Por mucho que Morgan y yo tratamos de bromear sobre el asunto cuando llegamos al café, yo sabía muy bien lo que significaba.

No dejaba de pensar en lo que mi madre había visto. Lo que debía de haber pensado de mí. Primero, tuvo que enterarse por casualidad de que había salido con Nate, de que tenía la intención de acostarme con él y, en vez de eso, le pillé acostado con otra chica. Ahora, me había descubierto en el pasillo de los preservativos.

¿Volvería a confiar en mí alguna vez?

Subí nuestro camino de entrada con paso lento a las nueve menos cuarto. Después de contarle a Ryan en confianza lo que había pasado, él había insistido en que me presentara en casa antes de las nueve, la hora de llegada que me acababan de imponer.

Al entrar por la puerta principal, vi a mi madre sentada a la mesa de la cocina, dando sorbos de té. No sonaba música; tampoco estaba encendida la televisión. Mi madre no leía. Solo estaba allí sentada, pacientemente.

Esperándome.

Cuando entré en la cocina, apartó la silla que tenía enfrente y me senté. Dio golpecitos con las uñas en el tazón de cerámica con la ilustraciones del álbum *Revolver*.

—Penny Lane, no hace falta que te diga lo orgullosa que estoy de lo que has hecho con el Club de los Corazones Solitarios.

Asentí con un gesto.

Continué con tono calmado:

—La iniciativa y la fuerza que demostraste al fundarlo y predicar con el ejemplo son impresionantes.

Permanecí en silencio, esperando el inevitable «pero» que estaba por llegar.

—Tu padre y yo hemos acabado por disfrutar, sinceramente, de los sábados en casa con las chicas. Y la fiesta por San Valentín fue extraordinaria. No hay duda de que has empezado, en palabras de John Lennon, una revolución. Pero...

Ahí estaba.

Se pellizó el puente de la nariz, como si los pensamientos que le daban vueltas en la cabeza le estuvieran provocando dolor.

—Pero, si te digo la verdad, no sé hasta qué punto puedo volver a confiar en ti. Me mentiste sobre Nate, me mentiste cuando dijiste que a Ryan y a ti no se os había pasado por la mente dar el gran paso, y luego te encuentro en mi tienda, ni más ni menos, comprando preservativos.

Tras unos segundos de silencio, me di cuenta de que había llegado la hora de defenderme.

—Nunca te mentí sobre Nate —declaré—. Es verdad, no te conté lo que estaba pasando porque quería mantenerlo en secreto. Él me dijo un montón de cosas que yo no me debería haber creído. Mamá, de verdad, todos los días me arrepiento de haberme enamorado de Nate. De haberme dejado engañar por sus mentiras. Pero lo hice. Y he pasado página. Preferiría no volver a verlo más, pero creo que no podría soportar que papá me mirase —la voz se me quebró— de la misma manera con la que tú me miras ahora. Traicioné tu confianza. Lo sé. Pensé que estaba enamorada —no pude evitar reírme de mi propia ingenuidad—. Y luego, cuando las cosas salieron mal, quise fingir que no había ocurrido.

Mi madre asintió con gesto solemne.

—Ojalá hubieras sentido que podías contarme todo esto después de que pasara.

—Lo sé, y lo siento. Si te hace sentir mejor, se lo conté a Rita y amenazó con matarlo.

—Por raro que parezca, me hace sentir mejor —alargó el brazo a través de la mesa para agarrarme la mano.

Percibí que habíamos declarado una tregua en el asunto de Nate, pero sabía que aquella conversación no había terminado, ni mucho menos.

—Y te juro, mamá, que Ryan y yo ni siquiera hemos hablado de dar ningún paso —nuestra relación ya se encontraba en un punto lo bastante delicado como para añadirle eso—. Yo no sabía a qué habíamos ido a la parafarmacia —luego, decidí razonar con ella de una manera coherente—. A ver, ¿crees que sería lo bastante estúpida como para ir a donde tú trabajas? —Habría esperado que tuviera más fe en

mí en ese aspecto.

—Entonces, ¿lo has pensado?

—¿Cómo? ¡No! —exclamé.

«Quizá debería sumarme a Ryan en la protección de testigos».

—Bien, en ese caso, hablemos —mi madre agarró los temidos accesorios para «la charla», que estaban en la silla de al lado. Al instante abrió una página, marcada en rojo, con el sistema reproductor femenino.

Comenzó su épico discurso.

—Cuando un hombre y una mujer, no un par de adolescentes, se enamoran, y su amor es verdadero...

No protesté. Me quedé ahí sentada y acepté mi castigo. Dadas las circunstancias, podría haber sido mucho, muchísimo peor.

Diecisiete

La humillación de una persona era la fuente de la más absoluta diversión de otra.

Tracy se secó una lágrima.

—Es lo mejor que he oído en mi vida, en serio. ¿Crees que podría conseguir las grabaciones de las cámaras de seguridad de la tienda para ver la cara de tu madre?

Hice caso omiso de sus comentarios mientras subíamos por las gradas hasta donde se sentaban las socias del Club de los Corazones Solitarios para el partido del sábado. Diane, Jen y Jessica se reunirían después con nosotras, porque aquella tarde tenían un partido fuera de casa.

Tracy continuó, inconsciente de mi indignación.

—Como ya te he dicho, estas relaciones de instituto no merecen la pena, y punto.

—Gracias por recordármelo. Otra vez.

La sonrisa que Tracy llevaba en la cara se desvaneció.

—Sabes que solo estoy hablando de mí. La historia es tronchante, pero tienes razón. Los romances de instituto pueden ser divertidos... para según quién. Al menos, eso me han contado.

Ignoré su observación pasivo agresiva y descubrí a la madre de Ryan y a su hermanastra de ocho años sentadas en una zona por encima de nosotras.

—Voy a saludar a la familia de Ryan ya que, como sabes, no soy más que un peón en la jerarquía del romance de instituto. ¡Eeeh! —Alcé la voz con un falso gorgorito—. Espero poder llegar hasta allí yo sola, sin que mi novio tenga que acompañarme.

—No me refería a eso, y lo sabes.

Era verdad, pero también era verdad que la opinión negativa de Tracy sobre el hecho de salir con los chicos del instituto procedía de mí.

Katie, la hermanastra de Ryan, me saludó alegremente con la mano al ver que me aproximaba.

—¡Hola, Penny! —dijo elevando la voz. Llevaba una sudadera del McKinley que le quedaba grande.

Le di un rápido abrazo mientras la madre de Ryan me hacía sitio.

—Encantada de verte, Penny —volvió la mirada hacia las socias del club—. Veo que has convencido a las chicas para que salgan esta noche. Es genial. Me cuesta creer lo grande que se ha hecho el grupo. Y habéis ido más allá de Parkview. Debes de estar muy emocionada.

Me invadió aquel familiar sentimiento de orgullo.

—Gracias, la verdad es que no me puedo creer... —Mi voz se fue apagando al ver que la madre de Ryan se llevaba una mano a la boca como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Asintió con la cabeza, incrédula.

—Sí, es...

Volví los ojos a la entrada, por donde un hombre de cierta edad acababa de pasar. Me sonaba de algo, pero no acababa de identificarlo. Llevaba vaqueros oscuros y una cazadora de cuero negra que parecía de mucha calidad. Era alto, delgado, de pelo negro ondulado con algunas canas en las sienes y ojos azules.

—¿Es el padre de Ryan? —pregunté, casi asustada ante la respuesta.

La madre de Ryan asintió con lentitud.

—Sí. Si la montaña no va a Mahoma...

Saltaba a la vista que ignoraba por completo que iba a acudir, de modo que me imaginé que Ryan tampoco sabía nada. Sin embargo, la reacción de Ryan sería de furia, más que de conmoción.

—Yo, eh... tengo que irme —me excusé. Parecía que el recién llegado iba a acercarse, y no quería estar presente cuando lo hiciera. No quería conocer al padre de Ryan, sobre todo después de lo que le había hecho a su hijo. No quería traicionar a Ryan siendo educada con su padre cuando su padre no era capaz de mostrar la misma cortesía a su único hijo.

Una vez que regresé a mi sitio, estuve observando a Ryan durante el calentamiento para ver cuándo se daría cuenta de que su padre estaba allí. No se me ocurría ninguna manera de avisarlo. Quizá ya lo sabía y estaba haciendo un excelente trabajo a la hora de pasarlo por alto. Yo era consciente de que Ryan era un atleta que se concentraba mucho, pero era imposible que la situación no le afectara.

Después del himno nacional, anunciaron a los jugadores titulares. Las socias del club lanzamos escandalosos vítores en apoyo del McKinley, aunque nos mostramos mucho más discretas cuando nombraron a Todd. Cuando dijeron el nombre de Ryan, este salió hasta el centro de la cancha y estrechó las manos con sus compañeros de equipo. Volvió la vista un instante hacia donde su madre estaba sentada; luego, se quedó inmóvil.

Vio a su padre.

Probablemente, cualquier otra persona que hubiera mirado a Ryan no se habría dado cuenta de nada, puesto que, a toda velocidad, volvió a sacudir los brazos y las piernas. El equipo formó un corrillo otra vez. Todd le dijo algo a Ryan, lo que tuvo como resultado que Ryan le pegara un empujón. No supe si se trataba de la típica broma entre compañeros o si Todd estaba actuando a su manera habitual, propia de un cretino.

Desde el salto de inicio, fue evidente que Ryan no estaba concentrado. Falló su primera canasta, perdió control del balón y no pudo frenar una simple bandeja cuando estaba en la defensa. Y eso solo los dos primeros minutos del partido.

Ryan Bauer no fallaba tiros. No permitía que el equipo contrario anotase puntos. Y, desde luego, nunca perdía la calma.

Pero no era su día.

Después de fallar otro tiro, atravesó la cancha corriendo, con las mejillas encendidas por la frustración y la mandíbula apretada al máximo.

—¡VAMOS, RYAN! ¡CONCÉNTRATE! —gritó su padre.

Todd subió la vista hacia la tribuna y, al darse cuenta de quién estaba allí, esbozó una sonrisa engreída que se le extendió por el rostro.

Mientras bajaban corriendo por la cancha, Todd se chocó contra Ryan y dijo algo que provocó que este le volviera a empujar, ahora con más fuerza que la vez anterior.

Uno de los jugadores contrarios recorrió la cancha driblando y, cuando se disponía a lanzar, Ryan pegó un salto y bloqueó el tiro. Pero fue demasiado agresivo y le pitaron falta.

Ryan se apartó de la línea de tiro libre y el otro jugador hizo canasta. Todd se acercó a él, y confié con todas mis fuerzas en que se portara como era debido e intentara calmar a Ryan. Si no se tranquilizaba, perderían la oportunidad de ganar.

Todd dio unos toquitos en la cabeza de Ryan. Como solo estaban a doce metros de nosotras, pudimos captar una parte de la conversación, sobre todo una palabra que destacó entre las demás.

—Un momento —Tracy se incorporó en su asiento—. ¿Todd acaba de decir algo sobre ti?

Lamentablemente, no eran imaginaciones mías. No existía ningún motivo para que mi nombre saliera a relucir durante un partido de baloncesto.

Ryan se alejó de Todd. Nunca le había visto tan alterado. Ni cuando le fallé el día después de San Valentín, ni cuando sus amigos eligieron a Todd antes que a él, ni cuando su padre le ocultó que se había prometido en matrimonio. Todo lo cual había ocurrido en menos de una semana.

Aunque nunca me había gustado ser el foco de atención, en ese momento sentí ganas de lanzarme a la cancha y darle un abrazo. Pero era consciente de que no podía hacer nada. Ryan estaba solo. Mientras la mayoría del instituto miraba. Mientras su padre miraba. Y mientras Todd pateaba a un jugador que estaba en el suelo.

Durante los minutos siguientes, las puyas y los topetazos entre Todd y Ryan se intensificaron, tanto así que, al final, el entrenador pidió tiempo muerto. No hice caso a las animadoras cuando salieron a la cancha, sino que observé cómo el entrenador se indignaba con Todd y Ryan.

—Eh, ¿qué está pasando? —preguntó Tracy.

—Sí —dijo Kara, que estaba sentada a su lado, elevando la voz—. ¿Por qué Ryan y Todd se pelean durante el partido? Se supone que tienen que guardar su agresividad para el equipo contrario, ¿no?

Miré a ambas y me di cuenta de que casi todas las chicas del club se inclinaban hacia delante para escuchar lo que yo tuviera que decir. De modo que estaba claro para todo el mundo, no solo para mí. Desvié la mirada y vi que la madre de Ryan le suplicaba al padre, seguramente pidiéndole que se marchara.

Sonó el silbato y los jugadores regresaron a la cancha. Sentí que tenía que hacer algo para que Ryan supiera que allí había gente que se preocupaba por él.

Me levanté y grité:

—¡VAMOS, RYAN!

Un intento un poco patético, ya lo sé; pero no me imaginaba la reacción en cadena que una muestra de apoyo tan breve, tan débil, iba a conseguir.

Todd se echó a reír allí mismo, en mitad del partido. Me señaló y le dijo algo a Ryan.

Entonces ocurrió algo que nunca, ni en un millón de años, habría pensado que vería.

Ryan Bauer, Chico de Oro y Alumno de Sobresaliente, le pegó un puñetazo en la cara a Todd Chesney y lo derribó al suelo.

Se produjo una refriega mientras el silbato pitaba y los compañeros de equipo tiraban de ambos para apartarlos. Desde la tribuna llegaron gritos ahogados de incredulidad y algunos abucheos. Todd y Ryan estaban retenidos por dos jugadores cada uno, pero uno y otro seguían intentando atacar.

Me quedé allí sentada, impotente, horrorizada, mientras los árbitros se acercaban y expulsaban a Ryan y a Todd del partido. Todd se liberó de sus captores y se enfrentó al árbitro, señalando a Ryan con gesto acusador.

En efecto, Ryan había empezado la pelea; pero Todd no puso de su parte en absoluto. Ryan jamás habría actuado de aquella manera a menos que lo llevaran al límite. La semana que había tenido habría sacado de quicio a cualquiera.

Por otra parte, ya iba siendo hora de que alguien le plantara un puñetazo a Todd en la cara. Ojalá hubiera sido yo misma.

La conmoción en la cancha se apaciguó por fin mientras el segundo entrenador escoltaba a Ryan y Todd hasta el vestuario. Los seguía el padre de Todd y, para mi horror, el padre de Ryan.

Me quedé parada, incapaz de moverme. Sabía que en ese momento no podía hacer nada para mejorar la situación, pero también pensé que tenía que estar allí por Ryan. Le susurré algo a Tracy y, lentamente, salí del gimnasio y doblé la esquina hacia la puerta del vestuario.

Los fluorescentes que zumbaban por encima de mi cabeza me servían de compañía, mientras que, de vez en cuando, escuchaba el ruido que llegaba del gimnasio. Luego, oí gritos en el vestuario.

—¿En qué narices estabas pensando? ¿Qué comportamiento es ese? —atronaba una voz que no reconocí—. Pensaba que tenías más cabeza. Pero no. Me avergüenza que seas hijo mío.

Me aparté unos pasos de la puerta para no inmiscuirme en una conversación tan privada, tan desmoralizante, tan dura. Una conversación que, sin ninguna duda, iba dirigida a Ryan.

La puerta se abrió de golpe, lo que me hizo dar un salto atrás.

Me encontré cara a cara con el padre de Ryan. Ni siquiera me miró y se alejó, hecho una furia. La puerta se abrió otra vez, con mucha menos fuerza. Era la madre de Ryan, que se mostraba visiblemente disgustada.

Al verme, se detuvo.

—Ah, Penny. Me alegra que estés aquí. Una amiga está cuidando a Katie porque tengo que... —Miró en dirección a su exmarido.

—Tranquila, yo me quedo —respondí, sabiendo que alguien tenía que encargarse de la desafortunada tarea: intentar que el padre de Ryan entrara en razón.

Salió corriendo detrás de él.

—¡Vuelve! ¿Cómo te atreves a hablar a tu...? —Su voz se fue desvaneciendo cuando dobló la esquina.

Escuché otras voces detrás de la puerta y me descubrí conteniendo el aliento.

Todd y su padre salieron del vestuario. Su padre no paraba de decir lo injusto que era todo. Todd clavaba la vista en el suelo pero, al ver mis pies, levantó los ojos. Un moratón empezaba a aflorar en su ojo derecho.

—Ah, genial, ¿vienes a restregármelo en la cara? —preguntó con gesto serio.

—No, yo no... —tartamudeé.

Se rio con frialdad.

—Vale, como quieras. Puedes hacer lo que te venga en gana y te da igual lo que pase, ¿verdad?

No tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Tiene gracia —hizo un gesto en dirección a su padre—. Monta un club absurdo. Se trata de que las chicas no cambien al tener novio, o chorradas por el estilo con las que les lava el cerebro a las pibas. Y ahora resulta que es *su novio* el que más cambia de todos. A ver, ¿cómo se llama eso? ¿Ironía?

Me impresionó que Todd fuera capaz de definir con tanta exactitud el concepto de «ironía». Debía de estar estudiando para las pruebas de admisión a la universidad.

El padre de Todd tenía los brazos cruzados y no se le veía en lo más mínimo interesado en lo que su hijo decía.

—Venga, nos vamos.

Ambos me dieron la espalda, pero me quedé asombrada cuando yo misma grité:

—¡Un momento!

Todd se dio la vuelta y su padre le dijo que se reuniera con él en el coche.

—¿Qué quieres? —Todd dio dos pasos al frente. Lancé una mirada a la puerta de doble hoja, deseando que Ryan apareciera.

—Yo, yo... —De pronto, me sentí agotada. Estaba harta de luchar—. Todd, ¿cuál es tu problema? En serio. Vale, no te gusta el club. Supéralo. Así no vamos a ninguna parte. No te gusta que Ryan salga conmigo. Muy bien, pero no es asunto tuyo. ¿Por qué te empeñas en *pinchar, pinchar y pinchar* a la gente hasta que ya no pueden aguantarlo? —Le clavé un dedo para enfatizar mis palabras—. *Pinchar, pinchar, pinchar*. ¿De veras disfrutas tanto haciendo sufrir a los demás? ¿Acaso te sientes más importante?

—Sí, lo hago a propósito —entornó los ojos—. Mira la vida de Ryan desde que empezó a salir contigo. Ha perdido a casi todos sus amigos. Su padre le ha echado

una bronca monumental; no es nada nuevo, pero nunca le había visto tan furioso. Y hay otra cosa —con gesto teatral, se dio unos golpecitos con el dedo en los labios—. Ah, sí. Le han expulsado del equipo de baloncesto para el resto de la temporada. A ver, ¿quién se lo está quitando todo? Yo no —Todd me dirigió una última mirada de indignación antes de marcharse. Me dejó a solas mientras sus acusaciones me daban vueltas en la cabeza.

No me podía creer que hubieran expulsado a Ryan del equipo. Solo quedaban dos o tres partidos en la temporada, pero aun así. A Ryan no lo expulsaban de los equipos. Tampoco se metía en peleas. Ni en problemas.

Trataba yo de encontrar sentido a lo que estaba pasando cuando la puerta se abrió lentamente. Ryan salió con la cabeza encorvada; la capucha de la sudadera le tapaba la cara.

—Hola —le saludé con voz suave, sin saber qué decir para mejorar las cosas.

—Hola —respondió él. Levantó la cabeza un poco y dejó a la vista un moratón que se iba formando debajo de su ojo izquierdo.

Me acerqué con cautela y lo abracé. Mantuvo los brazos inertes, pegados a los costados, unos segundos antes de abrazarse a mí, estrechándome cada vez más. Noté que soltaba aire con fuerza. Lo seguí abrazando. Ryan no necesitaba que le preguntase nada o intentase convencerlo de que todo iba a salir bien.

Porque, la verdad sea dicha, no tenía ni idea de lo que iba a pasar a continuación. Antes de aquel día, ya habían cambiado muchas cosas en su vida. Y no precisamente para bien.

Pasados unos minutos, se oyó el eco del pitido final, que llegaba desde el gimnasio. Ryan se apartó de mí.

—Supongo que debemos irnos. En este momento no me encuentro capaz de enfrentarme a un público.

Nos encaminamos a su coche a toda prisa pero, una vez que estuvimos a salvo en el interior, no encendió el motor. Soltó una risa forzada.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunté.

—Bah, nada. Solo intento averiguar qué narices le ha pasado a mi vida.

—Ryan... —empecé a razonar con él, pero negó con la cabeza.

—Sé que es lo mejor —en mi opinión, ni siquiera él mismo se creía lo que estaba diciendo—. Me encantaba ir a los entrenamientos y a jugar con los chicos, pero desde hace mucho tiempo ya no es lo mismo. Ya no me lo paso bien.

—Bueno, es por culpa de Todd.

—Supongo —por fin encendió el motor y salió del aparcamiento.

¿Lo suponía? Todo era culpa de Todd. Ryan nunca le habría asestado un puñetazo si Todd no le hubiera provocado. Sí, Todd Chesney tenía la culpa al cien por cien. ¿Cómo se atrevía Todd a culparme a mí?

En realidad, no me debería haber sorprendido, porque los cobardes siempre cargan a alguien con el muerto.

Ryan conducía sin rumbo por la ciudad.

—¿Quieres que te deje en la cafetería? ¿Es allí donde habéis quedado esta noche?

—Ah, sí —miré el reloj. Las chicas del club llegarían al poco rato—. Pero no hace falta que vaya.

—No. Debes ir. Yo tengo que ir a casa y hablar con mi madre.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Me sabía fatal dejarle, pero la verdad es que ignoraba qué otra cosa podía decir.

—¿Quieres que quedemos mañana? —le propuse.

—Si no me castigan sin salir —respondió con naturalidad.

—Ah —no se me había ocurrido que las repercusiones del partido irían más allá del equipo de baloncesto.

—Pero tu madre entenderá que Todd ha vuelto a hacer de las suyas, ¿verdad?

—No lo sé. Nunca me han castigado; pero meterme en una pelea, en público, parece un motivo más que suficiente.

—¿Nunca te han castigado?

—No. ¿A ti? —Me miró de reojo mientras los labios se le curvaban en una sonrisa.

—Me amparo en la quinta enmienda: no voy a responder —*por supuesto* que me habían castigado sin salir. Vivo en una casa donde me castigan por no limpiar mi habitación, por «contestar» a mi madre y por llamar «ruido» a *Revolution 9*, el tema experimental de los Beatles. O bien el grado de tolerancia de mis padres respecto a las trastadas de los adolescentes era muy bajo, o Ryan era así de perfecto.

Una de dos.

Detuvo el coche delante de la cafetería.

—Ya estás aquí. Procura no meterte en líos, delincuente juvenil.

—De acuerdo, Castigado a los Diecisiete. Oye, igual podía ser el título de tus memorias.

—¿Y no *Hundido a los diecisiete*? —replicó. Luego, se puso serio.

—¿Seguro que estás bien?

—No —respondió—. Y sé que no se va a resolver esta noche. Lo mejor será que entres ahí y defiendas mi honor.

Intenté tomármelo a la ligera.

—Le has plantado un puñetazo a Todd en la cara; para mí que el instituto al completo te envidia ahora mismo.

—Vale —tenía la expresión en blanco. No me podía imaginar en qué estaba pensando. Quizá fuera mejor no enterarme.

—Bueno... —Traté de imaginar algo que decir para aliviar su tensión, pero entonces recordé que, a veces, las acciones son más elocuentes que las palabras. Me incliné hacia él y lo besé. Con fuerza.

Ryan se apartó.

—Que lo pases bien.

De acuerdo, quizá intentar enrollarme con mi novio justo después de que lo expulsaran del equipo de baloncesto no era mi mejor jugada.

A toda prisa me bajé del coche y entré en la cafetería. Las chicas del club ocupaban varias mesas al fondo. Tracy me vio y se levantó.

—¿Qué haces aquí?

Aparté una silla y pasé por alto su mirada de extrañeza.

—A ver, es una reunión del Club de los Corazones Solitarios, ¿no? Quizá hayáis oído hablar de mí, Penny Lane Bloom. Yo, en fin, lo fundé.

La atención del grupo se desvió hacia mi persona. Se produjeron murmullos de sorpresa por verme allí.

—Chicas —dije, intentando no sentirme ofendida porque, por primera vez, no se alegraran de verme—. Es sábado por la noche. ¿Por qué no iba a venir?

—Pero Ryan... —Tracy sacudía la cabeza de un lado a otro como si le fuera a explotar—. ¿Lo has dejado solo?

—No, no lo he *dejado solo*. Me dijo que no pasaba nada.

Pero ahora me pregunté si, de verdad, no pasaba nada.

Todo el tiempo que pasamos en la cafetería estuve presente físicamente, pero mi pensamiento estaba con Ryan. Él había dicho que no me necesitaba, aunque era posible que sí lo hiciera.

No podía proteger a Ryan de su padre, ni de Todd. Sin embargo, podía controlar mis propias acciones.

Y había decidido irme cuando debería haberme empeñado en quedarme.

«Estar ahí para él». Se suponía que era así de sencillo.

Pero no estuve ahí para él.

Y ahora solo podía cuestionar mi decisión.

Dieciocho

«No pasa nada».

Eso era lo que Ryan me decía cada vez que yo sacaba a relucir la noche del sábado o cualquier otra cosa, en realidad.

Pero sí pasaba. Todo lo que estaba ocurriendo iba mal.

Es verdad, Ryan lanzó el primer puñetazo pero, el lunes por la mañana, el instituto al completo actuaba como si fuera un auténtico criminal. Y estaba convencida de que eran las mismas personas a las que, de haber tenido la oportunidad, no les habría importado bajarle los humos a Todd.

Yo me había acostumbrado a las miradas acusadoras y a los susurros mucho tiempo atrás, pero para Ryan era territorio nuevo. Sí, hubo muchos cotilleos cuando él y Diane rompieron, pero en su mayoría eran apuestas sobre quién sería su próxima novia.

Yo nunca había sido la favorita.

Me pasé el día entero mirando alrededor siempre que estábamos juntos. Ryan no paraba de decir:

—Penny, no pasa nada. No tiene la importancia que le estás dando.

Pero sí la tenía.

¿Es que no prestaba atención o acaso, en realidad, no le importaba?

Estaba yo andando de un lado a otro frente a nuestras taquillas al final de las clases, esperando a Ryan para irnos a mi casa a estudiar, puesto que ya no tenía entrenamiento de baloncesto. Pero se retrasaba.

Ryan nunca se retrasaba.

Mi cabeza estaba a punto de estallar. En mi mente, la voz de Todd no dejaba de repetir que Ryan había cambiado desde que empezamos a salir.

¿Era verdad?

Había llegado el momento de analizar los hechos. Desde que Ryan y yo empezamos a salir, él y Todd dejaron de ser amigos (un punto a favor, a mi entender). Durante el almuerzo, ya no se sentaba a su mesa de siempre. Sus otros amigos se mantenían a distancia. No se hablaba con su padre. Se había enzarzado en una pelea. Le habían expulsado del equipo de baloncesto.

«¡Puf!».

Bueno, al menos no le habían castigado sin salir. Su madre pensó que dada la «circunstancia atenuante» de que su padre estuviera presente, su forma de actuar, aunque no aceptada, era comprensible.

Aun así, eso no explicaba dónde estaba ahora.

Hilary Jacobs pasó de largo y, probablemente, se fijó en que clavaba la vista en la taquilla de Ryan.

—Hola, Penny. Ryan está en el despacho del director.

El estómago se me revolvió.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo llamaron al final de la clase.

Salí corriendo hacia el despacho, pero vi a Ryan nada más doblar la esquina.

—¡Hola! —le dije, aliviada—. Empezaba a preocuparme.

—Lo siento, tuve que ir a hablar con Braddock —siguió andando sin aminorar el ritmo.

—Eh... ¿va todo bien? —Por su expresión imperturbable, supe que no era así.

—Sí. Bueno, no. Me ha quitado del Comité de Asesoría sobre el Alumnado.

—¿Que ha hecho qué? —pregunté casi a gritos, haciendo que la gente que no se había fijado en nosotros ahora nos mirase. Aunque, claro, parecía lógico. Era una ingenuidad pensar que lo que había pasado en la cancha se hubiera quedado en la cancha. Tal vez Ryan debería haber sido expulsado temporalmente del McKinkey. Por primera vez, me sentí agradecida porque el director Braddock favoreciera sin tapujos a los atletas masculinos del instituto, haciendo a veces la vista gorda ante su comportamiento.

«Ay, Dios —pensé—. ¿Afectará esto a sus solicitudes para la universidad?».

—Ha dicho que lo que hice el sábado no le deja elección. Luego, por descontado, quiso hablar sobre qué posibilidades creo yo que tendrá el equipo en la eliminatoria.

—¿Sigue Todd en ese comité de lameculos?

—No lo sé —Ryan abrió su taquilla—. Procuro no seguir de cerca lo que Todd se trae entre manos.

—Apuesto a que sigue ahí —respondí con un gruñido.

Ryan suspiró.

—No pasa nada.

Estuve a punto de chillar cuando dijo eso.

—En serio, Penny —continuó—. Es lo mejor.

Ya no pude aguantarme más.

—¿Ah, sí? ¿De veras es lo mejor?

¿Cómo podía pensar que perder dos partes importantes de su vida escolar era algo bueno?

Lanzó las manos al aire.

—¿Qué voy a hacer? Nada. No tengo una máquina del tiempo. He hecho una elección. Tengo que vivir con las consecuencias —subió la cremallera de su cazadora y empezó a caminar hacia la salida.

Lentamente, lo seguí.

Sí, claro, había hecho una elección.

Me había elegido a mí.

«Y mira el precio que ha tenido que pagar».

Martes.

—¿Qué tal tus notas? —le pregunté a Ryan con cautela durante el almuerzo,

esperando que su brillante historial académico no se hubiera puesto también en peligro.

Ryan encogió los hombros con indiferencia.

—Buenas.

—¿Buenas para la gente normal, o buenas para Ryan Bauer? —Quería que me lo aclarase ya que mis notas, que no estaban mal, no le parecerían buenas a Ryan, para quien un notable alto era mediocre.

—Penny, están bien; no pasa nada.

«Nada».

Miércoles.

Cada minuto que pasaba con Ryan lo observaba intensamente. Por fuera, parecía el de siempre (salvo por el moratón en la cara y el pequeño corte en el labio que se hizo durante la pelea). Pero todo lo demás había cambiado mucho. Me propuse encontrar una cosa que todavía le fuera bien. Tenía que convencerme a mí misma de que no había destrozado su vida.

—Bueno... —Di unos golpecitos en su cuaderno. Levantó los ojos y me miró—. Últimamente he estado pensando mucho en el asunto de elegir. ¿Sabes? En plan, las decisiones que tomamos.

—Vale —empujó a un lado su libro de Historia con un suspiro, como si estuviera molesto conmigo—. Adelante.

—¿Alguna vez te arrepientes? ¿De alguna cosa?

Hecho. Lancé el sedal a ver si picaba el anzuelo.

—Claro, ¿no le pasa a todo el mundo? —Volvió a escribir en su cuaderno—. Tenemos que vivir con nuestros errores. No tiene sentido torturarse por ellos.

«No tiene sentido torturarse».

Jueves.

Decisiones.

Seguí dándole vueltas y más vueltas a cómo mejorar las cosas con Ryan.

Se podría pensar que, con todo lo que había pasado, estaríamos más unidos que nunca; pero algo iba mal.

No me hablaba. A veces, ni siquiera me miraba.

Seguía insistiendo en que no pasaba «nada», pero al estar a su lado quedaba claro lo verdaderamente desgraciado que se sentía.

El daño estaba hecho con respecto al padre de Ryan, a Todd y al equipo de baloncesto. No había nada que yo pudiera hacer. Pero había otra persona que también le había hecho sufrir las últimas dos semanas.

Yo.

Traté de hablar con él, pero fue inútil. A veces, daba la impresión de que un muro se elevaba entre nosotros. Un muro que se iba construyendo ladrillo a ladrillo por las

consecuencias que Ryan tenía que sufrir al haberme elegido a mí.

Estábamos estancados. Y la única respuesta que me venía sin cesar a la cabeza era la más difícil.

La libertad.

Su libertad.

Seguí pensando en lo que había dicho Tracy: «¿Qué sentido tiene?».

¿Qué sentido tenía que Ryan estuviera conmigo si yo solo le causaba sufrimiento? ¿Qué sentido tenía si solo acabábamos haciéndonos daño el uno al otro? ¿No le había hecho yo suficiente daño ya?

No quería dejar a Ryan, pero al mantenerlo en mi vida estaba siendo egoísta. No hacía falta que *rompiéramos* pero ¿y si nos dábamos un tiempo? Un pequeño descanso, para que él pudiera volver a colocar todo donde había estado antes. Para que pudiera llegar a un lugar donde fuera feliz, donde no se arrepintiera de las decisiones que había tomado.

—¿Va todo bien? —preguntó Ryan mientras detenía el coche en el camino particular de mi casa—. Has estado un poco ausente toda la semana. ¿Es el estrés de la boda?

¿Yo había estado un poco ausente aquella semana? Sí, estaban pasando muchas cosas con el gran acontecimiento familiar que iba a celebrarse en menos de dos días, pero no era yo quien se negaba a aceptar la realidad. No era yo quien despachaba todo lo que había estado ocurriendo diciendo que no pasaba «nada».

Porque a pesar de lo que Ryan repetía sin cesar, sí pasaba algo. Pasaba mucho.

—No, he estado pensando... ¿Qué te parecen unas vacaciones?

Los ojos de Ryan se iluminaron.

—Unas vacaciones suenan genial. ¿Qué clase de vacaciones?

Las palabras se me atascaron en la garganta, pero sabía que tenía que hacerlo por él.

—Unas vacaciones de mí.

Se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Qué quieres decir? ¿Unas vacaciones de ti?

—Con todo lo que está pasando, he pensado que quizá lo mejor para nosotros sea darnos un tiempo. Tal vez pulsar el botón de reinicio —noté un escozor en los párpados y un peso en el corazón.

—¿Te refieres a volver a cuando no tenías que elegir entre el club o yo?

—No. Esto no tiene nada que ver con el club —aunque una parte de mí se preguntaba si, en el fondo, tenía algo que ver. Separarme de Ryan significaría que ya no estaría obligada a elegir entre los dos. Que él ya no tendría que sentirse herido por ocupar el segundo lugar—. ¿No sería agradable para ti que las cosas volvieran a ser normales?

—¿Normales? ¿Crees que mi vida sería normal si tú no estás? —El tono de Ryan empezó a elevarse—. ¿Eso es lo que ha pasado esta semana? ¿Todas esas preguntas?

Con todo lo que está pasando, ¿quieres añadir *romper conmigo* a la lista?

—No, para nada —protesté. Pero ¿no era eso lo que estaba haciendo?—. No es una ruptura. ¿No crees que tu vida será mejor si yo no estoy? Lo único que he conseguido es hacerte sufrir.

Abrió la boca, sin dar crédito.

—¿Y *esto* no me haría sufrir? ¿Crees sinceramente que mi vida sería mejor sin ti? Tuve que apartar la mirada.

—Sí —respondí en voz tan baja que no estaba segura de si me había oído—. Pero no estamos rompiendo.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo?

—¿Es que tengo que repetir todo lo que te ha ocurrido desde que estás conmigo?

—Nada de eso tiene que ver contigo.

—¿Puedes decir eso sinceramente?

—Penny, mírame —con delicadeza, puso una mano en mi rodilla.

No fui capaz. Mantuve la vista clavada en mis manos, apretadas sobre mi regazo.

—¿Es lo que quieres de verdad? —preguntó.

«No».

Pero ¿cómo podía seguir haciéndole esto? ¿Y cómo no veía él que las cosas irían mucho mejor si no estaba conmigo?

—Penny —el tono de Ryan se iba volviendo más impaciente—. Te he hecho una pregunta sencilla. ¿Qué quieres *tú*?

—Yo... —Lágrimas ardientes me surcaban el rostro. «Te quiero a ti, pero no te quiero hacer más daño»—. Por favor, no me lo pongas más difícil.

—¿Que no te lo ponga difícil a *ti*? Y yo, ¿qué? Esto es cosa *tuya*. Eres *tú* quien quiere romper —espetó con dureza—. Vale, pongámoslo fácil para *ti*: ¿te quedas o te marchas?

Ahí estaba la cuestión. Yo ya sabía lo que tenía que hacer, pero me resistía.

Dejé que las palabras de Ryan me otorgaran fuerza para actuar como era debido.

«Solo intento averiguar qué narices le ha pasado a mi vida».

«Hice una elección. Tengo que vivir con las consecuencias».

«No tiene sentido torturarse».

—Me marchó —respondí con voz sumisa antes de bajarme del coche a todo correr.

Seguí repitiéndome otra cosa que Ryan había dicho.

«Es lo mejor».

Pero era una afirmación que no me podía creer.

Viernes.

Un infierno en toda regla.

En el instituto, me pasé el día con la cabeza baja. Me negué a darme por enterada de los susurros de todo el mundo, incluyendo los del Club de los Corazones

Solitarios. Lo único que tenía que hacer era aguantar hasta el final de las clases. Evité a Ryan. Evité a todo el mundo. Permanecí atontada.

Había tomado *mi* decisión. Y tenía que vivir con las consecuencias.

Let It Be

"There will be an answer, let it be..."

Let It Be

Diecinueve

Si existe un buen momento para romper con un chico porque le estás destrozando la vida, supongo que es justo antes de la boda de tu hermana.

La noche del jueves estuvimos tan ocupados atendiendo a la familia del prometido de Lucy, invitada a nuestra casa, que no tuve la oportunidad de contarle lo de Ryan a mi propia familia. Pero solo era cuestión de tiempo que lo averiguaran, sobre todo porque se suponía que iba a ser mi pareja en la boda. Por muy difícil que hubiera sido la jornada del viernes en el instituto, en cuanto entré en casa supe que había muchas cosas que hacer. Confié en no tener tiempo para deprimirme.

—Penny Lane, ¡por fin has llegado! —Oí unos pies que bajaban a toda velocidad por las escaleras. Lucy dobló la esquina y me levantó en brazos—. Hay tanto silencio aquí, todo el mundo está haciendo recados. ¿Te lo puedes creer? ¡Me caso mañana! —Se echó a reír. Se la veía muy feliz.

Conseguí hacer un gesto que recordaba a una sonrisa.

Lucy me observó.

—¿Va todo bien? Anoche estuviste muy callada. Aunque, claro, cuando está Rita, nadie puede meter baza.

—Sí, todo va genial —mentí.

—Ah, y se me olvidó decirte que la semana pasada estuve organizando los regalos. No te puedes creer cuántas cajas han llegado a nuestro apartamento. Creo que no nos va a quedar sitio para nada más. ¿Por qué se nos ocurriría empeñarnos en una máquina para cocer arroz?

—Más que nada porque no cocinas —le recordé.

Me agarró de la mano y me llevó al sofá.

—Es verdad. De todas formas, antes de marcharnos nos llegó el regalo de Ryan. Qué encanto... No tenía por qué regalarnos nada.

Noté que el labio inferior me empezaba a temblar. Pues claro que Ryan había tenido la amabilidad de comprarles algo de la lista de bodas.

—Penny, soy tu hermana mayor, sé que te pasa algo. Dímelo, por favor —Lucy me rodeó con un brazo, y ese sencillo gesto de consuelo dio al traste con el entumecimiento que me atenazaba el cuerpo entero. Al cerrarse el telón de las lágrimas, encontré cierto sosiego en dejar de estar en público.

Le conté a Lucy todo lo que había ocurrido las dos semanas anteriores. Lo mucho que me había esforzado por mantener el equilibrio entre el club y Ryan. Lo que Ryan había tenido que pasar por mi culpa.

—En definitiva —me sequé las lágrimas—, no viene a la boda. Pasó ayer, y no he tenido fuerzas para contárselo a mamá.

—No te preocupes por la boda —Lucy me abrazó—. La boda tiene que ser la última de tus preocupaciones. Nos sobraré una ración de pollo, ¡qué más da! Lo que me interesa saber es cómo te encuentras. Sinceramente.

Era una pregunta difícil de responder. La había estado evitando durante las últimas veinticuatro horas.

—Estoy bien. Bueno, la verdad es que no. Estoy confundida, enfadada, tengo el estómago revuelto y, a veces, me da la sensación de que no sé quién soy.

—Ay, Penny —Lucy me apartó el pelo de la cara con gesto cariñoso—. Estás enamorada. Puede ser genial, pero a veces es un horror. Créeme. No tendrías todas esas emociones si te diera igual. ¿Hay alguna manera de que consigas que funcione?

Reflexioné sobre el asunto. Detenidamente. Ya estaba arrepentida de lo que había hecho. ¿Podría conseguir que funcionase? Pero no había funcionado. ¿Qué me podría hacer pensar que las cosas iban a ser diferentes? Imposible. Ya se habían producido demasiados daños colaterales.

—No puedo, créeme —respondí de modo tajante.

Oímos que se abría la puerta del garaje. Salí corriendo hacia el cuarto de baño para asegurarme de que hubiera desaparecido cualquier prueba de mi crisis nerviosa.

«Ojos secos, corazón de piedra: imposible perder».

Oí que mi madre le hablaba por los codos a Lucy sobre no sé qué estafa que les habían hecho a sus primos en el hotel. Cuando llegué a la cocina, mamá ya se había instalado en pleno modo dictador con respecto a la boda.

—A ver... He estado repasando el asunto de los coches para ir de la ceremonia al banquete —agarró la carpeta que había ido llenando desde el primer día que Lucy se prometió en matrimonio—. Penny Lane, ¿te importa que Ryan no vaya en la limusina con la familia, sino que lo lleve el tío Dan? Creo que no hay espacio suficiente. A menos que quiera llevar su propio coche. Lo que prefiera.

—Mmm —vacilé. Sabía que era ahora o nunca. Quizá se sentiría agradecida por no tener que encargarse de otra persona—. Ya veremos...

Mi madre, molesta, levantó la vista para mirarme.

—Sé que prefieres que vaya en la limusina, pero no hay sitio. Lo que de verdad quiero es que todos los que formamos la comitiva nupcial estemos juntos. Menos posibilidades de que surjan inconvenientes en el traslado al banquete.

—Mamá... —empezó a decir Lucy, pero la interrumpí.

—No hay problema. Ryan no viene.

—¿Cómo? —Mamá empezó a negar con la cabeza—. Pero ¡si ha confirmado su asistencia!

—Lo siento. Nosotros... —me recordé a mí misma que tenía que ser fuerte y respiré hondo—, hemos roto.

Cada vez que mencionaba esas dos palabras, esperaba que el dolor disminuyera; pero no era así. Iba en aumento.

—Oh, Penny Lane —mi madre se acercó en un intento por abrazar a su niñita, pero yo di un paso atrás.

—No pasa nada, mamá. En serio. No funcionaba.

Decirle a todo el mundo que no pasaba «nada» cuando ocurría todo lo contrario,

justo como hacía Ryan, solo confirmó mis sospechas de que, conmigo, se sentía verdaderamente desgraciado.

Mamá se giró hacia Lucy en busca de una explicación más convincente ya que, con buen criterio, no se creía la mía. Lucy se limitó a devolverle la mirada con una sonrisa tensa y fingió examinar el itinerario del gran día.

—De acuerdo —nuestra madre hizo un gesto de afirmación—. ¿Te apetece hablar del tema?

—La verdad es que no —respondí, agradecida de haber podido decir la verdad por una vez.

—Si quieres hablar del tema, o si necesitas cualquier cosa, me lo dirás ¿verdad? —insistió con amabilidad.

—Sí, todo irá bien —luego, se me ocurrió una idea—. ¿Puedo llevar a otra persona?

—Claro que sí —respondió mi madre—. Siempre y cuando le guste el pollo.

La idea de estar sola en la boda de Lucy, aunque fuera rodeada de parientes y amigos, me incomodaba. Quería que alguien me acompañara. Una persona fiel. Que me conociera de verdad.

Y ya sabía quién era mi pareja perfecta para la boda.

Veinte

—Ni se te ocurra pensar que voy a enrollarme con alguien —sentenció Tracy mientras se daba los últimos toques de maquillaje—. No sé qué habrás leído en las cabinas del baño, pero es mentira. Bueno, excepto lo de ligera de cascos.

—Sí, vale —respondí mientras me abrochaba con cuidado la camisa blanca que llevaba puesta para nuestra foto familiar de Navidad. Desde el momento que estuve peinada y maquillada, me daba miedo tocarme la cara o la cabeza. Probablemente no había sido la idea más acertada encargarnos que nos hicieran una sesión de fotos en las que todo era blanco, cuando había bastantes posibilidades de que algo se manchara antes de la boda.

Tracy y yo bajamos las escaleras hasta donde el fotógrafo había colocado el fondo de color blanco. Me puse los guantes blancos y me coloqué en el sitio marcado para mí. El fotógrafo me hizo varias fotos de prueba para comprobar la iluminación. Estábamos preparados, salvo por una cosa: seguían peinando a la novia.

Mi madre consultó el reloj. Desde el pie de la escalera, preguntó cuándo estaría lista Lucy. Luego, ahogó un grito. Papá, Rita y yo nos acercamos a la escalera... y allí, en lo alto, vimos a la radiante novia. Estaba absolutamente impresionante.

—Ay, sir Paul... mío —dijo mi madre con apenas un susurro—. Lucy, estás... —Salió disparada a por pañuelos de papel, pues cuando vimos a Lucy con su vestido blanco de princesa, su pelo arreglado con largos tirabuzones y un medio recogido adornado con flores, a todos se nos saltaron las lágrimas.

Con mucho cuidado, Lucy empezó a bajar y sus otras dos damas de honor, Sarah y Joy, sujetaban la cola del vestido.

Me di unos toques en el raballo de los ojos con un pañuelo de papel para intentar no arruinar el maquillaje que con tanta habilidad me habían aplicado solo una hora antes.

Los cinco Bloom nos colocamos en círculo, esbozando una amplia sonrisa. Di un paso adelante para abrazar a Lucy, pero mamá no iba a permitir que un momento emotivo pudiera, en potencia, arruinar una foto que ella había tardado décadas en conseguir.

—¡Todo tiene que estar completamente blanco! —ordenó antes de que permitiéramos que algo como rímel corrido o lápiz de labios lo destrozara. ¿Es que no había oído hablar de Photoshop?

Nos colocamos en fila y nos hicieron lo que iba a convertirse en el *hito* de las fotos de Navidad de la familia Bloom. Una vez que nuestros padres estuvieron satisfechos (para ser una simple foto dedicamos un tiempo sorprendentemente largo), nos dispusimos a fingir que éramos una familia de las que se hacen las típicas fotos de boda. Pero, antes, cuatro de nosotros teníamos que quitarnos nuestros conjuntos blancos.

Rita y yo nos pusimos nuestros modelos de damas de honor: un vestido hasta la

rodilla de gasa púrpura oscuro, con flores de tela en un hombro. Las dos llevábamos el pelo rizado y recogido con las mismas flores que Lucy.

Al observar a los miembros de nuestra familia posando para las fotos, se diría que éramos una familia normal.

—Y ahora, Lucy, ¿te importa complacernos con una última foto? —preguntó mamá mientras papá sacaba las figuras recortadas de los Beatles de los comienzos.

«O quizá no tan normal».

Una vez que llegamos a la iglesia, se produjo un delirio de actividad: más fotos, cambios e instrucciones de última hora. Los únicos treinta minutos tranquilos de los que disfrutamos fueron los de la propia ceremonia. Pero tan pronto como Lucy y Peter fueron declarados marido y mujer, y recorrieron el pasillo bajo una versión instrumental de *All you need is love*, el caos fue continuo. Nos hicieron más fotos dentro y fuera de la iglesia y, luego, en un parque cercano y en una playa que daba al lago Michigan. Podría haber sido divertido si la temperatura exterior no hubiera rondado los cinco grados.

Para cuando llegamos al banquete, pensé que no era capaz de esbozar ni una sola sonrisa más. Me dolían las mejillas, pero cada vez que miraba a Lucy y a Peter, no podía evitar sonreír de oreja a oreja. Lucy y su *marido*, Peter. Me resultaba un concepto totalmente ajeno. *Lucy está casada*.

El salón del banquete estaba decorado con tiras de papel de tonos púrpura oscuro, blanco y plata, además de flores y velas. Miré alrededor en busca de Tracy, pero cada vez que me giraba me encontraba con algún pariente o amigo. Después de casi treinta minutos de saludos, de más fotos y de intentar desesperadamente poder comer algo y quitarme los tacones, la encontré por fin.

Estaba en un rincón, cautivando a mis tías y mis primas por parte de padre.

—¡Pen! —Arrastró la silla que tenía a su lado—. Da la impresión de que necesitas un asiento y algo de beber.

Me desplomé en la silla.

—Y comida —había estado mirando con envidia los aperitivos que estaban pasando.

—¡Eh, chiquitajos! —Tracy chasqueó los dedos y dos de mis primos pequeños se acercaron corriendo—. Necesito que me traigáis un refresco y un poco de queso, esas cosas pequeñas que parecen *quiche* y... en fin, un poco de todo. Pero no llenéis el plato de verduras. Solo de cosas buenas. Y decidles que es para la hermana de la novia. ¡Venga, a darse brillo!

Ambos se echaron a reír y salieron corriendo.

—Veo que los has entrenado como es debido —comenté.

—Lo he aprendido después de años de hacer de canguro: hay que mantenerlos ocupados. Y demostrarles quién manda.

—Esa teoría de «demostrar quién manda» la aplicas a casi todo, ¿verdad?

—Verdad —se echó a reír—. Hasta el momento, me ha funcionado bastante bien.

No podía discutirse. Tracy era una de las canguros más solicitadas en nuestra zona. Los niños la adoraban y sabían que no debían enfadarla. Eso mismo le pasaba a la mayoría de la gente.

Los críos solo tardaron un par de minutos en procurarme sustento.

—Buen trabajo —Tracy entrecrocó las manos con ellos—. Puede incluso que luego os deje bailotear conmigo. Ahora, a molestar a vuestros padres. Tenemos que hablar de cosas de chicas.

Ambos la abrazaron antes de salir corriendo obedientemente. Agradecida, empecé a devorar mi plato.

—Estamos sentadas allí —Tracy señaló una mesa situada a la izquierda de la que iban a ocupar Lucy y Peter con sus padres y abuelos.

—He colocado las tarjetas con nuestros nombres junto al tío con el que entraste en la iglesia. Parece agradable.

Le pillé el farol.

—Querrás decir que parece *guapo*.

—Guapo, agradable, lo que su majestad disponga. Es una boda. Pero eso no significa que no pueda poner en práctica mis habilidades para ligar. No quiero que estén oxidadas cuando llegue a la universidad.

—Hablando de Brent, el testigo del novio —di un buen mordisco al queso—, tiene una hermana de quince años a las afueras de Boston a la que tenemos que reclutar.

—Pen —me puso una mano en el hombro—. Me encargo personalmente de hablarle a Brent sobre el club.

—Qué noble por tu parte —respondí con la boca llena.

—¡Los sacrificios que hago por ti! —exclamó ella. Luego, bajó la voz—. ¿Cómo lo llevas?

El langostino que me estaba comiendo se me atascó en la garganta. Mientras estuviera ocupada con la boda y mi familia, no tenía tiempo para pararme a pensar en cómo me encontraba.

—Bien, supongo.

Me volvió a colocar una mano en el hombro.

—No hace falta que hablemos del tema. Es que no quiero que pienses que no me preocupo por ti. Dijiste que estabas bien, pero...

Asentí con la cabeza. Sabía que Tracy veía más allá de mi fachada valiente. Sentí que no tenía más remedio que mantener esa fachada durante las próximas horas, por lo menos. Aunque sabía que, durante aquella celebración feliz, no iba a costarme demasiado.

Una voz resonó por los altavoces y nos pidió que ocupásemos nuestros asientos. Tracy y yo nos levantamos y nos dirigimos a nuestra mesa. Nos fuimos abriendo

camino entre numerosas personas que habían influido mucho en mi vida: tías, tíos, primos... no podía dejar de sentir el cariño que todo el mundo desprendía.

Cuando llegamos a nuestra mesa me encontraba tan a gusto que estuve a punto de caerme al ver a la única persona que no esperaba. Sabía que iba a asistir a la boda, pero me figuraba que estaría sentado a varias mesas de distancia. Pues no. Estaba a cuatro sillas de distancia, justo enfrente de mí, sentado a nuestra mesa redonda.

Esbozó una amplia sonrisa cuando me acerqué, y yo hice todo lo posible para pasar por alto su mirada.

Sin embargo, Tracy no iba a permitir que se saliera con la suya con tanta facilidad.

—Pero ¿qué puñetas pasa aquí? —Se acercó a él directamente y recogió la tarjeta con su nombre—. Ni muerto te vas a sentar aquí —se alejó hecha una furia en busca de alguien que solucionara el problema.

Me senté y saludé a todo el mundo alrededor de la mesa, excepto a él.

Se levantó y se inclinó por encima de la mesa.

—Hola, Penny.

No tuve más remedio que darme por enterada de su presencia.

Con mi voz más indiferente, respondí:

—Nate.

Veintiuno

Debería haber sabido que Nate no podría resistirse a amargarme la vida.

Pero aunque en el mundo siempre existirían Nates, por suerte yo tenía de mi parte a las Tracys del mundo. Se lanzó en tromba a la mesa, seguida muy de cerca por mi madre y un miembro del personal de la empresa de *catering*.

—Parece que ha habido un error —explicó mi madre a la mujer, la cual examinaba los papeles que llevaba en la mano.

La mujer dio la vuelta a la mesa, comparando los nombres de las tarjetas con la disposición de los asientos.

—Ah, sí, verá. Tuvimos una cancelación de última hora e hicimos un par de cambios para asegurarnos de que las mesas estuvieran completas. La novia nos dio el visto bueno.

Mi madre lanzó una mirada furiosa en dirección a Lucy. Mi hermana había estado tan ocupada con los preparativos que, seguramente, no se dio cuenta de que era Nate a quien habían cambiado a mi mesa.

—Está bien —agité la mano hacia Nate como para quitarle importancia al asunto. Luego, agarré un panecillo caliente y empecé a charlar con Brent confiando en que, entre la comida y la conversación, no tendría que mirar al otro lado de la mesa durante el resto de la cena.

Y funcionó, en su mayor parte. Por descontado, me sentí cohibida todo el tiempo. Intenté concentrarme al máximo en mis conversaciones con las personas que tenía a mi derecha e izquierda mientras, al mismo tiempo, me esforzaba por hacer caso omiso de los intentos de Nate por participar. Para cuando acabamos el plato principal, casi me había olvidado de su presencia. Entonces, Tracy se levantó para ir al lavabo.

Nate se dejó caer en el asiento de Tracy.

—¿Es que no me vas a hacer caso en toda la noche?

Me resultaba difícil mirarlo a los ojos, y no porque ejercieran ya ningún poder sobre mí. La grasa que tenía en la frente me desvió la atención.

—Por lo que se ve, no voy a tener esa suerte —comí sin ganas lo que me quedaba de pollo.

—¿Cuánto tiempo me vas a seguir guardando rencor? —Alargó la mano para tocarme el brazo, pero yo lo aparté.

—¿Cuánto tiempo tienes? —Paseé la vista alrededor de la habitación, confiando en que alguien me salvara. Mi madre se encontraba de espaldas a nosotros, Rita estaba absorta en una conversación en el otro extremo de la sala y a Tracy no se la veía por ninguna parte.

Suspiré.

—Mira, Nate, no tengo ningún interés en ser tu amiga. He pasado página y me gustaría que tú hicieras lo mismo.

Se echó a reír y una pizca de comida le salió disparada de la boca.

—Venga ya, si hubieras pasado página, no te supondría un problema estar en el mismo sitio que yo.

—Es que no me gusta quedarme atrapada con cretinos en lugares cerrados.

La comisura derecha de sus labios se arqueó hacia arriba.

—Sí, claro. Y dime, ¿dónde está ese novio tuyo? Un momento, a ver si lo adivino: no era lo bastante perfecto para ti, de modo que lo dejaste plantado. Parece que siempre sigues la misma pauta.

—¿Cómo? —Le lancé una mirada al estilo «anda y que te den» de la que Tracy se habría sentido orgullosa—. Deja que te diga una cosa sobre Ryan Bauer. No le pillé tratando de echar un polvo en el sótano de mis padres. Ni se te pase por la imaginación que te puedes comparar con él. No te mereces ni siquiera *pensar* en su nombre. O en el mío, para el caso —me levanté.

—Sí, claro. La culpa siempre la tiene el tío —Nate soltó un bufido—. Asume un poco de responsabilidad, ¿vale, Pen? Yo no era perfecto, eso seguro; pero esa mentalidad de víctima que tienes se está quedando trasnochada.

Abrí la boca para replicar, pero antes de que tuviera oportunidad, uno de mis primos pequeños pasó corriendo por allí y derramó un vaso entero de refresco en la cabeza de Nate. Nate chilló como una niña. Se puso a soltar tacos y agarró una servilleta para secar el mejunje azucarado que le caía por el traje.

Fue una de las mejores escenas que había presenciado en mi vida.

—¡Ups! —exclamó Jason, de siete años de edad—. Lo siento mucho, señor. Mi mamá me dijo que no corriera. No se chivará, ¿verdad? —Miró a Nate con ojos de cachorrito.

Nate se alejó, maldiciendo por lo bajo.

Jason volvió la vista hacia el lateral de la sala, donde Tracy estaba de pie con una enorme sonrisa en la cara. Después de levantar los pulgares en dirección a Jason, el niño se marchó pegando saltos alegremente.

Fue un agradable recordatorio de que las Tracys del mundo siempre tenían las de ganar.

El destino de las Penny Lanes aún estaba por decidir.

Cuando se abrió la pista de baile y la música empezó a sonar, mi humor cambió al instante. Allí, en la pista, bailé con pequeños y mayores. Con parientes y desconocidos. Con viejos amigos y amigos nuevos.

La música era la fuente definitiva de igualdad.

El DJ estaba pinchando una mezcla de tantas décadas diferentes —los clásicos de Motown, los Beatles (¡cómo no!), Village People, Madonna, Beyoncé, Teenage Kicks — que todo el mundo lo estaba pasando en grande.

En la pista me encontraba verdaderamente feliz. Todos mis motivos de estrés se desvanecieron. A mi alrededor solo veía caras sonrientes que celebraban la ocasión

moviendo los pies.

Mi padre daba vueltas a Tracy mientras Buddy Holly atronaba por los altavoces. Mi madre se sujetó el costado y, por señas, indicó que se iba a sentar unos minutos. Yo seguía moviendo las caderas con alegría y bailoteando por toda la pista mientras cantaba a voz en grito.

Tracy se acercó hasta mí bailando.

—No hay quien te pare, Pen. Eres una máquina de baile.

Me sequé el sudor de la frente y seguí manteniendo el ritmo mientras la música cambiaba a la banda de chicos preferida de Lucy cuando era adolescente. Tracy y yo nos unimos a sus amigas mientras cantaban y ejecutaban unos movimientos muy concretos que seguramente procedían de algún vídeo musical. Yo nunca había pasado por esa fase de bandas de chicos... Probablemente porque había contado con la mejor banda de chicos desde que nací.

—Tenemos que empezar a bailar más —comentó Tracy al tiempo que chocaba su cadera contra la mía—. Estoy segura de que me he ganado otro trozo de la tarta de boda —me hizo señas para que la acompañara mientras se abría camino a través de la abarrotada pista de baile hacia la mesa con porciones para repetir.

Examiné la mesa hasta que encontré una esquina de la tarta y clavé el tenedor en el glaseado de vainilla.

—Me encanta cómo la música te deja llevar. Es verdad, tenemos que bailar más a menudo.

—¡Penny! —La madre de Nate se acercó a mí con los brazos abiertos—. No he tenido oportunidad de hablar contigo en toda la noche. ¿Cómo te va? ¡Estás preciosa!

Abracé a la señora Taylor, pues no quería culparla por el comportamiento de su hijo.

—Me va genial, gracias. ¿Cómo está usted?

—Bien. Te echo de menos —me frotó el brazo—. Escucha, cariño, ¿me haces un favor? Nate parece aburrido. ¿Te importa bailar con él? Antes estabais muy unidos —me dedicó una sonrisa esperanzada (y completamente inconsciente).

Le hice a Tracy un gesto de asentimiento con la cabeza para que no interviniera. Con gesto animado, Tracy se metió otro pedazo de tarta en la boca.

Consideré mis opciones sobre cómo manejar el asunto. La salida fácil sería bailar una canción con él para que la señora Taylor continuara viviendo en la ignorancia. O podía terminar aquella estúpida farsa de una vez por todas. Apenas tenía energías para ser feliz, y mucho menos para enfrentarme a las chorradas de Nate.

—En realidad, señora Taylor, estoy ocupada pasándomelo bien. Los últimos meses, su hijo se ha portado conmigo como un cretino mentiroso, así que no quiero perder más tiempo con él. Siento no poder ayudarla, pero si tengo que pasar un minuto más mirando la cara engreída de Nate, puede que le pegue un puñetazo —lancé las manos al aire, como si no tuviera elección.

Se quedó allí parada, estupefacta.

—Pero... ¿qué...?

—Lo siento mucho, de verdad. Las cosas ya no son lo mismo entre Nate y yo. Pero no por eso la relación entre nuestros padres tiene que cambiar. Y ahora, si me disculpa, me voy a seguir bailando —le dediqué una sonrisa cortés antes de regresar a la pista de baile.

—¿Te he dicho últimamente que eres mi ídolo? —preguntó Tracy.

—No lo suficiente. Pero ya sabes lo que dicen, Tracy: la verdad te hará libre.

Aunque lamentaba haber sido tan directa y, hay que reconocerlo, un tanto grosera con la señora Taylor, noté que se me quitaba un peso de los hombros. Ya lo había soltado. Ya no había razón para que mantuviera las apariencias en lo que a los Taylor se refería. Nada me iba a impedir disfrutar de la boda de mi hermana. Aparte de estar totalmente desconsolada.

Tracy y yo regresamos a la pista. El plan consistía en bailar un poco, coquetear un poco (con las cámaras), y disfrutar de la fiesta.

Pero alguien tenía otros planes.

Tracy y Jason estaban ejecutando el baile del robot en mitad de un círculo que se había formado cuando me dieron un fuerte tirón del brazo.

—Tenemos que hablar —espetó Nate, indignado, mientras me arrastraba hacia el lado contrario de la sala—. ¿Qué narices te pasa? ¿Qué le has dicho a mi madre? —Tenía manchas púrpura en la cara y una gota de sudor le bajaba por la sien.

—Le dije que no me interesaba hacer de canguro tuyo —tiré de mi brazo para soltarme.

—Tienes problemas muy serios —cerraba los puños con fuerza.

—Bueno, los dos sabemos que mi gusto en lo que a antiguos novios se refiere resulta gravemente sospechoso. A Dios gracias que lo he superado —entorné los ojos—. Estaba harta de fingir que tú y yo somos la *pareja ideal*. Mi madre está al tanto. Y, ahora, tu madre sabe que eres un imbécil. Aunque estoy segura de que con el tiempo se habría enterado, por el simple hecho de que vives y respiras a su lado. Era de esperar que se diera cuenta de tu manera de ser.

—Dios, tienes que bajar esos humos —prácticamente me escupió las palabras—. ¿Es que piensas que quería venir a esta boda? Quizá tengo que darte las gracias. Ahora ya no me veré obligado a arrastrarme a tus pies cada vez que tus padres exijan que nos veamos.

—Ah, ¿es eso lo que has estado haciendo? —contraataqué—. Porque si esa es tu idea de arrastrarse, no has hecho bien los deberes. Créeme. Me encantaría no volver a verte la cara nunca más.

Se rio de forma exagerada.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? Tendrás que encontrar a otro a quien culpar de tus problemas, digo yo. Qué suerte la de Ryan o la de quienquiera que sea el próximo tío al que decidas torturar.

Di un paso adelante y me quedé a unos escasos centímetros de su cara. No había

estado tan cerca de él desde la última vez que nos besamos. El simple recuerdo bastó para que me entraran ganas de echar la pota.

—Me hace gracia que insistas en que culpo a los demás, aunque tú no te has responsabilizado ni una sola vez de lo que hiciste. Dime, ¿es que esa chica desnuda te cayó en las rodillas, así, sin más? ¡Qué cosa tan horrible para ti! —Puse los ojos en blanco con gesto exagerado.

—Eres una zorra.

—Y tú, un tarado mentiroso —declaré—. Dime una cosa, Nate. Si tan mal piensas de mí, ¿por qué estás tan desesperado por conseguir que te perdone? Los mensajes de texto, los *e-mails*, las tarjetas de felicitación... ¿Qué te importa? No me puedo imaginar que seas tan iluso para pensar que exista la más mínima posibilidad de que volvamos a estar juntos —le miré directamente a los ojos, asegurándome de que entendiera lo que iba a decir a continuación—. Porque eso no va a pasar nunca. *Jamás*.

Tensó la mandíbula.

—¿Por qué las cosas no pueden ser como antes? No hablo de volver a salir. Hablo de cuando éramos amigos, *amigos de verdad*, Penny.

Hice una pausa.

—Sí, fuimos amigos. Pero luego vi cómo eras en realidad. No quiero salir contigo, no quiero ser amiga tuya —entonces, me vino de repente un pensamiento. ¿Por qué no me había dado cuenta hasta ese instante?—. ¿Sabes qué? Yo antes te idolatraba, y tú te aprovechaste. Sinceramente, la única razón por la que creo que no puedes dejarme en paz es porque ya no me controlas. Tengo mis propias opiniones, mi propia vida sin ti. De eso se trataba el engaño, ¿a que sí? Te gusta coleccionar cosas. Te gusta estar al mando, pero a mí no se me puede poner a la fuerza en un pedestal y esperar que obedezca.

—Ah, pues yo creo que te encanta que te pongan en un pedestal.

Abrí la boca para replicar, pero me lo pensé mejor. ¿Por qué me iba a molestar? No quería tener nada más que ver con Nate. Quería irme a bailar con Tracy y con mi familia. Quería pasar página por fin. De acuerdo, no era una novia perfecta. A veces me comportaba de forma imprudente, enredaba y complicaba las cosas... pero ¿no era ese el sentido de las relaciones? ¿Encontrar a una persona que te amara, con defectos y todo?

—Nate, se ha terminado.

Le di la espalda. Estuve tentada de soltarle una última pulla rápida, pero decidí que prefería dedicar mis energías a la gente que de veras me importaba.

Mi madre se aproximó a mí con cautela mientras me abría camino de vuelta a la pista de baile.

—Te he visto hablando con Nate. ¿Va todo bien? Iba a acercarme, pero parecía que estabas manejando la situación perfectamente.

Le di un fuerte abrazo.

—Sí. Todo va genial. Aunque a lo mejor la señora Taylor quiere hablar un momento contigo. No me pude contener más con ella.

—Pues claro que no —me rodeó con un brazo—. Al fin y al cabo, eres hija mía.

Sí, era hija suya. Nosotras, las mujeres Bloom, no aguantábamos demasiado bien las estupideces y solo nos reprimíamos hasta cierto punto. Y por eso siempre estaría agradecida a mi madre, por muchos cambios de humor que tuviera.

Como si el DJ se hubiera dado cuenta de lo que yo necesitaba, empezó a sonar *Twist and Shout*. Mi familia y yo nos plantamos en mitad de la sala y empezamos a cantar a viva voz. Ni siquiera Rita se pudo contener.

Mi padre asumió la voz cantante dirigiéndose a mi madre, que bailaba el *twist* como una loca mientras Lucy, Rita y yo nos asomábamos de repente por detrás de papá y entonábamos las voces de fondo. Durante los «*¡aaahs!*» que iban *increscendo*, nos turnábamos para extender los brazos y papá acabó cayendo de rodillas mientras gritaba la última parte. Sería un milagro que a alguno de nosotros nos quedara voz al final de la noche.

Cuando terminamos, nuestro padre se desplomó en el suelo con gesto teatral. La multitud que nos rodeaba rompió en aplausos. Mamá nos indicó por señas que hiciéramos una reverencia. Efectuamos la profunda reverencia que los Beatles siempre hacían después de una actuación.

Tracy sonreía mientras sujetaba su móvil.

—Material para chantajes —inició el vídeo que había grabado.

—De ti, no me extrañaría —respondí.

La música empezó a sonar de nuevo y nos pusimos a bailar. Y seguimos bailando.

—¡Tracy! —exclamé casi a gritos—. ¡Lo tengo!

Parecía desconcertada.

—¿Qué tienes?

—¡Esto! —Hice un gesto abarcando la sala—. Para la beca. Montamos un baile. Con música de estas décadas. Conseguimos que la comunidad se implique. Sé que es mucho trabajo, pero piensa lo divertido que sería.

Los ojos de Tracy se iluminaron.

—Una especie de maratón de baile. Podríamos organizarlo por equipos, y preparar concursos, y repartir premios —sacó su móvil y se puso a teclear con energía.

Sí, un baile sería perfecto para recaudar dinero para nuestro programa de becas.

Y me mantendría ocupada durante meses. Por mucho que me hubiera liberado de Nate, olvidarme de Ryan iba a ser otra (terrible) historia muy distinta.

Veintidós

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que un maratón de baile era una idea fantástica.

O al menos, era lo que parecía por los innumerables mensajes de texto que Tracy y yo recibimos el domingo mientras pasábamos el rato tiradas en mi habitación, exhaustas después de la boda.

El lunes por la mañana seguía con la energía bajo mínimos a causa de la falta de sueño. Apenas me quedaba voz, por hablar y cantar por encima de la música, y estaba segura de que todavía tenía restos de los litros de laca que se habían utilizado para mantener mi peinado en su sitio.

Bostecé mientras abría mi taquilla. Oí que alguien me llamaba por mi nombre y contesté con una voz muy áspera.

Escuché una risita conocida a mi lado. Estaba tan somnolienta que tardé unos segundos en darme cuenta de que era Ryan. No lo había visto desde la ruptura.

«Ruptura». La palabra me agobiaba. Mucho más de lo que «novio» o «novia» me habían agobiado jamás.

Le lancé una mirada rápida y me di cuenta de que me estaba observando.

—Me imagino que has pasado un buen fin de semana, ¿verdad?

—Sí —respondí. Mi voz sonaba como si la hubieran lijado.

—En fin... —Jugueteó con una esquina de su libro de texto—. ¿Qué tal la boda? ¿Pudiste soportar que El Cretino anduviera por allí?

Agradecí que Ryan se refiriera a Nate por el nombre adecuado.

—Sí —saqué de mi bolsa una pastilla para la garganta, pues me dolía con cada palabra que pronunciaba—. Yo... yo... —No sabía qué decir, la verdad—. Fuiste muy amable al hacerles un regalo. Siento que... —Me detuve, cansada de estar siempre pidiendo perdón. Debería haber contemplado la posibilidad de hacerme un tatuaje con «lo siento» en la frente; nos habría ahorrado mucho tiempo. Y mucha tristeza.

—¡Eh, Bauer! —La voz de Todd tronó en el pasillo. Iba seguido por su manada de lelos y las novias de estos: Brian y Pam, Don y Audrey, con Missy a la zaga. Los antiguos Ocho Magníficos, menos Ryan y Diane.

Ahora eran los Seis Flipados.

Todd se acercó a Ryan dándose aires y le rodeó con el brazo.

—He decidido que ya has estado demasiado tiempo en el pretorio.

—Guau, Todd, me dejas de piedra con tu ingenio —empecé a retroceder, para gran regocijo de Todd. Aunque había una cosa que no pensaba dejar impune—. Pero ¿qué has querido decir con «pretorio», exactamente? ¿No te referirás a «purgatorio»?

Brian soltó una risita. Todd lo miró y chasqueó los dedos, provocando que Brian se callara al instante.

Nunca había entendido por qué la gente se desvivía por agrandar a Todd. Como había demostrado con frecuencia, no era tan inteligente, ni siquiera tan guapo. Era un

deportista algo mejor que la media. Punto final.

Lo único en lo que sobresalía era en intimidar a los demás, pero yo ya estaba harta.

Y, por lo que parecía, no era la única.

Ryan se apartó de Todd y empezó a alejarse por el pasillo, solo. Por mucho que yo deseara que Ryan se volviera a juntar con sus antiguos amigos, en secreto me alegraba de que les diera la espalda, aunque ya no estuviéramos juntos.

—¿En serio, Bauer? —dijo Todd mientras Ryan se alejaba—. Tengo mis límites. Deberías estar agradecido.

—Sí, eres muy generoso —envolví mi comentario con sarcasmo. Pero, como tantas otras veces, a Todd le pasó desapercibido.

Yo también le di la espalda y me encaminé a la clase. Mientras me iba, Todd me llamó «zorra» por lo bajo.

Sí, ya me lo habían dicho.

Aunque la palabra podía hacer daño, las únicas dos personas que me habían llamado así eran Todd y Nate. Dos tíos que se creían mejores que yo. Que pensaban que debería sentirme honrada en su presencia. Que debería haberles permitido que se salieran con la suya por mucho que engañaran, mintieran e intimidaran.

Pero no lo hice.

Porque yo me defendía a mí misma y a mis amigos. Porque ya estaba harta de que hicieran sentir a otras personas que no valían lo suficiente. Porque mi vida sería mucho mejor sin ellos. Porque no merecían la pena, para nada.

De modo que si el hecho de ser una mujer fuerte, independiente, me convertía en una zorra, entonces era una zorra total.

Y a mucha honra.

Nuestra casa no se había recuperado del todo de la boda: restos de papel de envolver por el suelo, folletos para los invitados en la encimera, bolsas de regalo vacías y sobres esparcidos por la sala de estar... Así que no me sentí demasiado culpable al poner todas las superficies de la cocina hechas un desastre pegando horarios, posibles locales y lluvias de ideas.

Aunque había pasado más de una semana desde la boda, la garganta me seguía doliendo. Di unos sorbos de té muy caliente mientras observaba el calendario. Todo el mundo pensaba que estaba loca por sugerir que hiciéramos el maratón de baile una semana antes del baile de fin de curso, pero yo también había pensado que así no tendría que preocuparme por el baile del instituto. Las socias del club acudiríamos juntas, claro está; pero era más bien una persona a quien quería quitarme de la cabeza.

Sonó mi móvil.

—Hola, Diane —dije. Luego, miré el reloj de la pared. Llegaba unos minutos

tarde, lo que no era propio de ella.

—Vale, estoy aquí, pero quiero que te prepares —advirtió con voz temblorosa.

De inmediato, pensé en Ryan. Diane no había hablado mucho de él desde la ruptura. Yo fingía que nuestra relación no había existido. Era la única manera que conocía para superarlo. Además, Diane era la última persona con la que me apetecía hablar del tema. No me gustaba excluir a una de mis mejores amigas, pero necesitaba seguir adelante. Si me sinceraba con ella, temía lo que pudiera suceder. Ya me costaba aguantar tal como estaban las cosas. Me sentía agradecida de tener el maratón de baile para poder implicarme a fondo. Me había resistido a delegar tareas porque quería hacerlo todo yo sola. De esa manera, no tendría tiempo libre para pensar sobre las decisiones que *yo misma* había tomado.

Sin embargo, Diane insistió en venir a ayudarme.

—¿Qué pasa? —Salí corriendo hasta la puerta y la abrí.

No me había preparado del todo para lo que me encontré al otro lado.

Era Diane. Con el pelo corto. Corto como el de un chico, con una mecha rosa claro en el flequillo, peinado a un lado.

—¿Y...? —Nerviosa, jugueteó con la pulsera de plata de Tiffany, igual que la que yo llevaba en la muñeca. Por Navidad, Diane nos había regalado a Tracy y a mí pulseras idénticas.

—Madre mía —alargué la mano y le toqué el pelo. Había conocido a Diane durante casi toda mi vida, y siempre había tenido una preciosa melena ondulada. Formaba una parte muy importante de ella.

No me debería haber sorprendido que siguiese estando absolutamente deslumbrante. El pelo ya no le ocultaba los ángulos perfectos de su rostro. Sus ojos azules resaltaban todavía más.

Me quedé hipnotizada.

—Por favor, di algo. Me estás asustando —rodeó su menudo cuerpo con los brazos, como si tuviera frío.

—¡Estás impresionante! —Le hice entrar en casa y empecé a dar vueltas a su alrededor, examinando a la Nueva Diane desde todos los ángulos—. ¿Qué te impulsó a cortártelo?

—Sufrí una especie de crisis de mitad de semestre cuando acabó el baloncesto la semana pasada. Antes tenía el equipo de animadoras para mantenerme ocupada en primavera y, ya sabes, otras cosas.

Sí, lo sabía. Como, por ejemplo, ejercer de novia a tiempo completo.

—Debería haberme decidido antes —subió la mano y la colocó en la nuca—. Durante toda la temporada, me pasaba el día recogíendome el pelo en una coleta. Nunca se quedaba en su sitio. Luego, tuve que usar una cinta para la cabeza para que los mechones sueltos no me cayeran en la cara. Pero supongo que, hasta ahora, no he tenido las agallas para hacerlo.

—¿Y el color rosa? —pregunté.

Me dedicó una sonrisa cómplice.

—Podré tener el pelo corto, pero sigo siendo esa chica femenina de la que te encanta burlarte.

Nos sentamos en la cocina y empezamos a repasar la lista de cosas que teníamos que hacer antes de la reunión del sábado.

—Te das cuenta de que nos hace falta encontrar otro local, ¿verdad? ¿Quieres que mire si...? —dejó la pregunta colgada en el aire. Era lo más cerca que había estado de hablarme del tema.

—No —respondí. No es que el orgullo me impidiera pedirle a Ryan que nos consiguiera el centro de recreo del distrito. Era una cuestión de logística. Lo que realmente necesitábamos era el gimnasio del instituto. Pero el director Braddock no nos había permitido celebrar allí el evento destinado a recaudar fondos para el equipo de baloncesto del McKinley porque el club lo organizaba. No era un fan del club... ni de mi persona.

La especie masculina se me daba de maravilla.

Sonó el timbre y me levanté para abrir. Si unos minutos antes me había conmovido al abrir la puerta y encontrarme con el pelo corto de Diane, casi me caigo de espaldas al ver quién me esperaba esta vez.

Era la última persona que me imaginaba encontrar de visita en mi casa.

Y estaba llorando.

Missy.

—¿Va todo bien? —preguntó Diane al tiempo que se acercaba para ver quién era. Missy negó con la cabeza y empezó a hablar entre lágrimas.

—Todd... cómo... cómo ha podido... dejarme... —A continuación, se puso a lanzar gemidos.

Diane me empujó a un lado y acompañó a Missy al interior. Cuando esta se sentó a la mesa de la cocina, Diane le entregó un pañuelo de papel.

—Gracias —sollozó Missy—. ¿Qué le ha pasado a tu pelo?

Por descontado, Missy nunca permitiría que algo como un corazón destrozado le impidiera criticar el pelo de Diane.

Mientras Diane explicaba su nueva imagen, yo seguí observando a Missy. Diane era demasiado educada para preguntar los motivos por los que se había presentado en mi puerta, pero había algo que no encajaba. Missy me consideraba su enemiga mortal (el sentimiento era mutuo); sin embargo, allí estaba.

—¿Qué pasa, Missy? —pregunté con voz inexpresiva.

Una lágrima teñida de negro por el rímel le surcó la cara.

—No sabía adónde ir, y sé que hemos tenido nuestras diferencias; pero Todd se estaba portando de una manera horrible.

Hasta el momento, su historia cuadraba.

—Continúa —le insté, sin bajar la guardia.

—Pensé que si salía con Todd sería, en plan, superpopular. No sé...

Sí, yo tampoco sabía por qué la gente pensaba así.

Bajó la vista a la mesa, como si eso lo explicara todo por arte de magia.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunté. Diane parecía un tanto sorprendida por mi brusquedad, pero ¿de veras pensaba que yo abriría los brazos, y el club, a Missy? ¿Acaso Missy lo pensaba?—. Lo único que has hecho es burlarte del club y de sus socias. Vale, supuestamente, Todd te ha roto el corazón ¿y quieres que te diga que el pasado, pasado está? ¿Qué? ¿Ahora quieres entrar en el Club de los Corazones Solitarios?

Missy rompió a llorar otra vez. «Y el Oscar es para...».

—¿No me crees? —expulsó el labio inferior hacia fuera.

—¿Por qué iba a creerte? —repliqué. No me habría extrañado que Todd le hubiera pedido a Missy que se infiltrara en nuestro grupo y lo saboteara. De acuerdo, demasiado ambicioso para Todd, ya que se requeriría un cerebro y alguna planificación; pero era posible.

—Es que creía... —Missy parecía perdida—. Creía que eras una persona a la que la gente puede acudir cuando necesita ayuda. Ahora mismo estoy muy disgustada, y creo que mis amigas no me comprenderían.

—Y yo lamento que no tengas amigas que te comprendan —respondí. Lo decía de corazón. Pero también sabía la clase de persona que era Missy, y que las personas suelen atraer amistades parecidas a ellas. De modo que si Missy se rodeaba de gente que no era buena para la amistad, ¿qué clase de amiga era ella?

Continué:

—Pero no puedes tratarme a mí y a mis amigas como si fuéramos escoria y luego pensar que estaremos a tu lado cuando nos necesites. Porque tengo la impresión de que si Todd te llamase ahora mismo, volverías arrastrándote. El Club de los Corazones Solitarios no es algo que se utiliza cuando resulta conveniente. Es una familia. Una familia que nosotras hemos elegido. Y no te veo formando parte de ella.

Lamentaba hacer leña del árbol caído, aunque se tratara de Missy. Pero no podía sacudirme de encima la sensación de que no había venido por un motivo justificado. Desde que nos conocimos el primer día de instituto, solo se había mostrado desdenosa y vengativa.

Missy guardó silencio unos segundos; luego, se giró hacia Diane.

—¿Qué piensas tú?

Diane le puso una mano en el hombro.

—Pienso que tienes que decidir lo que verdaderamente quieres del instituto. Durante todo el curso has estado siguiendo a ciegas a los tíos. ¿Qué quieres hacer tú? ¿Cuáles son tus intereses? Creo que Missy necesita pasar un tiempo con Missy. A solas.

Missy asintió lentamente y se levantó de la silla.

—Gracias —su voz era tan tenue que casi me sentí mal por ella. Casi.

Yo no sufría de amnesia.

A pesar de lo que Nate había sugerido, era capaz de perdonar a la gente. Había perdonado a Diane por haberme ignorado durante cuatro años. Su amistad se merecía dejar atrás el pasado.

Pero perdonar era muy diferente a olvidar.

Diane y yo nos quedamos mirando a Missy mientras se alejaba por la acera.

—¿Crees que dice la verdad? —pregunté.

Automáticamente, Diane levantó una mano para enroscarse el pelo en un dedo; luego miró la mano al darse cuenta de que su gesto instintivo era imposible ahora.

—No lo sé. Me siento mal por ella, pero has hecho bien. No sé cómo se le ha ocurrido que ibas a acceder siquiera a atenderla. O está fingiendo, o está verdaderamente desesperada.

Yo sabía mejor que la mayoría lo que un corazón destrozado puede empujar a hacer a una persona. Tal vez Missy decía la verdad. O tal vez era una trampa rebuscada. Ya no sabía qué creer. Lo que sí sabía era que, al final, el tiempo dejaría al descubierto la realidad.

Veintitrés

El viernes después de clase me encerré en la biblioteca durante casi una hora para hacer tantos deberes como fuera posible antes de pasar el fin de semana trabajando en el maratón de baile. También había estado evitando pasar por mi taquilla para no tener que enfrentarme a las consecuencias de mi decisión. Dado que los pasillos estaban prácticamente desiertos, ni siquiera miré antes de doblar la esquina camino a mi taquilla. Creí que estaba a salvo. ¿Por qué narices tenía que estar él allí?

Pero allí estaba Ryan. Junto a su taquilla, reuniendo sus libros. Me quedé parada, dudando de si escapar en la dirección contraria. Pero entonces, se dio la vuelta y nuestros ojos se encontraron. No tuve más remedio que ir hacia allá.

Apenas habíamos hablado desde el día que volví de la boda. Por descontado, lo había visto en clase; pero me aseguraba de estar cerca de una compañera del club para poder distraer la atención.

—Hola —saludé con cautela.

—Hola —respondió él—. Te has quedado hasta tarde.

—Estaba en la biblioteca, ¿y tú?

—En una reunión del Consejo de Alumnos.

—¡El Consejo de Alumnos! —Le di una palmada en el brazo sin poder remediarlo. Ryan seguía en el Consejo de Alumnos. De modo que *había* una cosa que no se había destrozado del todo por mi culpa.

Parecía desconcertado.

—Sí, llevo en el consejo desde tercero de secundaria. Bueno, tengo que irme. Siento haber cortado tu racha de buena suerte para evitarme.

—Yo no... —me interrumpí para no mentir. Él me conocía de sobra—. ¿Qué tal va todo?

—Todo va estupendamente —respondió con una nota de sarcasmo.

—Veo que en la cafetería te vuelves a sentar con la mayor parte de tus amigos.

—Sí.

Ryan había vuelto con todos... excepto con Todd. Creo que Ryan no tenía ningunas ganas de arreglar esa relación. Pero parecía que al resto de los chicos les preocupaba menos fastidiar a Todd, así que se sentaban con Ryan cuando les apetecía.

—Entonces, ¿las cosas van... mejor? —Necesitaba confirmación de que la ruptura había merecido la pena.

Ryan suspiró.

—¿Qué quieres que diga?

Para ser sincera, no existía una respuesta que pudiera darme para que me sintiera mejor. Si le iba genial, quedaba demostrado que yo le había arruinado la vida. Si estaba abatido, confirmaba que yo había cometido una equivocación terrible.

—Quiero saber la verdad —respondí. Aunque no estaba segura de que fuera el caso.

—Perfecto, aquí tienes la verdad: me alegro de que Todd haya salido de mi vida, es una persona tóxica y era solo cuestión de tiempo que me acabara dando cuenta. Mi padre siempre ha sido, y continúa siendo, un capullo. Perdí dos partidos de baloncesto. El Comité de Asesoría de Braddock era de broma, y me alegro de no tener que perder más tiempo en él. De modo que mi vida no es diferente de la de hace unos meses salvo por algo *fundamental*. Lo que más me ha dolido. No sé qué otra cosa quieres oír. No pienso quedarme aquí y conseguir que te sientas mejor por lo que hiciste —Ryan dio media vuelta y se alejó.

Yo era quien más daño le había hecho. No había garantías de que no le volviera a hacer daño de nuevo. Había intentando que funcionara, pero no lo conseguí. Lo había herido. No quería herirlo otra vez, así que tenía que mantenerme a la mayor distancia posible.

Intenté encontrar consuelo en el hecho de que su vida parecía estar regresando a la normalidad. De que estaba mejor sin mí. Tenía todo el derecho a odiarme.

Pero por mucho que intentara consolarme con eso, solo sentía que el corazón se me destrozaba cada vez más.

Únicamente existía una solución para mi inmenso dolor: el Club de los Corazones Solitarios. Por suerte, seguía tan potente y ajetreado como siempre. Nos quedaban cinco semanas para conseguir lo imposible.

Si se tratara de cualquier otro grupo de personas, habría tenido mis dudas. Pero tenía fe en nosotras.

El sótano recordaba a una sala de guerra: por toda la pared había listas de cosas que hacer, de locales y de ideas.

—Vale —Diane tomó el mando de nuestra reunión aquel sábado—. Tenemos que repasar las reglas.

Tracy se levantó.

—¿Reglas? ¿Reglas? ¡No necesitamos las malditas reglas!

Diane continuó sin la más mínima pausa.

—En realidad, sí las necesitamos. El maratón de baile durará doce horas. La gente se apuntará en equipos de cuatro o de seis miembros. Un miembro de cada equipo tiene que permanecer en la pista de baile en todo momento. Es necesario que cada equipo cuente con un patrocinio de al menos cuatrocientos dólares para participar. Habrá premios para el equipo que recaude más dinero y para el equipo con el mejor vestuario. También tendremos una rifa y a la entrada entregaremos papeletas para un sorteo. Lo que significa que tenemos que conseguir premios —se puso a repartir una hoja de cálculo—. He elaborado una lista de tiendas del centro de Parkview con las que nos pondremos en contacto. Decidme si vosotras o vuestras familias tenéis alguna relación con estas tiendas.

Se alzaron tantas manos en el aire que solo nos veríamos obligadas a llamar a

unos cuantos establecimientos.

Diane repasó la lista antes de volver su atención hacia mí.

—¿Quieres hablar de la música?

«¿Cuándo no quería yo hablar de música?».

—Sí, vamos a empezar el baile con música de los cincuenta y luego iremos avanzando hasta llegar a la música de hoy en día, al final. La banda de Tyson va a tocar canciones de todas las décadas durante una hora.

Morgan interrumpió.

—Penny, ha prometido tocar algo de los Beatles.

—Ah, no tiene por qué —levanté la vista al techo, sabiendo perfectamente lo que opinaban mis padres de que cualquiera que no fuera John, Paul, George o Ringo interpretara su música—. También vamos a negociar con el encargado de un puesto de comida y bebida para obtener un porcentaje de las ventas. Estamos actualizando la página web para poder manejar la venta de entradas y las inscripciones, aunque intentaremos conseguir que las tiendas también ofrezcan entradas. Por ahora todo va muy bien, excepto...

Siempre acabábamos con lo mismo: el local, el local, el local.

Los hoteles que visitamos disminuirían nuestras ganancias, aunque el padre de Hilary estaba intentando registrarnos en una especie de régimen de exención de impuestos, ya que todos los beneficios se iban a destinar a donativos. Cada día, surgía un nuevo problema. Nuestro pequeño baile se iba volviendo cada vez más complicado.

Pero eso no hacía más que intensificar mi empeño. Sentía que teníamos que conseguirlo. Yo tenía que conseguirlo. Cada segundo que no estaba en el instituto, o estudiando o trabajando, lo dedicaba al maratón de baile. Se estaba convirtiendo en una obsesión. No paraba de decirme a mí misma que todo era por el club. Ojalá estuviera en lo cierto.

Jessica se levantó.

—Mi madre está intentando conseguir el colegio de primaria. Por lo visto, considera que si la comunidad se implicara a fondo, estaría más abierta al maratón de baile que si solo fuera un asunto del club.

Se oyeron murmullos en un rincón. Meg se levantó y dijo:

—Veréis, las alumnas de último curso hemos estado hablando. No tenemos palabras para deciros lo mucho que significa que hagáis todo esto por una de nosotras. Pero también opinamos que si dividimos los beneficios con otra organización, se daría un impulso al club. De modo que podríamos destinar la mitad a la beca de estudios y el resto, a otra buena causa. Como el Parque Municipal de Recreo del Distrito de Parkview. La gente del parque nos ha apoyado mucho y, en fin, ha vivido tiempos mejores.

Murmullos de acuerdo empezaron a recorrer el sótano.

—Me parece una idea genial —aprobó Diane; luego lo sometió a la votación del

grupo.

El voto fue unánime.

Al final de la reunión, Michelle se acercó a mí y me preguntó si podía hablar conmigo un segundo.

—Claro que sí —respondí mientras me restregaba la frente. Un dolor sordo me empezaba a dar punzadas en las sienes—. ¿Qué pasa?

Michelle vaciló.

—El otro día hablé con Missy Winston. Está muy disgustada porque Todd rompiera con ella, aunque a Missy no le pega nada. Ha tenido muchos novios, pero siempre ha pasado página rápidamente. Está hecha polvo, la verdad.

Aquella semana, yo había estado observando a Missy, y no se había acercado en lo más mínimo a Todd o a la pandilla de este. Se sentaba con sus amigas y se la veía hundida. Solo llevaba la mitad del maquillaje que se ponía normalmente, y la mayor parte de las veces se recogía el pelo en una coleta. Incluso se le notaban las raíces. Tuve la ligera sensación de que ya no intentaba ocultar su verdadero yo.

—De todas formas —prosiguió Michelle—, entiendo que no te decidas a permitirle que se una al club y todo eso. Yo misma tuve problemas con ella hace tiempo. Pero en el caso de Missy, se trata de «perro ladrador, poco mordedor». Sus padres se divorciaron el año pasado y ella, a ver, está acostumbrada a fingir que es una persona dura y segura de sí misma. No te estoy pidiendo que la invites a unirse a nosotras; lo único que digo es que te quiere demostrar lo que vale, y también al club. ¿Y si le encargamos que haga algo para el maratón? Nada importante, solo alguna tarea para ver cómo la hace. Creo que significaría mucho para ella.

—Lo pensaré —respondí, aún no del todo capaz de imaginarme a Missy con madera para pertenecer al club. Por otro lado, Michelle tenía razón en parte. Quizá *podríamos* encomendarle alguna tarea. Desde luego, necesitábamos ayuda. Pero tenía que tratarse de algo que no fuera demasiado importante, por si acaso tuviera la intención de sabotearnos.

—Gracias —Michelle empezó a alejarse; luego, se detuvo—. Quiero que sepas que no me ha pedido que hable contigo. Te lo he dicho porque me pareció que era lo que debía hacer.

Asentí con un gesto. Yo también quería hacer lo correcto. El problema era que, a veces, decirlo era más fácil que hacerlo.

No era difícil para una persona que me detestaba abiertamente mostrarse atenta conmigo en la intimidad de mi propia casa, de modo que decidí poner a prueba la sinceridad de Missy en el lugar más público de todos: la cafetería del instituto McKinley.

—¡Hola, Missy! —exclamé con entusiasmo al verla entrar con dos de sus clones a remolque.

—Hola, Penny —saludó en voz baja. Ni siquiera me había dado cuenta de que Missy era capaz de hablar bajo.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunté. Sus dos sombras me lanzaron la familiar mirada de asco que Missy solía compartir con ellas.

Pero, esta vez, no la compartió.

—Claro que sí —respondió. Se volvió con poco entusiasmo hacia sus amigas y les dijo que volvía enseguida.

Ambas la miraron con la boca abierta, como si no supieran encontrar su mesa para comer sin ella.

Nos acercamos a un lateral de la cafetería mientras varios ojos inquisitivos nos contemplaban, incluidos los de Ryan. Él, más que nadie, conocía mis sentimientos hacia Missy.

—Mira —empezó a decir ella—. Lo entiendo. En serio. Comprendo que te cuestiones mis motivos. Te diré la verdad: si hace un mes hubieras venido a pedirme lo que fuera, te habría tratado de la misma manera. O peor.

Al menos, era sincera.

Me dedicó una sonrisa tímida que se desvaneció al momento. Durante un segundo, centró su atención a mis espaldas. Luego, bajó la vista al suelo y empezó a agitar la pierna con nerviosismo.

Me di la vuelta y vi que Todd se acercaba a nosotras con una sonrisa victoriosa en el rostro. Tuve la sensación de que me iban a hacer una encerrona. Sabía que no debería haberme creído nada de lo que Missy decía. Ahora Todd iba a dejar al descubierto su jugarreta contra mí y a disfrutar cada segundo.

Todd lanzó a Missy una mirada furiosa y me rodeó con el brazo.

—Veo que vuelves a recoger mi basura, Bloom. Quizá deberías cambiar el nombre a ese club tuyo y llamarlo el Club Todd Chesney Me Ha Roto el Corazón.

Missy rompió a llorar y salió corriendo de la cafetería. Sus dos amigas se levantaron de la mesa y la siguieron.

Todd se echó a reír... hasta que le clavé el codo con fuerza en un lado del estómago. Se inclinó hacia delante, sujetándose el costado.

—Pero ¿qué narices...? ¡Eso es un asalto!

—No —lo aparté de un empujón—. Eso es lo que *te mereces*.

Veinticuatro

El Club de los Corazones Solitarios no era una dictadura. De modo que sometí el dilema sobre Missy a votación.

—Lo decidiremos este sábado —declaré el miércoles, dos días después del altercado en la cafetería. Missy no había estado presente durante el almuerzo el día anterior, y algo sobre su ausencia me había desconcertado. Así que explicamos los hechos a las socias del club. Tendrían un par de días para meditarlo y tomaríamos una decisión entre todas. Como grupo.

Luego, devolvimos nuestra atención al asunto principal: el maratón de baile. El colegio de primaria había accedido a celebrar allí el evento, así que por fin pudimos seguir adelante buscando patrocinadores y, más importante aún, asistentes al maratón.

—¡Penny! —Bruce me alcanzó camino de la clase de Español—. ¿Necesitas ayuda para la fiesta?

—Sería genial. Gracias, Bruce —desde que había llegado, se había mostrado amable y servicial en todo momento. Deseaba de veras poder hacer algo por él, pero no había forma de que yo pudiera conseguir que Tracy cambiara de opinión. De pronto, me entró un ataque de tos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Bruce.

Solo pude asentir con la cabeza mientras seguía tosiendo. Los últimos días me había sentido débil, pero pensaba que, si me mantenía ocupada, se me pasaría.

—Dame —Bruce agarró mi bolsa—. Guau —comentó al notar el peso—. ¿Qué llevas aquí? ¿Ladrillos?

Había metido todos los libros de las clases de la tarde en mi bolsa para tener que acudir a mi taquilla solo dos veces al día. Cuanto menos me tuviera que ver Ryan, mejor. Para los dos.

—Lo siento —me disculpé por fin, una vez que se me pasó la tos—. De todas formas, agradeceríamos tu ayuda, de veras. Todas nosotras.

—No te preocupes —sus hoyuelos se hicieron más profundos—. Ya no te molestaré más por Tracy. Sé pillar las indirectas.

—Personalmente, pienso que está loca por no intentarlo contigo. Pero el club significa tanto para ella que, en mi opinión, le preocupa hacer cualquier cosa que pudiera perjudicarlo.

O a lo mejor estaba hablando de mí misma.

El talante de Bruce, por lo general alegre, se volvió reflexivo.

—¿Sabes por qué quería ayudar tanto al club? No era solo por Tracy, aunque ella jugó un papel fundamental.

Negué con la cabeza.

—Me partieron el corazón antes de marcharme para venir al McKinley. Cuando llegué, estaba hecho polvo, y al principio pensé que la distancia entre ella y yo ayudaría. Pero no fue tan sencillo. Cuando me hablaste del club, pensé que era lo que

necesitaba. Que me recordaran lo que de verdad importa. Pero cuesta hacerlo cuando tienes el corazón destrozado y estás a miles de kilómetros de casa.

Entendí perfectamente la parte del corazón. De ninguna manera podría yo haber manejado lo que me estaba pasando si estuviera en otro continente, lejos de mis amigos y mi familia.

—Lo siento mucho, Bruce —recorrí el pasillo con la mirada para asegurarme de que no había nadie cerca que pudiera escucharnos a escondidas—. ¿Te apetece hablar del tema?

En un primer momento, pensé que no iba a decir nada; parecía como perdido en un recuerdo.

—Había una chica, Zara —al pronunciar su nombre, se estremeció ligeramente—. Llevaba años enamorado de ella, pero nunca pensé que llegaría a pasar algo entre nosotros. Presenté la solicitud para estudiar en el extranjero, y como tengo la peor suerte que se puede tener, me enteré de que me aceptaban el día después de nuestra primera cita. Al principio, me mostró su apoyo por el hecho de marcharme. Íbamos a conseguir que funcionara. Solo eran cinco meses. Y entonces...

»Pensé que todo iba genial entre nosotros. Estuve a punto de echarme atrás a la hora de venir aquí, pero mis padres pensaron que la sola idea de rechazar la oportunidad era una insensatez. Después, ella rompió conmigo en mi fiesta de despedida al llegar del brazo de otro chico.

Se le veía agotado.

—Sé que el club tiene una opinión más bien negativa de los tíos, pero el daño se puede hacer en ambas direcciones. No es un problema de chicos o de chicas. Es un problema de personas.

La verdad era que nunca me había parado a pensar en una relación desde la perspectiva de un chico. Siempre lo había hecho desde el punto de vista que yo había experimentado: la chica que pierde a su mejor amiga por culpa de un tío, la chica a la que engañaron, la chica que tenía miedo de volver a confiar en alguien.

La idea de que los chicos podían sentirse tan heridos como nosotras resultaba hasta cierto punto revolucionaria.

No soportaba pensar en lo que yo le había hecho a Ryan. Él había dejado muy claro lo mucho que lo había herido, pero yo solo argumentaba que era lo mejor.

—Así que, poco a poco, voy tirando. Va siendo más fácil con el paso del tiempo.

Asentí en señal de acuerdo con Bruce, aunque en mi caso no se había vuelto más fácil.

—Si te soy sincero, enamorarme de Tracy me ha servido de ayuda. Creía que nunca iba a superar lo de Zara. Entonces, entré en el instituto el primer día y vi a Tracy. Es diferente a todas las personas que he conocido. Verdaderamente única.

Sí, era única. Me indignaba que el primer chico capaz de entenderla tuviese que venir de miles de kilómetros de distancia y hubiera llegado en un momento en el que estar con Tracy no era una opción.

—Así que, de alguna manera, tu club me ha recordado que me irá bien. Te lo tengo que agradecer, supongo —Bruce hizo una pausa antes de entrar en la clase—. ¿Sabes? Deberías contemplar la idea de permitir la entrada a los chicos, en serio.

Me eché a reír. Era verdad, a los chicos también les podían partir el corazón; pero no estaba dispuesta a meterme en ese berenjenal. Aunque no existía ninguna razón para preocuparse de que algo así llegara a suceder. Las nuevas incorporaciones tenían que enfrentarse a un obstáculo gigantesco. Ningún chico en sus cabales lo aceptaría.

Tracy.

Tyson tenía los nervios destrozados.

—Todos los días me entran ganas de vomitar cuando repaso el correo —comentó la mañana siguiente, mientras nos preparábamos para empezar la clase de Biología. Estaba esperando noticias del centro educativo que había escogido en primer lugar: la escuela Juilliard de interpretación musical.

—Si no te aceptan es que están locos —comenté, y no solo porque Tyson fuera mi amigo. Era un músico brillante de verdad. Sabía que al cabo de unos años podría presumir de conocerlo de antes.

—Dios te oiga... —Se puso a dibujar en su cuaderno. Clavaba el bolígrafo negro con más agresividad de la que guardaba para las letras de sus canciones.

Le di un golpecito en el brazo.

—Bordaste tu audición, recuerda...

—Penny Lane Bloom —interrumpió nuestro profesor. Miré el reloj de pared, sabiendo que no me había perdido el timbre—. Ve por favor al despacho del director. Quiere hablar contigo.

Reuní mis libros sin dejar de pensar qué podría haber hecho para merecer una conversación con el director Braddock. Cuando llegué, de inmediato sentí alivio al ver que no habían vuelto a avisar a mis padres. Aunque, por otra parte, no estarían allí para apoyarme.

—Señorita Bloom —dijo Braddock a través de la puerta abierta.

Entré con cautela, poniéndome en lo peor. Braddock tenía los ojos en el ordenador, pero señaló la silla frente a su mesa. Obediente, me senté.

—Hola, director Braddock —traté de decir con una pizca de respeto. Me resultó extremadamente difícil.

—Permítame que vaya al grano —por fin dejó de teclear y me miró—. Me han llegado noticias de su maratón de baile.

«Ah, mierda».

Cómo no, el director tenía que meter las narices en el asunto. Iba a encontrar la manera para que el colegio de primaria retirara su oferta.

—¿Lo va a celebrar en la escuela de primaria? —Se frotó su cabeza calva, que reflejaba los fluorescentes del techo.

Asentí con debilidad, temiendo adónde llevaría aquello.

—Una parte de las ganancias se destinará a una beca para una alumna de último curso de su club, y la otra, al Parque Municipal de Recreo del Distrito de Parkview, ¿no es verdad?

—Mitad y mitad —respondí.

Se recostó en el respaldo de su silla y se plantó las manos en el estómago.

—¿Sabe?, yo iba al centro de recreo cuando era niño. Allí aprendí a jugar al fútbol americano —desvió la mirada hacia la pared de su despacho, que era un altar a la antigua gloria deportiva de Braddock en el McKinley y en la universidad.

Permanecí en silencio. Supuse que era lo mejor para no meterme en líos.

Me miró de nuevo, como si estuviera sopesando mentalmente sus opciones.

—Ese club suyo no acaba de convencerme al cien por cien. Pero agradezco su apoyo al centro de recreo, y que el club comprenda la importancia de continuar la formación académica con la beca que ofrece.

Ahora, mi silencio se debía a una profunda incredulidad.

—Así que... —Siguió clavándome la mirada—. He pensado que, si quieren, podríamos permitirles celebrar el evento aquí.

—¿Cómo? —solté de sopetón, absolutamente atónita porque nos ofreciera el instituto.

Braddock no se inmutó.

—Usted es alumna de este centro. Parte de los beneficios del evento irán destinados a un alumno de este instituto. Es lógico que se celebre en el McKinley.

Recogí mi mandíbula, que se me había caído al suelo.

—Sería genial. Yo... yo, realmente...

Agitó una mano en mi dirección como para quitarle importancia.

—Sí, estoy seguro. Le pediré a la señora Hutnick que le entregue los requisitos. Vienen de la Junta de Educación del Distrito, así que serán muy parecidos a los del colegio de primaria.

Asentí con lentitud, mientras asimilaba la noticia de que celebraríamos el maratón en el McKinley. Entonces, dije unas palabras que nunca habría pensado que pronunciaría.

—Muchas gracias, director Braddock.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Es un placer.

Me levanté para marcharme, pero lo pensé mejor. Tan solo unos días atrás, a Braddock no le había temblado el pulso a la hora de prohibir que el karaoke se celebrara en el instituto. Recordé lo que mi madre me había dicho una vez acerca de confiar en los demás: «La palabra de una persona está muy bien, pero hay otra cosa que está incluso mejor».

—¿Director Braddock?

Levantó la vista del ordenador.

—¿Sí?

—Espero que no lo tome como una grosería, pero ¿le importaría ponerme todo esto por escrito?

Veinticinco

Había llegado a tal punto de agotamiento con los planes para el maratón de baile que solo era cuestión de tiempo que algo se me escapara de las manos.

La tarde siguiente, entre clase y clase, lancé una mirada rápida a la esquina en dirección a mi taquilla para asegurarme de que el pasillo estaba despejado. Caminé lo más rápido posible sin llegar a llamar la atención. Estaba a punto de sacar en un tiempo récord el cuaderno de Biología que me había olvidado cuando tuve un ataque de estornudos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó una voz a mi lado.

—Sí, perfectamente —me disponía a hacer señas a quien fuera para que se marchara cuando caí en la cuenta de que era Ryan. Me giré de espaldas para sonarme la nariz con un poco de intimidad mientras maldecía a mis oídos taponados por no haberme permitido reconocer su voz—. Perdona, es la alergia. O un resfriado. No lo sé —me metí en la boca otra pastilla para la garganta.

—No tienes buen aspecto —comentó Ryan con más suavidad. Saltaba a la vista que estaba preocupado, lo que me hizo sentir mucho, muchísimo peor. Negó con la cabeza—. Sé que no es asunto mío, pero te estás imponiendo demasiadas obligaciones. No lo puedes abarcar todo —hizo una mueca, pues conocía de sobra mi incapacidad para compaginar excesivas cosas a la vez.

—Lo tengo controlado —le aseguré, aunque no hacía falta. No había razón para que Ryan se preocupase por mí. De acuerdo, había estado pachucha y me costaba dormir; pero era solamente porque muchos detalles del maratón de baile me agobiaban.

Al menos, eso me decía a mí misma.

—Vale, perfecto —abrió su taquilla—. Perdona por el comentario.

Me lancé mi bolsa al hombro y noté el peso de los libros y cuadernos de cuatro asignaturas. No era un peso con el que me apeteciera cargar, pero no tenía elección.

Podía enfrentarme a muchas cosas... pero no a conversaciones como la que acababa de tener lugar.

Además de evitar mi taquilla como si fuera la peste, me pasé las tres semanas siguientes concentrada en el maratón de baile cada minuto del día. Enseguida me di cuenta de que me encontraba mucho mejor si estaba ocupada.

Ahora que teníamos el instituto asegurado, avanzamos rápidamente para conseguir patrocinadores, premios para el concurso y, por descontado, participantes. Ya se habían inscrito más de cincuenta equipos, desde alumnos de instituto hasta jubilados. Aunque el objetivo principal del maratón consistía en recaudar dinero para una beca de estudios destinada a una socia de último curso del club, también conseguimos que los habitantes de Parkview y las zonas circundantes fueran más

conscientes de la existencia del Club de los Corazones Solitarios. El tráfico de nuestra página web se había incrementado considerablemente y añadimos más clubs de localidades vecinas.

—Un momento —dije, llamando al orden a nuestro grupo a la hora del almuerzo—. ¿Cómo vamos con los premios para la rifa?

Missy habló en primer lugar.

—Me han prometido cestas en el *spa* y en la peluquería del centro de Parkview, además de una cesta de productos para *gourmets* —disfrutó con la respuesta positiva del grupo.

Habíamos decidido darle una oportunidad. En teoría, aún no era socia del club; pero se sentaba con nosotras en la cafetería y se esforzaba por echar una mano. Missy se había enfrentado con firme determinación a todas las tareas que le encomendamos. Incluso estaba dispuesta a acudir a las tiendas con las que no teníamos ninguna relación a solicitar donativos. Michelle la acompañaba para asegurarse de que el club estuviera representado como era debido, pero Missy tomaba la iniciativa.

Aunque ella y yo nunca habíamos sido buenas amigas, había llegado a conocerla un poco mejor. Tras la fachada de dureza, era una persona sensible con un sentido del humor mordaz. Incluso habíamos intercambiado saludos amables en el pasillo, entre clase y clase.

Cosas más raras se han visto.

—¡Genial! Gracias, Missy —empecé a estornudar. Después de casi un mes de toses y estornudos, por fin admití que tenía un resfriado en toda regla. Mi madre me había dado una medicina muy fuerte para el catarro, pero nada me lo curaba. Me sentía fatal, aunque en realidad no tenía tiempo para centrarme en eso, ya que había demasiado trabajo—. Bueno, creo que el sábado tendremos la música preparada y los pósters terminados —miré la lista de cosas que teníamos que hacer.

—Oye, Penny —Diane paseó la vista por el grupo—. Sé que hemos estado muy ocupadas con el maratón de baile y demás, pero no podemos olvidarnos del *otro* baile que se celebra. Algunas de nosotras hemos pensado ir el sábado al centro comercial a buscar vestidos para la fiesta de fin de curso, por si alguna está interesada en acompañarnos.

Quedaba una semana para el maratón, y dos para el baile de fin de curso. Yo había pensado escaparme al centro comercial el día después del maratón a comprar mi vestido. O llevaría el que me había puesto para el baile de antiguos alumnos. Francamente, no era una prioridad.

—Suenan divertido —me puse a toser de manera incontrolable mientras las desafortunadas que estaban a mi lado salían disparadas.

—¿No deberías irte a casa? —Tracy me miró, preocupada.

—Estoy bien —mordisqueé mi sándwich de pavo. No tenía mucho apetito pero probé a dar un par de bocados. Me resultaba seco, incluso cuando bebí agua después del mordisco. Aparté mi comida a un lado.

—Diane, ¿quieres seguir tú? —le pedí mientras buscaba en mi bolsa la pastilla de la tarde para el resfriado.

—Claro que sí —Diane empezó a hablar sobre otras cosas que había que hacer mientras yo, desesperada, intentaba beber el agua que tenía delante. Probablemente me debería haber quedado en casa. Por lo general, no me habría importado perderme unos días de clase, pero a diario llegaban noticias emocionantes sobre el maratón de baile o sobre nuevos clubs. No quería perderme ni un detalle. Un resfriado horrible no me iba a apartar a la fuerza.

Me sentía floja cuando mis amigas se levantaron de la mesa de la cafetería. Mientras iba camino a mi taquilla, Hilary llegó corriendo.

—Hola, Pen, me gustaría hablar contigo un minuto.

—Claro —respondí, aunque la garganta me dolía con cada palabra que pronunciaba.

—No sé si es buen momento para hablar del tema, pero he conocido a alguien —bajó la vista al suelo—. Y, en fin, pensé que debía decirte que me gusta mucho y quiero pedirle que venga con nosotras al baile de fin de curso.

Me soné la nariz ruidosamente.

—Genial. ¿Quién es el afortunado?

Ante la pregunta, el rostro de Hilary se iluminó.

—Se llama Glen. Nos conocimos en el trabajo. Va al instituto en... —Hice todo lo posible por concentrarme en lo que estaba diciendo, pero en mis oídos empezó a sonar una especie de zumbido. Aminoré el paso mientras una sensación de calor me recorría el cuerpo.

Intenté recobrar el equilibrio colocando una mano en la pared.

Entonces, me desmayé.

Veintiséis

—¡Penny, despierta! —me dijo una voz.

Traté de abrir los ojos, pero los párpados me pesaban demasiado. Miré de reojo y vi a la enfermera del instituto de pie, inclinada sobre mí. Tracy y Diane estaban a su espalda, parecían muy preocupadas.

—¿Qu-qué... qué...? —Intenté hablar, pero tenía la boca seca.

La enfermera sujetaba un vaso de agua con una pajita. Bebí con avidez.

—Pequeños sorbos —advirtió—. Creo que estás deshidratada, así que tienes que dar sorbos pequeños para que tu cuerpo absorba el líquido como es debido.

No le hice caso y seguí bebiendo. Reconocí la habitación y me esforcé por recordar cómo había llegado allí.

—Te desmayaste... —empezó a explicar la enfermera.

—Y nos pegaste un susto de muerte —continuó Tracy—. Te dije que te marcharas a casa. Tienes una pinta horrible, Pen. Te has metido una paliza y lo estás pagando.

Diane le dio un codazo a Tracy.

—Ya basta.

—Lo siento —Tracy me dedicó una débil sonrisa—. Estoy muy preocupada por ti, y tu madre te va a echar una buena bronca.

A la mención de su persona, mi madre entró como una exhalación por la puerta de la enfermería.

—¿Qué ha pasado, por Dios?

Escuchó a la enfermera pacientemente, pero se puso a comprobar mis signos vitales, queriendo aportar una segunda opinión.

Mi padre llegó corriendo unos minutos después. Mis padres y la enfermera hablaron largo y tendido. Escuché las palabras «agotamiento», «deshidratación» y «descanso». También oí a mamá repetir una y otra vez que ya me había advertido que me tomara las cosas con calma.

Tracy se acercó al lado de mi cama mientras los adultos continuaban su asamblea en un rincón.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aún tratando de atar cabos.

—Estabas hablando con Hilary. Dice que, de repente, te pusiste blanca y te desmayaste, sin más. Yo estaba a un par de metros de distancia y vi cómo te caías, pero di por sentado que te habías tropezado o algo por el estilo —Tracy agarró mi mano fría con la suya, caliente—. Bruce estaba conmigo y salió disparado hacia ti. Fue entonces cuando supe que algo iba mal. Bruce, Hilary y yo intentamos despertarte, pero no reaccionabas, salvo por algunos titubeos incoherentes... ya sabes, típicos de ti —Tracy trataba de actuar restando importancia a la situación, y se lo agradecí—. Bruce te recogió del suelo y te llevó a la enfermería.

—¿Ah, sí? —Me sentí agradecida a Bruce, pero también avergonzada porque me hubiera llevado en brazos por el pasillo, delante de todo el mundo.

Tracy hizo un gesto de afirmación, impresionada.

—Sí, y casi todas las chicas del club lo siguieron. Ahora están ahí afuera, deseando saber cómo te encuentras. En Secretaría no están muy contentos de que tantas de nosotras nos hayamos saltado la clase; pero, a ver, decidimos plantarnos. Braddock parece molesto, pero no nos obligó a volver a clase. Todas queremos asegurarnos de que te encuentras bien.

—¿Las chicas del club están fuera, esperando? —me conmovió su apoyo incondicional.

Diane se acercó a la cama.

—Claro que sí. Bruce también —intercambió una mirada con Tracy—. Y Ryan.

¿Por qué me sorprendía tanto que Ryan estuviera al otro lado de la puerta? Me había desmayado delante de la práctica totalidad del instituto.

Solté un gruñido al recordarlo, y mi reacción provocó el pánico entre los presentes en la enfermería.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre? —Mi madre se acercó y me agarró de la muñeca para comprobar el pulso.

—Me duele la cabeza —respondí, lo que en parte era verdad.

Mamá metió la mano en su bolso y sacó una aspirina y otro medicamento para el resfriado. Daba la impresión de que había asaltado la farmacia antes de marcharse. Obediente, me tomé las pastillas siguiendo sus instrucciones. Tracy se fue para recoger mis libros.

—Te vienes a casa y te quedas allí el resto de la semana —decretó mamá. Yo estaba tan cansada que tuve que estar de acuerdo con ella. Solo me iba a perder un par de días de instituto, y eso me daría tiempo extra para trabajar en el maratón de baile.

Como si me pudiera leer la mente, mi madre me lanzó una mirada de advertencia.

—Y vas a *descansar*, Penny Lane. Puedes hacer deberes, pero nada más. Y, Diane, creo que el club debe reunirse en otro sitio este fin de semana. Penny Lane necesita descanso. Punto.

Diane asintió enérgicamente. Sabía distinguir cuándo la única opción que te quedaba era darle la razón a mi madre. Y cuanto antes, mejor.

Al incorporarme, la cabeza me empezó a palpar. Tuve que recobrar el equilibrio. Mi padre acudió a mi lado para ayudarme.

—Ten cuidado, pequeña. ¿Quieres que te levante en brazos?

Negué con la cabeza, pues no quería que la gente pensara que estaba aún más débil. Aguardé unos segundos hasta que cesaron las palpitations y luego traté de incorporarme de nuevo. Tuve que beber un poco de zumo antes de que me permitieran marcharme.

La enfermera dirigió la vista hacia la puerta.

—Un público que te adora te está esperando —me tocó el hombro con suavidad, como si yo fuera una frágil muñeca de porcelana.

—Gracias —por fin me levanté, y mi padre me ayudó a estabilizarme rodeándome la cintura con el brazo—. Creo que estoy bien, papá. Cansada, nada más. Me dormiré en cuanto llegue a casa —le prometí.

Cuando se abrió la puerta, los suaves murmullos al otro lado cesaron de repente. Sentí una enorme presión para parecer que estaba perfectamente aunque, por las miradas de inquietud que todo el mundo en la enfermería me había estado lanzando, estaba segura de que no había gran cosa que yo pudiera hacer para fingir que me encontraba bien.

Me planté una sonrisa en la cara al doblar la esquina, y vi las miradas de preocupación de mis compañeras del club. Algunos miembros del personal de Secretaría se mostraban enfadados y empezaron a rellenar fichas de retraso.

—Hola a todos. Perdón por el susto —dije—. Me voy a casa a dormir unos cuatro días, pero luego volveré en plena forma —una a una, examiné las caras de aquella familia que me había construido a lo largo de los últimos seis meses. Con cautela, me dirigí a la salida de la enfermería, tratando de mirar a los ojos a cada una de mis amigas, para que supieran que de verdad me encontraba bien. También buscaba a Ryan, pero no estaba.

Detuve la mirada en Bruce.

—Muchas gracias. Espero que no te lesionaras la espalda.

Negó con la cabeza.

—Tranquila. Me alegro de que estés mejor.

—Sí, gracias. Ojalá que nadie se meta en líos por saltarse la clase.

—¡Por favor! —intervino Tracy. Alargó las manos como si pusiera dos opciones en la balanza—. Ir a clase o acompañarte a ti. ¡Como si hubiera duda!

Ante ese comentario, la encargada de Secretaría carraspeó y empezó a entregar fichas de retraso para que los alumnos, por fin, regresaran a clase.

Mi padre metió mis cosas en el coche de mamá y me fui a casa con ella. Durante el trayecto cerré los ojos y no veía el momento de desplomarme en la intimidad de mi habitación. Al subir las escaleras, me notaba muy pesada. Ni siquiera me molesté en quitarme los vaqueros antes de meterme bajo las sábanas.

Mi madre llamó a la puerta con suavidad.

—Te he traído zumo y galletas saladas —se sentó al borde de la cama—. ¿Te encuentras bien? Me refiero a todo lo que ha estado pasando últimamente. Parecías tan ensimismada, tan concentrada en ese maratón de baile que no sé si de verdad has tenido tiempo para enfrentarte a... —Mamá me examinó el semblante, preguntándose hasta qué punto debería presionarme.

Me acurruqué de costado justo cuando un oportuno bostezo se apoderó de mí.

—Es este resfriado absurdo y, tienes razón, quizá me he estado forzando demasiado. Pero ahora... me voy a...

Entonces, me dejé vencer por el sueño. Me trasladé a un lugar donde carecía de responsabilidades, donde no me hacía falta fingir que era feliz cuando no me

apetecía, donde no tenía el corazón destrozado.

Por lo general, en mi casa, si alguno de nosotros dormía más allá de las nueve, aunque fuera fin de semana, mi madre lo despertaba. Su postura siempre había sido que si duermes de más, estás desperdiciando el día.

Quién iba a saber que lo único que hacía falta para que te dejara dormir era que te desmayases en el instituto. Así que me dejó tranquila y dormí, dormí, y seguí durmiendo. Resultaba increíble lo bien que veinte horas de sueño me hicieron sentir. Al día siguiente seguí el consejo de mi madre y no hice nada, salvo algunos deberes.

El jueves por la tarde estaba viendo la televisión en el sótano cuando oí el timbre. Había conseguido convencer a mis padres de que podía quedarme sola, de modo que subí trabajosamente la escalera y abrí la puerta antes de comprobar quién era. Si hubiera conocido la identidad de la persona que había al otro lado, al menos habría procurado arreglar mi coleta desaliñada, o correr al piso de arriba para tratar de no parecer la persona sin techo que aparentaba ser en ese momento.

—Hola —saludó Ryan con timidez.

—Hola —respondí—. ¿Qué estás...? —Mi primera reacción fue que estaba viendo visiones.

Sujetó en alto una bolsa.

—Te he traído algunas cosas.

Miré el reloj del cuarto de estar; eran casi las 14.00.

—¿No deberías estar en Historia ahora mismo?

—Estoy en el médico —me hizo un guiño.

—¿Te has saltado la clase? —pregunté—. Tu trayectoria descendiente continúa...

Frunció un poco el ceño ante mi comentario.

—¿Quieres que te dé la bolsa o me vas a dejar entrar?

Me quedé parada, mirándolo. No me podía creer que estuviera allí.

—Creí que me odiabas —espeté con brusquedad sin poder evitarlo. Le eché la culpa al agotamiento.

Ryan negó con la cabeza.

—No te odio, Penny. Estoy furioso contigo, sí; pero no te odio.

—Es razonable —me aparté para que pudiera entrar. Ryan tenía todo el derecho a estar furioso conmigo por haberle hecho daño. También me debería haber odiado por todo lo que le había hecho, pero no me odiaba. La simple idea me hizo sentir considerablemente mejor.

Ryan se dirigió a la cocina y empezó a vaciar la bolsa.

—He traído Gatorade para que te ayude a hidratarte, helado para el dolor de garganta y... —desenvolvió una bolsa de plástico. El olor me llegó a la nariz y mi estómago se puso a gruñir al instante— patatas fritas con queso... porque son patatas fritas con queso.

Estuve a punto de lanzarme a las patatas; en vez de eso, saqué dos tenedores y empecé a clavar el mío.

—¿Te apetece? —pregunté con la boca llena.

—Ya he comido. Aparte de que tú las necesitas más que yo.

—Gracias —respondí antes de elegir una patata con una capa especialmente gruesa de queso.

—Ah, se me olvidaba —metió la mano en su cartera de bandolera y me entregó a *Abbey*, la morsa, mi juguete de la infancia que le había regalado a la hermanastra de Ryan—. De parte de Katie. Quiere que te mejores pronto.

Abracé a mi vieja amiga de peluche, ni una pizca avergonzada porque Ryan fuera testigo del cariño que sentía por un objeto inanimado. Me coloqué a *Abbey* en las rodillas y seguí comiendo las patatas fritas. Me debería haber resultado incómodo estar tan cerca de Ryan, sobre todo por la tensión que había existido entre nosotros. Sin embargo, me confortaba que estuviera allí conmigo.

Tardé solo unos minutos en dejar el plato limpio y beberme un vaso de Gatorade.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ryan mientras, nervioso, se pasaba los dedos por el pelo.

—Mejor. Te lo agradezco mucho. Obviamente —señalé el plato vacío.

—Ayer nos diste a todos un buen susto —hizo una pausa—. Sobre todo a mí. Supongo que yo tenía razón.

—¿Tú tenías razón?

¿Cuándo no tenía razón Ryan? Excepto en lo relativo a su desconocimiento de las muchas maneras en las que le había destrozado la vida.

—Estabas trabajando demasiado.

—Lo sé, es absurdo, creo que estaba... —Intenté encontrar las palabras adecuadas para hacer que todos los demás se sintieran mejor sobre lo que me había pasado. En las últimas veinticuatro horas, había gastado la mayor parte de mi energía en responder mensajes acerca de mi salud.

Ryan alargó el brazo y me agarró la mano. Conmocionada, me quedé mirando nuestras manos. Era algo a lo que me había acostumbrado cuando aún estábamos juntos, pero ahora...

Se inclinó hacia delante.

—Esto no te exime de lo que has hecho, pero lo único que quiero es que te pongas mejor. Sin poder evitarlo, me siento un poco culpable por haber estado tan frío contigo últimamente.

—¿Me tomas el pelo? Yo soy la única persona culpable del desmayo. En cuanto a nosotros... —Qué raro me hacía pensar en Ryan y en mí como «nosotros»—. Yo he sido quien no se acercaba a nuestras taquillas. Yo he sido quien te ha estado evitando. Todo lo he hecho yo, y todo es culpa mía —expliqué, confiando en que entendiera que no solo me refería al último mes—. Hasta tú mismo lo tienes que admitir: de alguna manera me merecía esa frialdad.

—Sí, tienes razón —se echó a reír y me apretó la mano—. Penny, te he echado mucho de menos.

Estaba tan cerca de mí que me volví a sentir mareada, pero no de agotamiento. Aunque había sido yo quien había roto, no estaba preparada para que ninguno de los dos pasara página. Me moría de ganas de contarle todo, de suplicarle que me volviera a aceptar; pero eso no cambiaba el porqué habíamos tenido que romper. Además, no me encontraba en condiciones para añadir más estrés a mi vida antes del maratón de baile. Tal como estaban las cosas, resultaba evidente que no era capaz de enfrentarme a todo lo que tenía delante. A no ser que se tratara de un plato de patatas fritas con queso.

Pero lo cierto era que yo también lo echaba de menos. Podía evitar verlo, podía abarrotar de planes mis días y mis fines de semana. Pero, en definitiva, nada conseguía llenar el hueco de no tenerlo conmigo.

—Ryan —no sabía qué le iba a decir. No sabía qué podía decirle para que se enterase de todo lo que yo sentía.

Se trasladó al asiento al lado del mío sin dejar de mirarme a los ojos con sus ojos azules. A diferencia del día anterior, cuando me había sentido tan distante, tan despojada de mi entorno, esta vez percibía un zumbido de emoción a mi alrededor. Al tenerlo a tan poca distancia, notaba un hormigueo en el cuerpo y mis sentidos estaban alerta. Seguí intentando pensar en qué decirle, pero me encontraba totalmente perdida. Todo lo que quería hacer era estar junto a él. Había guardado las distancias con Ryan el pasado mes, pero ahora, al tenerlo tan cerca, mi cuerpo reaccionaba.

Tiró hacia sí de mi mano, agarrada a la suya. Instintivamente alargué los brazos hacia él y, antes de que me pudiera dar cuenta de lo que hacíamos, sus labios estaban sobre los míos. Me atrajo hacia él y lo abracé por el cuello. Fue como si en su beso estuviera la respuesta a lo que de verdad me estaba enfermando.

Ignoraba por completo si nos habíamos besado durante segundos, minutos u horas. Solo sabía que no quería que terminara. No quería apartarme de él y enfrentarme a la dura realidad del precio que Ryan se había visto obligado a pagar por estar conmigo. Entonces, oí el ruido de la puerta del garaje al abrirse. En silencio, maldije a quien fuera el que llegaba a casa.

—Dios, cuánto lo echaba de menos —comentó Ryan, falto de aliento. Sus manos me seguían rodeando la cintura.

—Yo también —admití.

Nos besamos a toda prisa una vez más antes de apartarnos el uno del otro. Di un largo trago de agua, confiando en poder tragarme todo lo que le quería decir.

La puerta que daba al garaje se abrió. Mi madre se paró de pronto al ver que teníamos visita.

—Ah, hola, Ryan. No sabía que estabas aquí. He venido para ver cómo se encuentra Penny Lane —me dedicó una fugaz sonrisa que aumentó de tamaño cuando se fijó en mi rostro—. Parece que estás mucho mejor. Te ha vuelto el color a

la cara —se acercó y me puso el dorso de su mano en la mejilla—. Estás ardiendo. Deja que te tome la temperatura —salió corriendo a recoger el termómetro del cuarto de baño.

Yo no podía mirar a Ryan a los ojos. Los dos sabíamos lo que había provocado que la temperatura se me disparara. Eché una mirada de reojo y vi que tenía las mejillas coloradas.

—Probablemente deberías irte antes de que mi madre decida tomarte la temperatura a ti también.

—Merecería la pena —miró hacia atrás para asegurarse de que el terreno estaba despejado y me plantó otro beso rápido—. Vendré a verte este fin de semana. Si necesitas cualquier cosa, dímelo, ¿de acuerdo?

—Sí —lo besé otra vez antes de que se levantara para marcharse.

Oí que hablaba con mi madre en el vestíbulo antes de que ella regresara y me metiera el termómetro en la boca de un empujón.

—Ryan ha sido muy amable al pasarse por aquí. Creía que las cosas estaban... — Me miró y levantó una ceja. Agradecí que el termómetro me impidiera darle una respuesta.

No tenía ni idea de cómo estaban las cosas entre nosotros. Todo lo que sabía era que no podía negar lo mucho que sus besos significaban para mí y lo mucho que deseaba que me volviera a besar cuanto antes.

Veintisiete

El viernes por la noche me sentía considerablemente mejor. Lo más seguro es que fuera por el incontable número de horas que me había pasado durmiendo y por la medicina que tomaba; pero solo podía pensar en aquellos besos de Ryan. Me estuvo enviando mensajes durante todo el día para ver qué tal estaba. Yo le respondía una y otra vez que necesitaba más patatas con queso.

Diane y Tracy vinieron a verme bajo la atenta mirada de mi madre, que no quería que «trabajara en exceso». De modo que me quedé plantada en el sofá del sótano mientras Tracy y Diane me ponían al tanto de los avances del club. Las escuché con tranquilidad, sin querer tomar el mando o estresarme en ningún momento.

—Parece que las cosas van bien —tiré de una manta para taparme en lugar de agarrar la carpeta del evento, que Diane había dejado a mi alcance—. Dadles recuerdos a todas mañana. El lunes volveré al instituto, recuperada al cien por cien —bostecé—. O al menos, al noventa por cien.

Diane me pasó un poco de agua.

—¿Quieres elegir un día para ir a comprar el vestido del baile de fin de curso, cuando te encuentres mejor? ¿O prefieres retrasarlo?

—No, tranquila —di un sorbo de agua para aplacarla—. No me preocuparé por el vestido hasta después del maratón.

—En ese caso, no te quedarán más que unos días —me recordó Diane.

—Ah, bueno —repetí mi nuevo mantra—: Se solucionará.

—Claro que sí. Cualquier cosa te queda supersexy —Tracy elevó las cejas con aire lascivo—. También nos encargaremos del reparto de los coches para ir al baile de fin de curso. Se ha unido más gente a nuestro grupo.

Por la manera en que lo dijo Tracy, supe con seguridad que me ocultaba algo.

—¿Por ejemplo? —presioné.

—A ver, me pareció una grosería no dejar que Bruce viniera con nosotras, ya que él solito te salvó la vida —Tracy se puso a hojear una revista.

—Ah, sí, desde luego —coincidí—. Sería muy desconsiderado no llevarlo al baile.

Tracy soltó un gruñido.

—¿Qué se suponía que tenía que hacer, eh?

Reflexioné acerca de mi conversación con Bruce, sobre que necesitaba una experiencia positiva con una chica genial.

Pero, ni que decir tiene, bajo ningún concepto se lo podía decir a mi amiga.

—Ah, Tracy... Hay que ver los sacrificios que haces por mí —me burlé—. ¡Tener que aguantar en el baile a un pibón australiano que está loco por ti! Deberían proponer tu canonización.

Tracy me miró con gesto serio.

—Gracias por caer en la cuenta, por fin —se llevó la mano al pecho—. Me temo

que no me valoran lo suficiente. Me alegra saber que *alguien* reconoce mis esfuerzos.

Diane y yo nos echamos a reír al mismo tiempo. Tracy se recostó en su asiento e hizo todo lo posible por ignorarnos. Fracasó rotundamente.

—Chicas, sois lo peor —nos increpó—. Debería decirle que no.

—¡Ni hablar! —protesté con, acaso, demasiado ímpetu—. Bruce tiene que ir. Es divertido, tú eres divertida. Juntos lo pasaréis en grande. Además, Tyson necesita compañía.

—Y Glen —añadió Diane.

—¿Quién es Glen? —pregunté.

Diane y Tracy se miraron entre sí, alarmadas.

—¿Qué me estoy perdiendo?

Diane me empezó a hablar muy lentamente.

—Glen es el chico con el que Hilary ha empezado a salir. Te lo estaba contando cuando te desmayaste.

El recuerdo era confuso, pero ahí estaba.

—Ah, sí, es verdad. Me acuerdo de algo de eso. Qué guay. ¿Algún otro chico que se una al equipo?

—Creo que esos son todos. Por el momento —respondió Tracy.

—¿A qué te refieres? ¿Tienes la intención de romper más corazones?

Tracy agarró una almohada y la sujetó por encima de su cabeza.

—Tienes suerte de estar en una condición tan delicada; si no, te aporrearía la cabeza por lo que has dicho. Simplemente, estaba insinuando que estaríamos abiertas a que nos acompañaran otros chicos. Ya sabes, Ryan, por ejemplo.

«Ryan».

Estuve a punto de sincerarme sobre lo que había ocurrido el día anterior, pero algo me frenó.

Intenté no dar importancia al comentario.

—Bueno, ya veremos con quién acaba yendo.

Diane trató de imitar mi actitud distante.

—Sí... A ver, estaría bien que viniera. Creo que no ha pensado en llevar a nadie, ya sabes, que no sea del grupo. Bueno, él mismo —agarró el mando a distancia y se puso a cambiar canales.

Diane sería muchas cosas, pero no era una buena mentirosa. Quedaba bastante claro que ella y Ryan habían hablado sobre los planes para el baile.

Decidí seguirle la corriente.

—Sí, es verdad, ya veremos. Lo que su majestad disponga.

—¡Eh! —gritó Tracy—. ¿Os importa dejar de robarme mi frase? Tengo que enterarme de cómo conseguir los derechos de autor, eso fijo.

Las tres pasamos el resto de la tarde viendo la televisión y, de vez en cuando, hacíamos algún comentario sobre la música del maratón de baile. Por suerte, no volvimos a hablar sobre el baile de fin de curso, los vestidos o las parejas.

Tenía otras cosas en las que pensar.

Bueno, una sola cosa.

Mejor dicho, una sola persona.

Nunca habría creído que llegaría a pasar; sin embargo, ahí estábamos.

Ryan y yo habíamos quedado un sábado por la noche.

Como no me permitían salir hasta que me encontrara mejor, y mis compañeras del club se iban a reunir en casa de Diane, no tenía más remedio que quedarme en casa.

Y Ryan siempre había sabido que la mejor manera de llegarme al corazón era a través del estómago.

—¿Qué va a pensar la gente? —bromeó él mientras colocaba la pizza que había traído—. Penny Lane Bloom pasando un sábado *¡con un chico!*

—Ya lo sé... No te acostumbres —contraataqué al tiempo que agarraba una porción. El apetito me había vuelto con tal ferocidad que, en secreto, confiaba en que Ryan ya hubiera cenado para poder tomarme toda la pizza yo sola.

—No, descuida. Me conozco el tema —agarró una de las porciones más pequeñas.

Nos habíamos pasado el último par de días enviándonos mensajes clandestinos y viviendo en una burbuja donde no me tenía que preocupar de la realidad que existía más allá de mi casa.

Pero ahora la realidad había venido a visitarme.

—Mi madre ha apuntado a la familia al maratón —se recostó en el respaldo del sofá—. Espero que me reserves un baile, por lo menos.

—Depende de cuánta pizza hayas pensado comerte —empecé mi segunda porción.

—Perfecto —se limpió las manos después de acabar su trozo—. Aunque, sin comida, me voy a cansar mucho, muchísimo —se acercó y apoyó su cabeza en mi hombro. Yo me incliné para juntar mi cabeza a la suya. Pero entonces, tuve que apartarme para seguir comiendo.

—Lo siento —me disculpé cuando Ryan se vio obligado a incorporarse. Luego, con gesto exagerado, le di otra porción—. Tienes que conservar las fuerzas. No quiero que tú también te pongas enfermo.

—Bueno, pues me parece que llegamos un poco tarde —se inclinó hacia mí y me besó. Aparté mi plato y nos rodeamos con los brazos.

Una vez más, el tiempo se desvaneció mientras nos abrazábamos y nos besábamos. Nuestro momento fue interrumpido por el rugido de mi estómago. Tenía pensado pasarlo por alto, pero Ryan empezó a temblar.

Me aparté.

—¿Te estás riendo?

—Perdona. Está claro que necesitas comer. Adelante —me entregó mi plato—.

Tenemos toda la noche.

La idea hizo que me sintiera cada vez mejor. En un esfuerzo por conservar las fuerzas para las horas que nos quedaban de estar juntos, empecé a comer de nuevo.

Ryan fue a agarrar un trozo, pero luego apartó la mano.

—En serio, puedes tomar un poco más —le dije—. No soy tragona hasta ese punto —además, quería que acumulara los suficientes carbohidratos para otro maratón de besos.

—Tú mandas —respondió y agarró otra porción.

—Me alegra de que te des cuenta de mi papel en esta... —Di un enorme mordisco antes de dejar que se me escapara de la boca la palabra «relación». No estaba preparada para añadir lo que seguía a «esta».

—Ah, lo sé —obediente, le dio otro mordisco a la pizza—. Eres muy mandona.

—¡No es verdad! La mandona es Tracy —protesté con la boca llena.

Ryan dio marcha atrás.

—De acuerdo, puede que «mandona» no sea la palabra acertada.

—Gracias.

—Es más bien «intimidante».

—No soy intimidante, para nada —argumenté.

Abrió los ojos de par en par.

—Claro que no.

—¿Estás en plan sarcástico? —le propiné un codazo. Ryan no era la clase de persona sarcástica. Ese solía ser mi papel.

—Noooo —me hizo un guiño.

—Vale, a ver, ¿tu manera de cortejarme es decirme lo mandona e intimidante que soy?

Enarcó una ceja.

—¿Es que quieres que te corteje?

—Ya no —crucé los brazos y fingí ponerme de mal humor.

—Bah, ven aquí —tendió los brazos hacia mí y me abrazó. Los dos nos hundimos en los almohadones del sofá—. Eres guapa, divertida, lista y, sí, un poco intimidante.

—Como quieras —respondí, aunque estaba disfrutando de lo demás que había dicho sobre mí. Le seguía gustando a Ryan. Y a mí me seguía gustando él. El único problema era cómo iba a conseguir que las cosas funcionaran. Ahora que estaba en arresto domiciliario, tenía tiempo de sobra; pero todo iba a cambiar una vez que regresara al instituto. Además, las cosas le iban mejor a Ryan. ¿Se vendría todo abajo si empezábamos a salir otra vez? Lo último que quería era causarle más daño.

Ryan soltó una carcajada.

—Vale, seguro que te das cuenta del problema que Todd tiene contigo. Está acostumbrado a intimidar a la gente y a conseguir lo que quiere con una sola mirada. Y tú no solo te negaste a quedar con él, sino que es evidente que no te importa lo más mínimo. Eso le pone furioso.

Me volví a incorporar.

—Entonces, ¿Todd y tú habéis vuelto a ser amigos? —Yo me había quedado en que no se dirigían la palabra. De hecho, prefería que fuera así, ya que aunque no estaba segura de si yo le venía bien a Ryan, estaba convencida de que Todd solo provocaba problemas. A Ryan y a cualquier otro ser del planeta que necesitase oxígeno.

—En realidad, no. Paso de más problemas. No le voy a dar la espalda, pero las cosas entre nosotros nunca serán lo mismo. Ha cambiado. Tengo otros amigos con los que prefiero pasar el tiempo —encogió los hombros con indiferencia—. Y lo he decidido yo, Penny. No tiene que ver contigo. Nunca ha tenido que ver contigo.

Pero sí tenía que ver. No es que yo pensara que el mundo girase a mi alrededor, pero Todd y Ryan habían sido inseparables hasta que yo llegué con el Club de los Corazones Solitarios.

Ryan notó que no estaba preparada para hablar del tema. Se echó a reír.

—Me encanta. Lo único que lo desconcierta es una chica que no le tiene ningún respeto.

—¿Existe alguien que de veras respete a Todd? —Tirité con gesto exagerado—. Cuestiono mi fe en la humanidad.

—No hablemos de Todd —Ryan me atrajo hacia él.

—¿Se puede saber qué vamos a hacer? —pregunté con fingida inocencia.

Ryan no contestó. En vez de eso, me besó otra vez. Sus labios eran suaves, pero tras el beso se notaba una especie de urgencia oculta. Cerré los ojos y saboreé cada segundo, al no saber cuántos minutos así íbamos a tener.

Me encontraba cada vez mejor y no pasaría mucho tiempo antes de que me viera obligada a regresar al mundo real.

Veintiocho

Me había acostumbrado a los murmullos que me seguían mientras recorría los pasillos del instituto. Al principio eran sobre la chica «patética» y «solitaria» que había fundado el Club de los Corazones Solitarios.

Ahora, al parecer, eran sobre la chica que se había desmayado.

Tracy me había advertido de que los rumores acerca de lo que me había pasado iban desde que me había emborrachado o era anoréxica hasta que estaba tan destrozada por mi ruptura con Ryan que no era capaz de realizar una acción tan sencilla como caminar por el pasillo.

«Si supieran...».

Al entrar al instituto hice caso omiso de las miradas fijas. Ryan y yo nos habíamos estado escribiendo todo el domingo, aunque mantuvimos un tono ligero. Y yo quería que siguiéramos igual. Mis días de descanso habían sido agradables, pero tenía que volver a pensar en el maratón de baile. Y en el club. Y en los deberes.

«Aun así...».

Escuchaba una voz en mi cabeza que insistía en convencerme de que podría volver a funcionar.

Ahuyenté tales pensamientos mientras me dirigía a mi taquilla, consciente de que ya no existía motivo alguno para mantenerme alejada de ella. Ryan no estaba a la vista, de modo que aquella mañana no tenía que preocuparme acerca de encuentros incómodos.

Al mismo tiempo, sabía que lo que de verdad deseaba era besarlo otra vez.

Ojalá una relación pudiera ser tan simple como un beso.

Antes de que sonara el primer timbre, se produjo un zumbido de emoción particularmente intenso.

—Puaj... —protestó Tracy, sentada a mi lado en Trigonometría—. ¿Por qué a la gente le parece tan emocionante?

—¿Qué le parece tan emocionante? —No tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—El anuncio de los candidatos a reyes del baile de fin de curso —con un gesto, señaló el altavoz situado en la parte delantera del aula cuando este empezó a sonar.

—¡Shhh! —ordenó Pam Schneider a la clase. Dio unos golpecitos con el pie, impaciente, mientras el subdirector comunicaba los demás anuncios del día.

—Y ahora, los candidatos a reyes del baile de fin de curso —la voz del subdirector crepitaba por el altavoz. Pam estaba sentada al borde de su silla—. Para rey del baile, vuestros nominados por orden alfabético son: Ryan Bauer, Todd Chesney, Don Levitz y Brian Reed —Pam soltó un escandaloso chillido cuando se nombró a Brian, su novio.

Tracy gruñó por lo bajo.

—Qué predecible.

El anuncio continuó:

—Y vuestras nominadas a reina del baile, esta vez en orden alfabético inverso...

—¡Oh! —Tracy fingió escandalizarse—. ¡Qué locura! Orden alfabético *inverso*.

Pam se giró para lanzarle una mirada asesina.

—Audrey Werner, Pam Schneider —*cómo no*—, Diane Monroe y... —Tracy se desplomó sobre su silla como si se estuviera muriendo de aburrimiento— Penny Lane Bloom.

«¡¿¡¿QUÉ?!?!».

Tracy levantó la cabeza de su mesa a tanta velocidad que, seguramente, se produjo un tirón en el cuello.

—Vaya, vaya, vaya —me dedicó una sonrisa burlona—. La cosa se pone interesante.

Ser nominada a reina del baile no era lo único que me desconcertaba. Ryan no había pasado por su taquilla en toda la mañana. Empecé a preocuparme por si volvía a estar enfadado conmigo, ya que la última vez que *él* se había mantenido apartado de la taquilla había sido el semestre anterior, cuando le había hecho tanto daño.

La cabeza me daba vueltas sin parar mientras caminaba a la cafetería para el almuerzo.

«Quizá te han nominado solo para que alguien te eche por encima sangre de cerdo».

«Quizá puedas solucionar las cosas con Ryan. Eso se llama llegar a un arreglo».

«Pero la última vez no funcionó, ¿verdad?».

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no oí a Tracy, que me llamó por mi nombre mientras me dirigía a comer.

—¡PENNY! —me vociferó al oído.

—¿Eh?

Tracy arrugó la frente en señal de preocupación.

—¿Te encuentras bien? ¿O es que ya estás preparando tu campaña para reina del baile?

—¿Cómo? No pienso hacer campaña —nunca haría algo así. Además, solo había una verdadera contendiente para la corona... y era Diane—. Estaba *pensando*.

—*Vaaale* —Tracy me miró negando con la cabeza—. Oye, se te ve mucho mejor. Por lo que parece, este fin de semana has tenido todo el descanso que necesitabas. Entre otras cosas.

—Sí, me encuentro casi al cien por cien —solté mi bolsa del almuerzo sobre la mesa.

El sonido de una tos seca llegó desde detrás. Volví la vista y me quedé horrorizada al ver a Ryan sentado a su mesa, con una pila de pañuelos de papel a su

lado. Tenía un aspecto horrible, con la nariz roja y los ojos llorosos.

La culpabilidad me abrumó mientras él seguía tosiendo.

Se lo había pegado.

«Pues claro».

Iba a preguntarle cómo se encontraba y si había algo que yo pudiera hacer («¿patatas fritas con queso?») pero antes, Diane y yo tuvimos que recibir la felicitación de todo el mundo por haber sido nominadas para reina del baile. Mientras tanto, algunas compañeras del club, emocionadas, empezaron a pasarse fotos en sus móviles de los vestidos que se habían probado el fin de semana anterior. Hice todo lo posible por dejar que la conversación me quitara de la mente la sensación de culpa por el contagio.

Hasta que Amy se presentó.

—Guau, Ryan está superenfermo. Esta mañana llegó tarde a clase y tiene pinta de fiebre —me señaló con un gesto—. Está como tú la semana pasada.

Di un mordisco grande a mi sándwich para que no se esperase una respuesta por mi parte. Me quedé allí sentada confiando en que nadie atara cabos pero, por las miradas que se cruzaban en la mesa, se lo estaban imaginando bastante bien.

Tracy me salvó.

—A ver, creo que he encontrado un modelito explosivo para el baile de fin de curso —sacó una foto de un vestido largo, púrpura oscuro, con un pronunciado escote en forma de «V» en la espalda.

—Sí —convino Kara—. Pero creo que, si te pones eso, deberíamos tener preparada una ambulancia para cuando te vea Bruce.

—¡Eh! —Tracy lanzó las manos al aire—. El chico ha querido venir con nosotras. Hombre, debería conocer los riesgos de estar al lado de este cuerpo supermegasexy —chasqueó los dedos en plan travieso.

Escuché con paciencia la charla sobre el baile durante el resto del descanso para el almuerzo. No veía el momento de que terminara para poder ir a enterarme de cómo estaba Ryan. En cuanto las chicas empezaron a marcharse, me levanté de un salto para ir a mi taquilla.

Tracy me seguía muy de cerca.

—Bueno, ¿te apetece ir de compras, a buscar tu conjunto, en algún momento de la semana que viene? No estoy del todo convencida del vestido púrpura.

—Claro —convine a toda velocidad; luego, me puse a andar más deprisa.

—¿Y quieres que vaya a tu casa hoy, después de las clases, para informarte sobre el maratón de baile?

—Sería genial.

—¿Y te importaría explicarme por qué Ryan está tan enfermo?

Mantuve el paso rápido, procurando que no se diera cuenta de que me había pillado.

—No lo sé. Debe de haber algo rondando.

—De acuerdo —dijo Tracy—. Pero entonces, ¿puedes explicar qué hacía su coche aparcado a la puerta de tu casa el sábado por la noche?

«Pillada. Del todo».

Tracy dio unos pasos y se plantó delante de mí, de modo que me vi obligada a mirarle a la cara.

—Pen, si volvéis a estar juntos, genial. Pero ¿por qué no nos lo quieres contar? Por lo menos, a mí —se mostraba dolida. No era la primera vez que yo le ocultaba la verdad adrede, aunque realmente deseaba que fuera la última.

—No hemos vuelto a estar juntos... No sé dónde estamos —respondí con sinceridad—. Vino a verme el jueves, y pasaron cosas. Pero este fin de semana ha sido diferente. Estábamos en nuestra pequeña burbuja. Nadie lo sabe, así que no es que le haya vuelto a arruinar su reputación en el instituto. Éramos solo nosotros dos. Yo solo era Penny. No tenía nada que hacer. Tenía tiempo para un novio. Pero ahora estoy de vuelta y están pasando tantas cosas, que ya no lo sé. Antes no funcionó, ¿por qué iba a funcionar ahora? No me puedo arriesgar.

—Eso me suena a excusa.

—No es una excusa, es la verdad.

Tracy guardó silencio unos momentos.

Luego, soltó un sonoro suspiro.

—Sabes que te quiero, Pen; pero a veces eres una idiota de narices.

Se alejó caminando y me dejó allí parada, en el pasillo, pensando en lo que me había dicho. Tracy nunca había hecho un comentario negativo sobre mí, de modo que si de verdad pensaba que me estaba portando como una idiota, quizá tuviera razón.

¿Cómo pides disculpas como es debido por contagiar una enfermedad a alguien porque te haya besado?

Por suerte, no tuve que preocuparme de eso hasta después de las clases, cuando por fin coincidimos en nuestras taquillas a la misma hora.

Ryan soltó una risita mientras me acercaba.

—Bueno, supongo que has aprendido la lección —bromeé. Aunque lo cierto era que me sentía fatal por su estado presente.

—Ha merecido la pena, eso seguro —comentó justo antes de estornudar con escándalo—. Pero creo que lo mejor es que no te acerques a mí. Esto podría convertirse en un círculo muy vicioso.

Aunque Ryan estaba de broma y se refería a que yo debería mantenerme alejada de él *físicamente* hasta que se encontrara mejor, aquella voz que me acosaba regresó. Yo era dolorosamente consciente de lo mucho que debería haberme mantenido alejada de Ryan.

Después de otro estornudo, comentó:

—Me voy a quedar en casa mañana. Puede que algún tiempo más. Así que creo

que mi cortejo se pospondrá una semana hasta que me encuentre mejor al cien por cien.

—¿Seguimos utilizando la palabra «cortejo»? —bromeé.

Me miró expectante con sus ojos llorosos, enrojecidos.

—Así que... ¿crees que puedo invitarte a salir a finales de semana? Ya sabes, un *cortejo* como es debido.

—El maratón de baile es este fin de semana, por eso tenemos bastante jaleo. Pero te prometo guardar un baile para ti. Eso te debería motivar para mejorarte pronto.

—Me motiva —Ryan hizo un gesto de afirmación con la cabeza—. Bueno, está la semana que viene. Y el baile de fin de curso. Y como los dos estamos nominados a rey y reina...

No estaba segura de por qué no me limité a invitarle a que nos acompañara. No habría tenido importancia que Ryan se hubiera unido al grupo. Y también a mí. Todo estaba tan en el aire... ¿De veras lo mejor sería utilizar el baile de fin de curso como nuestra segunda primera cita en plan romántico?

Ryan notó mi vacilación. Alargó el brazo y dio un paso atrás.

—¿Es porque no quieres ponerte enferma otra vez o porque no quieres ir al baile de fin de curso conmigo? —La voz se le notaba tensa por el resfriado pero, probablemente, también por mi actitud.

Ryan estaba hablando con toda franqueza, y mi única reacción era quedarme allí parada y mirarlo fijamente. No sabía qué decir. Si decía que quería ir con él al baile de fin de curso, podía acabar haciéndole daño al ponerlo por detrás del club. Si decía que no quería ir con él, también le haría daño.

Tenía todas las de perder.

Seguí allí parada, sin poder articular palabra.

Hasta el propio Ryan Bauer tenía sus límites.

—¿Otra vez? —Ryan se dio la vuelta y cerró su taquilla—. ¿Sabes, Penny? Estoy agotado. Me encuentro mal y ahora mismo no estoy de humor para juegos. Supongo que más tarde hablaré contigo del tema.

—Espera —le tiré de la manga—. Me siento fatal por lo mal que te encuentras, y ahora mismo las cosas están un poco liadas. Mejórate y ya lo solucionaremos —confié en que posponer lo inevitable me proporcionara tiempo para resolver qué hacer. Ryan me había ayudado muchísimo durante mi enfermedad y quería hacer lo mismo por él—. Por favor, si hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor, dímelo. Me han contado que el Gatorade, el helado y las patatas fritas con queso van muy bien.

Dirigió la vista a la distancia. En realidad, no me podía imaginar qué estaba pensando. Por fin, habló.

—¿Sabes qué me haría sentir mejor?

Negué con la cabeza.

—Solo hay una cosa que siempre he querido tener —por fin, se giró y me miró

directamente a los ojos—. Y eres tú.

Titubeé buscando qué decir. ¿Cómo me habría sido posible reaccionar a una confesión tan maravillosa? Había muchas cosas que podría haber dicho en ese momento. Que yo también lo quería tener. Que encontraría la manera de que las cosas funcionaran. Que no le volvería a hacer daño.

En vez de eso, me quedé parada, con la boca abierta, tratando de comprender.

Ryan no estaba dispuesto a esperar más. Se dio la vuelta y se alejó.

Tracy tenía razón.

«Yo, Penny Lane Bloom, soy una idiota de narices».

Veintinueve

Una cosa era ser una idiota y otra distinta, ser yo. Igual que una cosa era estar ocupado y otra, los días que quedaban para el maratón de baile.

El caos era total. Entre el instituto, los deberes y todo lo que teníamos que hacer para estar preparadas, apenas quedaba tiempo para respirar, y no digamos ya para conseguir que una relación funcionase. Aun así, un día fui a casa de Ryan a llevarle unas patatas fritas con queso después de las clases. Supuestamente, según dijo su madre, estaba durmiendo. No asistió al instituto durante el resto de la semana.

Quizá me estaba dejando el espacio que en un primer momento le había pedido. Quizá estaba cansado de mis inseguridades constantes. O quizá yo tenía que tomar por fin una decisión.

Pero ya había demasiadas decisiones que tomar.

Tracy y yo estábamos terminando la lista de canciones mientras nos dirigíamos a almorzar el viernes anterior al maratón de baile.

—¿Es que alguien de nuestra edad querrá bailar con música de los años cincuenta y sesenta? —preguntó Tracy mientras doblábamos la esquina camino a la cafetería.

—No te preocupes, yo cubriré esa parte para nuestro equipo —me ofrecí, a sabiendas de que Tracy, Diane, Morgan y Kara preferirían con mucho bailar más avanzado el maratón. Solo me preocupaba que el comienzo del baile no fuera el mejor momento para que yo saliera a la pista—. Podrás bailar al ritmo de esa música de locos que los niños escuchan hoy en día.

—Ya lo sabes —respondió Tracy—. Mis pasos de baile son más bien de la era moderna. Algunos de ellos harán que la gente mayor lamente no poder volver atrás en el tiempo.

Cuando llegamos a nuestra mesa, Diane tenía la atención en otra parte.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Señaló el otro lado de la estancia con la cabeza.

—Eso es lo que intento averiguar.

En un lateral, Missy estaba absorta hablando con Todd. El segundo mismo que los vi inclinándose el uno hacia el otro, cerca del lugar donde él la había regañado hacía más de un mes, se me revolvió el estómago. Aquello no podía ser bueno de ninguna manera.

En vez de inquietarme por posibles teorías conspirativas, decidí acercarme a ellos. Quizá Missy necesitaba apoyo. El hecho de preocuparme por Missy y acudir a ella para, en potencia, rescatarla, resultaba demasiado extraño como para comprenderlo.

Todd estaba apoyado en la pared y tenía una mano en el hombro de Missy. Hablaba con suavidad y no se dio cuenta de que yo me aproximaba.

—¿Va todo bien? —le pregunté a Missy.

Ella asintió con lentitud, como si no estuviera segura de que fuera verdad.

—Relájate —dijo Todd e hizo una mueca en señal de enfado—. Estoy hablando

con Missy. No es propiedad tuya.

—Ya lo sé —respondí, un poco demasiado a la defensiva—. Pero la última vez que me fijé, te estabas portando como un capullo Clase A y, por alguna razón, dudo que eso haya cambiado.

—Nena —Todd se puso a frotar el brazo de Missy—. Sabes que te pedí perdón, y soy sincero. Acabemos con estas tonterías y vuelve conmigo. Te echo de menos. Todos te echamos de menos. Tu sitio está con nosotros —entonces, rodeó el diminuto cuerpo de Missy con sus brazos gigantescos.

Yo nunca había presenciado de cerca la «magia» de Todd. Daba por supuesto que poseía ciertas habilidades en el uso del vudú para conseguir tantas novias como había tenido. Decía todas las frases apropiadas. Pero una cosa es hablar y otra, actuar. Estaba firmando cheques que no se podían cobrar.

Missy se mordió el labio. Se estaba dejando engañar por sus palabras, por sus mentiras.

Intenté traerla de vuelta a la realidad.

—Missy —dije—, depende de ti, pero sabes que nos encantaría que te unieras a nosotras.

Ella no dejaba de pasar la vista de una mesa a otra; el desconcierto le cubría el semblante. Por fin, me miró.

—Lo siento mucho —se disculpó en voz baja mientras agarraba la mano de Todd y caminaba junto a él hacia su tierra prometida.

Con cada paso que daba en dirección a nuestra mesa, me iba poniendo más furiosa. Pero lo curioso era que no estaba enfadada con Missy. Estaba indignada con Todd por volver con ella para, al final, dejarla plantada otra vez.

«Un momento. ¿De veras me siento mal por Missy?».

Habíamos planeado darle una sorpresa después del maratón de baile y nombrarla socia de pleno derecho. Su corazón estaba donde era debido y se había matado a trabajar para ayudarnos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tracy cuando Missy fue recibida en la mesa de los populares como la víctima de un secuestro que por fin se hubiera liberado de sus captores.

Me giré hacia Michelle.

—Por favor, dime que puedes ir a por las cestas que encargó para el maratón.

Michelle asintió con seriedad.

—Los llamaré después de las clases. No me puedo creer que Missy...

—Lo sé.

No pude evitar sentirme un tanto traicionada por el hecho de que Missy hubiera vuelto con Todd. Aunque entendía perfectamente lo tentador que podía resultar que te ofrecieran una segunda oportunidad.

Pero el hecho de que te ofrezcan una segunda oportunidad no significa que la aceptes.

Justo a las nueve, el sábado por la mañana, estábamos preparándonos en el instituto. Todo el mundo tenía encomendada una tarea. Los pasillos y el gimnasio eran un hervidero de actividad.

Se estaban instalando puestos, la banda de Tyson efectuaba una prueba de sonido y yo corría de un lado a otro como un pollo sin cabeza. Es decir, todo iba según el plan. Incluso había cola en la puerta principal.

Después de hacer un repaso con todo el mundo, una figura conocida se acercó hacia mí con una enorme cesta en las manos.

—Quedaba una por recoger —me explicó Missy con tono de disculpa.

—Ah, gracias —señalé la mesa, que rebosaba con nuestros objetos para la rifa y la subasta.

Soltó la cesta, abarrotada con productos de balneario.

—Bueno, supongo que debería... —dejó las palabras en el aire, como si yo fuera a insistir para que se quedara.

—Sí —coincidí—. Pero gracias por la cesta.

Missy vaciló antes de darse la vuelta.

—Sé que probablemente te arrepientes de darme una oportunidad, y lo comprendo —la voz le empezó a temblar—. ¿Te has olvidado de lo que es estar en tercero de secundaria? Seguramente ni siquiera te importaba el lugar que ocupabas en la escala de popularidad; era indigno de ti. Bueno, pues a mí sí me importa. Llámame superficial, llámame lo que quieras. Me siento mejor cuando estoy con un chico. Lo necesito. Puede que eso me haga débil. Pero me hace feliz.

No supe qué responder a sus palabras. Pero no tuve que decir nada. Se marchó del gimnasio antes de que yo pudiera hablar.

Diane se acercó.

—¿Qué ha pasado?

—No sería un día normal en mi vida sin alguna que otra catástrofe —bromeé aunque, por mucho que lo temiera, se estaba convirtiendo en una realidad.

—No permitas que te afecte —Diane me frotó la espalda.

La mirada que le lancé dejó claro que nunca iba a permitir que Missy Winston me afectara.

Diane consultó su reloj.

—Supongo que estamos preparadas, ¿no? —Un fugaz destello de duda le asomó al rostro; luego, respiró hondo—. No, no lo supongo: estamos preparadas.

Todo estaba en su sitio. La música empezó con el *Hound Dog* de Elvis Presley a todo volumen. Algunos de los voluntarios ya estaban bailando, incluidos mis padres.

Tracy se situó junto a las puertas de entrada, preparándose para abrirlas. Tenía la cara seria y entonó:

—Declaro oficialmente inaugurado el maratón de baile. Prepárense para doce horas de locura —agarró el picaporte—. Como una vez dijera sir Kevin Bacon en el

clásico de la gran pantalla *Footloose*... ¡TODOS A BAILAR!

Get Back

"Get back to where you once belonged..."

Get Back

Treinta

El gimnasio estaba abarrotado de jóvenes y mayores, mujeres y hombres, residentes en Parkview y gente de ciudades vecinas, de quienes conocían el Club de los Corazones Solitarios y los que ahora se estaban enterando de lo fabuloso que era.

Fuimos bailando por turnos. Después de tres horas, mientras los años sesenta daban paso a la música disco de los setenta, acabó uno de mis turnos y trasladé el baile a Tracy. Bruce la agarró de la mano y empezó a darle vueltas. Tracy se acercó a él, al ritmo de la música, con una sonrisa traviesa en el semblante.

Por mucho que Tracy protestara sobre la constante atención de Bruce, no parecía importarle mientras asaltaban la pista de baile. Y por la expresión emocionada en el rostro de Bruce, él también parecía divertirse. Me pregunté si cuando hizo aquel largo viaje en avión hacia Estados Unidos el pasado enero, con el corazón destrozado, se había imaginado poder ser tan feliz como lo era en ese momento.

Me dejé caer al lado de Kara para echarle una mano en el mostrador de información. Estaba ocupada, calculando unas cifras en su móvil.

—Esto va a ser la bomba. Con las promesas de donación y los tiques para la rifa, nos acercamos a treinta.

—Perdona... ¿quieres decir que nos vamos a acercar a treinta *mil* dólares?

—Sí. Una locura, ¿verdad?

Decir «locura» era quedarse corto.

Y todavía faltaban nueve horas.

Escudriñé la pista de baile en busca de Ryan. Lo había localizado antes, bailando con su hermanastra, y agradecí que se encontrase lo suficientemente bien como para haber acudido al maratón. Había pensado pedirle que bailara conmigo un rato, pero luego tuve que ayudar a resolver un problema con las papeletas de la rifa.

Daba la impresión de que nunca encontrábamos el momento oportuno.

—Voy a por un refresco. ¿Te apetece algo? —le ofrecí a Kara antes de salir hacia los puestos de comida y bebida situados fuera del gimnasio, junto a la puerta.

No había rastro de Ryan o de Katie. Como me esperaba una noche larga, elegí el vaso más grande de Coca-Cola de cereza que encontré. Y una *cookie* doble con virutas de chocolate. Me figuré que, al estar cansada, y ante la duda, lo mejor era decidirse por caféina y azúcar.

Al darme la vuelta para volver al gimnasio, vi que el director Braddock me miraba desde el otro lado del pasillo. Me hizo señas para que me acercara a él y al instante se me revolvió el estómago. Todo había ido muy bien, pero tendría que haber sabido que el director encontraría algo que criticar.

—Hola —le saludé con toda la calidez de la que fui capaz—. Gracias por venir.

Miró alrededor del pasillo, inspeccionando las colas de gente que compraba comida y se apuntaba para la subasta a sobre cerrado.

—Parece que todo va bien.

—Sí —convine yo, y reprimí el deseo de añadir «hasta que usted se presentó».

—Como ya he dicho otras veces, sigo sin estar de acuerdo con este pequeño club suyo. Sigo pensando que, en cierta forma, es demasiado exclusivo para mi gusto.

No me pude contener.

—En ese caso, ¿me puedo apuntar al equipo de fútbol americano el año que viene?

Tuvo la prudencia de pasar por alto mi comentario.

—Sin embargo, no se puede negar lo que ha conseguido hoy. Creo que debería presentar su beca en nuestra noche de entrega de premios.

—¿En serio? —Me quedé allí parada, con la boca abierta. La noche de entrega de premios era la ocasión en la que el instituto presentaba las becas y los galardones académicos. Se trataba de un acto oficial del instituto McKinley. Y Braddock quería que el Club de los Corazones Solitarios formara parte de él—. Sería increíble, gracias.

Me hizo un rápido gesto de afirmación.

—Señorita Bloom, ha conseguido algo digno de admiración.

—Bueno, en realidad ha sido un esfuerzo en equipo. El club no es solo una persona, y nada de esto habría sucedido sin todas y cada una de las socias.

Se rio por lo bajo.

—Sí, ese es el lema, o como se llame, de su club, ¿verdad? Básicamente es lo que me dijo la señorita Monroe cuando retiró su propio nombre de la lista de nominadas para reina del baile.

—¿CÓMO? —le grité prácticamente al oído.

—¿No lo sabía? —Braddock curvó los labios y esbozó una sonrisa burlona—. Vino a mi despacho y me dijo que no le parecía justo ser elegida entre sus compañeras de clase. No será candidata en la votación para reina del baile de fin de curso.

No llegaba a comprenderlo. Pensaba que conocía a Diane y, básicamente, había sido «futura reina del baile» desde primaria. Era la candidata favorita. ¿Por qué se iba a retirar... sin decirnos nada?

Excusé mi presencia ante Braddock y me fui en busca de la desertora de la lista de nominadas. Y, por descontado, como no estaba buscando a Ryan, apareció como por arte de magia.

—¡Hola! —Le di un apretón en el brazo—. ¡Has venido! ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió, un poco falto de aliento por bailar—. ¡Enhorabuena! Todo está saliendo genial.

—¡Gracias! —Seguí mirando alrededor en busca de Diane—. Escucha, quiero ese baile que te prometí, pero antes tengo que encontrar a Diane. ¿La has visto?

Señaló una mesa en un rincón al fondo del gimnasio.

—La última vez que la vi, estaba atendiendo la mesa de peticiones.

Antes de dejar a Ryan, sentí la necesidad de realizar cierto control de daños.

—Estoy deseando bailar contigo... ahora mismo esto es una locura. Pero nos quedan... más de ocho horas.

Si no podía sacar tiempo en ocho horas para bailar una canción con él, Ryan tendría todo el derecho para no querer volver conmigo.

Diane estaba anotando peticiones para que los DJ's (es decir, Tyson y Morgan) adjudicasen canciones a los grupos anunciándolo en alto, por el precio de un dólar. Resultaba increíble cuánta gente quería escuchar su nombre a través de los altavoces, o bien avergonzar a otros en público. De este último caso hubo muchas peticiones.

Diane estaba contando un fajo de billetes de dólar cuando me acerqué.

—¿Te has retirado de la votación para la reina del baile de fin de curso?

No se inmutó y siguió contando el dinero.

—Te lo iba a decir hoy, más tarde.

—Pero ¿por qué?

—Parecía bastante obvio.

—¿Desapuntarte? —pregunté porque, para mí, no tenía nada de obvio.

—No —miró alrededor para asegurarse de que nadie la escuchaba—. Parecía obvio que iba a ganar. Es lo que hace Diane Monroe. Consigue una corona resplandeciente. Sonríe y hace lo que se espera de ella. No me interesa ser la versión de lo que todo el mundo espera que yo sea. Quiero ser yo misma.

—Pero tú eres tú —razoné con ella—. Abandonaste el equipo de animadoras, eres fantástica en baloncesto. No tienes que ser nadie más que tú misma, porque la Diane Monroe verdadera es superespecial.

Se colocó un mechón de su pelo corto detrás de la oreja.

—Me sigo preguntando quién es esa persona. Siempre tuve un plan: ser la novia, ser la animadora, ser la alumna de matrícula; pero luego, cambié completamente. Créeme cuando te digo que estoy encantada de haberlo hecho. Pero no he terminado de progresar. Lo único que pretendo es averiguar lo que quiero hacer. Mientras tanto, ¿sabes lo que me haría muy feliz?

—¿Qué?

—Que *tú* ganes la votación a reina del baile.

Me eché a reír.

—Ah, por favor... eso podría hundir la jerarquía social de este instituto. No va a pasar jamás.

—Nunca se sabe —bromeó Diane—. Imagina lo que me iba a divertir viendo cómo Pam y Audrey se sacan los ojos la una a la otra, ahora que dan por sentado que son las favoritas.

No sabía qué me resultaba más difícil de creer: que alguien que no fuera Diane Monroe se convirtiese en reina del baile o que Diane se divirtiera trastocando el delicado equilibrio entre sus antiguas mejores amigas del equipo de animadoras.

¿Quién iba a pensar que Diane sería semejante agitadora?

Yo no, pero estaba completamente de acuerdo.

La banda de Tyson subió puntualmente al escenario a las ocho de la tarde. Solo quedaban cuatro horas.

Morgan, encantada, salió a la pista de baile para ese turno. El resto de nuestro grupo estaba sentado en las gradas, comiendo pizza. La banda tocaría durante una hora, alternando versiones y temas originales, todos ellos animados para mantener el ritmo.

Mi madre se acercó a nosotras mientras se secaba el sudor de la frente. Había estado bailando prácticamente sin parar.

—Voy a por café. ¿Os traigo algo, chicas?

Por lo general, mi madre chasquearía la lengua en desaprobación al verme tomar café, siempre insistiendo en que iba a impedir mi crecimiento, aunque yo era ya diez centímetros más alta que ella. Pero saltaba a la vista que eran tiempos desesperados.

Y los tiempos desesperados requieren cafeína.

Estaba anotando nuestros pedidos de café con azúcar cuando la banda de Tyson comenzó una versión de *I Saw Her Standing There*.

Morgan se acercó bailando y nos hizo señas para que nos uniéramos a ella. Mi madre la miró con recelo.

Esta mujer jamás se olvida de nada.

Complacimos a Morgan y bailamos al ritmo de la canción. Era agradable contar con aquellos momentos en los que nos podíamos divertir a nuestras anchas sin preocuparnos sobre la hora siguiente o sobre lo que teníamos que hacer.

Al terminar la canción, el público aplaudió con entusiasmo. Morgan estaba radiante mientras lanzaba vítores a Tyson. Él, por su parte, le sopló un beso.

Hacían que pareciera tan fácil. A Morgan le gustaba Tyson. A Tyson le gustaba Morgan. Salían juntos. Reservaban tiempo para el otro.

¿Por qué yo siempre tenía que complicar las cosas?

Morgan me tiró del brazo.

—Me entró pánico al ver a tu madre. Me imaginé que, con mirarme una vez, lo *sabría*.

Empecé a asentir con la cabeza antes de acabar de entender a qué se refería. Se llevó la mano a la boca y empezó a soltar risitas. Risitas en plan superfemenino, lo que a Morgan no le pegaba en absoluto.

—Un momento —miré alrededor e intenté hablar tan bajo como es posible durante un concierto de rock—. ¿Es que ya...?

Morgan hizo un gesto de afirmación.

—Pasó hace un par de semanas. Te lo iba a contar, pero estabas muy enferma y tenías un montón de cosas que atender.

—¡Madre mía! —exclamé sin poder evitarlo—. ¿Qué tal fue? —pregunté sin pararme a pensar. Tenía mucha curiosidad, pero también sabía que era un asunto personal.

Morgan levantó la vista hacia Tyson con una sonrisa enorme.

—Fue agradable. A ver, la primera vez dolió un poco. Pero ahora me siento tranquila y bien.

Yo era totalmente consciente de que estaba allí parada, inmóvil, clavando la mirada en Morgan mientras todo el mundo a nuestro alrededor se concentraba en el concierto y en bailar de un lado a otro. Con delicadeza, coloqué una mano en su brazo.

—¿Seguro que estás bien? —Aunque parecía estar más que bien, deseé haber estado a su lado cuando tomó aquella decisión trascendental.

—Perfectamente —se la veía radiante.

—¿Sin arrepentimiento?

—Penny, deja que te diga una cosa —empezó a bailar a mi alrededor—. La vida es mucho mejor si la vives sin arrepentimiento.

«Sin arrepentimiento».

Una vez más, fui en busca de Ryan y lo encontré comiendo con su madre y su hermanastra.

—Hola, chicos —saludé al acercarme—. ¿Pasándolo bien?

—Sí —la madre de Ryan asintió con un gesto—. Pero no creo que Katie vaya a durar mucho más.

Aunque sacudía la cabeza de arriba abajo en una lucha contra el sueño, Katie protestó ante la idea de que la mandaran a casa con su padre.

—Bueno, confiaba en poder robar a Ryan para un baile —expliqué, incómoda, como si necesitara el permiso de su madre.

Ryan soltó su hamburguesa de queso y me agarró de la mano.

—Creí que nunca me lo ibas a pedir.

Mientras nos dirigíamos hacia la pista de baile, sentí un hormigueo por el cuerpo ante su roce. Aunque me resultaba familiar, había pasado un tiempo desde que nos habíamos demostrado cariño en público.

Confié en que por fin pudiéramos mantener esa conversación que habíamos estado evitando. Bueno, que yo había estado evitando.

—¡Penny! —me gritó Kara antes de que tuviéramos la oportunidad de pisar la pista de baile—. Nos hemos quedado sin folletos. ¿Sabes dónde tenemos más?

Negué con la cabeza.

—Los debe de tener Tracy. ¿La has visto? —Hice un intento inútil de mirar alrededor, a sabiendas de que era casi imposible encontrar a alguien en el abarrotado gimnasio.

—No, por eso he venido a decírtelo.

Miré a Ryan como pidiendo disculpas.

—Deja que me encargue de esto y vuelvo inmediatamente.

Me dedicó una sonrisa en el límite de la comprensión antes de que yo saliera disparada una vez más.

Kara y yo tomamos direcciones diferentes para localizar a Tracy. Le envié un mensaje, esperando que nos ayudara a encontrarla. Recorrí el gimnasio de un extremo a otro, deteniéndome de vez en cuando para recibir cumplidos sobre el maratón.

—¿Has visto a Tracy? —le pregunté a María, que bailaba con su hermano mayor. Por suerte, asintió con la cabeza.

—Sí, la vi irse detrás del escenario hace unos minutos.

Me dirigí al lateral del escenario y me abrí paso entre los estuches de los instrumentos de la banda de Tyson. Casi habían terminado su actuación, lo que significaba que solo quedaban tres horas. En la zona entre bastidores reinaba la oscuridad. Tracy no estaba a la izquierda del escenario, de modo que me dirigí por detrás del telón hacia el otro extremo.

Se produjo un movimiento en la esquina, detrás del telón, donde habíamos almacenado algunas de nuestras bolsas y cajas. Automáticamente di por sentado que era Tracy, o tal vez Kara, buscando más folletos.

—¿Tracy? —dije elevando la voz, pero el sonido quedó ahogado por la banda, que interpretaba *Shout*.

Tiré del telón para abrirlo y me quedé helada al ver a Tracy enrollándose con Bruce a base de bien.

«Ay, sir Paul... mío».

A toda prisa, Tracy se apartó del apasionado abrazo de Bruce y se alisó el pelo y la ropa.

—Hola, Pen, ¿qué tal?

Bruce estaba sin aliento, y una sonrisa de satisfacción le cruzaba el semblante.

—Eh... quizá debería volver a... —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja mientras se giraba hacia Tracy—. ¿Nos encontramos luego?

—Ya veremos —respondió Tracy con una sonrisa coqueta.

No pude evitar quedarme boquiabierto. Esperé a conseguir una confidencia o una explicación de lo que estaba pasando.

Bruce se inclinó hacia delante e hizo todo lo posible para susurrarme al oído:

—He recobrado la fe en el sexo femenino.

Me quedé parada y seguí clavando la vista en Tracy durante lo que me parecieron meses.

Cuando por fin habló, fue para decir:

—No se lo puedes contar a nadie.

—Contar a nadie ¿qué? —Estaba convencida de que los ojos se me salían de las órbitas—. Intento averiguar qué he visto yo, porque daba la impresión de que te estabas dando el lote del siglo con Bruce.

—Bueno, es verdad... —Tracy se echó a reír—. A ver, sí, está buenísimo. Y es un tío legal, así que me apeteció, en plan, besarle. Más me vale empezar a practicar.

—¡Tracy! —exclamé emocionada—. ¡Te han besado por primera vez! Y ha sido supersecreto.

—Y bastante apasionado —añadió Tracy—. Pero Pen, en serio, no se lo puedes contar a nadie.

—¿Por qué no? —No entendía por qué Tracy lo quería ocultar. No es que yo esperase que lo anunciara por el sistema de megafonía, pero aun así.

—No quiero arruinar mi reputación —declaró con tono serio.

—Tracy, enrollarse con un tío no te convierte en una zorra —respondí sin dar crédito.

—No me refiero a eso —miró a su alrededor con cautela—. Me gusta ser la chica que no está desesperada por conseguir novio. Me gusta no estar ya obsesionada con los tíos. Bruce es un encanto, pero eso no cambia el hecho de que se vuelve a casa dentro de un mes. Sencillamente, decidí que no debería esperar hasta cumplir los veinte para por fin besar a un tío. Me parece que es un rollo inocente que no le hace daño a nadie. Sí, sé que Bruce está por mí; a ver, el chico tiene un gusto excepcional, *obviamente*. Pero los dos sabemos lo que ha sido. No creo que tenga de qué quejarse. Sabe que no puede decir nada.

Procesé lo que Tracy me explicaba.

—Tracy, ¿me estás diciendo que te has enrollado con Bruce exclusivamente para practicar?

—A ver, ha sido agradable, no me malinterpretes —Tracy empezó a jugar con su pulsera—. Pero sí, es verdad. Me imagino que los tíos lo hacen todo el rato —fue como si Tracy notara mi preocupación por Bruce—. Y te diré que Bruce me contó todo lo de la chica de Australia. Él sabe que solo nos estamos divirtiendo. No hace falta que pongas esa cara de preocupación.

—Vale, tu increíble secreto erótico está a salvo conmigo —casi se me había olvidado por qué la estaba buscando en primer lugar—. ¿Tienes más folletos?

—Sí, estoy en ello —se agachó bajo la otra parte del telón para recoger más folletos; luego, tomó la dirección contraria a la que había tomado Bruce.

Me quedé allí unos segundos para reponerme.

¿Es que *todo el mundo* me ocultaba secretos?

—¿Penny? —La voz de Ryan me devolvió al presente. Me di la vuelta y lo encontré con aspecto furioso y los puños apretados.

—¿Qué pasa? —pregunté sin pensarlo.

Parecía furioso.

—¿Qué pasa? ¿Estás *de broma*? Como si no lo supieras.

El estómago me dio un vuelco. No tenía ni idea de qué me estaba hablando.

—¿Cómo? Yo no... ¿A qué te...?

—No me lo puedo creer —parecía muy dolido. Di un paso al frente para intentar consolarle, para intentar averiguar qué le pasaba. Pero él dio un paso atrás, con un gesto de repugnancia en la cara. Soltó una risa amarga—. Te estaba buscando, y

Brian me dijo que vio a Bruce enrollándose aquí arriba con una chica. Entonces, Bruce sale todo nervioso, pero no me quiere decir nada. Y luego vengo aquí y me encuentro contigo.

—¿Qué? —Intenté comprender de qué me estaba acusando—. ¿Crees que estaba besando a Bruce? Eso no es lo que ha pasado.

—Ah, entonces, ¿a quién besaba Bruce, si no era a ti? Eres la única persona que hay aquí —miró alrededor con gesto teatral.

—Estaba con... —Me detuve al recordar la promesa que le había hecho a Tracy—. No lo puedo decir, pero tienes que creerme. Sabes que nunca haría eso.

—Ya no lo soporto más, Penny —su voz estaba teñida de tristeza—. No he dejado de pensar que podíamos solucionarlo, pero es demasiado. Nunca sé a qué atenerme contigo. Parece que quieres que volvamos a estar juntos y al minuto siguiente me das la espalda. No puedo seguir estando ahí para ti si lo único que consigo es que me apartes a un lado. Nada va a cambiar, ¿verdad?

Alargué la mano y le acaricié el brazo.

—Ryan, por favor, escúchame —supliqué con la voz quebrada.

Dio un rápido paso atrás para apartarse de mí, como si fuera venenosa.

—No puedo.

Deseaba hasta tal punto que escuchara lo que tenía que decirle que me costaba respirar.

Siguió alejándose de mí.

—Se ha terminado —luego, hizo una pausa durante un segundo, con la mandíbula contraída—. Para siempre.

Se dirigió a toda velocidad a las escaleras y lo llamé, pero era demasiado tarde.

Empecé a teclear en el móvil con furia.

Te necesito. Detrás del escenario. Ya.

Entonces, me senté en el suelo, sacudiendo los hombros por el llanto. Aunque no hubiera besado a Bruce, sentía que Ryan tenía razón. Había aguantado mucho y yo no había hecho más que apartarlo a un lado. Era yo quien le había tratado mal.

Yo era su Nate.

—¿Pen? —Tracy subió corriendo las escaleras y Diane la seguía de cerca. Se arrodilló a mi lado y me rodeó con sus brazos—. ¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado?

—Lo he echado todo a perder —confesé—. Ryan está harto. Me ha dejado. Piensa que yo estaba aquí besando a Bruce... Tan bajo me considera. Aunque quizá es lo que me merezco.

Diane se arrodilló a mi otro lado y me frotó la espalda.

—Pensé que Ryan y tú habíais... —Afortunadamente no dijo «roto», «cortado», «terminado».

—Sí, habíamos... bueno, ahora hemos... —Agarré el pañuelo de papel que Diane me tendió—. Pero...

Entonces, les conté todo. Los encuentros en secreto. Cuánto quería yo que funcionara. Cuánto daño le había hecho.

Cuando terminé, ambas guardaron silencio. Tracy tenía un gesto de determinación en la cara.

—Le contaré la verdad sobre Bruce.

Diane parecía desconcertada, pero siguió sin abrir la boca. Se lo imaginaría ella sola. No me podía creer que Ryan no hubiera hecho lo mismo.

—Gracias, pero no creo que vaya a importar mucho —era una causa completamente perdida.

—¿Por qué seguías fingiendo que no te importaba la ruptura? —preguntó Diane.

—¡Porque me equivoqué! —admití por fin. Tan pronto como la confesión salió de mis labios, supe el desastre total en el que yo había convertido mi relación con Ryan—. No soy perfecta. De hecho, me he estado portando como una idiota integral. Pero no sé cómo arreglarlo. Todo es un horror.

—Pen —Tracy me clavó la mirada—. ¿Qué es lo que quieres?

Mi mente regresó a cuando estaba en el coche con Ryan, después de que rompiéramos. Me había hecho la misma pregunta. Entonces, le había mentado a él. Pero ya no iba a ocultar más la verdad. La respuesta era sencilla.

—Quiero estar con Ryan —declaré con seguridad—. Pero luego pienso en lo que dijiste, Tracy.

Tracy se quedó perpleja.

—¿Lo que dije yo?

—«¿Qué sentido tiene?».

Tracy me observó durante unos segundos y luego se echó a reír.

—Ay. Dios-mí-o. ¿En serio, Pen? ¿Vas a aceptar *mis* consejos sobre las relaciones? ¿En qué narices estás pensando? Nunca he salido con nadie. No tengo *ni idea* de lo que estoy hablando.

—Pero...

Tracy agitó la mano para silenciarme.

—Pen, nada de *peros*. Utilizaste los problemas que tenía Ryan para romper con él. Utilizas el club como pretexto de que no puedes estar con él. *Basta ya*. El Club de los Corazones Solitarios es ahora una especie de organismo independiente. No tienes que sentir la presión de hacerlo todo o estar en todas partes para todo el mundo. Creo que cuando llega el momento, siempre pones excusas porque tienes miedo de que te vuelvan a hacer daño.

—Como si a ti no te diera miedo que te hagan daño —contraataqué.

—¿De qué hablas?

—Para empezar, no quieres estar con Bruce porque has visto que todas mis relaciones fallidas me condujeron a fundar el Club de los Corazones Solitarios, ¿verdad?

—¿QUÉ? —Tracy negó con la cabeza—. No me puedo creer que hayas pensado

eso. No, la razón por la que no quiero estar con Bruce es que no quiero estar con nadie. Me apetece enrollarme con él porque es un pibón, por pasarlo bien. Una cosa de la que me he dado cuenta acerca de mí durante este último año es que, en realidad, soy bastante práctica. Perdona que te diga, pero la romántica eres tú.

—Sí —coincidió Diane—. Parece lógico, Penny. Siempre has tenido la cabeza en su sitio con los chicos pero, cuando uno te gusta de veras, como te pasa con Ryan, vas a por todas. Y es lo que deberías hacer. Deberías estar con Ryan. Sin excusas.

—¿Qué sentido tiene? —pregunté.

—¡Deja de decir eso! —me regañó Tracy.

—Me refiero a que nada importa ya. Podemos decir lo que queramos, pero eso no cambia el hecho de que Ryan piensa que soy una zorra embustera y tramposa. Le he vuelto a hacer daño *otra vez*. Ya no se lo puedo hacer más. Así que no importa lo que yo quiera, ¿a que no?

—Pero... —Diane intentó razonar conmigo y levanté la mano para silenciarla.

—No quiero seguir hablando del tema. No tiene *ningún* sentido. El daño está hecho, y de sobra —me sequé una lágrima con gesto enérgico—. ¿Podemos salir ahí fuera y fingir que nada de esto ha pasado?

Decidí que la única manera en la que yo iba a sobrevivir el tiempo que me quedaba de instituto era fingir que lo mío con Ryan nunca había pasado.

—Si eso es lo que quieres... —Diane se ablandó.

—Lo es —aunque en realidad ya no importaba lo que yo quisiera. Tal vez no me merecía tener lo que deseaba.

—¿En serio te parece bien volver a salir ahí fuera?

Hice un débil gesto de afirmación.

Porque aún nos quedaban dos horas más de baile.

Después de que Diane me ayudase a limpiarme la cara, manchada de lágrimas, las tres nos enganchamos del brazo y regresamos al gimnasio, donde la fiesta seguía en pleno apogeo. No me hizo falta mirar a mi alrededor. Sabía que no iba a encontrar a Ryan.

—Venga, ¡allá vamos! —exclamó Tracy mientras me agarraba de la mano. Entonces, se puso a bailar en plan de broma con movimientos estrafalarios—. Por eso tengo que seguir soltera: nadie puede con tantas movidas. Demasiado misterio, demasiada emoción, demasiado de todo.

Forcé una sonrisa.

—¿Demasiadas bravatas?

—Tú lo has dicho —me hizo girar—. Mira, no te preocupes por Ryan. Se acabará calmando. Bruce y yo le confesaremos lo nuestro. Yo tengo la culpa de que piense que le has engañado. Aunque, en teoría, no le habrías estado engañando, ya que oficialmente no estabais juntos; pero ya sabes como son los tíos a veces —sacudió la cabeza de un lado a otro fingiendo exasperación.

Amy llegó corriendo hacia nosotras.

—Ha venido un equipo de cámara de las noticias del Canal Cinco.

Diane dio un respingo y dirigió la vista al rincón, donde una mujer con un elegante traje de chaqueta azul estaba situada frente a las luces.

—¿En serio? Es increíble. Va a ser impresionante para el club.

—Quieren hacerle una entrevista a Penny sobre el club y el maratón de baile — Amy, preocupada, me escudriñó la cara. Al parecer, iba a necesitar más que unos cuantos pañuelos de papel y crema hidratante con color para ocultar mi tristeza.

Me giré hacia Diane.

—¿Puedes hacerla tú, por favor? Yo soy incapaz —hasta para pronunciar esas palabras utilicé más energía de la que me quedaba.

—Claro —respondió—. Me aseguraré de que consigan todo lo que necesitan. No te preocupes por eso, *para nada* —sacó un tubo de brillo del bolsillo de sus vaqueros y se lo aplicó en los labios.

—Gracias. Te lo debo.

Diane dejó de acicalarse y me clavó las pupilas.

—Penny, no me debes nada.

La mirada que le lancé dejaba claro que sí estaba en deuda con ella. Por muchas cosas.

Me dio un beso en la mejilla y susurró:

—Ay, Penny, creo que no hay nadie que se haya beneficiado más que yo por tenerte en mi vida. Acepta la ayuda. Necesitas equilibrio, tienes que delegar, ¿te acuerdas?

Tenía razón. Diane siempre tenía razón.

—Sí.

—Todo va a salir bien —afirmó, con tanta seguridad que quise creerla desesperadamente—. ¿Entendido? —insistió.

Cerré los ojos y, con tanta certeza como pude reunir, respondí:

—Todo va a salir bien.

Treinta y uno

La semana después del maratón de baile debería haber estado saltando de alegría por el pasillo. Habíamos superado nuestras expectativas al conseguir cerca de treinta y dos mil dólares para dividir entre el centro de recreo y la destinataria de nuestra beca.

Además, el club fue un bombazo en Internet, después de que Diane clavara su entrevista, que se había propagado de forma viral. Ya teníamos treinta y cinco clubs con ciento cuarenta y cuatro socias en cuatro países.

Debería haberme encontrado en la cumbre de la felicidad pero, en vez de eso, la semana que quedaba para el baile de fin de curso se volvió extrañamente familiar. Me asaltaban las habituales sospechas de que la gente se burlaba de mí abiertamente, en esta ocasión porque estaba entre las candidatas a reina del baile.

Por otra parte, estaba la frialdad de Ryan.

Yo también me comportaba de forma distante con mis amigas. Cada vez que hablaban de Ryan, cambiaba de tema. Tracy le había confesado lo que había pasado con Bruce. Me contó que Ryan apenas había reaccionado. Y él seguía yendo con Bruce, así que debía de saber la verdad. Hasta la propia Diane intentó interceder por mí.

Pero fue demasiado poco, y demasiado tarde.

Cuando Tracy y Diane dejaron de mencionar a Ryan en mi presencia, o de intentar hacerme hablar, supe que había llegado la hora de seguir adelante. Aunque yo deseaba desesperadamente mirar con anhelo al espejo retrovisor, donde la tristeza me afectaba mucho más de lo que parecía.

Hice un esfuerzo para animarme de cara al baile de fin de curso. Me compré el vestido, me hice la manicura, la pedicura y el peinado correspondientes. Estaba interpretando el papel, procurando mantener las apariencias.

Me había unido a Diane, Tracy, Morgan y Kara en casa de Tracy para dar los últimos toques a nuestros respectivos conjuntos antes de que el desfile de coches partiera hacia nuestra cena previa al baile. Mientras Diane, Morgan y Kara bajaban las escaleras, miré en el espejo mi vestido largo de gasa blanca, con escote de corazón y mangas japonesas adornadas con cuentas. Observé cómo mi pelo caía en ondas sueltas, enmarcando mi rostro bronceado y con un toque de colorete. Cualquiera que mirase a aquella persona pensaría que se estaba preparando para la noche de su vida.

Pero, por dentro, tenía el ánimo por los suelos.

—¿Estás lista? —me preguntó Tracy, que se ajustó el segundo pendiente y dio una amplia vuelta con su falda negra de vuelo, que había conjuntado con un centelleante top plateado de tirantes estrechos. Abajo, en el cuarto de estar de Tracy, nuestros padres esperaban cámara en mano. Habría mucha documentación sobre mi sufrimiento.

—Sí —intenté parecer emocionada. Sabía que lo pasaríamos bien, bailaríamos, nos reiríamos... pero faltaba algo. Faltaba *alguien*.

—Bueno, supongo que deberíamos bajar —comentó Tracy antes de entornar la puerta de su habitación—. Pero creo que antes debemos tener una charla.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Penny Lane Bloom, esto es una injerencia.

—¿Una *qué*?

Tracy me agarró las manos.

—Estoy preocupada por ti. No puedes seguir escondiendo tus sentimientos. Estás en pleno proceso de negación. Tenemos que hablar de esto.

—¿Te importa que no sea ahora mismo, por favor? —suplicué. Mi maquillaje no sobreviviría—. Además, no hay ninguna razón. Ryan me odia. La he fastidiado en muchos sentidos. No puedo hacer nada al respecto.

—Pen, eres mi mejor amiga. Necesito comprender qué está pasando. Empecemos por la ruptura.

—¿Por qué? —Se me quebró la voz.

—Creo que te sentirías mejor si lo hablaras sin tapujos.

—¡Perfecto! —Estaba furiosa con Tracy por hacerme esto—. Le he arruinado la vida a un tío. Sus amigos lo han abandonado por mi culpa, lo he puesto detrás de todo lo demás en mi vida, le he causado mucho sufrimiento. Y, sí, también me aterra que me vuelvan a hacer daño.

La verdad es que me sentí bien al quitarme aquel peso de encima. Mi tono de voz empezó a elevarse.

—Ya viste lo que me pasó después de Nate, y lo que me costó volver a la normalidad. Ryan me gusta mucho más de lo que jamás me gustó Nate. Ryan me gusta más de lo que creía posible que una persona me pudiera gustar. Estaba tan destrozada después de San Valentín solo de pensar que íbamos a romper que a lo mejor rompí con él para protegerme —me dejé caer, derrotada—. Créeme cuando te digo que he estado dándole vueltas y vueltas a todas las idioteces que he hecho, intentando encontrarles sentido. Pero no se lo encuentro. Porque nada tiene sentido. Porque quiero estar con Ryan. Estoy preparada. No más excusas. Pero no puedo porque *él* ya no quiere estar *conmigo*. ¡Y no le culpo!

Mi barbilla empezó a temblar y supe que si continuaba, ni uno solo de los maquilladores del país podría volver a dejar presentable a Penny Lane Bloom.

—Por favor, ¿podemos irnos para acabar con esta noche de una vez por todas?

Como un huracán, dejé a Tracy a un lado, abrí la puerta de un tirón y me tropecé con alguien que estaba justo al otro lado. Al verlo, ahogué un grito.

Ryan Bauer, vestido de esmoquin.

Con Diane a su lado.

Naturalmente, se trataba de que Ryan y Diane acudirían juntos al baile de fin de curso. Había sido su destino prácticamente desde que nacieron.

Ryan tenía los ojos abiertos de par en par.

—Todo eso que has dicho, ¿iba en serio? —preguntó.

Lo había oído todo. TODO.

Tracy pasó por mi lado y me apretó el brazo con suavidad; luego, Diane y ella bajaron las escaleras.

Ryan y yo nos miramos. Lo único que yo había deseado durante la última semana era sincerarme con él. Pensaba que no quería saber nada de mí. Pensaba que ni siquiera quería estar en el mismo hemisferio que yo, y mucho menos en la misma habitación.

Sin embargo, ahí estaba.

Quizá no todo estuviera perdido.

Era cuestión de ahora o nunca.

—Sí —respondí—. Hasta la última palabra. Te debería haber dicho todo eso antes. Debería haber hecho un montón de cosas, Ryan.

—Mira —dijo él mientras secaba una lágrima suelta que me caía de la barbilla—. Necesito que entiendas que todo lo que pasó con Todd y con mi padre no tuvo nada que ver contigo, y menos en el caso de Todd. Es verdad, no me hacía gracia sentirme en segundo lugar; pero también sé lo mucho que el club significa para ti. Sé que lo intentaste. Admito que me puse testarudo, pero también estaba muy dolido.

—Lo siento mucho.

—Basta —con suavidad, me puso un dedo en los labios—. No tienes que disculparte más. Lo he oído todo. Debe de haber sido muy difícil para ti. Pero me alegro de comprender por fin por lo que estabas pasando.

—Vale, dejaré de disculparme.

Dio un paso al frente.

—¿Y de verdad te gusto más de lo que creías posible que una persona te pudiera gustar? —empezó a curvar el labio y a formar esa sonrisa sesgada que había puesto cuando supo que me tenía.

Empecé a tartamudear.

—Porque —intentaba no echarse a reír—, podría interpretar eso como que soy el tío más genial que has conocido jamás.

Ay, cuánto estaba disfrutando.

—Bueno, supongo que no estás mal y todo ese rollo —respondí mientras le agarraba de la mano.

—Ajá —colocó la otra mano alrededor de mi cintura—. ¿Y estás preparada para hacer que lo nuestro funcione? ¿No más excusas?

—Sí —porque, en realidad, era así de simple—. ¿Estás dispuesto a darme una segunda oportunidad? ¿O es la tercera? —Llegado aquel punto, costaba averiguarlo. Solo sabía que, si aceptaba que volviera, nunca más iba a sabotear lo nuestro.

Había aprendido la lección. Una lección muy dolorosa.

No respondió. En vez de eso, se inclinó hacia mí y me besó.

Era la única respuesta que yo necesitaba.

Cuando nos apartamos el uno del otro, le dije lo que le debía haber dicho mucho

tiempo atrás.

—Gracias. Por todo. Por tu comprensión. Por ser tú. Por estar aquí ahora mismo. Por estar impresionante hasta un punto increíble con tu esmoquin.

Se ajustó la pajarita mientras elevaba una ceja.

—Así que, ¿te gusto con esmoquin más de lo que creías posible que una persona con esmoquin te pudiera gustar?

—Madre mía —aparté el brazo de un tirón—. Nunca te vas a olvidar de eso, ¿verdad?

—¿Me tomas el pelo? —Se echó a reír—. De ninguna manera voy a permitir que se te olvide. Me gusta más de lo que creo posible que algo me pueda gustar.

Solté un gruñido. Pero, por otra parte, tampoco pude reprimir la sonrisa que se me empezaba a extender por la cara. Se merecía escuchar la verdad. Sí, en efecto, me gustaba más de lo que creía posible. Además, yo también me merecía todo lo que Ryan me pudiera hacer sufrir por lo que le había hecho pasar.

—Yo también tengo que hacer una confesión —se inclinó hacia abajo y nos quedamos a pocos centímetros de distancia—. Me gustas más de lo que creía posible que una persona me pudiera gustar —me ofreció su brazo—. Señorita Penny Lane Bloom, ¿me haría el honor de ser mi acompañante al baile de fin de curso?

Enganché mi brazo al suyo y nos dirigimos a la escalera. Esperaba encontrarme con una multitud de amigos y padres haciendo fotos, pero la única persona que había en el piso de abajo era Tracy, que se mostraba de lo más satisfecha consigo misma.

Le dije a Ryan con un susurro:

—Sé que no lo debería preguntar, porque ya no importa, pero ¿cómo consiguió Diane que vinieras esta noche?

—A ver —Ryan negó con la cabeza—. Ese club tuyo puede llegar a ser muy persistente.

—¿QUÉ?

—Bueno —dijo Tracy con una sonrisa díscola mientras Ryan y yo bajábamos las escaleras—, tengo que confesar algo. Supongo que, en realidad, sí soy una romántica. ¿Quién se lo iba a imaginar?

—Quieres decir... —La mente me empezó a dar vueltas—. ¿Sabías esto? — señalé a Ryan—. ¿Sabías que estaba al otro lado de la puerta, y por eso quisiste que me desahogara contigo?

—Ah, vamos —dijo Tracy con un suspiro—. Estabais siendo unos cabezotas. Tenías que decirle a Ryan la verdad, y él tenía que escucharte. Así que se nos ocurrió el plan. Personalmente, había pensado secuestraros a los dos y enterraros en una tumba poco profunda, pero votaron en contra de mi propuesta. Sabes que me encantan las chicas del club, pero son un puñado de cobardicas.

—Perdona Tracy, pero no puedo estar de acuerdo con lo de cobardicas —Ryan fingió que un escalofrío le recorría la espalda—. No paraban de acosarme antes del instituto, después del instituto, durante las clases, en el centro de recreo, en mi casa.

Dondequiera que me diese la vuelta, me encontraba con una socia del Club de los Corazones Solitarios diciéndome que tenía que escuchar a Penny. Era un poco angustioso. Luego, Diane me hizo jurar que vendría aquí esta noche o si no me dejaría a solas con Tracy en un cuarto insonorizado.

—Bauer, estaba totalmente dispuesta a acorralarte —Tracy le lanzó una mirada asesina y luego, en plan travieso, le golpeó en un hombro—. Es broma —acto seguido, Tracy me miró y, moviendo los labios sin hablar, me dijo: «No es broma».

—Ay, Dios —debería haberme horrorizado, pero me conmovió enormemente que mis compañeras del club se hubieran esforzado tanto para... *acosar* a Ryan hasta que accedió a acudir allí.

Tracy puso los brazos en jarras.

—Probablemente debería haberte contado nuestro plan, pero tenías por delante una semana muy complicada. Y ahora, con un poco de suerte, igual no la vuelves a fastidiar. No creo que nadie sea capaz de aguantar más melodrama entre vosotros.

—Y menos yo —respondí.

Ryan tiró de mí y me acercó aún más a él.

—Y yo.

Tracy cruzó los brazos.

—Pen, te lo advierto: vuélvete loca otra vez y las del club te encerramos en el manicomio y nos quitamos de problemas —se giró hacia la puerta del sótano—. ¡Podéis salir sin peligro!

Me coloqué frente a Ryan mientras todos —las socias del club, sus acompañantes y los padres— empezaron a emerger del sótano.

—Ryan, creo que no puedo decirte otra vez cuánto...

—No, por favor —me interrumpió—. Empecemos desde el principio. Un nuevo comienzo. Podemos conseguirlo. Borrón y cuenta nueva. Aprenderemos a ceder —ladeó la barbilla en mi dirección—. Y haremos muchas manifestaciones públicas de cariño.

—Creo que se puede solucionar —lo besé otra vez hasta que oí una voz que carraspeaba ruidosamente a mi lado.

Ryan notó mi tensión y se apartó de mí.

—¿Va todo...?

—Hola Ryan —le interrumpió mi madre. Cruzaba los brazos con fuerza—. Me alegro de verte.

—Sí, hola —alargó el brazo para estrechar la mano a mis padres—. Me alegro de verlos.

Lo arrastré hasta donde estaban haciendo fotos a todo el mundo con la esperanza de salvarlo de la Inquisición de los Bloom.

—Venga —Tracy enroscó una pierna alrededor de Bruce en plan travieso—. Vamos a hacernos algunas fotos y así, cuando vuelvas a casa, les enseñas a tus amigos la chica americana supersexy que llevaste al baile de fin de curso. Puede que

el Club de los Corazones Solitarios no sea lo único que se haga famoso en todo el mundo. Pero ¿de veras pensamos que el mundo está preparado para Tracy Larson?

Los demás guardamos silencio, pues sabíamos de sobra que no debíamos dar una respuesta sincera.

La sesión de fotos pareció durar una eternidad. Teníamos que hacernos fotos con las compañeras del club; luego, con las parejas; luego, con cualquier otra mezcla que se nos pudiera ocurrir, incluyendo una fotografía en la que todas las chicas rodeábamos a Bruce.

—Tienes que llevarte recuerdos —bromeó Tracy.

Estábamos recogiendo nuestros chales y bolsos para marcharnos cuando mi madre me comentó que quería hablar conmigo.

—Estás preciosa, Penny Lane —dijo, y me apartó un mechón de la cara—. Recuerda que tienes que volver a casa antes de medianoche. Y que tienes que llamarnos cuando llegues a la fiesta de después que organiza Diane. Avísanos si alguien necesita que lo llevemos a casa. Y, por favor, recuérdale a Ryan que sé dónde vive.

Sí, como si me fuera a arriesgar.

La idea del baile de fin de curso siempre me había emocionado.

Había pasado tiempo en las habitaciones de Lucy y de Rita mientras se preparaban para sus bailes de fin de curso y de graduación. Había compartido su entusiasmo cuando sonaba el timbre y sus respectivos acompañantes llegaban a buscarlas. Había admirado sus ramilletes y me había despertado temprano por la mañana para enterarme de todos los detalles.

Pero según se acercaba mi época de instituto, y la realidad de ser una alumna de instituto, empecé a tener prejuicios sobre el baile de fin de curso. ¿Y si nadie me pedía ser mi pareja? ¿Y si asistía con la persona equivocada? ¿Y si la noche era un desastre total?

Una vez que el Club de los Corazones Solitarios se puso en marcha, supe que no tendría que preocuparme por conseguir una pareja. Habíamos acordado que acudiríamos juntas en un grupo numeroso.

Pero cuando llegué a nuestro baile de fin de curso con las compañeras del club, agarrada del brazo de Ryan, me di cuenta de que aquel baile iba a ser mejor de lo que nunca me había imaginado.

Le apreté el brazo a Ryan mientras esperábamos en fila a que nos hicieran las fotos oficiales. No dejaba de acariciarlo, o de mirarlo, sin acabar de creerme que estuviera allí conmigo. Mi único propósito era vivir el presente, sin pensar más allá de aquella noche o de mi vida en el instituto.

Nadie podía predecir el futuro, de ninguna manera. En vez de dar por sentado siempre que iba a terminar con el corazón destrozado, tenía que creer en mi buena

suerte.

El auditorio estaba decorado con luces parpadeantes y estrellas plateadas que colgaban del techo. Después de localizar nuestra mesa, agarré a Ryan y bailé con él.

—Soy consciente de que llevo una semana de retraso con mi promesa —comenté mientras nos balanceábamos al ritmo de la música.

—Más vale tarde que nunca —me susurró él al oído.

Lo sujeté con fuerza, aunque la música había cambiado y ahora sonaba una canción más alegre. No quería soltarlo.

—¡Venga! —Tracy me dio un codazo—. Sé que podéis mover el esqueleto mucho mejor.

Ryan y yo detuvimos nuestros movimientos lentos y empezamos a bailar con el grupo. Todos estábamos muy animados, bailando y pasándolo bien.

Nada de melodrama. Nada de señales cruzadas. Nada de ocultar mis sentimientos. Simplemente, la pura alegría de estar con la gente que me importaba.

El ambiente se mantuvo hasta que un estallido de información llegó a través del micrófono.

—Atención, por favor —la voz del director Braddock resonó por el gimnasio—. Los candidatos a reyes del baile deben dirigirse al escenario para la coronación.

Un par de chicas me miraron levantando los pulgares mientras yo aproveché ese instante para mirar a Diane. Ryan tuvo que llevarme prácticamente a rastras hasta el escenario.

De mala gana, me coloqué en la fila junto a Pam y Audrey. Me ignoraron y siguieron acicalándose la una a la otra. Al otro lado del escenario, Ryan, Todd, Brian y Don estaban de pie, formando un grupo, y charlaban entre sí.

El foco me cegaba, por lo que afortunadamente no tenía que mirar a mis compañeros de clase, que seguramente me tomaban por una hipócrita total.

Pam y Audrey, emocionadas, se agarraban de la mano mientras Braddock seguía hablando monótonamente sobre el tema del baile de este año que era (¡oh, qué ingenioso!) *Noche bajo las estrellas*. Se trataba más bien de *Noche bajo un presupuesto ajustado*.

—Y ahora, el momento que todos estamos esperando —anunció con gran fanfarria aunque, en mi opinión, las dos únicas personas que de verdad lo habían estado esperando toda la noche eran Pam y Audrey.

—El rey del baile de fin de curso del McKinley es... Brian Reed.

Pam estuvo a punto de desmayarse porque sabía lo que significaba que eligieran a su novio. Rey del baile: deportista cachas. Reina del baile: animadora y novia del mencionado cachas.

Dirigí la vista a Ryan, que le dio a Brian una palmada en el hombro. Sinceramente, había pensado que Ryan iba a ser el elegido.

Brian agitó el puño en el aire mientras le colocaban la corona. Pam temblaba a mi lado.

—No me lo puedo creer —musitó por lo bajo.

Braddock regresó al micrófono.

—Y la reina del baile de fin de curso es... —Abrió el sobre mientras Pam daba un paso adelante— Penny Lane Bloom.

«*Tiene que ser una broma*».

Miré con gesto de disculpa a Pam que, indignada, me lanzó una mirada asesina. Para que luego hablen de la actitud elegante de las finalistas. Intenté parecer relajada mientras me colocaban la corona en la cabeza y me hacían daño al clavarme horquillas para asegurarse de que se sujetaba. Hice todo lo posible para no poner los ojos en blanco al mirar a Ryan, que parecía disfrutar más que nadie de la situación.

Brian me ofreció su brazo para que nos hicieran la foto oficial. Los dos sonreímos ante las cámaras, pero se notaba de lo más falso. Y desconcertante.

Brian y yo bajamos a la pista de baile mientras una banda prefabricada de chicos adolescentes cantaba una cursi balada en plan «te amo, nena». Una típica canción cliché para una pareja que era justo lo contrario a un cliché. Brian, incómodo, colocó las manos alrededor de mis caderas y yo puse las mías en sus hombros.

—Bueno... —dijo, y caí en la cuenta de que, con tacones, era más alta que él. Una gota de sudor le bajaba por la mejilla.

—Bueno, es un poco... —Busqué la palabra adecuada.

—Violento —concluyó él.

Sin poderlo evitar, me eché a reír.

—Sí. Siento que no hayan elegido a Pam.

Volvió la vista hacia el rincón y se estremeció.

—Créeme, yo también lo voy a sentir, y de qué manera —soltó aire con fuerza—. De hecho, ¿te importaría hablar con ella en algún momento?

Me olvidé de que había cientos de ojos, por no hablar de las cámaras, mirándonos. Me detuve en seco, tratando de comprender lo que Brian me estaba pidiendo.

—Mmm, Penny —con delicadeza, me apretó con la mano en la cadera, lo que me recordó que tenía que moverme al ritmo de la música.

—¿Quieres que hable con Pam? —pregunté—. ¿Y le digo que ser la reina del baile no te cambia la vida, para nada?

Se inclinó hacia mí para que las otras parejas que ahora ocupaban la pista no pudieran oírle.

—A veces es un poco intensa. A ver, para ella todo tiene mucha importancia. Quiere que estemos siempre juntos, y a mí me apetece verla, pero no debería sentirme culpable por querer pasar el rato también con mis amigos. Me presta demasiada atención. Me siento muy presionado. Y por lo que parece, tú y tu club tenéis la cabeza bien puesta.

Yo iba asintiendo a lo que me decía, y entonces me dio la impresión de que había terminado.

—Perdona —dije—. ¿Es que quieres que Pam se apunte al Club de los Corazones Solitarios?

¿De verdad estábamos llegando a un punto en el que los chicos querían que sus novias se apuntaran?

Se puso tenso, y vi a Pam echando humo en un rincón, apretando en el puño un pañuelo húmedo de papel.

—Eh... no lo sé. Es solo que... la quiero mucho, pero a veces las chicas son muy melodramáticas, ¿sabes?

«Claro que lo sé».

—Lo intentaré —prometí—. Pero no creo que me escuche, la verdad. No somos lo que se dice *amigas*.

—Vamos, Penny —se echó a reír—. Por algo llevas esa corona en la cabeza. La gente te respeta. A ver, sí, al principio no comprendí qué sentido tenía el club; pero no voy a negar lo que ha hecho por mi hermana pequeña.

La hermana pequeña de Brian era Michelle. Él a menudo la acercaba en coche a ella y a otras chicas a nuestras reuniones. Supongo que, en efecto, Brian apoyaba al club.

—Además —prosiguió, aunque la canción había terminado y Pam se mostraba extremadamente impaciente—, existe un motivo por el que estoy aquí contigo. Todo el mundo sabe lo que opinas de Todd, y Ryan y tú no estabais saliendo durante la votación. Así que había que elegir entre Don o yo. Supongo que yo era el menor de los dos males. Probablemente debería sentirme halagado.

—Sí —aturdida, hice un gesto de afirmación con la cabeza. ¿En serio la mayoría de la clase me veía de esa manera?

—Bueno, será mejor que... —Brian se separó de mí al tiempo que Pam avanzaba hacia él a todo correr.

Me dirigí a mi mesa. Cuando llegué, todo el mundo aplaudió.

—Oh, perdón —dije, señalando mi corona—. ¿Veis esto? ¿Por qué no hacéis una reverencia? ¿No os dais cuenta de que significa que soy mucho más notable que vosotros, simples mortales?

Quién mejor que Tracy para poner punto final a mi payasada.

—Creo que te equivocas con lo de «notable». Creo que te refieres a «aprobado por los pelos».

Me desarmó.

Rodeé a Ryan con mis brazos.

—¡Eh! —Se inclinó hacia delante y lo besé.

—Bueno, hola a ti también —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Acaso la corona te protege del miedo a las demostraciones públicas de afecto? Porque, en ese caso, haré todas las reverencias que su alteza solicite.

—No —respondí mientras lo abrazaba con más fuerza—. Me habría encantado que fueras tú quien acaba de bailar conmigo. Y tengo que decir una vez más lo

agradecida que estoy de que me hayas perdonado.

—Creo que tenemos que avanzar —me dio un beso suave en los labios.

—Dar un paso al frente —añadí mientras lo volvía a besar.

—Dar un paso... arriba —se aferró a otra respuesta, aunque no la necesitaba para justificar otro beso.

Una servilleta de papel llegó volando por el aire y nos aterrizó en la mejilla.

—¡Buscaos un hotel! —exclamó Tracy a gritos desde la mesa.

—Bueno, es la noche del baile de fin de curso, ¿no? —dijo Ryan mientras levantaba las cejas. Luego, dio marcha atrás a toda prisa—. Es una broma. Tu madre sabe dónde vivo.

—Ay, Dios mío, ¿en serio te ha dicho eso? —Me puse tensa de pura vergüenza.

—Mmm, no, no hizo falta. Esta ciudad no es tan grande —respondió, dándome un travieso codazo en el costado—. ¿Por qué? ¿Debería preocuparme?

Yo era consciente de que me había prometido a mí misma no ocultarle nada a Ryan. Ser franca y sincera con él. Pero me figuré que no pasaba nada por contar una mentira piadosa sin importancia.

—¿Preocuparte por mi madre? —Me eché a reír—. Para nada.

In My Life

"I'll never lose affection for people...
that went before"

In My Life

Treinta y dos

Cuatro semanas.

Había conseguido estar en el Club de los Corazones Solitarios y salir con Ryan Bauer durante cuatro semanas.

No hubo desastres, crisis nerviosas, peleas, expulsiones del instituto ni lágrimas.

Bastante normal, en realidad. Y también maravilloso.

Para empezar, casi me olvidé de por qué habíamos roto. Casi.

Y Tracy tenía razón (tal como le gustaba oírme repetir *ad nauseam*): el Club de los Corazones Solitarios era independiente. Si es que se podía llamar independiente a una organización que se había extendido a más de doce estados de Estados Unidos y a cinco países (y subiendo).

Estábamos atareadas recogiendo peticiones de los nuevos clubs, pero el peso no recaía únicamente sobre mis hombros. Era un esfuerzo de grupo. Porque el club siempre funcionaba mejor cuando permanecíamos juntas, no separadas.

Sin embargo, de vez en cuando, una de nosotras se convertía en el centro de atención.

En la noche de entrega de premios del instituto, le tocó el turno a Tracy.

Minutos antes, nerviosa, recorría el pasillo de un lado a otro.

—¿Seguro que queréis que haga esto? —me preguntó con una nota de nervios en la voz.

—Sí —respondimos Diane y yo al unísono.

Tracy asintió para sus adentros, mientras Diane le daba una charla de motivación.

—Va a ser superfácil; lo tenemos todo por escrito. Solo subes allí con la señora Coles y anuncias la destinataria de la beca.

Después de su fabulosa entrevista televisada, habíamos nombrado a Diane nuestra directora de comunicación. Tenía un don innato delante de la cámara.

—Mejor será que pasemos —comenté mientras las últimas personas entraban en fila en el auditorio.

Tracy y yo nos sentamos con nuestros padres mientras Diane se dirigía a las butacas que ocupaban los integrantes de la Sociedad de Honor Nacional del McKinley, todos ellos destacados alumnos, y se sentaba junto a Ryan.

Eché un vistazo al programa, que enumeraba los premios académicos, artísticos y deportivos que se iban a entregar, seguidos de las becas que se iban a conceder. Durante la ceremonia fui repasando los premios, uno a uno, hasta que llegó nuestro turno.

Tracy se dirigió a un extremo del escenario mientras el director Braddock realizaba su introducción.

—La siguiente beca que se presentará esta noche corre a cargo de un club que es independiente de nuestro instituto, pero que en su primer año de vida ha alcanzado una enorme popularidad entre todas las alumnas del McKinley. Algunos de ustedes

recordarán el maratón de baile que organizaron con gran éxito el mes pasado, y cuyos fondos se han destinado al centro de recreo del distrito de Parkview, así como a la beca que está a punto de ser entregada. Y aquí, en representación del Club de los Corazones Solitarios, se encuentra la alumna de primero de bachillerato Tracy Larson, acompañada por la señora Coles, la profesora que les ha asesorado sobre la concesión de la beca.

Tracy se aproximó al podio con inflexible determinación. Era una de las personas más fuertes que yo conocía; bajo ningún concepto iba a permitir que el hecho de pronunciar unas palabras en público la amedrentara.

—El Club de los Corazones Solitarios no tiene que ver con el instituto —comenzó—. Tiene que ver con la amistad. Y los amigos son la familia que elegimos. Como ocurre con tantas otras cosas en la vida, surgió de un corazón roto. Y la mejor manera de curar un corazón es con el amor. Como cantaban los Beatles, «*all you need is love*», todo lo que necesitas es amor. Para algunos, ese amor puede venir de un cónyuge, un hermano o un amigo. Para el Club de los Corazones Solitarios, se trata de contar con un grupo que te ayude a descubrir el remedio que necesita tu corazón. Al despedir a nuestras increíbles compañeras de club de segundo de bachillerato, queremos entregar a una de ellas una beca para ayudarla en el siguiente capítulo de su vida —Tracy hizo una pausa y levantó la vista del guion—. Y es bastante probable que muchas de ellas lleguen a fundar sus propios clubs post-McKinley, ya que dudo seriamente de que los chicos se vuelvan maduros en el momento que pisan la universidad.

Se oyeron risas sueltas por la sala. Continuó:

—Como grupo, decidimos que era mejor disponer de consejeros externos para elegir la ganadora de este año. Así que de parte de Penny Lane Bloom, de Diane Monroe y del resto de las socias del Club de los Corazones Solitarios, me gustaría dar las gracias a la señora Coles, a la señora Griffin, del Parque Municipal de Recreo del Distrito de Parkview, y al señor Larson, mi padre, por ayudarnos a elegir a la ganadora. Sin más dilación, la ganadora de la primera beca anual del Club de los Corazones Solitarios es...

Noté que el corazón se me aceleraba cuando la señora Coles le entregó a Tracy el sobre con el nombre de la destinataria. Ninguna de nosotras sabía de quién se trataba.

Tracy abrió el sobre y vaciló unos segundos. Luego, esbozó una sonrisa.

—Es impresionante —comentó—. Vale, el comité consultivo afirma que el grupo de chicas era maravilloso, *naturalmente*, así que tenemos dos destinatarias. La primera ganadora es Laura Jaworski, que asistirá a la universidad de Siracusa el próximo otoño para especializarse en Ciencias Políticas. Y la otra ganadora es Margaret Ross, que asistirá a Loyola, en Chicago, para especializarse en Filología Inglesa.

Nunca había agradecido tanto el haber implicado a un grupo de adultos. ¿Por qué una sola beca, cuando podíamos tener dos? Tanto Laura como Meg se lo merecían sin

ninguna duda. La mente ya me daba vueltas con lo que podíamos hacer el próximo curso; entonces, respiré hondo.

Quedaba mucho tiempo por delante para trabajar durante el año siguiente. Podríamos hacerlo juntas, como grupo. Yo no era la única responsable.

Por lo que parecía, hasta una chica tan cabezota como yo puede aprender trucos nuevos.

El Club de los Corazones Solitarios no era solo un grupo de chicas fantásticamente divertidas. También éramos escandalosamente inteligentes.

Nuestras seis socias del último año recibieron algún premio o beca aquella noche, y ocho socias de otros cursos fueron seleccionadas para la Sociedad de Honor Nacional. Cerebro y personalidad. Ay, cuánto se estaban perdiendo los chicos porque la mayoría de las chicas habían *decidido* seguir solteras.

—¡Enhorabuena! —Morgan llegó corriendo y besó a Tyson, al que le habían concedido una beca de educación musical para ayudarle con los gastos de matriculación en Juilliard.

Nos habíamos reunido en el centro municipal de recreo para una sencilla celebración de fin de curso después de la ceremonia de entrega de premios. Querían enseñarnos adónde se destinaban los fondos recaudados. Hicimos un recorrido por los nuevos armazones de barras para juegos infantiles, conocimos los nuevos instrumentos en la sala de música (incluso colgaron un póster de *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* en nuestro honor), y los nuevos juguetes educativos para los niños más pequeños.

Tracy me puso una mano en el hombro.

—Lo hemos hecho bien, Pen. Lo hemos hecho bien.

—Desde luego que sí —convine yo. Era bonito ver lo mucho que nos habíamos unido con todo nuestro intenso trabajo.

Ryan se acercó a nosotras con ponche en ambas manos.

—Señoras.

Tracy agarró uno de los vasos e hizo un gesto de aprobación.

—Nunca me había dado cuenta de que tener un chico cerca podía ser algo bueno. Nos puede traer cosas. Eh, Bauer, esos pasteles de crema no van a aparecer en mi estómago por arte de magia —impaciente, dio unos golpecitos con el pie.

Ryan soltó un suspiro en plan de broma antes de marcharse para obedecer el mandato de Tracy.

—¿Sabes? —dijo ella—. Me he pasado años entrenando a mocosos, así que creo que no tendré problemas cuando consiga un novio. Va a ser un tío tan tan afortunado...

Cualquier chico sería muy afortunado al tener a Tracy de novia. Solo necesitaría la paciencia de un santo. O de un mártir.

Diane se acercó a nosotras y dio unas palmadas.

—Tenemos que hacer fotos para la página web y para un envío masivo de correos electrónicos destinado a los medios de comunicación locales. ¡Venga! —empezó a guiarnos a todos hacia el vestíbulo principal.

—Has creado un monstruo —bromeó Tracy—. Diane Monroe, publicista —fingió un escalofrío.

—Yo lo veo más bien como «Diane Monroe, chica al mando y encantada de estarlo» —respondí mientras Diane, alegremente, empezaba a indicarles a todos dónde debían situarse.

Ryan se acercó con un plato lleno de comida.

—Señorita Larson —dijo con una reverencia exagerada.

Tracy asintió con un gesto.

—Sí —dio un mordisco a la comida—. Esto va a salir *superbién*.

«Sí», pensé yo. «Es verdad».

—Gracias —le dije a Ryan, y le planté un beso rápido en los labios. Por primera vez, tensó la espalda ante mi roce. Me preocupé por si algo iba mal, aunque así era como yo había reaccionado con él en público en tantas ocasiones al principio de nuestra relación. Pero él siempre había estado más abierto que yo a las demostraciones de cariño.

Por suerte, Ryan no me dio demasiados motivos de inquietud. Al ver mi gesto de preocupación, negó con la cabeza a toda prisa.

—Perdona, pero tu madre está ahí mismo —inclinó la cabeza hacia un lado de la estancia, donde mis padres le daban la enhorabuena a Meg.

Di un pequeño paso hacia atrás.

—Buena observación. En fin, tenemos todo el verano para pasarlo juntos.

—¿En serio? —Los ojos de Ryan se iluminaron—. ¿De verdad te estás comprometiendo a verme después de esta noche?

Quería burlarme de él, decirle que todo dependería de mi estado de ánimo. Pero Ryan se merecía la verdad.

—Sí, me comprometo. Y ya que nuestras taquillas están cerca, nos sería cómodo seguir juntos el próximo curso.

—Claro que sí —coincidió mientras asentía con lentitud—. Realmente, tenemos que empezar a pensar en la gente de las taquillas cercanas a las nuestras. ¿Cuánto melodrama más serán capaces de aguantar?

—Me gusta el melodrama —observó Tracy con la boca llena—. Hace la vida más interesante.

—Vale, perfecto —extendí mi brazo hacia Tracy como si le estuviera entregando algo—. La antorcha es toda tuya. Tengo la intención de ser aburrida y predecible durante el resto de mi vida en el instituto.

—Nunca podrías ser aburrida —intervino Ryan.

—Completamente de acuerdo —Tracy alargó el puño para chocarlo con el de

Ryan, que aceptó con mucho gusto.

—No sé si me gusta que los dos os aliéis en mi contra —confesé. Por descontado, tiene sus ventajas que tu mejor amiga y tu novio se lleven bien. Yo sabía que si Tracy se ponía del lado de Ryan, nunca volvería a salirme con la mía en ningún aspecto.

—Bueno, pues vete acostumbrando —Tracy me rodeó con el brazo—. Bauer, aquí presente, es bueno para ti. Y para mí —le entregó su vaso vacío—. Ya sabes lo que hay que hacer.

Ryan puso una mueca y volvió a convertirse en el chico de los recados de Tracy.

Tracy se inclinó para hablarme al oído.

—Sabes que solo estoy de broma con él, pero le doy mi más sincera enhorabuena por soportarme.

—¿Tu más sincera enhorabuena?

Tracy lanzó los brazos al aire con gesto exagerado.

—¡Hablo en serio! ¿Vale?

Diane se acercó a nosotras justo cuando yo iba a responder a Tracy.

—Penny, por favor, no pongas los ojos en blanco durante la sesión de fotos. No te das cuenta de lo mucho que lo haces, y no favorece nada en absoluto —me llevó hasta el centro del grupo, junto al director del centro de recreo. Nos hicieron muchas fotos, y los *flashes* me trajeron a la memoria mi cumpleaños, el día de San Valentín, la boda de Lucy y el baile de fin de curso. Aquel año tenía ya tantos recuerdos que quería que duraran para siempre... y solo estábamos en mayo.

Cuando terminó la sesión de fotos, Diane pidió a todo el mundo que permaneciera en su sitio. Quedaba un discurso más aquella noche. Tracy había hecho los honores durante la ceremonia de premios, y ahora me tocaba a mí.

—Quería decir unas palabras —comencé, mientras observaba los numerosos rostros que habían significado tanto para mí a lo largo del curso que ahora finalizaba—. La semana que viene, el instituto McKinley perderá seis de las mejores alumnas que ha tenido jamás. Pero sé que el Club de los Corazones Solitarios nunca va a perder a Erin Fitzgerald, Laura Jaworski, Marisa Klein, Teresa Finer, María González o Meg Ross —dirigí la vista a las seis, que estaban agarradas de la mano—. Seréis bienvenidas siempre que lo necesitéis.

»El curso que viene tendremos nuevas socias y otras muchas se irán, incluida yo. Pero el Club de los Corazones Solitarios continuará porque, juntas, lo hemos convertido en un club fuerte —noté que la garganta se me quebraba y me giré para hacer un gesto de asentimiento a Tyson, que se adelantó con su guitarra acústica en la mano.

»Tranquilos, no voy a cantar —alerté a la multitud, y se oyeron algunas risas—. Pero al pensar en lo que quería decir, no me sorprendió descubrir que cuatro chicos de Liverpool lo habían expresado mucho mejor —sentí que mi madre sollozaba en un rincón, y me convencí de que solo se había emocionado por la referencia a los Beatles—. Tengo diecisiete años, nada más; pero es increíble cuánta gente ha entrado

ya en mi vida o la ha abandonado. Y aunque ahora hay gente nueva —miré a mis compañeras del club de tercero y cuarto de secundaria— no significa que las personas que llevan mucho tiempo en tu vida te vayan a importar menos —señalé con la barbilla a Tracy y Diane—. Porque, a fin de cuentas, estoy verdadera y profundamente agradecida a todas y cada una de las personas que se encuentran hoy presentes. Y a pesar de los rumores sobre mí, también os incluyo a vosotros, chicos —le hice un guiño a Ryan.

»Esta es mi manera de expresaros todo lo que estoy sintiendo —hice señas a Tyson para que empezara. Tocó las primeras notas de *In My Life*, «En mi vida».

Cuando empezó a cantar sobre los lugares que recordaba, reflexioné acerca de todo lo que había pasado. Sabía que me quedaban cosas por resolver. ¿No le pasaba lo mismo a todo el mundo?

Pero lo que también sabía con seguridad era que en las relaciones, como en la vida, lo importante es el equilibrio. Y que, en realidad, el corazón es el músculo más fuerte. Acaba por curarse. Solo hace falta tiempo y amigos increíbles junto a ti.

Y es que, en definitiva, todo lo que realmente necesitas es un grupo de gente que te apoye y que te quiera por ser quien eres, gente que seguirá en tu esquina del *ring* pase lo que pase. Estaba segura de que con el Club de los Corazones Solitarios a mi lado siempre sería capaz de solucionar cualquier problema que me pudiera encontrar.

¿Y tener un chico como Ryan? Eso era la guinda de un pastel ya delicioso de por sí.

A ver, en serio, ¿qué más se puede pedir?

No tuve más remedio que sentirme extremadamente afortunada por encontrarme en aquel lugar, en aquel momento, con la gente que más me importaba: el mejor grupo de amigos, un novio que me apoyaba (y que era un pibón, no nos olvidemos) e incluso, sí, una familia genial (a pesar de sus extravagancias respecto a los Beatles).

Estaba decidida a que las cosas siguieran así durante mucho tiempo.

Porque, en palabras del cuarteto de Liverpool, en mi vida los quería (y mucho) a todos.

The End

"The love you take is equal to the love you make..."

The End

With Love from Me to...

Esta segunda entrega de la novela había sido mi sueño desde que acabé de escribir *El Club de los Corazones Solitarios*. Son muchas las personas que me han ayudado a convertir aquel sueño en realidad. Así que, *All Together Now* («Ahora todos juntos»):

Do you want to know a secret?, «¿Quieres saber un secreto?», David Levithan es un editor increíble. Aunque, en realidad, no es ningún secreto. Gracias por participar conmigo en este viaje de locos a través de seis libros (ahora hay que decir: ¿*Qué?*). Agradezco hasta tal punto tu paciencia y tu sabiduría que *sonrío radiante* (y, de vez en cuando, *pongo los ojos en blanco*). Ah, y *I'm Happy Just to Dance with You*, «Me conformo con bailar —y cantar karaoke— contigo».

Lo he conseguido con un poco de ayuda de mis amigos (*With a Little Help from my Friends*) de Scholastic (vale, DEPENDO MUCHO de la ayuda): Erin Black, Sheila Marie Everett, Elizabeth Parisi, Kelly Ashton, Tracy van Straaten, Bess Braswell, Emily Morrow, Alan Smagler, Leslie Garych, Lizette Serrano, Emily Heddleson, Antonio González, Joy Simpkins, Elizabeth Starr Baer, Sue Flynn, Roz Hilden, Nikki Mutch, y todos los agentes comerciales de Scholastic.

La perseverancia de Rosemary Stimola hizo que esta segunda parte fuera posible. *Thank You, Girl*, «Gracias, chica».

All my Loving, «Todo mi cariño», para mi familia que, lamentablemente, NO son fanáticos de los Beatles, pero los aprecio de todas formas.

Hay muchas personas en mi vida que se han unido (*Come Together*) para ayudarme con este libro y en mi vida como autora: Kirk Benshoff, que tan bien cuida de mi página web; Natalie Thrasher, que leyó un borrador y me devolvió una información fabulosa, y Marcus Zusak, que respondió mis preguntas sobre el argot de Australia. ¡Eres lo más! Ah, no, un momento... ¡Eres *bottler!*

Soy muy afortunada al tener tantos amigos escritores (*Paperback Writer*) a los que puedo acudir cuando necesito ayuda (*Help!*). Gracias especiales a Jen Calonita, Sarah Mlynowski y Jennifer E. Smith, que me ayudaron cuando lo único que yo quería era llorar (*Cry Baby Cry*).

Me alucina lo mucho que *El Club de los Corazones Solitarios* se ha extendido a escala mundial (*Across the Universe*). Muchas gracias a mis editores extranjeros de todo el mundo, en particular a Alfaguara.

Por descontado, nada de esto habría sido posible sin John, Paul, George y Ringo. *P. S.: I Love You*. «P. D.: Os quiero».



ELIZABETH EULBERG. Es una escritora norteamericana de novelas. Nació y se crió en Wisconsin antes de ir a la Universidad de Syracuse y asistir a la Escuela de Comunicación pública Newhouse, en la que consiguió el título de relaciones públicas. Después de la graduación, consiguió un trabajo en una pequeña empresa de entretenimiento, hasta que le llamaron preguntando por un libro publicado por uno de sus clientes de licencias; cuando llamó al jefe de publicidad de la editorial, este mencionó que estaban buscando a un publicista y le preguntó si conocía a alguien, y ahí fue cuando comenzó a hacer una carrera en el negocio del mundo editorial. Con su primera novela para jóvenes adultos, *El club de los corazones solitarios*, consiguió un gran éxito internacional.

Actualmente está en Little, Brown y es la Directora de Publicidad Global de Stephenie Meyer.